

NEGRA  
ALFAGUARA

# Luca D'Andrea

## Lissy

Narrativa Internacional Traducción de Xavier González Rovira



Luca D'Andrea

Lissy

Traducción del italiano de Xavier González Rovira

NEGRA  
ALFAGUARA



**1**

—Dulce Lissy, pequeña Lissy.

Dos golpes ligeros y estas palabras: *Crunch, crunch, crunch*. ¿Quién roe, roe? ¿Quién mi casita me come?

Marlene, veintidós años, un metro sesenta, o algo más, ojos color azul melancolía, un lunar al final de la sonrisa, indudablemente hermosa e indudablemente asustada, se miró reflejada en el acero de la caja fuerte y se dijo a sí misma que era idiota. Era metal, no el mazapán del cuento. Y no había ninguna bruja en las inmediaciones.

Es el miedo, se dijo, solo es eso.

Movió los hombros, dejó de respirar, como su padre antes de apretar el gatillo de la escopeta, vació los pulmones y volvió a concentrarse. Las brujas no existían. Los cuentos mentían. Solo la vida importaba, y Marlene se preparaba para cambiar la suya definitivamente.

La combinación era fácil de recordar. Uno. Tres. Dos. Luego un cuatro. Un giro de muñeca, otra vez cuatro y ya estaba. Tan simple que las manos de Marlene lo hicieron todo por sí solas.

Aferró el tirador de acero, lo bajó y apretó los dientes.

Un tesoro.

Fajos de billetes de banco apilados como leña para la *Stube*. Una pistola, una caja de municiones y una bolsita de terciopelo. Por debajo de la caja asomaba una libreta que valía más que todo ese dinero multiplicado por cien. Había sangre y tal vez incluso un par de cadenas perpetuas guardadas entre sus páginas arrugadas: una interminable lista de acreedores y deudores, nombres de amigos y de amigos de amigos escritos con la caligrafía pequeña, delgada e inclinada de Herr Wegener. Marlene no le dedicó un segundo vistazo. No le interesaban la pistola, las balas ni los fajos de billetes. La bolsita de terciopelo, en cambio, hizo que le sudaran las palmas de las manos. Conocía su contenido, conocía su poder, y estaba aterrada.

El suyo no era un simple robo.

Llamemos a las cosas por su nombre.

Lo que la mujer joven estaba haciendo con el corazón en un puño era... traición. Marlene Taufer *in* Wegener, legítima esposa de Robert Wegener. El hombre frente al que todo el mundo se quitaba el sombrero: cuarenta años transcurridos en la construcción de una carrera hecha de intimidaciones, contrabando, emboscadas y asesinatos.

Nadie bromeaba con un hombre como Wegener. Nadie se atrevía ni a utilizar siquiera su nombre de pila. Para todo el mundo Robert Wegener era Herr Wegener.

Incluso para ella.

Marlene. Su esposa.

*Espabila*.

El tiempo apremia.

Sin embargo, tal vez precisamente debido al acoso de las agujas del reloj, durante un paréntesis entre un tic y un tac, cuando Marlene abrió la bolsita de terciopelo, la fábula volvió a tomar la delantera sobre la realidad y la mirada de la mujer joven se cruzó con la azul, profunda y terrible, de criaturas minúsculas y puntiagudas.

Cóbolds.

Le pareció incluso obvio. A los cóbolds les gustaba el metal, el frío y la muerte: caja fuerte,

pistola, dinero y libreta.

Un nido perfecto.

Los còbolds reaccionaron con ferocidad ante ese allanamiento. Se apoderaron de la luz de la habitación, la apresaron en sus ojitos crueles y la transformaron en un destilado de odio tan salvaje que por poco a Marlene no se le cayò la bolsita de los dedos.

Eso la hizo volver al presente. A la caja fuerte completamente abierta. A la villa en el Passirio.

Es decir, a la realidad.

La bolsita de terciopelo estaba repleta de zafiros. Carbono condensado que, debido a una broma de la física, había aprendido a brillar como una estrella. Toda, o casi toda, la fortuna de Herr Wegener apretada en su puño. Pero nada de brujas ni de còbolds. Porque, se dijo de nuevo Marlene, no existían las brujas, ni tampoco los còbolds; en cambio, esas piedras preciosas no solo eran reales, sino que también eran la llave para su nueva vida. Siempre y cuando dejara de perder el tiempo y se largara.

Sin prestar más atención al mundo de los cuentos, y sin pensar en la cadena de consecuencias que acababa de poner en marcha, Marlene cerrò la bolsita, la escondió en el bolsillo interior de su chaqueta acolchada, cerrò la caja fuerte, la ocultò detrás del cuadro, enderezò la espalda, le dio un toquecito a un mechòn que amenazaba con acabar dentro de los ojos y dejó atrás el dormitorio.

Recorrió el pasillo, un tramo de escaleras, el salón, el vestíbulo con innumerables espejos, la escalinata exterior. La noche la acogió con una suave brisa que soplaba del norte.

No se detuvo.

Puso en marcha el Fiat 130 gris y se marchò. La villa que se desvanecía en el espejo retrovisor. El discurrir de las farolas. La alianza de oro tirada por la ventanilla sin volver a pensárselo. La ciudad dormida. El desguace. Una parada rápida y, gracias a un abultado sobre de dinero, el Fiat 130 se convirtió en un Mercedes W114 color crema, con matrícula «limpia», la documentación en regla, los neumáticos recién estrenados y el depósito lleno.

Nada de gracias. Nada de saludos.

Directa hacia el oeste.

Aparte de los primeros copos de nieve, todo iba de acuerdo con los planes.

Al menos hasta el puesto de control a pocos kilómetros de Malles. Un auténtico engorro.

Al final de una serie de curvas que Marlene había empezado a enfilear, vio una furgoneta con las luces de emergencia apagadas y un par de carabineros con el aspecto de alguien que se está muriendo de frío. O de sueño. O de quien, furtivo, está esperando a alguien o algo.

Herr Wegener tenía ojos y oídos en todas partes. También entre los uniformes.

De manera que: ¿tentar a la suerte o cambiar de itinerario?

Si no fuera por la ansiedad y el miedo, Marlene habría podido mantener todavía su plan a salvo de los imprevistos. Sin embargo, la ansiedad, el miedo y la nieve cada vez más densa la llevaron a pisar el freno, cambiar de sentido y enfilear una carretera secundaria, desencadenando una nueva serie de acontecimientos.

La carretera secundaria la llevó a otra, aún más estrecha y sinuosa, que atravesaba un pueblecito sumido en el sueño hasta un cruce (¿derecha o izquierda?, ¿cara o cruz?), y aún más adelante, con la nieve que se acumulaba en capas.

Y cuando el coche empezó a dar bandazos, la chica con el lunar al final de la sonrisa decidió continuar de todos modos, con un ojo puesto en la calzada cada vez más empinada y otro en el mapa en el que, no hace falta decirlo, ese paso (malditos sean ellos y sus mapas llenos de errores)

no aparecía marcado.

No era cierto.

El mapa era inexacto, tal vez, como todos los demás, ¿pero erróneo? Era de 1974, y en 1974 el hombre ya había dejado su huella en el polvo lunar: no era posible que un mapa se equivocara. Marlene simplemente tendría que haber estacionado, echar el freno de mano, encender la luz del interior, respirar profundamente un par de veces y verificar mejor. Las cosas habrían ido de otra manera.

Pero Marlene no se detuvo.

A la ansiedad se le había añadido la incredulidad de quien descubre que se ha perdido.

Dale gas, pero *adagio*, se dijo, y sigue adelante. Tarde o temprano la carretera conducirá a alguna parte. Un pueblo, un refugio, una explanada. Se sentiría satisfecha incluso con un espacio abierto que fuera lo bastante ancho para consentirle maniobrar y volver atrás, dispuesta a desafiar el puesto de control: cualquier cosa con tal de interrumpir esa nueva e inexorable secuencia de acontecimientos y retomar el control de su propio destino.

No fue así.

Tal vez la nieve, tal vez los ojos que no podían despegarse del mapa; en cualquier caso, Marlene percibió de repente que el Mercedes perdía adherencia, derrapaba a la izquierda, hacía un trompo y *volaba*.

Fue horroroso.

La negrura barrida por los faros. La nieve oscura que remolinaba en enjambres. Las fauces del precipicio. Los troncos de los árboles, inmóviles y perfectamente perceptibles en todos sus detalles.

La colisión.

Violenta.

Un foganazo de dolor sofocado por el ruido de chapas rasgadas. Un aullido infernal, esta vez sí, demasiado parecido al chirrido de la puerta de la bruja.

Marlene gritó el nombre de Dios.

Y mientras la montaña, negra y sin nombre, se cernía sobre ella, su grito se convirtió en un jadeo. Pero fue el amor lo último que invocó. El amor que la había empujado a traicionar al hombre más peligroso que había conocido en su vida. Ese amor que tenía un nombre.

—Klaus.

La última palabra de Marlene antes de la oscuridad.

### 3

Casi al amanecer.

De no haber sido por el reloj, nadie se habría dado cuenta. La nevada se había convertido en una tormenta de nieve. No había nada de luz en el exterior, tan solo una neblina blanca.

Tampoco había nada de luz dentro de la habitación. La araña de cristal parecía incapaz de iluminar nada, limitándose a dibujar una masa informe en el suelo.

Si uno la observaba largo rato, se arriesgaba a que le asaltaran malos pensamientos. Tanto el hombre como la mujer evitaban hacerlo.

Se parecía demasiado a una mancha de sangre.

Aparte del tictac del reloj de péndulo y de su respiración, solo había silencio.

La mujer estaba sentada en una butaca, las manos entrelazadas sobre los muslos apretados. Rígida como un soldadito de plomo, los rasgos faciales cristalizados en una mueca que la envejecía una década. Llevaba una especie de uniforme. La falda hasta la rodilla, un delantal muy blanco y el pelo recogido en una trenza. De no ser por la expresión ceñuda (¿o asustada?), habría sido hermosa.

Se llamaba Helene, y desde hacía más de cinco años era el ama de llaves en la villa del Passirio. Hacía más o menos el doble de tiempo que había dejado de morderse las uñas.

Esa había sido una de las primeras lecciones en la Escuela de Economía Doméstica de Bresanona, donde aprendió los fundamentos del oficio. Las manos de una buena ama de llaves, le explicaron sus profesores, son su tarjeta de visita. Nunca sucias, siempre arregladas, bien cuidadas. Dejar de morderse las uñas había sido casi como dejar de fumar, pero luego se acostumbró a ello. Durante años la idea de volver al viejo hábito ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

Hasta que empezaron los gritos.

¿Qué clase de hombre podía emitir semejantes sonidos?

Bastó solo un instante y volvió a caer. Mordisqueaba, roía, y cuando los dientes alcanzaban la carne viva, Helene, con un gesto irritado, dejaba caer sus manos sobre el regazo para martirizarse el delantal.

Luego empezaba de nuevo.

Manos. Boca. Uñas. Dientes. Una pequeña punzada de dolor.

Delantal.

Y otra vez más, desde el principio.

Helene había intercambiado una única mirada con el hombre allí de pie, apoyado en la gran chimenea que nadie usaba nunca. Una única mirada.

Más que elocuente.

El hombre se llamaba Moritz. Había cumplido recientemente los treinta, tenía unas ojeras como hematomas y una pistola automática en una funda, oculta bajo la americana de su traje oscuro. Por regla general, ese traje le sentaba de maravilla. Había pagado por él una cantidad desorbitada, pero había valido la pena. Se lo decía por las mañanas, mientras se hacía el nudo de la corbata o le daba un último retoque al pelo engominado, y se lo confirmaba el interés de las mujeres con las que se cruzaba por las calles del centro.

En ese amanecer, en cambio, con o sin traje oscuro, Moritz se habría sentido en cualquier caso incorrecto y torpe como un espantapájaros. Porque cuando sus ojos se reflejaron en los de Helene, el hombre de la pistola vio algo que lo aterró. Una mirada de las que había ya captado bastantes, desde que entrara a formar parte del círculo de Herr Wegener. La mirada de una víctima.

Y eso no estaba bien.

No estaba bien, porque Moritz era un hombre sencillo que dividía el mundo con el lanzamiento de una monedita. ¿Víctima o verdugo? Fácil: nada mejor que el sonido de una nariz al romperse.

Con su metro noventa y sus noventa kilos de peso, y su propensión natural a la violencia, Moritz nunca había sentido el miedo de la víctima. Hasta el momento en que, reflejándose en los ojos de Helene, se preguntó: «¿Qué clase de ser humano puede emitir semejantes gritos? ¿Y durante cuánto tiempo podrá hacerlo antes de volverse completamente loco?». Pero también: «¿Y a nosotros, qué nos va a pasar?».

Por eso dejó de mirar al ama de llaves. Y la mancha en el suelo de la habitación.

Demasiadas, demasiadas preguntas.

Moritz odiaba las preguntas.

Porque a las preguntas uno no podía romperles la nariz. A las preguntas no les podía meter una bala en el corazón (y otra en la cabeza, por seguridad) y hacer que se callaran para siempre.

Las preguntas eran como esos insectos repugnantes, todo boca y paciencia que, famélicos y canallas, eran capaces de derrumbar incluso el más sólido de los castillos.

Silencio.

Eso es lo que le habría gustado a Moritz.

Pasar por completo de los gritos y desaparecer durante unos minutos. Los suficientes como para ahuyentar los malos pensamientos. Un cigarrillo en el jardín. O una copita de brandi.

Pero las órdenes eran las órdenes. Las órdenes, para alguien como Moritz, le cortaban la cabeza a los signos de interrogación. Marcaban la frontera entre lo que se podía hacer y lo que estaba prohibido.

Las órdenes trazaban una línea recta, simple, y él era un hombre simple. Además, hacían que la desobediencia fuera mucho más emocionante.

Y era esto, si queremos ser sinceros hasta el fondo, lo que le había provocado problemas.

Así que Moritz permanecía inmóvil, erguido en su traje oscuro, apoyado en la chimenea apagada. Escuchando los gritos y sintiendo el peso de la automática, que lo aplastaba contra el suelo. Sobre la mancha informe del suelo.

Helene, sin embargo, tenía una visión más compleja del mundo. No existían únicamente el blanco y el negro. La obediencia y la transgresión, las víctimas y los verdugos. Había todo un océano de grises en los que navegar. Bastaba poco para transformar una orden en un consejo y los consejos no eran trampas, siempre ofrecían alguna escapatoria. Sus obligaciones, por ejemplo, guardaban relación con la villa.

No con su empleador.

Villa y empleador eran dos cosas diferentes.

Aquí había una vía de escape.

Cuando decidió que ya había tenido suficiente de aquellos gritos, Helene se levantó de golpe y salió de la habitación.

Silenciosa como un fantasma.

## 4

El amanecer.

Más que verla la sintió en los huesos. No habría podido hacer otra cosa. Las ventanas que daban al jardín estaban cerradas. Solo la pantalla de una lámpara, rota pero aún en funcionamiento, iluminaba la habitación sumida en el caos. Armarios completamente abiertos, cajones fuera de sitio, mantas y ropa hechas jirones, una infinidad de papeles, joyas, cuadros, libros (menos uno) por los suelos, víctimas inocentes de su furia.

En el centro de la sala, toda ella de estuco y con cortinas de terciopelo bordadas en oro, sentado en la cama sin hacer, Herr Wegener se dio cuenta de que si no dejaba de gritar y empezaba a razonar de manera lúcida y racional todos los logros que lo habían llevado a ser lo que era se convertirían en una montaña de estiércol y esfuerzo desperdiciado.

El autocontrol había sido durante años su orgullo. Los nervios de acero y la sangre fría le habían permitido llevar la batuta de lo que, en secreto, había bautizado como «el imperio». Un imperio listo para dar el salto que, ese era el plan, le consentiría elevarse desde el rango del hombre ante el que uno se quita el sombrero al del hombre en cuya presencia es obligatoria una *genuflexión*.

En ese gélido amanecer, por mucho que se esforzara en recuperarlo, el autocontrol seguía siendo una quimera.

Lo era porque Wegener no quería creer lo que sus nervios de acero y su sangre fría le sugerían. Y la que era la única y simple explicación: Marlene.

Imposible. Marlene nunca lo habría traicionado. Marlene era su esposa. Marlene era la mujer a la que amaba. Por encima de todo, Marlene era una *mujer* y nunca se había visto que una mujer lograra joder a alguien como él. O tal vez sí, tal vez en algunas partes del mundo había mujeres capaces de atreverse a tanto, pero Wegener estaba seguro de que Marlene no pertenecía a esa categoría. Ni en broma.

Nervios de acero y sangre fría no estaban de acuerdo. No hacían más que repetírsele.

*Ha sido ella, ha sido ella, ella, ella.*

*Marlene.*

Nervios de acero y sangre fría tenían pruebas. Por ejemplo, en la villa no había señales de allanamiento de morada. Ni en las puertas ni en las ventanas. Lo había comprobado en persona. No había señales de intrusión alguna. Nadie había entrado o salido. Así pues, quien había cometido el robo tenía las llaves, sabía cómo moverse por la casa y conocía las rutinas de sus habitantes.

Otra prueba a favor de la acusación: el día y la hora del robo.

La noche del viernes al sábado. Aquella en la que Wegener se subía al Fulvia HF y salía hacia Merano, junto con Georg, su mano derecha, para dirigirse a una taberna de Appiano, donde, *todos los viernes por la noche*, se reunía con sus hombres.

Junto a ellos discutía sobre nuevos mercados, nuevas estrategias. Sobre problemas que resolver. Le contaban chismes, rumores. Soplos. A veces le traían rostros nuevos para que pudiera estudiarlos y decidir qué hacer con ellos.

«¿Quieres un trabajo bien pagado, muchacho?».

«¿Tienes hígado y pelotas?».

«Pues entonces charla un rato con Herr Wegener».

«Él puede ayudarte».

Hubo un tiempo, en los albores de su carrera, en el que para Wegener resultaba emocionante incluso estrecharles la mano a esos hombres, ver cómo se les hinchaba el pecho en su presencia o lo sencillo que era doblegarlos solo con una palabra o una ceja fruncida.

Ahora, sin embargo, sus secuaces habían llegado a cansarlo. Ahora los detestaba.

Pero esa pantomima formaba parte de sus funciones. Sus hombres eran gente grosera. Fornidos, mal afeitados. Cuando llevaban traje y corbata parecían campesinos que habían bajado al pueblo para ir a misa. Muchos de ellos, de hecho, lo eran o lo habían sido. Hablaban en un dialecto que a uno le provocaba dolor de muelas, comían con la boca abierta y eran capaces de tragar barriles enteros de cerveza y licores, parlotando como una horda de troles. Y él, con ellos.

Estaba obligado a hacerlo.

Tenía que hablar ese *dialokt* lenguaraz y vulgar, tenía que beber más que todos ellos juntos, porque solo así esos hombres desconfiados por naturaleza y por cultura podían sentir la seguridad de que, a pesar de su americana y su corbata, a pesar del HF y del guardaespaldas en la puerta, a pesar de las fotos en los periódicos, Herr Wegener era y seguía siendo alguien en quien se podía confiar. *Uno de los nuestros*.

De manera que todos los viernes, a las cuatro de la madrugada, Wegener regresaba a la villa de pésimo humor y con un fuerte dolor de cabeza, apestando a tabaco de ínfima calidad y a alcohol. Un olor que ni siquiera una larga ducha lograba sacarle de encima. Un olor que no quería que Marlene notara y que lo empujaba a dormir, la única noche de *toda* la semana, en una de esas habitaciones para los invitados, en vez de al lado de su esposa. Y, de hecho, de no haber sido porque ese maldito viernes había necesitado la libreta negra guardada en la caja fuerte para añadir otros nombres a la lista, no se habría dado cuenta de la desaparición de Marlene hasta bien entrada la mañana.

Así pues: no hay allanamiento.

Así pues: viernes por la noche.

¿Dos indicios no eran suficientes? Nervios de acero y sangre fría estaban listos para presentar otros más.

Pensemos en los zafiros.

El ladrón (o los ladrones) habían dejado en la caja fuerte casi veinte millones de liras en efectivo y otros tantos en divisas. Había (o habían) robado tan solo los zafiros. Nada más. Nadie sabía de la existencia de los zafiros. Aparte de Georg y Marlene.

Georg había estado toda la noche velando por él, al igual que, en ese momento, estaba en la puerta de la villa fumando y buscando posibles huellas de los autores del robo. Georg estaba controlado. Wegener sabía con quién se reunía y lo que le decía. Podía eliminarlo de la lista de sospechosos. ¿Quién quedaba?

Marlene, obviamente.

No era cierto, objetaba Wegener. Otros más estaban al tanto.

Débil defensa.

Por supuesto, el Consorcio sabía que los zafiros existían. Pero los hombres del Consorcio no habrían tenido ninguna razón para robarlos, ya que era precisamente a ellos a quienes Herr Wegener debía entregar la bolsita de terciopelo oscuro. ¿Por qué molestarse en robar algo que ya les pertenecía? Habría sido una jugada estúpida. ¿Creía por casualidad que el Consorcio estaba compuesto por eméritos idiotas?

No, en absoluto.

Quedaba Marlene.

Marlene, Marlene, *Marlene* .

¿Todavía no quería verlo? Pues muy bien. Los indicios no terminaban ahí. Aún había más.

El coche.

No estaba el Fiat 130 gris, el coche que Herr Wegener le había regalado a Marlene después de haberla convencido de que se sacara el carnet, porque la mujer de un jefe no puede ser más que una mujer moderna, vestida a la moda y con carnet de conducir. Si Clyde necesitara escapar en medio de un tiroteo, no llamaría a un taxi: sería Bonnie la que pisara el acelerador esquivando las balas. Además, ¡*Dios mío!* , estaban en los años setenta, no en la Edad de Piedra.

El Fiat 130 no estaba allí.

¿Por qué iban a robarlo los ladrones?

Por último...

La prueba más concluyente de todas. La que lo volvía loco.

Faltaba el libro. Ese libro. *Su* libro. Los cuentos de los hermanos Grimm. El único objeto que Marlene había traído de casa de sus padres a la de su marido. Una vieja edición, con las tapas estropeadas y sin título. Marlene no se separaba nunca de él. Era su amuleto de la buena suerte, decía. Alejaba las pesadillas. Lo tenía sobre la mesita de noche precisamente por eso.

¿Dónde estaba ese maldito libro?

Herr Wegener le había dado la vuelta a la habitación como a un calcetín, buscándolo por todas partes. Incluso había arrancado la funda de la almohada y el protector del colchón, para ver si lo encontraba. Porque si encontraba el libro, las acusaciones sobre Marlene cesarían y él sabría qué hacer. Sabría qué órdenes impartir, y a quién. Habría sacado de la cama a todos y cada uno de los capullos presentes en su libro de cuentas. Una hermosa cacería humana hasta que recuperara sus zafiros, y entonces se divertiría despedazando al hijo de puta que se había atrevido a burlarse de él.

El libro había desaparecido. Junto con el Fiat 130 y los zafiros.

Y Marlene.

No estaba.

Nadie la había visto.

*Pero...*

Pero Marlene nunca habría...

Y así todo empezaba de nuevo.

En su cabeza, lógica y sentimiento chocaban terriblemente. La sangre le inundaba el cerebro y Herr Wegener experimentaba el impulso irrefrenable de gritar hasta hacer que sus cuerdas vocales saltaran, una necesidad tan urgente que no podía controlarla.

Esto es lo que Herr Wegener consideraba todavía más intolerable que el robo y la traición de Marlene: la muela de esa caja fuerte abierta de par en par, burlándose de él.

Y entonces gritaba.

Contra Marlene. Contra la caja fuerte. Sobre todo contra sí mismo.

Y mientras gritaba, ya no solo Moritz, de pie junto a la chimenea vacía, no solo Helene, que se había refugiado en la cocina, sino también Georg, que había entrado para calentarse y sacarse la nieve de encima, se preguntaban qué clase de hombre podía emitir semejantes sonidos.

Bastaba con pensar en la combinación de la caja fuerte.

La respuesta estaba allí.

## 5

La combinación.

Uno, tres, dos. Doble cuatro. En otras palabras: 13 de febrero del 44.

En 1944 Wegener tenía doce años y aún no era Herr Wegener. Ninguna persona en su sano juicio habría llamado «Herr» a ese zagal flacucho.

En realidad ni siquiera existía la *e* en su apellido. En esa época, Wegener era Robert *Wegner*, como Paul *Wegner*, su padre.

Paul *Wegner* (sin la *e*) se había alistado voluntario en la Wehrmacht y no tuvo ni tiempo para escribir una carta a su esposa y su hijo cuando la guerra ya se lo había tragado.

Una granada cayó entre las líneas alemanas y Paul, instintivamente, se arrojó encima, salvando las vidas de su pelotón.

Fue el Standartenführer del cuartel de San Leonardo quien se lo contó a ese chiquillo flacucho y a su madre destrozada por el dolor. Era un hombre apuesto, ese Standartenführer.

El rostro bruñido, los ojos azules e inteligentes. Un uniforme elegante que inspiraba temor y respeto. Negro, con el doble rayo de plata. Llevaba botas de caña alta, brillantes y bellísimas.

Mientras la guardia de honor se ponía en posición de firmes, el SS le entregó a la madre de Robert una carta y una bandera recién planchada. A él, una pequeña caja con una esvástica grabada.

El niño no llevaba zapatos, solo harapos atados con un cordel. Se avergonzaba de ello, pero se había acostumbrado. Eran pobres, no había nada que hacer. Dentro de la cajita había una Cruz de Hierro.

Fue el niño el que leyó la carta, porque la madre era analfabeta. En la carta, el apellido de su padre estaba mal escrito. Sobraba una *e*. El muchacho comprobó la parte posterior de la Cruz de Hierro. Allí también se leía «Weg-e-ner» en vez de «Wegner».

Ni su madre ni él señalaron el error.

La madre porque tenía demasiadas lágrimas para llorar y su hijo porque pensaba en las últimas palabras de su padre antes de subir al tren que lo llevaría a morir como un idiota. «Si haces la elección correcta nueve veces, no recibirás más que dolor. Pero a la décima entenderás por qué lo has hecho. Y serás feliz».

Lo odiaba por esas palabras, y el odio, había descubierto, era una poderosa forma de autocontrol.

Por eso la voz del chiquillo descalzo no tembló mientras leía delante de esos desconocidos una carta de elogios, y fue precisamente gracias al odio por lo que no lloró cuando el Standartenführer le estrechó la mano.

«Eres el hijo de un héroe —dijo el hombre de las SS—, debes sentirte orgulloso».

No, su padre no era un héroe, era solo un idiota. Un idiota muerto. ¿Qué podía ser más estúpido que eso?

No lo dijo, asintió, dio las gracias y estrechó la Cruz de Hierro con tanta fuerza que el metal le hirió la piel y le hizo sangrar. Solo su madre se dio cuenta, pero no dijo nada.

Su madre nunca decía nada. Solo sabía llorar y rezar. Rezar y llorar. Nada más. ¿Y él? Apretaba la Cruz de Hierro. Y observaba las botas del Standartenführer.

Debían de ser realmente cálidas.

Fue gracias a la Cruz de Hierro que en la tarde del 13 de febrero del 44 los soldados de guardia le permitieron pasar, y fue solo gracias a la Cruz de Hierro que el oficial de las SS lo dejó entrar y le ofreció un pedazo de chocolate.

—Es belga —explicó—, el mejor del mundo.

El suyo era un alemán melódico, hermosísimo. No ese *dialokt* gutural que Robert utilizaba con los amigos y la familia. Era dulce como la miel en los oídos. Al chiquillo le habría gustado que el Standartenführer no dejara nunca de hablar. En cambio, solo hubo ese ofrecimiento y una expresión desconfiada frente a su silencio.

El chocolate se quedó allí, entre los dos, suspendido sobre la mesa de escritorio.

—No, gracias.

El Standartenführer se sorprendió.

—¿No te gusta el chocolate, *liebes Kind* ?

Niño.

Él ya no era un niño.

Ya no.

Más odio se unió al odio.

Y fue el odio lo que le dio fuerzas para responder al oficial mirándolo directamente a los ojos, como hacen los hombres.

—Me gusta, por supuesto, pero ya tengo suficiente —respondió, mostrándole una tableta oscura y pesada, el doble de grande, es más, el triple que la que el oficial de las SS le había ofrecido—. Me la ha dado el Hombre Negro —explicó, tras una breve pausa.

—¿El Hombre Negro? —se rio el Standartenführer—. El Hombre Negro no existe.

—Existe.

Una única palabra.

Una respuesta de hombre.

El chiquillo enseñó al oficial la inscripción en letras mayúsculas en la parte posterior de la tableta de chocolate que decía «Made in USA».

El Standartenführer abrió los ojos como platos.

El Standartenführer parpadeó.

El Standartenführer sonrió.

—Eres un buen chico.

## 6

Eso, exactamente.

Un buen chico.

Su padre no le había dejado nada, aparte de los pies descalzos y las montañas.

Las montañas, le había dicho, proporcionan agua, alimentos y sabiduría. Todo lo que se necesita para vivir. Y las montañas son lo único que el dinero nunca podrá comprar.

Están ahí para todo el mundo.

Otra estupidez digna de un cadáver. Intenta pedirle a la montaña un par de botas calientes como las del Standartenführer y ya verás lo que ocurre.

Nada. Eso es lo que ocurre.

Pero precisamente era en las montañas, entre arbustos, abetos, fresnos y senderos ocultos, donde el chico flacucho pasaba sus días.

Dependiendo de la estación del año recogía moras, setas, castañas, nueces, construía trampas para pájaros o depredaba sus nidos. De vez en cuando lograba atrapar alguna ardilla.

La madre le prohibía utilizar la escopeta de caza de su padre; de lo contrario, habría sabido cómo procurarse liebres, venados e incluso algún ciervo. Pero su madre odiaba las armas, de manera que a ambos les tocaba vivir de la limosna del Reich o del fruto de los campos estériles que su padre se había empeñado en arar desde la mañana hasta la noche antes de ir a cubrirse de gloria.

*Idiota.*

En uno de esos senderos, en la madrugada del 13 de febrero del 44, con la Cruz de Hierro en el bolsillo (y ni siquiera él mismo sabía por qué continuaba llevándola encima), el chico flacucho se encontró con el Hombre Negro. Salió de la nada, de repente.

Un crujido entre los arbustos y ahí estaba.

El Hombre Negro lo apuntó con su ametralladora, el uniforme de camuflaje sucio de barro, con esa cara de nariz ancha, la piel oscura como el carbón, oscura como el chiquillo no había visto en su vida. No sabía que podían existir hombres de ese color, por lo que se echó a reír.

Fue esa risa la que le impidió al paracaidista americano apretar el gatillo y segarlo con una ráfaga.

El Hombre Negro bajó el arma y silbó, luego se echó a reír con él. Otros tres hombres aparecieron de entre el bosque. Había una bandera con barras y estrellas dibujada en el casco de uno de ellos, un hombrecillo con un bigote ralo y dientes de conejo.

Americanos.

Es decir: el enemigo.

El maestro, en la escuela, en las raras ocasiones en que Robert iba allí, no hacía más que repetirlo. Enemigos, enemigos por todas partes. Los judíos, a la cabeza. Y los americanos. Americanos que eran medio judíos, también ellos. Pero judíos y americanos no eran los únicos. La lista de los malos era larga. Su padre, por ejemplo, había muerto tratando de aplastar al otro gran enemigo del Reich, es decir, los bolcheviques.

Luego estaba la cuestión de los italianos.

Desde que la bandera tricolor había sido reemplazada por la esvástica, más o menos un año

antes, el maestro de la camisa negra que les impedía hablar en alemán había sido sustituido por un *Lehrer*, que no solo los animaba a utilizar su lengua materna, sino que añadió a la lista el «italiano traidor».

Los italianos eran malvados, desleales y mentirosos.

¿Y él?

¿Era alemán, como decía el *Lehrer*, o italiano como había manifestado el maestro de la camisa negra?

Menudo lío.

De todos modos, nadie le había dicho que los americanos, o al menos algunos de ellos, tenían la piel de ese color tan divertido. O tal vez Robert se había saltado esa clase. Cuando tienes el estómago vacío y los pies siempre helados, la escuela es la última de tus preocupaciones.

Los cuatro americanos charlaron entre ellos mientras el chiquillo los estudiaba. Lo sabía: estaban decidiendo su suerte. ¿Una bala en la frente y una tumba entre los matorrales? Quién sabe, tal vez ese fuera el destino de los Wegner. Idiota el padre, idiota el hijo.

Robert, sin embargo, se había olvidado de que ya no era un Wegner.

El nombre grabado en la Cruz de Hierro era Weg-e-ner, y la adición de esa vocal debía de haberle otorgado un pellizco de suerte a su desafortunado apellido, porque los cuatro decidieron que seguiría viviendo.

Uno de ellos sacó un pequeño libro de su mochila y, después de haberlo hojeado, empezó a chapurrear algunas palabras en alemán.

¿Había alemanes en las inmediaciones?

Robert se apuntó con su pulgar contra el pecho.

—Soy alemán. También italiano. Pero alemán.

Ellos negaron con la cabeza: no, alemanes malos, con armas.

—Ra-ta-ta-tá —imitó el Hombre Negro apuntando con el índice a los troncos de los árboles.

Robert se rio.

Era simpático ese Hombre Negro.

—No hay soldados. No aquí.

Tenían un mapa, pero el chiquillo nunca había aprendido a utilizarlos. Sabía dónde se encontraba porque su padre le había enseñado los senderos ocultos del bosque y de la montaña, pero nunca habría logrado señalarlos en un mapa.

Todas esas líneas, esos nombres absurdos.

—No.

Los cuatro se encogieron de hombros, como si no esperaran algo distinto.

Un lugar seguro, le preguntaron. Para dormir.

Las palmas de las manos juntas y apoyadas sobre la cara doblada de lado.

—Ronf..., ronf...

El Hombre Negro era realmente una pasada. A lo mejor también los judíos eran igual de divertidos, pero Robert no había conocido nunca a ninguno. Las SS habían derribado sus puertas y los habían subido de malos modos a trenes iguales que los del ganado. Eso era lo que su padre le había contado, una noche. Buenas personas desaparecidas de un día para otro.

«¿De verdad?».

«Dicen que los llevarán a unos campos en los que...».

«Shhh, estás asustando al niño».

—Claro que conozco un lugar seguro.

No le entendieron.

El chiquillo solo sabía una palabra en inglés y se sintió feliz al pronunciarla.

—*Yes*.

Se colocaron tras él, encorvados, las ametralladoras terciadas, en fila india. Cuatro comandos americanos infiltrados tras las líneas enemigas, lanzados en paracaídas por error a kilómetros de su verdadero destino, y un chiquillo descalzo que hundía sus pies en la nieve de febrero, intentando ignorar las dentelladas del frío.

A menos de una hora de camino su padre había construido una cabaña, oculta por las ramas de un abeto, un poco más grande que una caseta para perros, pero con una especie de chimenea, una pequeña puerta y algunas mantas.

Un refugio.

Cuando llegaron allí, los cuatro americanos, agradecidos, le dieron palmadas en los hombros y le frotaron la cabeza con sus manos (pretendían desordenarle el pelo, pero bajo la gorra de lana Robert iba pelado al cero, por miedo a los piojos) y el Hombre Negro le regaló una especie de ladrillo de chocolate.

No había visto nunca tanto en su vida.

«*Made in USA*».

—Un buen chico —dijo el Hombre Negro después de estudiar el diccionario de su compañero de armas.

Luego sonrió y volvió al inglés:

—*A good boy*.

Uno. Tres. Dos.

Doble cuatro.

El tiempo necesario para organizar un escuadrón, seguir a ese raro chiquillo flacucho hasta el refugio, alguna detonación y el Hombre Negro estaba muerto.

Los ojos vueltos hacia arriba, la boca abierta, el pelo rizado manchado de sangre.

El Standartenführer enfundó su pistola y estudió a Robert, impasible frente a esa matanza, a su lado.

—El chocolate es para los niños. Tú no eres un niño —un gesto, y uno de los soldados empezó a sacarle las botas al cadáver del americano con dientes de conejo.

—Eres fuerte como Siegfried y astuto como... —el Standartenführer se llevó el índice a la barbilla en busca de una iluminación—. Como un *duende*. No —negó con la cabeza, fastidiado—. No, duende no. ¿Cómo se llaman esos...?

—¿Señor?

El soldado le tendió las botas.

El Standartenführer comprobó la suela. Era suave y robusta.

Se las entregó al chiquillo.

Un regalo.

13 febrero del 44: el chiquillo lo aceptó.

No le supuso ningún esfuerzo.

—Estas te serán mucho más útiles que un trozo de chocolate, ¿no te parece, mi pequeño... — la iluminación le llegó. El Standartenführer sonrió, encantado con su propia agudeza—... mi pequeño *Kobold* ?

Exactamente así: *Kobold*.

Un cóbold.

Como en un cuento de hadas, había dicho Marlene cuando Wegener (¿enamorado? Sí, enamorado) le había confesado su historia. *Kobold*. Como las crueles criaturas que vivían en el metal y en la tierra. Con ojos azules que convertían la luz en un destilado de odio y terror. Marlene sabía lo del Standartenführer, sabía lo del *Kobold*. Pero no sabía lo del regalo del Standartenführer.

Las botas.

Cálidas.

Tan cálidas que a duras penas Robert consiguió contener las lágrimas.

—¿Quién es Siegfried?

—¿No lo sabes?

Robert negó con la cabeza.

El Standartenführer lo llevó al aire libre. Para entonces ya había anochecido y hacía frío, pero el chiquillo tenía los pies calientes. El SS se quitó el reloj de oro y señaló el grabado de la esfera.

Un caballero empuñando una lanza.

—Este es Siegfried. Un auténtico ario. El más grande de los héroes. Escaló la montaña y mató al dragón.

—Los dragones no existen.

El Standartenführer sonrió.

—Ya no. Pero ¿y en el pasado? ¿Eso quién puede saberlo? El Hombre Negro existía, y me lo has demostrado. Ha tenido el mismo final que el dragón. ¿Y los cóbolds? Yo pensaba que eran una leyenda, y sin embargo ahora estoy delante de uno.

Le tocó la frente con el índice, sonrió y volvió a bramar órdenes a sus hombres.

El apodo permaneció.

«Confidente Kobold», aparecía escrito en los despachos del Standartenführer. No Robert Weg-e-ner, tan solo «Confidente Kobold». Robert Wegener podía ser localizado y eliminado.

¿Pero Kobold?

Es imposible matar a un cóbold.

Fue un gran descubrimiento el que hizo el oficial de las SS. Kobold tenía talento. Era bueno. Conocía los senderos, los pasos de montaña más ocultos. Era un chiquillo flacucho con unas extrañas botas al que nadie prestaba atención. De manera que escuchaba y anotaba. Quién vendía pan en el mercado negro, quién intentaba escapar del servicio militar, quién ocultaba armas o sintonizaba emisoras de radio prohibidas.

Poco antes de la Navidad del 44, Kobold cambió de bandera. Los americanos, los británicos y los partisanos habían roto el frente y el Reich estaba a punto de rendirse.

En el 45 terminó la guerra, pero el hambre continuó. Kobold aprendió que la guerra, para los que han nacido descalzos, nunca termina. Así que prosiguió con su actividad.

Hombres huyendo hacia el sur y mercancías empujadas hacia el norte.

Al cabo de un tiempo, los hombres en fuga se terminaron, pero no el hambre. Mientras tanto, Kobold se había fortalecido y ya no iba con los pies descalzos, llevaba una pistola oculta en su chaqueta, podía comer sin miedo a endeudarse, pero no se hacía ilusiones.

La guerra continuaba.

Por una nueva palabra: «Respeto».

Kobold quería que a su paso la gente se quitara el sombrero, como habían hecho antes delante del Standartenführer. Quería que los hombres como su padre cambiaran de acera murmurando advertencias a sus hijos. Odiaba a esos hombres. No eran héroes.

Eran mediocres, cobardes.

En una palabra: «Idiotas».

Kobold pronto se dio cuenta de que necesitaba ayuda, pero sabía que los hombres no iban a dejarse mandar por un adolescente. Así que alistó a chiquillos descalzos en cuyos ojos brillaba la llama del hambre. Les enseñó la disciplina, la obediencia y la perseverancia.

No la violencia, porque esos chiquillos imberbes hacía tiempo que la habían aprendido.

Funcionó. Vaya si funcionó.

El volumen de los negocios aumentó y Kobold decidió que era hora de procurarse medios de transporte que no fueran hombros robustos o bicicletas. Compró una camioneta, luego un par de camiones, que se convirtieron en cinco, seis, diez. Nunca había bastante.

Kobold quería más.

Comprendió que para ampliar sus negocios tenía que ponerse a estudiar de nuevo, y así lo hizo. Matemáticas, economía. Pero no solo eso. Descubrió que le gustaba leer. Sobre todo libros de historia y biografías de grandes personajes. Los encontraba apasionantes.

Leyó mucho.

Aprendió mucho.

Más o menos en el año en que nació su futura esposa, el 52, Kobold, que tenía diecinueve

años, pero que en determinados ambientes ya se había hecho un nombre, fue abordado por un contable en busca de dinero fácil.

El momento, le explicó el individuo sin demasiados rodeos, era bueno. Había que poner a Italia en marcha de nuevo y el Estado de buena gana hacía la vista gorda con quienes conseguían que el dinero se moviera. Pero la diversión pronto se iba a terminar y el Estado volvería a ser ese maldito perro guardián que siempre era.

Y, llegados a ese punto, el chucho le mordería.

Para evitarlo, era necesario aprender a hacerle la pelota. Él estaba allí para eso, dijo. A cambio de una pequeña parte de las ganancias, crearía empresas ficticias (por las que tendría que pagar los impuestos como un ciudadano ejemplar, lo que hizo reírse mucho a Kobold), designar testaferros y obrar de forma que sus libros de contabilidad fueran ejemplos de rectitud y honestidad.

A Kobold el razonamiento del contable le gustó.

La actividad prosperó.

Cuando comenzó la ola de terrorismo, las ofertas de trabajo aumentaron a niveles extraordinarios, pero Kobold las rechazó todas. Nada de TNT. Nada de armas. Había aprendido que el chucho podía ser domesticado en todos sus ámbitos, excepto en uno.

La violencia. El Estado se mostraba celoso de ese poder suyo.

Podía aceptarse que alguien desapareciera tirándolo al Passirio o al Adigio. Podían aceptarse las peleas, las cuchilladas en la oscuridad. Podían tolerarse incluso los incendios en los almacenes de la competencia y algún tiroteo de vez en cuando, pero ¿el terrorismo?

Era demasiado.

Sobre todo, Kobold rechazaba propuestas para transportar personas de un lado a otro de la frontera. Era algo que ya no hacía desde mucho tiempo atrás, décadas, y Kobold nunca había contado a nadie la verdadera razón. Ni siquiera a Marlene. Eran secretos que debían seguir siéndolo. Por el bien de ambos. Había que retroceder en el tiempo.

Septiembre del 45.

El último inmigrante ilegal al que Kobold había aceptado hacer de guía: el Standartenführer. Demacrado y con barba crecida. Irreconocible sin el uniforme. La sombra del hombre que le había ofrecido el chocolate belga. El mejor de mundo.

«Kobold —le dijo con voz temblorosa—, tienes que sacarme de aquí».

No había necesidad de preguntarle la razón. Los periódicos estaban llenos de imágenes de las que los judíos, los americanos, los británicos y los rusos reservaban para los ex SS.

Kobold lo condujo hasta los bosques de Val d'Ultimo, haciéndole creer que allí iban a encontrarse con algunos «patriotas» que lo llevarían hasta Génova para embarcarlo y transportarlo a Argentina, donde podría comenzar una nueva vida o conspirar para revivir el difunto Reich.

Una mentira.

Al llegar, en medio del bosque, Kobold sacó su pistola, obligó al Standartenführer a arrodillarse entre las raíces de un tejo, le colocó la Cruz de Hierro de su padre en el pecho y le disparó en la frente.

Le dio la vuelta al cadáver de una patada, le quitó el reloj de oro y se lo puso en la muñeca. Regresó de nuevo a Merano antes del amanecer y de buena mañana obligó a su madre a cambiarle el apellido de Wegner a We-ge-ner.

El reloj de oro aún lo llevaba.

Nunca había perdido ni un segundo.

## 8

En la *Stube* .

Sentado.

El sombrero negro de ala ancha apoyado junto a él, en el banco de madera. La frente amplia y fruncida. El pelo, gris y escaso, muy corto. De vez en cuando suspiraba y se pasaba la palma de la mano por la nuca.

En la mesa había extendido una tela de lino, gastada y deshilachada en los bordes. Con mucha atención, porque desperdiciar era una ofensa al esfuerzo, había derramado sobre el mantel el contenido de un cofrecito de madera. Una cascada de semillas, pequeñas y negras.

Ayudándose con el pulgar y una cuchara sopera, entrecerrando los ojos a la luz de la lámpara de aceite, el hombre con la cara hueca las estudiaba una por una y las hacía deslizarse hasta un envoltorio de algodón del tamaño de un paquete de cigarrillos.

En el fuego borbotaba una pequeña cacerola.

El hombre se llamaba Simon Keller y su padre, *Voter* Luis, había sido un *Kräutermandl* . Muchos le debían su vida al *Voter* Luis. En todo el Tirol del Sur no había hierba, o baya, o raíz cuyas propiedades *Voter* Luis no dominara.

*Voter* Luis había sido un padre, un *Kräutermandl* , pero sobre todo había sido un hombre de fe. Sabía que la vida era como el calor del *Föhn* , una ilusión, y se había asegurado de que sus palabras no murieran con él. *Voter* Luis sabía leer y escribir. Había leído mucho y mucho había escrito. Sus anotaciones eran el tesoro más valioso que Simon Keller poseía.

Después de la granja, naturalmente.

Simon Keller había aprendido de él los secretos de las hierbas, de las montañas y la sabiduría de las gentes que antaño las habían habitado.

Las gentes de antaño eran un misterio.

¿Por qué habían decidido vivir en ese territorio áspero, cernido sobre el valle, por encima del bosque, aferrados a pastos escarpados y estériles como extraplomos, tan cerca del cielo que se corría el peligro de ser cegados por él?

¿Y cuándo llegaron hasta allí arriba?

«En tiempos del Diluvio —decía *Voter* Luis— las aguas se levantaron y ellos subieron para escapar de Su ira». *Voter* Luis conocía todas las respuestas.

Era un hombre de fe.

Simon Keller ignoraba cuánto tiempo hacía desde que se produjo el Diluvio, como tampoco tenía ni idea de quiénes eran realmente las gentes de antaño, pero, gracias a *Voter* Luis, sabía que existían hierbas para dormir, para calmar el dolor de muelas, para coagular la sangre y para mantener a raya el sufrimiento. Las semillas pequeñas y oscuras como pulgas que estaba seleccionando formaban parte de esa increíble categoría.

Semillas de adormidera, de las que extraer opio.

Opio para alejar el dolor.

Era increíble cómo en esos granos casi invisibles se encerraba un poder tan grande. *Voter* Luis decía: «El mundo es un hervidero de milagros y de misterios».

Simon Keller, al igual que su padre, y que el padre de su padre antes que él, era un *Bau'r* .

El *Bau'r* era un campesino, pero también era *Kräutermandl*, cazador, leñador, cocinero, carpintero, ganadero, médico, a veces atleta e incluso sacerdote. *Sobre todo*, tenía que ser un sacerdote. Sin fe, allí arriba se moría uno de soledad y silencio. La fe rellenaba de respuestas los espacios en blanco de los largos e interminables inviernos.

El *Bau'r* era el señor de la montaña.

Justo a los pies de la montaña, Simon Keller había encontrado a la mujer joven. Había sido una casualidad. O tal vez el destino. Por regla general, no se alejaba tanto de la granja. No valía la pena. Pero el cielo, que auguraba la primera tormenta de la estación, lo obligó a bajar al valle y recuperar las trampas que utilizaba para procurarse carne fresca durante el invierno. Una tarea que lo mantuvo ocupado toda la tarde y mucho más, pasada ya la puesta del sol, hasta que, con frío y cansancio, decidió regresar a casa.

Durante el trayecto la vio. Inmóvil en el Mercedes corrugado. Pensó que se trataba de un cuerpo sin esperanza. Por aquella zona, sobre todo en invierno, no era raro toparse con un cadáver. Eran en su mayor parte muertos por hipotermia. Contrabandistas, cazadores furtivos. Viajeros. Simon Keller nunca les negaba una bendición y una oración. Se dejó caer por el barranco precisamente por ese motivo.

Con gran sorpresa por su parte, se dio cuenta de que la mujer joven seguía con vida. Tiró las trampas y trabajó duro para ayudarla.

La sacó del coche, le hizo fricciones para reactivar la circulación, se la echó sobre los hombros y la llevó hasta la granja. Allí, utilizando la luz de la vela, comprobó la reacción de las pupilas, limpió las heridas con jabón y cosió el peor corte, en la frente, para vendarlo luego con gasas de lino que había hervido en agua.

Le dio la infusión para calmar el dolor.

En cuanto despertara, la chica iba a formular bastantes preguntas (¿dónde estoy?, ¿quién eres?, ¿qué ha pasado?) y eso le preocupaba. *Voter* Luis había compuesto bellos sermones. Poseía el talento de la palabra. Él no. *Voter* Luis sabía cómo inflamar los corazones de la gente, Simon Keller se les acercaba únicamente si se veía obligado a ello, para vender lo poco que producía o para comprar lo que no podía fabricarse por sí mismo. Tuvo la esperanza de lograr, por lo menos, tranquilizarla.

Allí estaba protegida.

Había comida, leña para la *Stube*, opio para el dolor.

Numerosas Biblias con las que meditar.

Después de sopesar la bolsita, Simon Keller colocó la adormidera sobrante en la caja de madera, dobló en cuatro la servilleta y la guardó en un cajón con el tirador de latón oscurecido por el tiempo. El baulito terminó en un estante.

De detrás de una de las puertas del aparador sacó una taza de cerámica (desportillada y agrietada, pero la mejor que poseía), sopló sobre ella y la colocó encima de la mesa. Se inclinó hacia la chimenea, cogió la cacerola utilizando un trapo para no quemarse y vertió agua hirviendo en la taza. Sumergió la bolsita con la adormidera y dejó que su mirada se perdiera en los colores que la infusión iba adquiriendo.

En la granja no había relojes. Bastaba con el sol para señalar el ritmo de los días. Simon Keller había aprendido la paciencia desde su más tierna edad. «El tiempo —decía *Voter* Luis— pertenece a las estrellas, no a los hombres. ¿Tú qué eres, en comparación con las estrellas, hijo mío? Brillaban cuando Taré engendró a Abraham y seguirán brillando cuando tú seas olvidado. Las estrellas poseen el tiempo, los hombres son aplastados por él. Es pecado de soberbia no saber esperar».

Simon Keller esperó hasta que la infusión estuvo preparada.

El aceite de la lámpara costaba caro y el *Bau'r* la apagó. Dentro de la granja era capaz de moverse en la oscuridad sin miedo a tropezar. Era su casa, había nacido allí.

Algunos decían que, tarde o temprano, también llegaría la electricidad hasta las granjas que estaban en las zonas más altas, pero él no lo creía. Y tampoco le habría sido posible siquiera comprar un generador, como otros habían hecho, porque nunca podría permitirse uno. Generadores y diésel eran demasiado caros. Y, por otra parte, ¿para qué iluminar la noche si la noche se hizo para dormir?

Subió al piso de arriba. No llamó, habría sido inútil. La muchacha estaba inconsciente y no se despertaría antes del día siguiente. Depositó la taza en la mesita de noche junto a un cabo de vela que encendió con un fósforo.

A la luz de la llama estudió los rasgos de la mujer joven. Estaba sufriendo y Simon Keller lo lamentó. De todos modos, según le había enseñado *Voter* Luis, el sufrimiento era una buena señal. Significaba que el corazón seguía latiendo.

¿No era acaso un milagro lleno de misterio, el latido del corazón?

Verdaderamente lo era.

Simon Keller incorporó a la muchacha y la colocó sentada, los cojines detrás de la espalda, sujetándole la cabeza con la mano izquierda. Con la derecha vertió entre sus labios la infusión caliente, de manera que la tragara por acto reflejo. Pequeños sorbos. Poco a poco el rostro de la muchacha se relajó. Simon Keller se sintió feliz.

Cuando hubo vaciado la taza volvió a enterrar bajo las mantas a la mujer joven y observó su cara.

Ese curioso lunar, sobre todo.

«El mundo es una señal de Su existencia y Él esconde señales en el mundo para los ojos de los hombres de fe. El mundo es un hervidero de señales, de milagros y misterios».

Sobre todo de misterios.

Era exactamente así.

Se levantó y comprobó que la ventana estuviera bien cerrada. Bajo el marco, el *Bau'r* había colocado musgo seco. El viento, sin embargo, advirtió con pesar, se colaba de todas formas. Una corriente de aire gélido. En el exterior, la tempestad no dejaba de ulular.

En la mente de Simon Keller solo había silencio.

## 9

Esperaba.

El aparcamiento del desguace estaba vacío y él estaba solo. Su única compañía eran dos cornejas que trazaban lúgubres círculos sobre las pilas de coches desguazados.

El tipo de la perilla fumaba un Ms tras otro. Los encendía, daba un par de caladas y los lanzaba lejos, sin llegar a consumirlos siquiera hasta la mitad. Sin preocuparse por la nieve y el viento, permanecía bien a la vista, temblando, fumando y sonriendo.

Era feliz.

Los círculos de las cornejas le parecían apropiados.

Esperaba.

El hombre de la perilla se veía atormentado por una pesadilla recurrente. No la tenía todas las noches porque, de lo contrario, se habría vuelto loco, pero sí lo bastante a menudo como para estar seguro de que ese sueño le sería fiel hasta la hora de su muerte.

En la pesadilla volvía a ser un niño y había liado una buena. No tenía importancia de qué se trataba exactamente. Era un detalle que cambiaba en cada ocasión. Había liado una buena y para evitar la ira de sus padres buscaba refugio en el armario de su dormitorio. Una vez cerradas las puertas, descubría con horror que estaba desnudo. Completamente. Desnudo y encerrado, porque oía mientras tanto que la habitación se llenaba de voces, pasos y palabras.

A medida que las voces aumentaban, empezaba a buscar a tientas algo con lo que taparse, con el pánico presionando contra su vejiga, hasta que las manos encontraban un paño suave y cálido. Una manta. Inmediatamente se escondía en su interior, sintiendo cómo el aire se desvanecía, aumentaba el calor y la molestia de la vejiga se convertía en dolor. Con la manta, el calor y las voces de la multitud le llegaba la certeza de que alguien iba a abrir las puertas del armario y le arrancarían la manta justo en el momento en que ya no fuera capaz de aguantarse. La multitud lo vería. Desnudo como un gusano, sucio de meados.

Apretaba los dientes.

Se mordía los labios.

Resistía.

Cuando la necesidad de orinar se le hacía intolerable, el hombre de la perilla, consciente de estar dormido junto a su esposa en la cama, en su casa, hacía todo lo posible para despertarse. Pero, por mucho que lo intentara, no lo conseguía. Tan solo podía temblar, resistir y mantener la esperanza de que la pesadilla, al menos por una vez, cambiara.

Eso no sucedía nunca.

La vejiga se relajaba.

El armario se abría.

La manta era arrebatada.

La multitud lo señalaba, vociferaba y se reía, disgustada.

La última imagen antes de encontrarse mordiendo la almohada para no despertar a su mujer a gritos, empapado en sudor y con el corazón latiendo desafortadamente, era el rostro del hombre que lo había desnudado delante de todo el mundo. La cara de Herr Wegener.

No era necesario ningún psiquiatra para interpretar esa pesadilla. Contenía simplemente toda

la vida del hombre de la perilla. El capitán Giacomo Carbone.

De pequeño había sido delgado, con los ojos hundidos y la mirada huidiza. A los diecisiete años fumaba cigarrillos alemanes y le aterraba acabar alistado. Tenía un cerebro despierto y encontró la manera de ser útil a los alemanes sin tener que enfrentarse al plomo y las esquirlas de metralla de la primera línea. La misma manera que Kobold.

Espiar. Señalar. *Colaborar*.

A diferencia de Kobold, Carbone pretendía llevar un pasamontañas. El Standartenführer lo despreciaba por ello. Lo llamaba cobarde. Su cobardía, no obstante, le salvó la vida durante las represalias, cuando la guerra terminó.

Carbone recordaba bien ese periodo. Meses transcurridos viviendo de la caridad de un pariente lejano, encerrado en una buhardilla, fumando y a la espera de que alguien lo descubriera y le metiera un balazo en el pecho. No ocurrió.

Cuando oyó que habían hallado el cadáver del Standartenführer en los bosques del Val d'Ultimo, se sintió como si volviera a nacer. El secreto de Carbone, del cobarde con pasamontañas, había muerto junto al hombre de las SS. Él, en cambio, había sobrevivido, y el mundo le sonreía.

Volvió a dejarse ver por ahí.

Se graduó y, en un húmedo día de lluvia, se alistó en los carabineros. Se sacó las oposiciones de oficial a la primera. Y, puesto que sabía alemán, sus superiores lo enviaron de servicio al Alto Adigio, en Bolzano. Conoció a una chica que se llamaba Isabella y que ignoraba sus actividades como colaboracionista. Para impresionarla, Carbone se dejó crecer la perilla. Se implicó en su nuevo trabajo y comenzó a hacer carrera. De Bolzano fue trasladado a Bresanona; luego, a Brennero y, finalmente, a Merano. A las orillas del Passirio le pidió la mano a Isabella, y juntos empezaron los preparativos para la boda. Dos días antes del evento, a su puerta llamó Kobold.

Kobold lo sabía.

Pura y simple mala suerte.

Kobold lo había visto una sola vez sin pasamontañas, dentro de los muros del Cuerpo del Ejército Alpino, en Bolzano, pero le resultó suficiente. Su memoria era prodigiosa y como buen cazador esperó a que Carbone tuviera mucho que perder antes de mover ficha. Había sido parco en palabras.

«Ahora eres mi perro».

Y le puso la correa.

Esa misma noche, Carbone tuvo por primera vez la pesadilla de la manta y el armario.

Ser el perro de alguien como Herr Wegener también tenía sus aspectos positivos, porque Wegener sabía cuándo tirar del collar, pero también cuándo gratificar.

Sobornos, entradas gratis para acontecimientos a los que Isabella no podía faltar, descuentos increíbles por parte de revendedores de automóviles o de electrodomésticos.

A cambio, Wegener le pedía soplos, algún informe reservado escondido entre las páginas de un periódico, tal vez un ojo cerrado, o los dos, respecto a ciertos camiones que transitaban por Val Passiria de camino hacia Suiza. Informaciones.

Carbone seguía teniendo la misma pesadilla. Desde hacía décadas. Al menos una vez a la semana. Siempre la misma. El armario, la manta, la multitud que lo señalaba.

La vergüenza.

Wegener lo había condenado a no olvidar. Por eso Carbone lo odiaba.

Ese día, sin embargo, Giacomo Carbone, que a esas alturas ostentaba el grado de capitán, se sentía ligero. Por fin sabía cómo librarse de la pesadilla, de una vez por todas. No estaba

fumando un cigarrillo tras otro porque estuviera nervioso, sino porque se moría de ganas de dar el último tirón a la correa.

Las corneas se marcharon.

La nieve siguió cayendo.

Carbone casi había terminado el paquete de Ms cuando llegó Herr Wegener.

Tenía la cara de alguien que ha pasado la noche en blanco, y los ojos enrojecidos. No hubo saludos. El capitán le hizo señas para que lo siguiera. Lo condujo hasta el interior de un cobertizo.

Dentro, debajo de una lona, le enseñó un Fiat 130 de color gris.

—¿Es este?

No hubo respuesta. La expresión de Wegener lo decía todo.

Carbone sonrió.

—¿Es que no sabes que las mujeres son unas perras? Es necesario sujetarlas con la correa.

Se había preparado la broma durante la espera.

Herr Wegener no reaccionó. Mejor así. Carbone no quería acabar peleándose. La tentación de sacar la pistola y pegarle un tiro a ese hijo de puta sería demasiado fuerte. ¿Por qué arriesgarse a perderlo todo a un centímetro de la meta?

Libertad.

Qué bien sonaba esa palabra.

—Hemos tardado un poco en encontrarlo. Modelo, color, matrícula. La descripción de la mujer, tu esposa, ha sido útil, pero no esencial.

—¿Quién?

—El propietario de este lugar.

—Él...

Carbone negó con la cabeza.

—En cuanto supo a quién pertenecía el coche, se cagó en los calzoncillos. Un pobre diablo.

—¿Y?

—Se presentó él. Ni siquiera tuve que citarlo.

El propietario del desguace, con el sombrero retorcido entre las manos, incluso le había aflojado un fajo de billetes. Era el dinero que la señora Wegener había utilizado para el intercambio, explicó. El Fiat 130 por un Mercedes. El dinero estaba a salvo en un cajón del escritorio de Carbone. El capitán no tenía intención de devolvérselo a su legítimo propietario. Una especie de propina, llamémoslo así.

—¿Cómo?

—¿Cómo, qué?

—¿Cómo hizo Marlene para localizarlo?

—No puedes ser la esposa del pastelero y no conocer a los golosos del barrio.

Herr Wegener se acercó a un paso.

—Tu tono...

El capitán ignoró la amenaza.

—Mercedes W114. Un coche óptimo. Robusto. Color crema. En esta hoja está la matrícula. Ya he comunicado la descripción a mis hombres. Cuenta con un excelente motor, se pueden hacer un montón de kilómetros.

—¿Dijo adónde se dirigía?

Carbone lo miró fijamente a los ojos, saboreando cada gota de incomodidad, terror e ira que leía en ellos y le lanzó una última estocada.

—¿Tú te crees que te casaste con una estúpida?

Wegener se dio la vuelta y se alejó.

El capitán se encendió un Ms y se lo fumó entero, hasta el filtro. Con placer.

Salió del desguace y se metió en el coche aparcado en la esquina de la calle, que estaba esperándolo con el motor en marcha. Le dio al conductor la orden de regresar al cuartel.

Sonrió.

Había una última cosa que hacer antes de volver a ser un hombre libre.

Una llamada telefónica.

## 10

Breve.

El capitán sabía ser sintético. Era uno de los requisitos para cumplir con su trabajo. Omitió cualquier interpretación o nota personal. Nada más que los hechos.

Necesitó menos de tres minutos.

Cuando la llamada terminó, Carbone reunió a sus subordinados y les ofreció una copa de Fernet. Era solo media mañana y todos estaban de servicio, pero una infracción de las normas no podía hacer ningún daño.

Sus hombres no se echaron atrás. Era raro ver al capitán Carbone de buen humor. Además, con esa nevada, había poco que hacer, salvo quedarse de brazos cruzados y ponerse con el papeleo atrasado. ¿Y a quién le gustaba el papeleo?

Mejor el Fernet.

—¡Por el Consorcio! —brindó el capitán, consciente de las miradas perplejas de los presentes. Ninguno de ellos tenía la más remota idea de qué era el Consorcio.

Carbone no los culpaba. Pocos conocían el Consorcio, y esos pocos tenían el sentido común de mantener la boca cerrada. Menos aún eran los tan obtusos como para pensar en meterse en tratos con el Consorcio. Estúpidos como Herr Wegener.

*Pobre, pobre Kobold.*

Volvió a llenar los vasos.

—¡Por los perros sueltos!

Esta vez lo entendieron.

O pensaron que lo habían entendido.

Para Carbone no existía ninguna diferencia.

—¡Por la libertad!

Los vasos tintinearón. Sus hombres se rieron con él.

## 11

La habitación número 12.

Herr Wegener no podía sacársela de la cabeza. Había pensado en ella mientras interrogaba por segunda vez a Georg, Moritz y Helene (no, ningún movimiento extraño por parte de Marlene, ningún encuentro, nada de nada, aparte de la rutina habitual), lo había hecho mientras impartía órdenes por teléfono a sus subordinados y a todos los que, de alguna manera, estaban en deuda con él.

La habitación número 12.

La habitación número 12 del Cuerpo del Ejército.

Había pensado en ella mientras, a bordo del HF, con Georg al volante, se dirigía hacia el desguace para hablar con Carbone. No había hecho más que pensar en la habitación número 12 también tras aquella entrevista (no le gustó el tono con que el capitán se dirigió a él), y había pensado en ella al emitir nuevas órdenes y difundir nuevas informaciones, tomando nota de los nombres de quienes, al otro lado de la línea, no podían ocultar su satisfacción. El gran jefe jodido por su esposa. Una pasada.

*Reíd, reíd.*

Wegener no hacía más que pensar en ello también ahora, mientras cruzaba la puerta de la boutique situada en una de las calles más elegantes de Merano. Frau Holle, así era como se llamaba. Era de su propiedad. O mejor dicho: fue el regalo de bodas que Wegener le hizo a Marlene. Frau Holle, como el cuento de los Grimm.

El nombre lo había elegido ella.

En opinión de Herr Wegener, no era adecuado para una sastrería especializada en vestidos de noche y de boda, pero a Marlene le gustaba (otra vez ese maldito libro suyo) y, tratándose de un regalo, Wegener no había insistido.

El nombre, de todas formas, no había disuadido a la clientela.

Al contrario.

Los ritmos de trabajo eran los de una cadena de montaje. Incluso a pesar de la crisis que hacía subir el precio de la gasolina día tras día, con esos domingos sin coche y las masas de parados que no hacían más que crecer, para comprar un vestido de novia en Frau Holle era necesario apuntarse a una lista de espera infinita y prepararse para desembolsar un montón de pasta. La primera vez que Herr Wegener vio los libros de contabilidad de la boutique se tuvo que frotar los ojos.

En realidad, al menos al principio, el propósito de ese regalo fue el de proporcionar a su esposa una carrera, una meta, para evitar ver cómo se convertía en una de esas arpías que los hombres de poder remolcaban de fiesta en fiesta, cada vez más agrias y más propicias a dejarse seducir por el primer semental que pasara.

De todas formas, aunque la compra de la sastrería se reveló como un negocio redondo, Herr Wegener nunca entraba en Frau Holle de buena gana. Porque allí se iba a encontrar a Gabriel. Lo detestaba. Gabriel Kerschbaumer era peor que una migraña.

Con esos modales suyos tan afectados y su mirada de esnob, el sastre tenía la capacidad de hacer que se sintiera peor que un excremento debajo de la suela de esos mocasines de cuero de

marica. Probablemente era marica de verdad, aunque a Herr Wegener no se le había escapado la fascinación que ejercía sobre las clientas. Incluso a pesar de su calvicie. Mejor dicho, tal vez gracias a ella. Decían que se parecía a un Yul Brynner envejecido y más refinado.

Por lo menos, se dijo, un marica no iba a cortejar a su esposa.

Marlene era hermosa. Realmente hermosa. Con esos ojos azules profundos y el pelo negro azabache. Herr Wegener sabía que eran muchas las miradas de admiración que ella suscitaba en las recepciones o incluso mientras caminaban a lo largo del paseo del Passirio.

Experimentaba una sensación ambivalente con respecto a las miradas. Por un lado, le complacían. La envidia nos hace fuertes. Marlene era como una joya, la manifestación viva de su grandeza. Las mujeres hermosas buscaban a los hombres poderosos, ricos. Su belleza era una bofetada a los mediocres y a los pobres.

Y a los idiotas.

Pero, por otro lado, Herr Wegener seguía siendo un hombre y, como todos los hombres, no estaba exento de ese mezquino sentimiento llamado celos.

De todas formas, hasta ese día Wegener nunca había tomado en consideración la posibilidad de que Marlene se sintiera atraída por otro hombre. No solo porque estaba convencido de que ella lo amaba de verdad, sino porque él era Herr Wegener, no un tipo cualquiera. Ninguna persona en su sano juicio habría cortejado a su esposa.

*Pero...*

Estaba el Fiat 130 cambiado por el Mercedes. La caja fuerte abierta de par en par. Los zafiros desaparecidos. El libro de los Grimm. Un plan ideado por alguien que sabía que no podía volver atrás y que tenía que llevarse lo indispensable para rehacer su vida partiendo de cero.

Y solo había un motivo por el que una mujer podría querer rehacer su vida, ¿no es cierto?

*Concéntrate.* Necesitas pruebas. Lo que estás pensando es *fantasía*. Imaginación. Peor aún: miedo. El miedo no sirve para nada. Piensa en la habitación número 12. Piensa en el odio. Piensa en Gabriel. Ese marica asqueroso. Lo odias, ¿verdad? El odio ayuda.

*Utilízalo.*

Empujó la puerta.

Ahí estaba Gabriel, la camisa arremangada, una aguja entre los labios.

Varias veces había meditado despedirlo, pero con casi setenta años, erguido como un huso y con gafitas colocadas en la punta de la nariz, Gabriel Kerschbaumer probablemente era el mejor sastre de todo el Tirol del Sur. Mejor dicho: de no haber sido por su falta de ambición (Gabriel se sentía un *artista* y los artistas no necesitan cosas vulgares como el dinero) podría haberse codeado con los mejores estilistas de París. Y ganar un montón de pasta. Otro motivo por el que Wegener lo mantenía a distancia. Hoy no, sin embargo. Hoy lo necesitaba.

Cuando Gabriel vio a Herr Wegener cruzar el umbral de Frau Holle, salió a su encuentro. Herr Wegener lo agarró por el codo y lo condujo hasta la trastienda.

Un gesto brusco que hizo salir por piernas a las cinco costureras ocupadas en bordar perlas en un velo impalpable como una telaraña, pero infinitamente más caro.

—Tenemos que hablar.

—A su disposición, Herr Wegener.

—¿Dónde está Marlene?

—Hoy no ha pasado por aquí. ¿Una gripe?

Wegener negó con la cabeza.

—Las preguntas las hago yo.

—Le pido mil disculpas.

Esa voz nasal. Ese vocabulario afectado.

Wegener se masajeó las sienes.

—¿Ha observado algún comportamiento extraño por su parte?

—¿De Marlene?

Wegener lo tironeó por el cuello de la camisa.

—No se haga el gilipollas, Gabriel. No conmigo. Hoy no.

El sastre lo miró de arriba a abajo. Wegener no lo soltó.

—Marlene es una artista. Los artistas siempre tienen la cabeza en las nubes.

Volvió a su perorata habitual.

Cuando Herr Wegener le regaló la boutique a Marlene, había pensado para ella el papel de «dueña de la casa», no el de modista. Entretener a los clientes más acaudalados, ofrecerles un café o un vino espumoso frío. Intercambiar chismes sobre quién-se-acuesta-con-quién (ya, claro, ¿y con quién se acostaba Marlene?) y fijar una fecha para una aburrida noche en el teatro.

No la había comprado, en modo alguno, para ver a su esposa transformada en una de las costureras que, ante su presencia, salían por piernas. En cambio, fue así como ocurrieron las cosas.

Marlene se había puesto a *coser*.

Ante sus protestas le explicó que ese trabajo le gustaba, que era feliz cuando estaba en la trastienda hilvanando corpiños y colas de vestido, y que no tenía ninguna intención de dejarlo. La discusión terminó ahí. Wegener, sin embargo, sospechaba que había sido Gabriel quien le metió a su esposa en la cabeza la idea de que era una artista. Probablemente para burlarse de él.

Cuando afrontó la cuestión con el septuagenario alto y calvo, Gabriel le dijo que Marlene tenía talento. Un don, como lo llamó ese marica. Incluso le enseñó cómo las creaciones de su esposa se habían vendido a peso de oro, o casi.

Era la modista más solicitada de Frau Holle. Después de Gabriel, por supuesto.

El odio.

Un excelente recurso, el odio. Wegener se aferró a él.

—¿Los artistas sangran como todo el mundo?

—Formule preguntas precisas, Herr Wegener, y yo intentaré responderle de manera consecuente.

—¿Marlene mencionó algo de algún viaje? ¿Unas vacaciones o algo semejante?

—No.

—¿Se ha mostrado —una breve pausa en la que Herr Wegener clavó sus ojos en los impasibles de Gabriel— más, digámoslo así, *artista* de lo habitual?

—Tal vez estaba un poco distraída. Eso sí. ¿Ve ese vestido? Tuvo que rehacer dos veces los dobladillos del encaje. Extraño, en alguien tan capaz como Marlene.

Herr Wegener señaló el maniquí en el que se exponía el vestido.

—¿Es *artístico*?

—Usted diría que es una mercancía, Herr Wegener. Yo digo que es arte.

Herr Wegener aferró un par de tijeras y destrozó el vestido.

—Ahora es arte también para mí.

—El vestido tiene que estar listo para dentro de tres días. La novia llega tarde a la ceremonia, esa es la tradición. El vestido, en cambio, ha de ser entregado puntualmente. Y eso no es una tradición, es una regla de mercado.

No perdía su aplomo, ese hijo de puta.

Herr Wegener le puso las tijeras en la garganta.

—Se lo repito por última vez. ¿Ha notado algo raro en Marlene? ¿Se... estaba viendo con alguien? ¿Había cambiado de hábitos o...?

—¿Por qué me lo pregunta a mí? —soltó Gabriel, molesto más por su tono de voz que por las hojas de las tijeras a pocos centímetros de la manzana de Adán—. ¿No hacía que la vigilaran?

Herr Wegener se quedó de piedra.

Bajó las tijeras.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Todo el mundo lo sabe. Fue Marlene quien nos lo confesó. Un día, una de las empleadas, Clara, vio a un hombre siguiendo a su esposa. Un rostro que no le gustaba, así me lo contó a mí, y yo hablé inmediatamente del tema con Marlene. Ella me dijo que no me preocupara, me explicó que ese hombre era uno de sus... colaboradores. Las palabras exactas fueron... —Gabriel chasqueó la lengua—: «Mi esposo se preocupa por mí, caso cerrado».

Caso cerrado.

Nunca le había oído utilizar una expresión de ese tipo. ¿De quién la habría aprendido?

Caso cerrado.

Así fue como Herr Wegener empezó a pensar de nuevo en la habitación número 12.

Furibundo.

## 12

La habitación número 12 era sencilla.

Uno entraba en ella apaleado y salía de allí muerto.

Eso si eras un bandido o un delincuente. O si simplemente eras sospechoso de serlo. Si eras Kobold, en cambio, entrabas asustado y salías más fuerte. Porque Kobold era rápido captando las cosas. Lo decía siempre el Standartenführer. Ese chiquillo flacucho tenía un cerebro despierto y nervios de acero.

Pura raza aria.

Una vez el Standartenführer incluso se lamentó por el hecho de que no fuera Kobold el que llevara su apellido, en vez de su hijo, un inepto que, lejos de cubrirse de gloria en la guerra, permanecía en Frankfurt, atrincherado detrás de un escritorio. Kobold se sintió feliz. Halagado, incluso.

El Standartenführer, animado por la capacidad de Kobold, había empezado a impartirle lecciones entre una misión y otra. Las que Kobold detestaba eran las lecciones teóricas. Lecturas en voz alta del *Mein Kampf*, de libros que parlotaban sobre órdenes esotéricas de caballería, interminables peroratas sobre razas superiores e inferiores. Kobold lo memorizaba y luego, sacando pecho y en posición de firmes, lo repetía como un buen loro y recibía los elogios con una sonrisa falsa.

Kobold pensaba que esas palabras eran basura. Nada de judíos y arios. El mundo se dividía en dos categorías.

El que era dueño de los zapatos y el que se veía obligado a ir descalzo.

Como es obvio, semejantes argumentos nunca los expresó en voz alta, porque el Standartenführer habría seguido martillándole el cerebro con chorradas, en vez de pasar a las lecciones que más le gustaban. O tal vez lo habría mandado fusilar.

Las mejores lecciones eran las prácticas. Eran menos aburridas y mucho más útiles.

Técnicas de guerrilla extraídas de los manuales más recientes de las Waffen-SS, las tropas de élite del Führer. Infiltración y extracción. Camuflaje. Lectura de mapas y uso de la brújula. Métodos para obtener información mediante interrogatorios.

Y ahí estaba la habitación número 12 del Cuerpo Alpino, en Bolzano. Ese lúgubre edificio al que algunos llamaban «el Palazote».

Aquí el Standartenführer le enseñaba cómo arrancar uñas, descoyuntar articulaciones o golpear las plantas de los pies de manera sencilla y eficaz. En la habitación número 12 Kobold aprendió a no tener miedo del dolor.

El dolor no era lo peor que podía sucederle a uno. Lo peor era *esperar* el dolor.

Por eso Herr Wegener dejó solo a Moritz tanto tiempo. Encerrado en el cobertizo de las herramientas de la villa en el Passirio. Con el frío punzante, las sombras que se extendían para luego fundirse con la oscuridad de la noche, y la conciencia gritando que acabara con todo de una vez.

Moritz tenía una tarea. Importante. Vigilar a Marlene. Seguirla. Informar a Herr Wegener de cualquier anomalía en su comportamiento, de todos sus encuentros, fortuitos o no. Quiénes eran los clientes que se excedían un poco en sus miradas y los que coqueteaban, en cambio, a plena

luz del día. Y tenía que actuar furtivamente.

Sin que lo vieran.

En caso de que Marlene se percatara de su vigilancia, entonces Moritz debería informarle. Le caería una buena bronca y tal vez un par de costillas rotas.

Nada más.

Ahora, en cambio...

## 13

Aterrado.

Moritz estaba sentado en el suelo, con la cabeza entre las rodillas. Cuando levantó la mirada hacia Wegener, comenzó a balbucir palabras de disculpa.

—He cometido un error, yo...

—¿Solo uno? —se mofó Herr Wegener.

—Muchos —se corrigió Moritz—, muchos errores, *demasiados* errores, Herr Wegener, y no sé cómo pedirle disculpas a usted, yo...

Wegener sacó la automática de su cinturón.

—Si vuelves a repetir otra vez la palabra «disculpa», te meto un balazo en la cabeza. Te vio. Marlene. ¿Te diste cuenta?

Era inútil mentir.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace un par de días.

—¿Estás seguro?

—Tal vez una semana.

—Y no me dijiste nada.

—Quería estar seguro, señor. No quería que...

—¿Que se me pasara alguna idea extraña por la cabeza?

—Yo no sé nada, señor. Del robo. Fue un despiste. Su esposa... Estoy tan sorprendido como usted.

—¿Tú también crees que ha sido Marlene?

Moritz tragó un par de veces.

Wegener empezó a caminar arriba y abajo por el cobertizo.

Tres pasos y media vuelta.

—Háblame de ese despiste.

—Aburrimiento, y nada más. La señora no hacía más que repetir las mismas actividades todos los días. Se iba a trabajar, el descanso para el almuerzo a la una y a las dos ya estaba de vuelta. Luego a las seis salía y regresaba a casa. Como mucho un café en el bar de al lado de la boutique, en compañía del señor Kerschbaumer y algunas empleadas. Todo muy regular. Siempre el mismo camino de ida y vuelta. Nunca se desviaba.

—¿Nunca se vio con nadie?

—Le habría hablado de ello.

—Me habrías informado.

—Por supuesto, señor.

Herr Wegener se detuvo, acercó su cara a la del hombre y bramó, con ferocidad.

—¿Y yo por qué coño debería *creerte* ?

—Le doy mi palabra, yo...

Herr Wegener lo aferró por el pelo, lo obligó a ponerse a cuatro patas y le golpeó la frente contra el suelo de cemento. Una, dos, tres veces, hasta que brotó la sangre.

Bastante sangre.

Después lo soltó. Moritz se llevó las manos a la frente, los ojos le daban vueltas.

—¿Duele?

—Me lo he ganado.

Wegener sacó el seguro de la pistola y le apuntó con ella.

Moritz tendió las manos, suplicando.

—Por favor...

—¿Cómo se llama tu despiste?

El hombre respondió rápidamente.

*Demasiado rápido.*

—No hay ningún, no...

Herr Wegener disparó.

La bala alcanzó a Moritz en el tobillo. Georg se asomó al cobertizo. Echó un rápido vistazo y desapareció.

Moritz gritaba, arrugado en posición fetal. Wegener le apoyó el cañón en la sien.

—Mi maestro decía que disparar no es un buen método para obtener informaciones. Una herida de bala pone a cero el pensamiento racional y lo deja incapaz para colaborar. No estoy de acuerdo. Yo creo que una bala puede obrar milagros. ¿Quieres saber cómo se convierte una bala en un milagro?

—Sí —dijo Moritz, la cara pálida, empapada de sudor y lágrimas—. Sí, señor. ¿Cómo?

—Tú me dices la verdad y yo me sentiré satisfecho. Georg te llevará a un médico y te tomarás un par de semanas de vacaciones. A tu regreso, nos estrecharemos la mano. Te quedarás cojo de por vida, pero mejor cojo que muerto. Y si a esto no lo llamas milagro, entonces ¿qué diablos sería un milagro?

—Helene.

—¿El ama de llaves?

—Nosotros...

Obvio. Pues claro.

El ama de llaves era una mujer hermosa. Con un poco de maquillaje sería más que hermosa. Wegener se lo imaginó todo. No fue difícil. La confianza que nace cuando se trabaja codo con codo.

Un intercambio de miradas. Las manos que se rozan.

Un beso robado.

Luego algo más audaz.

El hombre está programado para superar siempre las apuestas en el juego. Y forma parte también de su naturaleza el aburrimiento que sigue a la pasión.

Las cópulas son menos sudorosas, el frenesí se transforma en costumbre, luego en molestia.

De manera que aquí está la idea para reavivar el deseo: romper las largas horas del acecho con el escalofrío de un encuentro clandestino.

El peligro es el afrodisíaco más poderoso de todos.

Oh, sí, Wegener podía imaginárselo.

Casi no oyó el disparo.

Encontró a Helene en su lugar, en las cocinas de la villa. Sentada frente a la estufa, estaba hojeando un libro. Una novela barata con una tapa en blanco y negro.

Tan pronto como lo vio entrar, se levantó de un salto, el índice marcando el sitio entre las páginas.

Estaba pálida y tensa, pero hizo un esfuerzo por sonreír. Wegener no respondió al saludo. Fue a su encuentro sin decir una palabra, el abrigo aún puesto. La boca fruncida hacia abajo.

Cuando Helene se percató de la pistola que llevaba Wegener al costado comprendió e intentó escapar, pero ya era demasiado tarde. Wegener la aferró por la trenza rubia y la empujó al suelo. Helene se desplomó. El impacto le vació los pulmones.

Wegener le dio una patada al libro, que salió volando, agarró de nuevo al ama de llaves por la trenza, ahora deshecha, y la obligo a arrodillarse delante de él.

Le puso la automática en la frente.

—Georg está destrozando a tu amante. En trocitos pequeños, porque las truchas del Passirio son esnobs y no mastican con la boca abierta. Tardará poco. ¿Sabes qué significa eso?

Lo sabía.

—Fue idea suya. De Moritz. Ya me estaba cansando. Era aburrido, y aguantaba poco — Helene se sorbió la nariz y lo observó con ojos gélidos—. Como amante no era gran cosa.

Herr Wegener sonrió. Apreciaba la frialdad en una mujer. Era un bien escaso.

—¿Alguna vez te dijo algo? Sobre Marlene.

—No.

—Y tú, ¿alguna vez viste algo?

Helene se mordió los labios.

—Georg está a punto de acabar. Pronto estará aquí —la apremió Wegener.

—Era solo una impresión.

Esa mirada.

Helene estaba meditando. Sabía algo. Pero ese algo la abocaba peligrosamente a acabar también ella siendo pasto de las truchas. El ama de llaves estaba considerando los pros y los contras.

¿Hablar y arriesgarse a acabar muerta o callarse y arriesgarse de todas maneras a tener el mismo final que Moritz?

Solo había una manera de inclinar la balanza del lado correcto, pensó Wegener. La habitación número 12 se lo había enseñado. Permanecer en silencio. Herr Wegener se calló.

Helene agachó la cabeza.

—Tenía a otro.

La mano que sostenía la pistola tembló.

La voz de Herr Wegener, no.

—¿Sabes quién es?

Helene negó con la cabeza.

—Es una suposición.

Herr Wegener la golpeó en la cara con la culata de la pistola.

La mujer se desplomó sobre un costado, sollozando.

—Estaba ordenando las cosas en su estudio, señor. Hace tres semanas. Marlene estaba hablando por teléfono. No creo que se percatara de mi presencia. Es más —se apresuró a decir después de escupir un bolo de sangre y saliva —estoy *segura* de que no me vio ni tampoco me oyó. Hablaba en voz baja, retorció el cable del teléfono con el dedo, así...

Imitó el gesto entrelazando el pelo entre el índice y el corazón.

—¿Qué estaba diciendo?

—Hablaba en voz baja. Solo oí un nombre.

—¿Qué nombre?

Helene lo miró fijamente.

—Y luego usted me matará.

—El nombre.

—Klaus.

Herr Wegener bajó el arma y se la metió en el cinturón. Se dio la vuelta y abrió la puerta de la gran nevera que zumbaba a escasa distancia. Sacó una botella.

Vodka. Le gustaba helado.

—No conozco a ningún Klaus.

—No le corresponde a usted conocerlo, señor.

Una respuesta ingeniosa. Herr Wegener vertió el vodka en dos tazas de metal.

—Levántate. Bebe.

Helene obedeció. Su rostro era una máscara de sangre. Tenía una herida tumefacta y abierta bajo el lóbulo de la oreja.

—Vas a necesitar puntos ahí —murmuró Herr Wegener.

—No duele tanto.

La mujer tomó un trago de vodka.

—La oíste hablar por teléfono. La oíste pronunciar un nombre. Klaus. ¿Cómo puedes estar segura de que se trata del nombre de su —una ligera vacilación—... amante?

Helene se bebió el contenido de la taza de un trago.

Valentía líquida.

—Lo dijo sonriendo.

—¿Se supone que eso debería significar algo para mí?

Helene apoyó los dedos en la herida. Se los llevó delante de los ojos. Luego los frotó en el delantal.

—Existe la sonrisa para el chico de los recados, para el desconocido del autobús. Existe la sonrisa del: «Querido, ¿cómo estás hoy?». Y luego está *esa* sonrisa. Todas las mujeres la conocen.

Herr Wegener asintió.

—¿Esa forma que tenéis las chicas de enamorar sonriendo?

—Sí, señor.

Helene estaba a punto de añadir algo más cuando Georg apareció. Miró la cara ensangrentada de la camarera, la botella de vodka, luego a Wegener.

Wegener lo ignoró.

Helene sintió un escalofrío.

—¿Puedes mostrarme la sonrisa, por favor? ¿Esa sonrisa? Me gustaría comprenderlo —le pidió Wegener al ama de llaves.

—Estaba sonriendo de esta manera. Así.

Tenía una hermosa sonrisa. ¿Le había sonreído Marlene de esa manera alguna vez? No era capaz de recordarlo.

—Continúa. Me gusta. No pares.

Helene continuó.

Wegener aferró uno de los cuchillos del estante situado junto al fregadero de acero y lo hundió entre las costillas de la mujer. Helene dejó de sonreír. Trató de defenderse, dio patadas, lo golpeó con un puño. Wegener empujó con más fuerza. Luego giró la hoja.

Helene dejó de dar patadas.

Un jadeo y también dejó de respirar.

Él se marchó.

Georg se quedó allí. De debajo del fregadero sacó unas bolsas negras y lejía. Por suerte, la cocina era la única habitación en toda la villa en la que no había alfombras. Era un auténtico quebradero de cabeza limpiar la sangre de las alfombras. Se corría el riesgo de tener que tirarlas.

Cerró los ojos de inmediato.

Se vio obligada a hacerlo.

Náuseas, un sabor amargo en la boca. La cabeza que daba martillazos y un silbido débil en los oídos. Solo le quedaba el olfato. Ese no podía ignorarlo.

Hollín, madera quemada, frío. El frío tenía un olor preciso. Similar al ozono, el olor de los rayos, pero más punzante y metálico, como a sangre seca.

Reconocía esos olores. Reconocía los bultos en el colchón que le martirizaban la espalda y la consistencia de las mantas que la envolvían. Significaban pobreza.

Hollín, pobreza. Frío. Por un momento, Marlene se vio asaltada por los recuerdos.

Las vacas en el establo, el hedor del estiércol, la polenta rancia mañana y noche. Las botas de su padre apoyadas junto a la estufa. El rostro de su madre.

El rostro de su madre la empujó a abrir bien los ojos y aceptar la realidad. Su madre estaba (*localocaloca*) muerta desde hacía mucho tiempo y ella no quería pensar en ello.

No más.

Nunca más.

Incluso con los ojos abiertos era casi imposible diferenciar entre la realidad y el recuerdo. La habitación en la que Marlene se acaba de despertar era idéntica a aquella en la que había pasado sus primeros años de vida. Paredes revestidas con pino cembro, la estrecha ventana, el armario brillante y el humo rancio. Incluso la silla coja en la que estaba apoyada su chaqueta era casi igual a aquella sobre la que dejaba la ropa doblada siendo niña y adolescente.

Cuando el *déjà-vu* terminó, vino el dolor. Se llevó las manos a la frente y notó la consistencia de un vendaje. Presionó suavemente. Se le escapó un gemido.

Recordó.

El Mercedes que daba bandazos, los troncos de los abetos tan claros que parecían falsos, el choque. La sangre en el volante y una imagen, granulada.

Un hombre con un sombrero negro, inclinado sobre ella, que la levantaba y la cargaba sobre sus hombros. Los ojos azules, clarísimos.

Caminaba por la nieve y cantaba en voz baja.

No recordaba la letra de esa canción de cuna, solo el tono con el que el hombre la había cantado.

Dulce.

El dolor se calmó.

Marlene miró a su alrededor con mayor atención. Había una vela en la mesita de noche, pero nada para encenderla.

La luz se filtraba a duras penas por la ventana con los postigos cerrados. Se dio cuenta de que había musgo seco bajo el marco. Un viejo truco para detener las corrientes de aire. Exhaló y su aliento se condensó en una nubecilla.

No siempre los viejos trucos son los mejores. Un pensamiento lúcido, por fin.

*Ánimo.*

Levantarse y posar los pies en el suelo le supuso un suplicio. Agacharse y ponerse los zapatos,

una agonía. Estar de pie le provocó mareos que logró controlar únicamente haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad.

Nunca se había sentido tan débil.

Con paso vacilante se acercó a la silla y palpó la chaqueta acolchada. La bolsita con los zafiros seguía allí, protegida en el bolsillo interior. Afortunadamente. Las piedras preciosas eran lo único en que podía confiar. Marlene no sabía dónde se encontraba, no sabía quién la había llevado hasta allí y, se percató entonces, ni siquiera sabía qué hora era. El reloj de muñeca se había parado y le era imposible adivinar la hora mirando a través de los postigos.

Demasiada nieve.

Era importante saber la hora exacta. Muchas cosas dependían de eso.

Pero antes tenía que salir de allí.

Abrió la puerta.

—¿Hay alguien ahí?

Nadie respondió.

Aventuró un par de pasos en la oscuridad.

—¿No hay nadie? —preguntó en voz más alta.

Tampoco esta vez obtuvo respuesta.

Advirtió que había una escalera. Advirtió también que una luz cálida la iluminaba desde abajo.

De nuevo la sensación de *déjà-vu*. Pero ningún recuerdo, ningún sueño. Había una explicación sencilla. Un tenedor, se dijo, es un tenedor incluso en el polo norte. Un tenedor está compuesto por un mango para agarrarlo y dientes para clavarlo. Una granja se componía de un granero, una fuente para el agua, capazos para el pan negro, la habitación para ahumar el *speck* (tres son los ingredientes para hacer el *speck*, repetía siempre su padre: sal, humo y aire limpio), un lavabo exterior, un establo para animales, el sótano para almacenar el vino y el aceite y la *Stube*, el cuarto más importante.

Una granja seguía siendo una granja hasta en el polo norte.

Enfiló la escalera chirriante prestando mucha atención a sujetarse en la barandilla. Al final de la escalera estaba la *Stube*, idéntica a como se la esperaba. La mesa con el banco apoyado en la pared y un par de sillas cojas. Una robusta puerta de madera de alerce casi oculta bajo la escalera, que probablemente llevaba a la bodega del aceite y del vino. Más madera de cembro para romper la monotonía de las paredes de pino. Una olla ennegrecida por el hollín borbotaba plácidamente en el fuego.

Vista una, vistas todas.

O casi.

Fueron el desorden y la suciedad de la *Stube* los que le proporcionaron una prueba más de que no, no estaba soñando. Y que no se trataba de un recuerdo. Ni siquiera en sus peores momentos Mamá habría permitido que la suciedad se acumulara de esa manera. Cuando Mamá perdía la cabeza no hacía más que limpiar, limpiar y volver a limpiar.

Pero Mamá había muerto y Marlene no quería pensar en ello.

Nunca *más*.

Se concentró en cambio en los animales disecados, repartidos por todas partes. Sobre la chimenea, sobre los estantes, sobre los armarios. No eran trofeos para satisfacer la vanidad del cazador. Tenían un nombre específico: *Vulpendingen*. Marlene había oído hablar de ellos, pero nunca los había visto en persona. Allí había por lo menos una veintena.

Un *Vulpendingen* era como una broma. Un animal inexistente disecado que se hacía

ensamblando al azar piezas de caza, con el único fin de sorprender al espectador y echar unas risas.

Aquellos, amontonados alrededor, eran realmente sorprendentes.

Un zorro con alas de grajo y cola de ardilla, espesa y brillante. Un urogallo con cabeza de garduña y pequeñas alas de reyezuelo. Una cabeza de lobo con alas de murciélago en el lugar de las orejas. Esa bestia tenía que ser bastante antigua, pensó Marlene. En el Tirol del Sur los lobos y los osos se habían extinguido hacía casi un siglo.

Se acercó y le rozó el hocico. Gracias a la calidez de la *Stube* parecía casi como si el lobo respirara.

Siguió acariciándolo mientras sus ojos iban vagando en busca de un reloj. Siempre había un reloj en la *Stube*. Un reloj y un calendario.

Vista una, vistas todas.

Por tanto, tenían que estar ahí. Colgando en alguna parte. Lo que ocurría es que no lograba encontrarlos.

Una vez más, esa granja era una excepción.

Mierda.

Era importante saber qué hora era. El margen de tiempo que había calculado para la fuga era limitado. Además, dependiendo de la hora, podría saber qué estaba haciendo Wegener. Saber a quién estaba «interrogando» y qué información obtendría de ellos.

¿El desguace?

¿Moritz?

¿O algo *peor* ?

Para saberlo, de todos modos, necesitaba un reloj, y en esa *Stube* podían verse los *Vulpendingen*, un centenar de pequeñas figuritas de animales tallados en madera, una cabra, un águila, un toro, un lobo, marmotas en varias posturas, una piara entera de cerdas y lechones sonrientes y un gran íbice con el cuerno roto tirado en una esquina, junto a la leña, pero cero relojes.

Separó los dedos del hocico del lobo y se acercó a la ventana, que, con el fin de evitar la dispersión del calor, consistía en un agujero rectangular, pequeñísimo. El hielo se había incrustado en el cristal y era imposible ver el exterior. Seguro que estaba nevando.

Mala noticia. Aquello significaba que estaba varada en ese lugar. Esperando. Mientras que Herr Wegener tenía todo el tiempo para seguir su rastro, sumar las pistas y...

Ante el pensamiento de que Klaus podría estar en peligro, casi se desmayó.

—Mierda —susurró, mientras lágrimas de frustración le escocían en los ojos—. Mierda, mierda, *mie* ...

El ruido del cerrojo de la puerta la sobresaltó. La puerta de la granja se abrió y junto con una ráfaga de agujas de hielo entró un hombre alto, vestido de negro.

El hombre pareció sorprendido de verla de pie. Llevaba dos grandes cubos de metal.

No le fue difícil adivinar a Marlene lo que había ido a hacer ahí afuera, a pesar de la tormenta. El olor era inconfundible. Había ido a alimentar a sus cerdos.

Marlene le sonrió.

El hombre respondió con un gesto. Golpeó con fuerza las suelas de las botas en el suelo, dos veces la izquierda y dos veces la derecha, para liberarlas de la nieve. Dio un paso adelante, apoyó los cubos cerca de la puerta y se quitó el tabardo, que colgó de un gancho de metal junto a una escopeta. Calibre 10, con cañón liso, identificó Marlene. Su padre tenía una similar para la caza furtiva. Ilegal, pero el hambre es el hambre. Un corzo podía alimentar a una familia de tres

personas durante una semana. Incluso dos, si se andaba con ojo.

Fin del dilema ético.

El hombre la observó un momento más con esos ojos suyos azules y penetrantes.

Era un *Bau'r* . Debía de tener unos sesenta años, aunque siempre resultara difícil calcular la edad de un *Bau'r* . El esfuerzo, el viento, el hielo invernal y la sequía veraniega volvían las caras enigmáticas y duras como una corteza. El *Bau'r* era alto y parecía fuerte. Eso también era obvio. Rara vez un *Bau'r* mostraba signos de debilidad. Igual que los árboles, a los que se parecían, tenían una vida austera y se morían de golpe. Un *Bau'r* no podía permitirse largas agonías.

El hombre cerró la puerta y le habló.

—No pensé que fueras a levantarte antes de mañana —dijo sorprendido—. Me alegro. Eres fuerte, para ser una chica de ciudad.

La ropa. La laca de uñas.

El Mercedes.

*Chica de ciudad.*

Marlene no le llevó la contraria. Sin embargo, aunque en los últimos cuatro años se había engañado pensando que era así, esa no era la verdad. Las chicas de ciudad podían caminar llevando tejanos y parecer unas reinas. Conducían porque era natural hacerlo. Eran las (quitamierdas) chicas de montaña las que tenían que pasar horas eligiendo un vestido que no las hiciera representar lo ineptas que eran. Eran ellas las que experimentaban una sensación de desafío cada vez que se ponían detrás del volante, no las chicas de ciudad. Pero esto el *Bau'r* no podía saberlo. Como tampoco podía saber que Marlene odiaba esa laca de uñas y esa ropa porque la hacían sentirse una (puta, puta repugnante) mentirosa. No, Marlene, a pesar de la laca de uñas, la ropa y el Mercedes, no era y no sería nunca una chica de ciudad.

Tampoco se había sentido verdaderamente fuerte. Ni un minuto siquiera, en todos sus veintidós años de existencia.

Fuerte. ¿Ella?

Ya ves tú.

De todas formas, la mujer joven sonrió, agradecida por esa palabra, porque sabía que, en la lengua de los *Bau'r*, fuerte era un cumplido. El mayor, tal vez. A una chica de ciudad ese adjetivo le habría hecho pensar en una pueblerina de piernas fornidas como las de un buey y la expresión sombría. Preferiría ser definida como «guapa», o bien «fascinante» o, mejor aún, «sexy». A lo mejor incluso se habría sentido insultada. Pero el hombre de la puerta no era un hombre cualquiera. Era un *Bau'r*.

Y Marlene, como todas las (quitamierdas) chicas de montaña había sido educada desde su más tierna edad para captar los más sutiles matices del lenguaje y exhibirse en minuetos verbales que, vistos desde fuera, podían parecer ridículos.

Por eso sonrió.

Marlene sabía que «fuerte», pronunciado por un *Bau'r* y referido a una mujer («¿Qué debe saber hacer una buena *Bäuerin*, papá?», «Coser, comer poco y apretar los dientes»), asumía un significado ante el que, en comparación, los adjetivos «sexy», «fascinante» y «guapa» ya podían ir a ocultarse avergonzados.

—Os agradezco vuestras palabras —dijo, inclinando un poco la cabeza y usando el «vos» como se debía hacer con quien tenía más arrugas en la cara—. Y siempre estaré en deuda con vos, ya que sin vuestra ayuda yo estaría muerta. Me habéis salvado la vida. Mi nombre —se presentó— es Marlene. Marlene Taufer.

Taufer, su apellido de soltera. Pronunciarlo en voz alta le dio un poco más de calor a su sonrisa.

El hombre le cogió la mano y la envolvió entre las suyas. Eran duras y ásperas como el granito, pero la presión era suave, casi como si temiera hacerle daño. Una atención que solo una

chica de montaña podía apreciar en su plenitud.

—Me llamo Simon Keller —respondió el *Bau'r*—. No tienes que darme las gracias a mí. No, en serio. Mejor se las das a *Voter* Luis. Fue él quien me enseñó todo lo que sé. Te he dado adormidera porque estabas sufriendo, pero fue *Voter* Luis quien hace años me explicó cómo actuar. He cosido tu herida, y esto también lo aprendí de él.

Señaló la frente de la mujer joven, envuelta en un vendaje, y continuó.

—No hay espejos en la granja, pero no creo que te quede cicatriz. Tienes la piel de un niño. Dentro de pocos años no se verá nada.

¿*Cicatrices?*

Marlene se puso pálida, llevándose instintivamente la mano al vendaje.

«¿Qué pensará Klaus cuando vea mi cara parcheada como la de Frankenstein? ¿Tendrá pesadillas conmigo o seguirá amándome de igual forma?».

Y si...

¡*Ya basta!*

Una estúpida reacción de una estúpida chica de ciudad.

—Las cicatrices no son importantes. Estoy viva. Eso es lo fundamental, Simon Keller —Marlene soltó la mano, bajó la voz y le preguntó, a pesar de haber intuido ya la respuesta—: *Voter* Luis ya no está entre nosotros, ¿lo he entendido bien?

—Así es.

—Entonces será mi deber darle las gracias en mis oraciones.

Simon Keller pareció satisfecho.

—*Voter* Luis era un hombre de fe. Se sentirá feliz.

El minueto había terminado. Se quedaron mirándose unos segundos. Dos extraños a los que el destino había unido. Fue el *Bau'r* quien rompió la incomodidad.

Se aclaró la voz, levantó una silla y la acercó a la chimenea, indicándole con un gesto que se sentara. Marlene obedeció, pero solo después de que Simon Keller se hubiera sentado en el banco, los hombros contra la pared. Formaba parte de las leyes no escritas que regulaban la vida de la granja. A pesar de que dijera «por favor» el *Bau'r* estaba dando una orden, no pidiendo. Era el *Bau'r* quien elegía la plegaria antes de la comida, quien cortaba el *speck* o servía el vino a los invitados. El *Bau'r* era el primero en sentarse en su casa.

¿*Casa?*

Una granja era esfuerzo y condena. Era el legado de siglos de obstinación y tenacidad. Era un refugio contra la intemperie. Una fortaleza segura en un paisaje de gélida muerte. La granja era un mundo autosuficiente regulado por mecanismos antiquísimos.

Definirlo como casa era propio de una chica de ciudad.

—¿No hay una *Bäuerin* a quien pueda darle las gracias?

—Solo un hombre puede soportar vivir en medio de todo este desorden, ¿no te parece? —bromeó Simon Keller—. En realidad, nunca busqué esposa porque ya en los tiempos de mi juventud las mujeres no querían ejercer de *Bäuerin* más de lo que a los hombres de hoy en día les gusta ejercer de *Bau'r*. Las cosas estaban cambiando y como siempre las mujeres se dieron cuenta de todo antes que nosotros, los hombres. Pero para mí está bien así. Tengo todo lo que necesito.

—¿No os pesa la soledad? Se necesita una gran fuerza para soportarla.

Gramática de montaña: ocultar un cumplido detrás de una pregunta.

Simon Keller sacó pecho en un gesto de orgullo.

—Esta es la granja de mi padre y del padre de su padre. Desde hace siglos. En una viga de la

pocilga está grabada la fecha de 1333, pero *Voter* Luis decía que es más antigua. Fue destruida muchas veces, y los Keller siempre la han reconstruido más sólida que antes. La granja protege a la familia Keller desde siempre y la familia Keller siempre cuida de la granja.

—Son sabias palabras —dijo Marlene.

El hombre de pelo gris se pasó una mano por la nuca, acariciando la rala pelusa.

—Son palabras de *Voter* Luis. No mías. *Voter* Luis era un hombre muy sabio. Y era —dijo, levantándose como si acabara de acordarse de algo urgente— mejor que yo, no solo con las palabras, sino también con los buenos modales.

Se dirigió hacia el aparador y abrió las puertas.

Marlene se levantó a su vez.

Simon Keller la detuvo.

—Eres fuerte, chica de ciudad, pero tienes que comer. Comer y recuperar la salud.

Marlene intentó protestar.

—Mi madre no crio a una maleducada. Permitid que os ayude.

Simon Keller dejó por un momento platos y cucharas y, posándole las manos sobre sus hombros, con delicadeza, la obligó a permanecer sentada.

—¿Tu madre estaría más contenta si te viera comer o si te viera sirviendo a un viejo oso como yo?

Marlene sonrió.

Simon Keller le estaba rindiendo un verdadero honor. El *Bau'r* no servía la mesa. Era una tarea femenina. Y también lo que había cocinado para ella era una gran señal de respeto. Albóndigas de hígado. Pequeñas y oscuras, flotaban en una salsa aceitosa. Las albóndigas de hígado se preparaban cuando había invitados ilustres. El cura, el alcalde. El maestro de escuela. Por lo general, la dieta de la granja era monótona y mucho menos nutritiva. Polenta, chucrut. Pan negro. *Speck*.

Un poco de queso.

Marlene esperó a que Simon Keller se sentara y bendijera la comida, pero el *Bau'r* no lo hizo. Aferró la cuchara y empezó a comer. Marlene hizo lo mismo. Quemaba, pero a pesar del aspecto poco apetitoso, el sabor era exquisito. No pidió repetir, fue el *Bau'r* quien le rellenó el plato. Marlene lo vació.

Comenzaron a hablar de nuevo solo cuando el *Bau'r* cargó con tabaco su pipa de espuma de mar, blanca y con una forma inusual, y Marlene, saciada, volvió a sus preocupaciones.

—¿Puedo preguntaros qué hora es?

—Alrededor de las cinco llevo de comer a los chicos; luego, ceno —calculó el *Bau'r*—. Hoy, de todos modos, se nos ha hecho un poco tarde. Por lo que ahora deben de ser las seis.

Marlene parpadeó.

—¿Los chicos?

—Chicos y chicas —se corrigió Simon Keller, riendo y aspirando la pipa—. Mis cerdos. Hubo un tiempo en que también tenía vacas, pero solo me han quedado los chicos. Los cerdos. Yo los llamo así. Son animales inteligentes, los cerdos. También son muy quisquillosos, quieren comer siempre a la misma hora. Yo intento complacerlos, de lo contrario gruñen durante toda la noche —dejó que las volutas del tabaco se perdieran en el aire cargado de la *Stube* .

—De manera que sí, yo diría que son las seis de la tarde. Las seis de la tarde del día del Señor.

Marlene se sintió desfallecer.

—El día del...

—Domingo.

—He pasado...

—Has dormido dos días.

Dos días.

Uno.

Dos.

Tres.

Al tercer timbre, el capitán respondió. Wegener podía oír el parloteo del telediario mezclado con los ruidos domésticos de la noche. Isabella estaba lavando los platos. Podía captar de fondo su voz entonando una melodía.

No saludó, no se presentó. Fue directamente al grano.

—Necesito los registros telefónicos de la villa —dijo.

—No me gusta que me molesten en casa.

—A mí no me gusta tu tono. Los últimos tres meses. Mejor, pongamos seis.

El capitán se echó a reír.

—¿Bromeas?

—Y los quiero rápidamente.

—Eso no es como ir a comprar un par de naranjas a la frutería.

—Tu tono sigue sin gustarme.

Un bullicio. El auricular del teléfono al ser colocado sobre una superficie dura. Pasos. Una puerta cerrándose. El ruido de la vajilla que desaparece.

La melodía, también.

El capitán se puso de nuevo al aparato.

—Se requiere la firma de un juez. Es un engorro interminable. Por no hablar de los riesgos. Eres una persona conocida, alguien podría darse cuenta de mis maniobras y yo me encontraría teniendo que dar unas respuestas de las que carezco.

—Esto no es una petición.

—Hay jueces que darían dos años de su vida por tus registros. ¿No lo has pensado? ¿Y si me pillaran y esas listas cayeran en manos de uno de ellos?

—No eres un juez. Los jueces deciden. Tú no decides una mierda. Simplemente tienes que ser más listo que ellos. Estamos en el mismo barco, Carbone. Si yo me hundo...

—Es algo que queda fuera de mis competencias.

—Tengo un nombre. Klaus. Quiero saber quién es.

—¿Me estás pidiendo...?

—Ya te lo he dicho —lo interrumpió Herr Wegener—, no se trata de una petición.

Cortó la comunicación.

Irritado, se frotó la barbilla con una mano.

La idea de cenar le daba náuseas, pero marcó el número interno y le ordenó a Georg que le llevara un sándwich y algo dulce para beber. Té de melocotón, frío. Con mucho azúcar. Necesitaba energías. Y un café, por favor. Gracias.

Tenía que permanecer despierto. Vigilante. Sus hombres podían llamarlo por teléfono en cualquier momento y debía estar listo para entonces. Sin embargo, nadie lo llamó.

Ayer no.

Hoy no.

Caminó, con los puños apretados en los bolsillos, tratando de liberar su mente. La paciencia, le había enseñado el Standartenführer, era un arma formidable. Trató de seguir el consejo caminando arriba y abajo por la habitación.

Georg llamó y depositó sobre su escritorio un par de sándwiches de jamón, una jarra de té de melocotón y una tacita de café.

Desapareció cerrando la puerta tras de sí.

Mientras comía, Wegener desplegó un mapa detallado del Alto Adigio y por enésima vez lo estudió. Se había pasado todo el domingo con ese mapa, estrujándose el cerebro y formulando hipótesis, y siempre llegaba a la misma conclusión. Marlene no tenía muchas alternativas.

Instinto y razón le sugerían que había huido hacia el norte, no hacia el sur.

Marlene no hablaba bien el italiano, y en Austria o en Suiza su acento no se notaría. Austria o Suiza. Wegener pensaba en la segunda, pero, por una cuestión de pura lógica, habría apostado por la primera.

La frontera con Suiza estaba mejor controlada que la austríaca. Más guardias, más puestos de control. Marlene no tenía los suficientes contactos capaces de garantizarle que podría entrar sin ser sometida a controles exhaustivos.

¿O sí?

La duda lo mortificaba.

¿Había algún otro traidor con ella? ¿Un traidor que pertenecía a su organización? ¿O tal vez alguien externo? Ese Klaus formaba parte de la competencia: en el otro lado, se atormentaba Herr Wegener, desde Eгна hasta Brennero, desde el paso de Resia hasta Pusteria, no existía una organización tan fuerte como para poder competir con la suya y atreverse a desafiarlo. Aparte de ellos .

Pero *ellos* eran otra cosa.

No, el Tirol del Sur era cosa suya.

Solo había perros callejeros y alguna banda de fanfarrones a los que Herr Wegener toleraba. Gente de sangre caliente pero sin importancia alguna.

¿Los había subestimado?

¿Klaus era uno de esos matones todo músculos y sin cerebro?

¿Y cómo había conocido a Marlene? ¿Dónde? ¿Cuándo?

¿Cómo la había seducido?

¿Qué le había prometido que él no pudiera comprarle?

¿*Ella lo amaba?*

Herr Wegener detestaba esas preguntas casi tanto como odiaba esperar, pero más aún detestaba ser apartado de sus propios pensamientos. Por eso, cuando Georg entró en su estudio sin llamar, dejó escapar una expresión de molestia.

—Hay visitas, señor —anunció Georg, sin aliento—. Acaban de pasar la verja.

—¿Y por qué no los has detenido?

—Señor...

Georg estaba preocupado.

Wegener se acercó a la ventana y abrió las cortinas.

Dos coches acababan de aparcar delante de la escalinata de la villa. Dos Mercedes negros, último modelo. No conocía a los cuatro hombres que se bajaron, dos de cada vehículo, pero reconoció la clase. Guardaespaldas. Constitución robusta, gestos medidos. Profesionales.

También reconoció al hombre, apoyado en un refinado bastón de paseo, que inmediatamente después asomó la cabeza y salió del coche. Pelo plateado, elegante abrigo gris antracita. El

hombre levantó la vista hacia él y le hizo un gesto de saludo.

Wegener sabía quién era, quién lo enviaba y lo que quería. Lo único que ignoraba, y que lo llenó de rabia, era cómo se habían enterado tan rápidamente.

*Ellos.*

El Consorcio.

Un chisme.

Un susurro.

Un rumor como los que corren en cualquier lugar de trabajo. El motivo de las prolongadas entrevistas de la maestra con el fogoso directivo. El trabajador al que le gustaba empinar el codo un poco demasiado y corría el peligro de acabar con algún compañero sobre su conciencia. El buen sacristán consumido por el hastío. El encargado con las manos largas.

El hampa era un entorno de trabajo como cualquier otro, y a los delincuentes también les gustaba chismorrear y charlar. Solamente la naturaleza de sus historias era diferente, no el contenido. Hablaban de la prostituta que se vanagloriaba de sus noches en la cama de un cardenal, o del médico cuyos turnos coincidían con los picos de mortalidad en los pasillos, del cuarto de los interrogatorios de la cárcel de Bolzano y del juez que había ocultado las tropelías que había cometido el degenerado de su hijo.

Y susurraban sobre el Consorcio.

Susurraban y se mantenían alejados.

Eran pocas las personas que hablaban de ello abiertamente. Menos incluso los que se preguntaban acerca de su verdadera identidad. Persiguiendo fantasías más que hechos y datos. Se decía que era una rama de la CIA o un resto de la Stille Hilfe transformada en una organización criminal. Se decía que estaban involucrados consejos de administración de bancos al completo, y gente del gobierno. Políticos de gran peso.

«¿Y por qué no extraterrestres?», preguntó burlándose Wegener la primera vez que el rumor llegó a sus oídos.

Pero el Standartenführer no había creído en el Hombre Negro y los hombres negros, al compás de la pólvora y la dinamita, habían desmantelado el Reich pieza a pieza. Por lo tanto, nunca hay que subestimar las leyendas. De manera que comenzó a investigar. También, y sobre todo, porque, al parecer, el Consorcio consideraba el Tirol del Sur *su* porción del mundo, una zona franca para explotar a su voluntad sin tener que pedir permiso a nadie.

Intolerable.

A Wegener le llevó tres años resolver ese enigma y lo que descubrió lo dejó aturdido. El Consorcio no solo existía, sino que además no era siquiera un grupo criminal en el sentido en que Herr Wegener había pensado hasta entonces. El Consorcio era una *entidad*, algo vivo y feroz.

Se sintió encantado.

El Dragón existía y él quería cabalgarlo, pero ¿qué podría representar un hombre de su nivel para los del Consorcio, solo con que la mitad de lo que había descubierto fuera cierto? Un insecto. Al que aplastar bajo la suela y sin miramientos.

A pesar de su villa, de las propiedades repartidas en los Dolomitas, su bella esposa, los hombres fieles, las armas y las cajas de seguridad repletas de billetes en tres bancos diferentes de tres países diferentes, Herr Wegener no era *nada* comparado con el Consorcio.

Lo que habría hecho desistir a hombres más poderosos, y tal vez más astutos, se convirtió en un nuevo estímulo para él. Una vez saboreado el espejismo de cabalgar el Dragón y sentarse en las mesas que importaban, Herr Wegener comenzó a devanarse los sesos para encontrar una

forma de dar el gran salto.

Decidió que debía hacerse notar.

No debía presentarse ante ellos como un mendigo cualquiera implorando limosna. Era el Consorcio el que tenía que llamar a su puerta. Para que sucediera, tenía que golpearlos.

Solo mordiendo, y mordiendo con fuerza, el insecto evitaría la suela del zapato.

La oportunidad llegó cuando Wegener descubrió, tras largas vigilancias, halagos y amenazas, el trayecto de un vehículo articulado, una bestia cargada de mercancías de un valor estratosférico, en tránsito por su territorio con solo dos hombres de escolta. Nadie se habría atrevido a dar un golpe contra esa caja fuerte sobre ruedas. El Tir, los hombres y el contenido de la carga pertenecían al Consorcio. Solo un loco podría pensar en asaltarlo.

Un loco, o Wegener.

Reunió a un pequeño grupo armado entre sus subordinados más despiertos. Tres hombres con pistolas y fusiles automáticos. Cuatro, con él. Montó un falso desvío por obras en la carretera que condujo al tráiler hacia una vía con escasa circulación. Y ahí, la emboscada. Pistolas apuntando, pañuelos para taparse la cara. Como bandidos del Oeste. No hubo necesidad de disparar. Los dos conductores no eran aficionados. Sabían qué hacer. Levantaron las manos, se bajaron de la cabina y siguieron las órdenes de los asaltantes sin derramar siquiera una gota de sudor.

¿De qué iban a tener miedo, después de todo? No eran ellos los cadáveres ambulantes.

Antes de marcharse, mientras el Tir, conducido por dos de sus hombres, desaparecía tras la curva y Georg lo esperaba dentro de un Citroën con el motor en marcha, Wegener se quitó el pañuelo, exponiendo su cara a la luz de las farolas.

—¿Sabéis quién soy?

—Sí.

—Decid mi nombre.

—Wegener.

—Herr Wegener, gilipollas.

—Herr Wegener.

—Informad de que tengo un negocio que proponer.

Los dos hombres del Consorcio se rieron con ganas.

Mirad, un muerto que camina.

En cambio, Wegener había dado en la diana. Los hombres sin rostro del Consorcio se quedaron vivamente impresionados por su audacia. Así, en lugar de enviar a un sicario a que llamara a su puerta, mandaron al hombre con el pelo plateado. Un abogado.

El abogado nunca pronunció una sola palabra que pudiera ser utilizada como acusación ante un tribunal. Al mismo tiempo, fue muy explícito. Le describió a sus empleadores, hombres de negocios a los que no les gustaba perder el tiempo, pero que adoraban la iniciativa. La iniciativa era el motor de la economía y para ciertas personas la economía estaba antes que nada. Su gesto, tal vez un poco exagerado, tal vez demasiado teatral, había sido leído como una señal de *gran* iniciativa, y eso les había impulsado a darle la oportunidad de demostrar de qué pasta estaba hecho.

¿No era esto a lo que apuntaba ese circo de película de John Wayne?

—Detesto a John Wayne —dijo Herr Wegener—. Dígame qué he de hacer.

—¿Aparte de devolver lo prestado?

—Con el depósito lleno, el cambio de aceite y mis más sinceras disculpas.

El abogado sonrió.

—Espere instrucciones. Pero, se lo advierto, va a ir para largo y no será agradable. Tendrá que

demostrar un compromiso absoluto. Mucho cuidado con decepcionar a mis clientes, Herr Wegener. Mucho cuidado.

—No, gracias.

Arrugas de preocupación se dibujaron en la frente del *Bau'r*.

—Va a doler. Cuando se pase el efecto. Más tarde.

—Lo soportaré. Sería desperdiciarlo —lo tranquilizó la mujer joven—. Solo necesito dormir, estoy bien.

Simon Keller vaciló, poco convencido.

—Tengo bastantes reservas.

—Estoy bien. De verdad.

El *Bau'r* colocó de nuevo la adormidera en el estante y la acompañó al piso de arriba, observando cómo subía fatigosamente los peldaños chirriantes, pero sin hacer comentarios.

—Espera —le dijo cuando llegaron.

Entonces volvió a bajar las escaleras.

Marlene oyó que se movía por la *Stube*, abría una puerta (el sótano) y volvía con martillo, clavos, un par de tablas delgadas, una vieja sábana bordada con corazones, un cubo y un recipiente de cal viva para los malos olores.

En pocos minutos, sin decir ni una palabra, construyó un cuarto de baño privado en la esquina de la habitación opuesta a la ventana. Comprobó la firmeza de los clavos, extendió la sábana y asintió, satisfecho.

—A las mujeres —le explicó, ruborizado— no les gusta ser vistas mientras hacen ciertas cosas. Y el baño al aire libre es demasiado frío para una chica de ciudad. Muy frío.

Marlene reprimió una sonrisa frente al pudor del hombre y se lo agradeció con los debidos respetos.

Simon Keller le dio la espalda y se dispuso a salir. Se detuvo en la puerta.

—Mañana —carraspeó, sin darse la vuelta—. Mañana creo que voy a ir de caza al bosque. Serán unas horas, tal vez más. Pero seguro que mínimo dos.

Marlene miró fuera por la ventana.

La noche y la tormenta.

—¿Con esta nieve?

El *Bau'r* se aclaró la voz nuevamente.

—La tempestad tardará un poco en pasar. Puede que tengas que quedarte aquí un par de días, y a las mujeres no les gusta estar sucias. Mañana calentaré agua para la bañera. Luego me iré a cazar, para que tú puedas... Nunca se sabe lo que se puede pillar, incluso con este tiempo. Necesitas carne fresca, chica de ciudad.

Se volvió, incómodo.

—El jabón lo hago yo. Huele a clavo, era el favorito mi madre. ¿Te parece bien el olor a clavo?

—Me encanta —lo tranquilizó ella, enternecida por tantas atenciones.

El *Bau'r* se alzó, le deseó buenas noches y cerró la puerta con delicadeza.

Marlene esperó unos minutos y se lanzó a su váter particular. Luego, vestida como estaba, se metió bajo las sábanas. Casi se había dormido cuando el dolor volvió a hacerse presente. Sin la

infusión de adormidera, dolía de verdad.

Marlene se maldijo por no haber aceptado el ofrecimiento de Simon Keller.

No solo tenía la herida de la frente, sino hematomas por todas partes que reclamaban su atención, y Marlene se vio obligada a dar vueltas y más vueltas en el incómodo colchón para aguantar los pinchazos. Los pinchazos y los pensamientos.

Su plan, en términos generales, era bastante sencillo. Robar los zafiros, cambiar una parte por documentos de identidad limpios para una nueva vida con Klaus y un poco de dinero en metálico. Dólares, a ser posible. Los dólares eran aceptados prácticamente en todas partes. Subirse a un avión y huir a la otra punta del mundo (una parte cualquiera del mundo, siempre que fuera cálida: Marlene se había jurado a sí misma que nunca más sufriría el frío); luego, una vez ya a buen seguro, con *mucho* cuidado, hacer que Herr Wegener encontrara los zafiros restantes.

Hacer que encontrara el resto de los zafiros, al menos el setenta por ciento, según sus cálculos, tenía una doble función. En primer lugar, proporcionar una pista falsa a los esbirros de su marido. En segundo lugar, hacerle desistir.

Al menos, intentarlo.

Aunque dudaba del resultado.

Había una tercera razón, la que más importaba a Marlene. Los zafiros eran el último vínculo con Wegener. Un vínculo que tenía muchas ganas de cortar.

Empezar de nuevo desde cero significaba olvidar.

Olvidarse de Wegener.

Olvidarse de *todo*.

Una nueva vida con Klaus, eso era lo único que pedía. En un lugar cálido. Con arena. Con mar. Con palmeras. Le gustaban las palmeras. La forma en que las hojas se mecían con la brisa.

Sí, era eso con lo que soñaba.

Una nueva vida, pensó acurrucándose bajo las mantas antes de que, agotada, consiguiera dormirse.

A pesar del cansancio, Marlene soñó. No con playas soleadas y palmeras. No con Klaus y el futuro. Ni siquiera soñó, como había temido, con el estruendo del accidente.

Marlene soñó con pequeñas criaturas de ojos azules.

Malvadas y crueles.

Esa noche, Marlene soñó con còbolds.

Pequeños.

Traicioneros.

Villanos.

Los còbolds tenían ojos azules que brillaban en la oscuridad. La oscuridad era lo único que les gustaba. La oscuridad y la tierra donde descansaban. Sucedió, sin embargo, que la luz llegaba a perturbarlos incluso allí, en sus madrigueras enterradas en las entrañas de la Tierra.

La luz no era transportada por héroes como Siegfried, el matadragones, ni tampoco por príncipes azules hermosos y amables como los de los cuentos que Mamá (cuando todavía era Mamá) le contaba a Marlene para hacer que se durmiera.

Los perturbadores de la paz de los còbolds, sus enemigos más acérrimos, eran duendes gráciles, consumidos por el hambre, el cansancio y las enfermedades. Criaturas descarnadas empujadas a la fuerza en las grietas de las minas situadas en lugares con nombres que hacían soñar.

Tailandia.

Birmania.

Cachemira.

Había una palabra para referirse a esos duendes que no eran duendes: «niños». Esclavos, aunque, a quienes los metían en esos túneles con un pico en la mano y un mendrugo de pan en el bolsillo, aquello no les importaba mucho. Su interés se centraba en las piedras azules resplandecientes, no en los duendes que las sacaban a la superficie.

Zafiros.

Còbolds.

Los còbolds habían hecho un larguísimo viaje para llegar hasta la villa en el Passirio de Herr Wegener. Desde Birmania hasta Hong Kong, de Hong Kong a Israel, y de Israel a Merano.

Viajar los volvía *furiosos* .

Demasiada luz.

Los còbolds odiaban la luz al menos tanto como les encantaba la venganza. Venganza contra los inocentes y contra los culpables. Venganza de miles de maneras diferentes. Por eso el viaje al que se habían visto obligados había dejado una muy larga estela de sangre.

La sangre empezaba en una mina rodeada de hombres cuyo pasatiempo favorito era aplastar mosquitos y golpear con culatazos a los niños más lentos, los más cansados o simplemente a los que se ponían a tiro.

Uno de ellos, el duende que había excavado la roca y sacado a la luz a los còbolds, murió con los ojos completamente abiertos en una galería sin oxígeno, dos días después de haber entregado las piedras a su carcelero, un tipo fibroso que, un mes exacto a partir de entonces, se emborrachó y (soñando con duendes que bailaban dentro de su garganta) se ahogó en su propio vómito.

El contrabandista de dientes podridos, quien entregó los zafiros pasada la frontera a un chino turbio que vestía una camiseta de Miles Davis, tenía los ojos abiertos cuando murió.

El contrabandista no tuvo tiempo de llegar al pueblo donde tenía planeado gastarse la mitad del dinero ganado en drogas y putas, cuando se vio en una emboscada de bandidos. Lo

registraron y le arrebataron el rollo de dólares, lo patearon un poco, le hicieron arrodillarse y lo mataron de un tiro de Kalashnikov en la nuca que sonó como la risa de los còbolds que seguían de viaje.

El chino transportó las piedras preciosas a bordo de un todoterreno, kilómetros y kilómetros en plena selva, para luego subirse, dos semanas más tarde, afeitado y sin la camiseta de Miles Davis, a un barco mercante con destino a Hong Kong. Al llegar se colgó inmediatamente del teléfono. Tranquilizó a quien correspondía y a la hora establecida una mujer rubia y esbelta llamó a su puerta, se hizo cargo de la bolsa de zafiros y partió en un Boeing 707 hacia Israel.

La rubia nunca supo nada de la bomba de fabricación casera que mató al chino, cuya única felicidad consistía en acumular dinero y escuchar *Kind of Blue* con una iluminación tenue.

Como tampoco supo nada del tallador de Tel Aviv que, después de trabajar las piedras en bruto que la rubia le entregó en un club nocturno, y que luego envió a Génova, presa del remordimiento por esa vida mezquina a la que las deudas lo habían constreñido, cargado de tranquilizantes y de whisky, escribió una confusa carta (en la que se mezclaban disculpas a sus seres queridos con visiones de criaturas de ojos azules que le roían el cerebro), se cortó las venas y murió con la boca abierta en la bañera.

La rubia no lo supo porque, una semana más tarde, en las inmediaciones de la Gran Barrera de Coral australiana, mientras nadaba preguntándose si le apetecía un Manhattan o algo menos alcohólico, trabó relación con un maravilloso ejemplar de *Haplochlœna lunulata*, un pariente del pulpo cuyo cuerpo está espléndidamente decorado con anillos azules (brillantes como los ojos de los còbolds).

La rubia, fascinada, se sumergió para observarlo mejor y el animal se asustó y la atacó, mordiéndola e inyectándole en el músculo del muslo la especialidad por la que era famoso entre los toxicólogos de todo el mundo: la tetrodotoxina, una neurotoxina que afecta al sistema muscular, paralizándolo.

La rubia no murió ahogada, se ocupó de ella el veneno.

Mientras tanto, los còbolds habían atracado en el puerto de Génova. ¿Su hambre de venganza se había aplacado, quizá? En absoluto. El hombre que fue a recogerlos, enviado por Wegener, intercambiándolos por una pesada maleta repleta de dinero, llevaba un traje que le caía de maravilla. Un hombre sencillito llamado Moritz.

Asfixia. Plomo. Trilita. Remordimientos. Veneno. Ira. La venganza de los còbolds.

De mil maneras diferentes.

Y de su venganza también formaban parte las preguntas clavadas como cuchillos en la mente de Herr Wegener quien, con una máscara de tranquilidad para ocultar el terror, hizo tomar asiento al abogado del pelo plateado en el estudio de la villa en el Passirio y le ofreció el mejor brandi de su bodega.

¿Cuál de sus hombres le habría ido con el soplo al Consorcio?

¿O había sido más de uno?

¿Cuántos lo habían traicionado? ¿Cuántos le eran fieles?

Y la más terrible de todas.

¿Se había quedado solo? Ya no iba descalzo, ya no era un niño, ya no se veía obligado a seguir los senderos de su padre bajo el frío y el hielo, ¿pero de nuevo estaba solo?

Su única certeza se encontraba en la mueca burlona de la caja fuerte abierta. No, se corrigió, mientras el abogado lo conminaba a que se dejara de tantas tonterías obligándolo a que le explicara *todo*: no era verdad. También había otra, otra certeza.

Su vida dependía de esa reunión.

La villa.

El estudio.

El hombre del pelo plateado, el abogado del Consorcio, estuvo escuchándolo mientras saboreaba el brandi con una expresión absorta, casi amable, en su rostro enjuto.

Herr Wegener no había mentido. Si el abogado se había movido, eso significaba que el Consorcio estaba al tanto de lo sucedido. Era inútil irle con bobadas.

Así que empezó hablando de las reuniones de los viernes por la noche. Describió su regreso a casa, la necesidad de molestar a Marlene para transcribir algunos nombres en la libreta negra. La sorpresa de no encontrar a su mujer sumida en el sueño. Le habló del detalle que lo había alarmado inmediatamente. El cuadro que ocultaba la caja fuerte, torcido.

Las manos frenéticas que componían la combinación y el descubrimiento de la caja fuerte depredada. La bolsita de terciopelo desaparecida. Le habló de los indicios que había recopilado y de las pesquisas que siguieron. Las llamadas telefónicas. Las órdenes. La certeza de la traición de Marlene.

La espera.

—Estamos buscándola. Todos mis hombres han sido alertados, sin excepción —terminó, alisándose el pliegue de los pantalones—. La encontraremos. Se lo aseguro.

El abogado se inclinó hacia delante, mirándolo con ojos benévolos.

—Es usted un idiota —espetó, soltándole una bofetada con la mano abierta, seca—. Soy lo único que se interpone entre usted y una bala, Wegener.

—Todo está bajo control.

El abogado se burló de él.

—¿Se da cuenta de la gravedad de lo ocurrido? ¿Sabe, por lo menos, lo que ha dejado que le robaran?

—Sí —dijo Herr Wegener, cuya mejilla ardía como el fuego.

Exactamente así.

Esos zafiros eran la ordalía antes de dar el gran salto.

Convertir su patrimonio en piedras preciosas. Zafiros, para más señas. Azules como el cielo al que trataba de ascender.

Procurarse una gran cantidad de zafiros en el mercado negro presuponía amistades y contactos que demostraban coraje, desenvoltura y capacidad de iniciativa. Pero no se trataba de una banal transacción económica, de comprar acciones para ocupar un puesto en el consejo de administración.

El Consorcio tenía otros objetivos.

Los territorios podían ser saqueados. El dinero, robado y multiplicado. En cambio, los hombres como Wegener eran raros. Y el corazón de los hombres como Wegener había que conquistarlo.

Con los siervos, el Consorcio no sabía qué hacer.

El Consorcio necesitaba personas cuya ambición no se detuviera siquiera frente a la bóveda estrellada. Así, como los antiguos señores feudales, lo que los titiriteros del Consorcio le pedían

al aspirante era una prenda. Eso eran los zafiros. Un símbolo de sumisión y una promesa de libertad.

Sobre todo: una prueba de voluntad. Lo que diferencia al siervo del señor.

O a los vivos de los muertos.

—Hoy se me han formulado preguntas a las que he tenido que dar respuesta —dijo el abogado.

—¿Qué clase de preguntas?

—Sobre su voluntad. He puesto las manos en el fuego por usted. Me he arriesgado. No debería haberlo hecho, pero lo he hecho. He dicho que el Herr Wegener al que conocía, fuerte, audaz, sin escrúpulos, haría todo cuanto estuviera en su mano para recuperar los zafiros. Y más aún.

—Ha sido...

El abogado lo interrumpió.

—No he terminado.

—Disculpe.

—He puesto las manos en el fuego por que la raíz del problema sería extirpada. Lo antes posible.

Wegener enderezó la espalda.

—Marlene está muerta. La mataré con mis propias manos, puede estar seguro.

—¿Cuándo?

—En cuanto mis hombres la encuentren.

—¿Cómo puede asegurarnos que eso va a suceder?

—Tiene mi palabra.

El abogado se pasó la mano por el pelo.

Lo miró a los ojos.

Su cara se puso lívida.

—¿No quiere entender que su palabra ya no vale nada? —gritó—. Usted mismo, mientras esta historia no haya terminado, no es *nada*. Ni siquiera es un ser humano.

El abogado apuntó con un dedo a la cara de Wegener.

—Usted es una cosa. Un objeto. Usted pertenece al Consorcio. ¿Está claro?

—Sí —respondió Herr Wegener, conteniendo a duras penas la ira.

—¿Está seguro?

—Sí.

—¿A quién pertenece esta casa?

Herr Wegener se reflejó en los ojos límpidos del abogado.

—Al Consorcio.

—¿A quién obedecen sus hombres?

—Al Consorcio.

—¿Gracias a quién sigue respirando, en este momento?

—El concepto está claro —gruñó Herr Wegener dando un puñetazo en el reposabrazos de la butaca.

—¡Responda, maldita sea! —vociferó el abogado lanzando el vaso al suelo—. ¡Usted ha sido tan idiota como para hablarle de los zafiros a su esposa! Como un principiante cualquiera. Ha sido tan *idiota* como para dejar que se los robara una mala puta barata y todavía se piensa que es..., ¿qué se cree usted que es, señor Wegener?

Herr Wegener lo miró fijamente largo rato, sintiendo cómo le estallaban las venas de rabia.

Solo había una respuesta.

—Una marioneta. Del Consorcio.

—Entonces, dígame, ¿gracias a quién sigue respirando todavía?

—Al Consorcio.

—Al Consorcio, exacto.

El abogado sacó una tarjeta de visita de la cartera de piel y la colocó sobre la mesita de caoba situada entre él y Herr Wegener. No había ningún nombre ni dirección.

Solo un número de teléfono.

La voz del hombre con el pelo plateado, cuando habló, se había vuelto calmada y tranquilizadora.

Por un momento Wegener se asustó.

—Es un buzón de voz. Deje un mensaje. Fije usted un lugar y una hora para la cita. Un sitio seguro de su elección. Diríjase a ese destino y espere. La persona del buzón de voz podría estar ya allí o bien podría hacerle esperar durante horas. Incluso días. Es muy cauteloso. Usted aguante y espere.

Herr Wegener jugueteó con la tarjeta de visita en sus manos.

—¿Quién es esa persona?

El abogado se levantó, abrochándose la elegante americana.

—Lo llaman el Hombre de Confianza.

—Este hombre...

—No es un hombre. Es un arma —precisó el abogado observándolo. Miró el reloj, hizo una mueca de fastidio. Luego añadió—: Y es también la última oportunidad de demostrarle al Consorcio hasta qué punto es firme su voluntad.

—¿Es un sicario?

El abogado le tendió la mano.

¿Era de día?

¿Era de noche?

La tormenta de nieve no cesaba. Marlene se despertó sobresaltada, le dolía la cabeza y las náuseas la obligaron a jadear durante unos minutos a la espera de poder liberarse de las mantas. Tardó un siglo antes de que pudiera bajar a la *Stube*.

Simon Keller ya hacía rato que estaba levantado, fumaba en pipa y observaba las brasas del fuego.

Marlene le sonrió y, obligándolo a permanecer sentado, le pidió instrucciones sobre dónde encontrar café, cafetera, azúcar, tazas y cucharas. No había azúcar, le dijo con un ápice de vergüenza el *Bau'r*, y las tacitas estaban desportilladas, pero Marlene se las apañó para preparar un café fuerte y vigorizante.

—Lo compro en el pueblo —dijo Simon Keller—. Junto con los plátanos, los cartuchos para la escopeta y los medicamentos para los chicos.

—¿Plátanos? —preguntó Marlene.

—Me encantan los plátanos —se rio el *Bau'r*.

—A mí en cambio me encantan vuestros *Vulpendingen*, Simon Keller. Son extraordinarios. Podrías venderlos y compraros un montón de plátanos —bromeó ella, mientras recogía las tazas y señalaba los animales disecados—. Estoy segura de que harían cola para comprarlos.

—¿No te asustan?

—¿Por qué habrían de hacerlo? Los encuentro divertidos.

Uno en especial, en el que la noche anterior no se había fijado. Una marmota de cuyo culo salían las alas de un gran murciélago. La marmota se inclinaba hacia adelante, como si estuviera a punto de hacer una pirueta, y el conjunto tenía algo de infantil y de vulgar que la obligaba a reírse como una tonta.

—También Elisabeth los encontraba divertidos. Los hacía para ella. *Voter* Luis decía que me había vuelto más hábil que él para construirlos. ¿Conoces la historia de los *Vulpendingen*?

Marlene dejó las tacitas en el fregadero y se dio la vuelta, perpleja.

—¿Elisabeth?

—Mi hermana. Murió cuando era una niña.

—Soy una estúpida, no debería haber...

Simon Keller le hizo un gesto con la mano.

—No te preocupes, chica de ciudad. Yo quería a Elisabeth, era una hermosa niña. Y era buena. Pero ya han pasado años.

La mujer joven se mordisqueó los labios.

—He sido demasiado curiosa, yo no...

—Entonces, ¿quieres saber o no por qué los *Bau'r* perdían el tiempo construyendo *Vulpendingen*?

—Claro que quiero saberlo.

—Es una historia de risa, de verdad —comenzó Simon Keller cargando la pipa de espuma de mar.

La encendió.

Y habló.

—Hace muchos años, el Tirol del Sur era coto de caza. Había bosques, muchos más que ahora. A los nobles de Baviera les gustaban estas montañas y estos bosques, pero sobre todo les gustaban la buena cerveza y el hecho de que sus mujeres detestaban viajar.

Simon Keller soltó una voluta de humo.

—Imagínate a estos condes o marqueses que llegaban con sus bellos carruajes, sus escopetas y todo lo demás. Disparaban a los ciervos, disparaban a los osos y bebían. Al cabo de un tiempo, sin embargo, comenzaron a aburrirse. La cerveza no era suficiente y habían cazado todo lo que había para cazar. Así que empezaron a decirse: «¿Por qué hacemos tantos kilómetros para perseguir a los mismos animales que podríamos matar en los bosques que tenemos detrás de nuestros castillos?».

—Debido a las esposas.

Simon Keller dio un golpe con la mano sobre la mesa.

—Pero podrían haber enviado a sus esposas lejos de sus castillos y hacer allí lo que hacían aquí. ¿No te parece?

—Supongo que sí.

—Un campesino los oyó charlar y se dio cuenta de que si los condes de Baviera dejaban de venir al Tirol del Sur se hallarían ante un gran problema. Traían un montón de dinero, eran ricos. De manera que esperó hasta que estuvieron bien llenos de cerveza y comenzó a hablarles de una terrible criatura que merodeaba por las montañas.

—¡El *Vulpendingen* ! —exclamó Marlene, divertida.

—Una criatura rarísima que salía de su madriguera únicamente durante las noches de luna llena. Y solo cuando las noches de luna llena coincidían con el día del diablo.

Marlene frunció el ceño.

—¿Y cuál era ese día del diablo?

—El viernes.

—Pero...

—Ni siquiera los señores ricos bávaros estaban convencidos de esa historia. Así que el campesino, que era mucho más listo que ellos, sacó uno de estos —Simon Keller señaló la marmota inclinada hacia adelante— y se ofreció a servirles de guía. Los llevó por las montañas, los cansó bien y luego: «¡Ahí está! ¡Disparen! ¡Disparen!». Pero nada, nunca conseguían darle a ninguno. Era un auténtico desafío y la voz se corrió. Los señores fueron haciéndose cada vez más numerosos. Y como no querían hacer un papelón delante de los amigos...

—Empezaron a comprar *Vulpendingen* a escondidas.

—Para llevarlos como trofeo a sus castillos. Y siguieron cubriendo de oro a los campesinos y a los cazadores.

Marlene aplaudió.

—Me habéis dicho que *Voter* Luis tenía el don de la palabra, pero vos, Simon Keller, sois su digno hijo. Hacía años que no oía una historia tan bien relatada.

Simon Keller se escudó.

—Es tan solo una tontería para pasar el tiempo y... a propósito, ya es la hora de que les dé el desayuno a los chicos y luego ponga a hervir el agua —el *Bau'r* apagó la pipa y se levantó.

—Puedo ayudaros, si lo deseáis.

Simon Keller la observó, negando con la cabeza.

—No es un trabajo para chicas de ciudad.

—Pero yo —dijo Marlene— no soy una chica de ciudad. Nací y crecí en una granja. Estaba mucho más abajo que la vuestra, pero sé ordeñar una vaca, hacer mantequilla, retorcerle el cuello a una gallina, y sé lo mal que puede oler un cerdo.

Simon Keller no sonrió.

La miró fijamente con esos ojos suyos penetrantes.

—Tus manos son las manos de una chica de ciudad.

—Fue hace mucho tiempo, cuando yo era una niña. Luego la vida me llevó a vivir a otra parte. Pero recuerdo todo lo que mi padre y mi madre me enseñaron.

—Perdona mi descaro, pero a mis ojos todavía eres una niña. Una niña que debe reponer sus fuerzas.

Marlene en esta ocasión no cedió.

—La granja me enseñó a hacer muchas cosas, Simon Keller. Pero sobre todo me enseñó a mostrar agradecimiento. Por favor, dejad eso, que os ayudaré.

Y así fue como Marlene conoció a los chicos.

No era el viento.

El *Wehen* era el viento que recogía la nieve, la transformaba en hielo y la utilizaba como arma blanca. No era por azar que la palabra «*Wehen*» fuera utilizada como sinónimo de «trabajo».

Fue el *Wehen* el que les dio la bienvenida a Marlene y Simon Keller.

Una vez fuera de la *Stube* bajaron a lo largo de una escalera de madera inestable. La escalera los llevó al nivel de un suelo que la nieve había levantado un metro por lo menos y que, según observó la mujer joven, era empinadísimo y carecía de árboles.

Caminaron a lo largo de la pared de la granja, en fila india, rápidos y agachados para protegerse de la violencia de la ventisca. Una media vuelta alrededor del edificio, una parada para permitir que el *Bau'r* eliminara con la pala los montículos helados delante de una portezuela de madera, y llegaron a su destino.

Marlene arrugó la nariz.

Mucho calor.

*Mucha* peste.

Es un establo, se dijo. Evidentemente, no puede despedir olor a lavanda.

También sus padres tenían cerdos, Marlene recordaba los gritos de las bestias cuando su padre las desangraba para preparar *speck* y jamón para vender en el mercado.

A pesar de que se tapaba las orejas, esos gritos desgarradores la atormentaban durante días. Su padre se dio cuenta del tema, y en el momento del sacrificio de los cerdos la enviaba a casa de *Tante* Frida y *Onkel* Fritz, para ahorrarle las pesadillas.

Más adelante los cerdos desaparecieron. Costaban demasiado y daban pocos beneficios. Un camión llegó soltando humo por el tubo de escape y se los llevó.

Desde entonces, sus padres utilizaron la antigua pocilga como gallinero para los pollos, pero el hedor, incluso echando una y otra vez cal viva para desinfectar, se mantuvo.

—Espera. Podrías hacerte daño —le encareció Simon Keller, bajando por una empinada escalera hasta desaparecer en la oscuridad.

Marlene no tuvo que esperar mucho tiempo.

Casi inmediatamente, junto con el gruñido de los cerdos y las ráfagas de un hedor dulzón y desagradable, llegó una luz. Y la voz del *Bau'r*.

—Vamos, los chicos tienen curiosidad por conocerte.

Nueve peldaños.

Marlene se había dicho que todas las granjas estaban construidas de la misma manera. La historia habitual sobre el tenedor del polo norte. La de Simon Keller era una excepción por la ausencia de relojes y también ahora era una excepción. Debido a la pocilga.

No era tanto por las paredes, carentes de yeso y toscamente levantadas con piedras de gran tamaño talladas con torpeza, ni por la profundidad del establo, ni tampoco por las vigas del techo, tan grandes y oscuras como para parecer también excavadas en la roca.

Eran las dimensiones del conjunto las que resultaban asombrosas. La pocilga era *enorme*.

—Mira —dijo Simon Keller, levantando la lámpara de aceite por encima de su cabeza.

Señaló la incisión de la que le había hablado.

«1333».

—¿Has visto? No mentía, la granja es antigua.

Marlene miró a su alrededor, desconcertada.

—Nunca he visto una pocilga como esta.

El *Bau'r* le dedicó una amplia sonrisa.

—Y nunca has visto cerdos tan hermosos, querida mía.

Ahora que sus pupilas se habían acostumbrado a la luz mortecina de la lámpara, Marlene se fijó en que el espacio estaba dividido en tres zonas. Detrás de ella, los nueve peldaños que llevaban al exterior y algunos sacos de comida, apoyados contra la pared. A su izquierda y a su derecha había vallas de madera tras las cuales gruñían algunos cerdos. Enfrente, una reja de hierro, que salía del suelo de roca cubierto con paja y que se cerraba en el techo, creando una especie de jaula.

En la reja de metal había recortada una portezuela, cerrada con un candado robusto. El interior estaba oculto por la oscuridad.

Vista una vistas todas, ¿verdad?

Marlene negó con la cabeza.

*Y una mierda.*

—Te presento a los chicos —dijo Simon Keller mientras vertía el contenido de uno de los cubos dentro del comedero de la valla a la izquierda—. Estos son los machos. ¿Lo ves? Tengo que darles de comer primero a ellos y luego a las hembras, de lo contrario gruñen. Y no veas cómo gruñen. Chicos, saludad a nuestra invitada, no seáis maleducados.

Los tres verracos, tan gordos que sus ojos casi quedaban ocultos por la grasa, no se dignaron mirarla. Marlene, en cambio, se acercó para verlos mejor. Eran raros. Como las hembras del otro recinto, los verracos eran manchados. Su cuerpo estaba cubierto de grandes manchas negras. También esto era una novedad para ella.

¿Cerdos manchados?

—¿Están enfermos? —preguntó al *Bau'r*.

—Un cerdo normal, de los rosados, no puede sobrevivir a esta altitud. Las gentes de antaño criaban cerdos oscuros que eran más fuertes y no morían de frío —explicó Simon Keller—, pero no daban suficiente carne. Eso representaba un gran problema para ellos. Por eso se decidieron a hacer pruebas, cruzándolos. Y de ahí las manchas. Acércate, no son peligrosos. Tengo el honor de presentarte a Franz y al Doctor; el más tímido es Kurt.

Marlene parpadeó.

—¿El Doctor?

—Claro —Simon Keller le indicó dos pequeñas manchas oscuras alrededor de las órbitas del animal—. Esas son las gafas. Es un tipo un tanto antipático este Doctor, se cree que sabe más que el resto. Kurt y Franz, en cambio, son contrabandistas. Mira las patas de Kurt, ¿no ves que son de color negro hasta la rodilla? Lleva botas de cowboy. No te rías, es tímido pero también un gran vanidoso, te arriesgas a ofenderlo. De todas formas, Franz y él se han hecho socios. Ambos son unos forajidos.

Simon Keller apoyó el cubo vacío en el suelo y sonrió.

—Hacen contrabando de cigarrillos. ¿No me crees?

Tomó un puñado de tabaco de su petaca y lo dejó caer dentro del vallado. Los dos cerdos se lanzaron a por él, gruñendo y chillando.

—Les encanta.

Marlene dejó escapar una risita. Allí dentro Simon Keller parecía otra persona. Menos rígido,

feliz. Como si estuviera más a sus anchas con los animales que con los seres humanos. Sus ojos brillaban como los de un niño en Navidad.

—Ellas, en cambio —dijo el *Bau'r* acercándose a la valla de la derecha—, son las chicas. Chicas de montaña, mucho más educadas que sus amiguitos de ahí detrás.

Volcó el cubo en el comedero y las cerdas, en efecto, se acercaron con menos frenesí, aunque no exactamente de puntillas.

Marlene decidió seguirle el juego.

—¿Tienen nombre estas jóvenes?

—Ella es María, como la mamá de Nuestro Señor. Esa que tiene un ojo negro es Birgit, le gustan las riñas, pero es una gran dama, ¿no ves lo cuidadas que tiene las uñas? —bromeó Simon Keller imitando un puñetazo en la cara.

—Esa, en cambio, es Helene, que es un poco quisquillosa. La otra que está allí al fondo es Gertrud. Era muy divertida cuando nació, le gustaba correr arriba y abajo por el recinto y rodar en el heno. Ahora ya está vieja, ¿ves lo mansa que es?

Ajena a la charla, Gertrud permanecía con el hocico metido en el comedero, lamiendo la bazofia de Simon Keller. Más que mansa, parecía concentrada.

—Pero intenta sacarla de ahí, te digo. Una vez se escapó. En serio. Subió por esa escalera rápida como una comadreja ¡y fuera! Al exterior, a las montañas. Pensé que no volvería a verla nunca más. Si se hubiera ido hacia el bosque, quién sabe, tal vez habría encontrado algo de comida y se hubiese asilvestrado, pero ¿en la montaña? Allí arriba solo hay roca y hielo. Sin embargo, tres días más tarde, ¿quién vuelve a casa, estando aún en plena forma?

—Gertrud la fugitiva.

—Así es —exclamó Simon Keller—. Gertrud la fugitiva. Es la más vieja de todos los de aquí. Debería haberla convertido en *speck* y salchichas hace ya algunos años, pero no pude hacerlo. Sería como cortarle el cuello al hijo pródigo. Eso no es una buena acción...

Un tintineo.

Ligero.

Los cerdos se callaron.

Simon Keller interrumpió la frase a la mitad y se volvió hacia la reja metálica.

Hacia la oscuridad.

El tintineo se repitió. Un amable toque de campanilla.

—¿Quién es? —susurró Marlene.

No qué.

Quién.

—Ah, ella —respondió Simon Keller—. Ella es mi pequeña Lissy.

Simon Keller se desabrochó el tabardo que hasta entonces había mantenido cerrado, a pesar del calor sofocante de la pocilga. Por debajo, el *Bau'r* llevaba un saco de tela en bandolera. Un morral de cazador. Soltó las hebillas y sacó una bolsa de plástico. Estaba hinchada y debía de pesar unos cuantos quilos.

Se la tendió a Marlene para que la sujetara.

—Es una mimada, la pequeña Lissy —le explicó el *Bau'r*—. Una auténtica princesa. A ella no le gusta la comida de los demás.

De uno de los estantes Simon Keller cogió un tazón del tamaño de un cuenco. A Marlene se le salieron los ojos de las órbitas. El cuenco no era de acero. Era de plata.

El *Bau'r* le sacó lustre con un paño hasta que brilló a la luz de la lámpara de aceite.

Le quitó la bolsa de las manos y volcó el contenido en el tazón. Una pasta de desagradable aspecto. La mezcló aplicadamente hasta convertirla en un puré homogéneo que a Marlene le recordó a una polenta un poco demasiado líquida.

Al final se lavó las manos en el bebedero de los cerdos, se las secó sobre su tabardo y se dio una palmada en el muslo. Solo entonces habló Marlene.

—¿Lissy? —preguntó.

Instintivamente había bajado la voz.

—Como la princesa del Kaiser —respondió alegremente el *Bau'r*.

—¿Sissi?

—Lissy —la corrigió Simon Keller mientras se acercaba a la reja de hierro, el cuenco entre sus manos.

—Nosotros decimos Lissy, no Sissi.

Marlene nunca había pensado en ello, ni siquiera cuando vio la película. Pero el *Bau'r* tenía razón.

Sissi era Romy Schneider, acicalada e impresa en el celuloide. Tal vez en la corte de los Habsburgo la verdadera princesa, la que fue asesinada en un atentado, era llamada así. Pero allí, en el Tirol del Sur, se hablaba en dialecto. Y el dialecto determinaba que el diminutivo «Sissi» se deformara en «Lissy».

—Lissy —repitió Marlene.

Simon Keller apoyó el contenedor en el suelo y del saco de tela extrajo un guante de acero, como el que utilizaban los carniceros para no herirse. Se lo puso.

Abrió y cerró el puño.

Satisfecho, se desabrochó el primer botón de la camisa, la única nota blanca de su vestuario, e hizo pasar alrededor de su propio cuello una cadena que terminaba en una llave.

La insertó en la cerradura de la portezuela y abrió.

La puerta cedió con un chirrido (*Crunch, crunch, crunch. ¿Quién roe, roe? ¿Quién mi casita me come?*) que obligó a Marlene a rechinar los dientes.

Simon Keller colocó el cuenco con la bazofia en el interior del enrejado y cerró de nuevo la portezuela.

La llave desapareció debajo de la camisa, el guante en el morral y el morral bajo del tabardo.

Pero aún no había terminado.

De un bolsillo del chaleco, el mismo en el que un caballero habría guardado su reloj, el *Bau'r* sacó una campanilla. La agitó. El sonido era idéntico al tintineo que había interrumpido su conversación. El *Bau'r* comenzó a murmurar.

—Dulce Lissy, pequeña Lissy...

De repente la oscuridad se convirtió en líquida. Marlene se quedó sin aliento. Trastabilló hacia atrás hasta rozar el recinto de los verracos, que no reaccionaron.

Estaban en silencio, el hocico orientado hacia la reja de metal.

Marlene tosió, pero no sirvió para nada.

—Dulce Lissy...

La luz de la lámpara de aceite ya no podía contener la oscuridad, que se apoderó de las paredes como si fueran las telas de una cortina, haciendo que se balancearan.

—... pequeña Lissy.

El hedor de los cerdos se hizo insoportable. Marlene se sentía atrapada. Tenía que salir de allí. Necesitaba aire.

—Dulce...

Necesitaba que Simon Keller no continuase con esas palabras y con la campanilla.

—... Lissy.

Un mareo.

Marlene se apoyó en la valla con todo su peso. De no haberlo hecho, se habría caído al suelo.

El *Bau'r* se dio cuenta. Dejó de agitar la campanilla y se la guardó, alarmado.

Las paredes dejaron de oscilar. La oscuridad se retiró.

—¿Te encuentras mal, chica de ciudad?

Marlene intentó tragar saliva un par de veces.

—Yo... me temo que no estoy en forma.

Simon Keller se levantó.

—Me habría gustado presentarte a Lissy, pero tendrá que ser en otra ocasión. Es tímida, mi princesa. No le gustan los desconocidos. Salgamos, porque si nos quedamos aquí, no comerá.

Marlene no se lo hizo repetir dos veces. Se lanzó escaleras arriba, hasta la puerta. La abrió de par en par.

El *Wehen* .

El frío.

*Aire* .

Se dio la vuelta, vio a Simon Keller con los cubos en la mano derecha.

Fue entonces cuando la imaginación de Marlene se disparó de verdad.

Una vez más, el cuento devoró la realidad.

Oyó el tintineo. Leve. Amable. Desde la oscuridad, al fondo del establo. Desde detrás de la rejilla metálica.

Simon apagó la lámpara. El chisporroteo de la luz de aceite que se extinguía se convirtió en el espacio en blanco entre un tic y un tac y la imaginación de Marlene transfiguró la realidad en algo diferente. Duró un segundo, tal vez dos. En ese instante la mujer joven vio que algo se movía.

En la oscuridad.

*Tic* ...

Una visión fugaz, con el rabillo del ojo y la mente embarullada por culpa del calor y de la peste, mientras la oscuridad guillotina la pocilga. Fue como durante el accidente.

Su vista se aguzó y Marlene vio (imaginó) todos los detalles.

Lissy.

Negra en la negrura. El hocico a más de un metro del suelo. Una mole de cuatrocientos quilos. Los poderosos costados que vibraban igual que fuelles. Una pequeña cresta de cerdas albinas entre las orejas. Dos láminas de piel pálida que unían las órbitas con los colmillos relucientes de baba. Un hocico erizado de dientes puntiagudos.

Y una mirada.

Inteligente.

Como si Lissy entendiera. Como si pudiera ver en su interior.

Todas sus mentiras. Todos sus recuerdos.

Su alma al desnudo.

... *tac* .

La oscuridad.

El frío.

La tormenta de nieve.

La realidad.

La carrera bajo el látigo del *Wehen* , la escalera con la barandilla tambaleante, el calor de la sala, Simon Keller que hablaba alegre mientras ponía al fuego una olla con agua tras otra para llenar la bañera.

Un poco de café que había sobrado con el que calentar los huesos.

Los saludos del *Bau'r* .

El jabón de clavo.

En el Gólgota, la Cruz. En el Sinaí, la Ley. En el Moria, ni una gota de sangre de Isaac.  
El Greylock mostró a Herman el Leviatán. El Ararat detuvo el Arca. El Himalaya dio a luz al Buda.

El Meru es el centro del mundo y la Estrella del Norte vela por él. En la cima del Kailash, oscuro y frío como la superficie de Plutón, baila Shiva el terrible.

Bajo una montaña sin nombre, Marlene conoció a Lissy.

Fue solo en un segundo momento cuando cayó en la cuenta.

Un par de horas después de que Simon Keller se echara al hombro un zurrón y el calibre 10, un puñado de cartuchos en el bolsillo, un gran cuchillo en su cinturón y desapareciera en la tormenta de nieve.

Marlene cayó en la cuenta mientras se demoraba en el agua tibia y fragante tratando de relajar los músculos doloridos y *no* pensar en Herr Wegener. O en Klaus.

O en Lissy.

Con el único resultado de no poder hacer nada más que imaginar la ira de su marido, pensar en Klaus y preguntarse por qué la cerda negra del otro lado de la reja metálica la había asustado tanto.

Pequeña Lissy. Dulce Lissy.

¿Pequeña?

El animal que Simon Keller tenía detrás de esa inquietante reja de hierro era el cerdo más grande que Marlene había visto en su vida.

Por no hablar de los colmillos.

De vez en cuando podía ocurrir que un cerdo naciera con dientes diferentes de lo habitual. Su padre le había explicado que no había nada que temer, que era solo un capricho de la naturaleza. Como si esos cerdos recordaran lo que habían sido antes de que el hombre los domesticara. Por regla general, de todos modos, se trataba de uno o dos dientes, un poco retorcidos y ligeramente puntiagudos. Nada comparable a los colmillos de la *dulce* Lissy.

Esos eran colmillos de jabalí capaces de destripar incluso al más formidable de los cazadores.

Solo entonces cayó en la cuenta.

Lissy.

Sissi.

Ambos diminutivos de Elisabeth.

Marlene se llevó una mano a la cara y abrió los ojos por completo, con la mirada perdida en el vacío. Simon Keller le había puesto a la cerda el nombre de su hermana muerta.

El primer impulso fue el de echarse a reír.

No lo hizo.

Era lo más triste que había oído en su vida.

Al pie de la letra.

Así había ejecutado las instrucciones del abogado. Había llamado al buzón de voz y dejado un mensaje fijando el lugar del encuentro. La boutique de su esposa.

Al día siguiente.

—Me encontrará allí a partir de las ocho de la mañana.

Pasó la noche en blanco.

Y al día siguiente se presentó.

Se hizo acompañar por Georg, a bordo del HF. Luego se despidió de él y se preparó para la espera. Frau Holle estaba vacía. Le había dado instrucciones a Gabriel y a las costureras: la boutique se tomaba un día de descanso. El sastre protestó, Herr Wegener le colgó el auricular sin dejarlo acabar.

Una vez en el interior, encendió la estufa en la trastienda y se acomodó en una silla, con los brazos cruzados, la mirada perdida tras el escaparate.

Las calles estaban desiertas, la nevada no daba muestras de amainar. ¿Desde cuándo duraba esa maldita tormenta? ¿Tres días? ¿Cuatro? *Cuatro*. El primer copo se remontaba a la noche del robo.

Cuatro días.

Una eternidad.

Marlene podría estar en cualquier parte.

Ese pensamiento lo hacía sentirse como un animal enjaulado. Ninguno de sus hombres la había visto. Ni a ella ni al Mercedes. Los registros telefónicos que le habrían permitido conocer la identidad de Klaus tardaban en llegar. Carbone no respondía a sus llamadas.

Peor aún.

Sus hombres comenzaban a estar nerviosos. La crisis económica había multiplicado por diez el volumen de los negocios, pero sin él era difícil gestionarlos. Se necesitaban órdenes e instrucciones. Cada hora perdida persiguiendo a Marlene equivalía a espuestas de dinero tiradas al viento. No lo entendían.

Ellos...

Apretó los puños.

Impotencia. Una sensación que para Herr Wegener tenía el sabor de los recorridos infinitos por los senderos, con la Cruz de Hierro apretada en la mano.

Pasó la mañana como pudo.

Herr Wegener no se movió del taller. Sentado junto a la estufa puesta a máxima potencia. Tenía frío, especialmente en los pies. Estaban congelados y no era capaz de calentarlos.

También pasó el mediodía.

Herr Wegener se levantó una sola vez para vaciar la vejiga y beber agua del grifo en el lavabo. No tenía hambre.

Era incapaz de alejar esa gélida sensación.

La tarde terminó.

Merano estaba inundada por una niebla de calma. Los únicos ruidos eran los de las máquinas

quitanieves atareadas en echar hacia los márgenes esa locura blanca que no dejaba de caer del cielo.

Le habían dicho que tuviera paciencia.

Wegener tuvo paciencia.

Al oscurecer, la sensación de hielo pasó y por fin sintió su cabeza despejada. Los pensamientos se hacían netos, exactos. Pensamientos de muerte. Para Marlene. Para Klaus. Para todos los hombres que lo habían traicionado, que se habían burlado de él por dejarse engañar por una mujer. Carbone sería el primero. Había sido él quien avisó al Consorcio. Herr Wegener estaba dispuesto a poner las manos en el fuego. ¿Y Georg? ¿Le era fiel? No lo sabía, pero no le había gustado nada la mirada que le dirigió antes de salir, esa misma mañana.

Una mirada de lástima. ¿O tal vez de desafío? En ambos casos, pagaría por ello.

*Todo el mundo* pagaría por ello.

Su venganza sería terrible. Los mataría a ellos y a sus familias.

Se imaginó montañas de cadáveres apilados unos sobre otros, una pirámide de piernas y de brazos, y él, en la cima, riéndose de esos cuerpos destrozados. Implacable, como solo él sabía y podía ser.

¿Y el abogado?

Él también iba a morir.

Tendría que urdir algo que no resultara sospechoso. Un accidente. O un poco de cianuro, como el que los oficiales de las SS llevaban en el bolsillo para evitar la deshonra de la rendición. Pensar en la venganza eclipsó su frustración.

El tiempo pasaba.

El número de cadáveres iba creciendo frente a sus ojos.

Se dio cuenta de que la estufa languidecía y se levantó para añadir combustible. Se lavó las manos y volvió a beber un poco de agua.

Sentado de nuevo, se quedó mirando la puerta.

Se adormiló.

Soñó que estaba en los bosques de Val d'Ultimo. El Standartenführer estaba arrodillado delante de él, la Cruz de Hierro de su padre colgada del pecho, los dedos entrelazados en la nuca.

Era un sueño y no un recuerdo, porque en la realidad el Standartenführer le suplicó por su vida. En el sueño, en cambio, el hombre de las SS se estaba burlando de él.

«¿Estás seguro de lo que estás a punto de hacer, Kobold?».

Wegener apretó el gatillo. Tres veces.

Por poco las detonaciones no le hicieron caer de la silla.

Tres disparos más.

Una silueta en la noche, del otro lado del escaparate.

La silueta llamó otra vez.

Se lo había imaginado diferente.

Los sicarios que había conocido tenían caras de desprecio. Eran depredadores y llevaban encima la marca del asesinato. Ellos lo sabían y se enorgullecían.

El Hombre de Confianza era guapo. Tan guapo como un actor de Hollywood. El Hombre de Confianza, pensó Herr Wegener, se parecía a Warren Beatty en *Bonnie and Clyde*. Los ojos del Hombre de Confianza le hicieron pensar en los del crucifijo de la pequeña iglesia a la que su madre lo llevaba a rezar. Ojos limpios. Con una nota de sufrimiento, un velo de dolor en el fondo.

No, no de sufrimiento.

Compasión.

El Hombre de Confianza tenía unos ojos compasivos.

Se sentaron en la trastienda de la boutique, sin intercambiar ni una palabra. El Hombre de Confianza iba vestido de manera elegante. Chaqueta y corbata bajo un abrigo de lana que le llegaba hasta las rodillas. Un sombrero y un maletín de cuero, como los de los médicos. Se quitó los guantes y tendió las manos hacia la estufa, frotándose las.

Herr Wegener carraspeó.

—Le he llamado para...

El Hombre de Confianza le indicó con un gesto que esperara.

Se quitó el abrigo, lo dobló cuidadosamente y lo colocó sobre una de las mesas de trabajo de la trastienda. Desabrochó la hebilla del maletín de médico, lo abrió, sacó una cuchara envuelta en una servilleta inmaculada y se la pasó a Herr Wegener.

También del maletín de médico, con mucho cuidado, sacó un cuenco, la tapa asegurada con cinta adhesiva. La retiró tirando de ella con las uñas y depositó el cuenco sobre las rodillas de Herr Wegener.

Todavía estaba caliente.

El Hombre de Confianza quitó la tapa y la colocó sobre la estufa. Luego se sentó.

—Lleva todo el día esperando. No ha comido nada. Por favor —le dijo sonriendo—, coma.

Herr Wegener primero lo miró a él, luego el contenido del cuenco.

Una sopa.

El aroma era apetitoso.

—¿Y usted? —preguntó Wegener, pillado a contrapié—. ¿No me va a acompañar?

—Me corresponde a mí hablar en primer lugar. Dígame qué le parece.

Herr Wegener hundió la cuchara en la sopa.

Era exquisita.

—Buena. Muy buena, de verdad.

—¿Quiere más sal?

—Va bien así.

—¿Está seguro? No me haga cumplidos.

—Está excelente. Nada de sal, gracias.

Wegener se metió otra cucharada en la boca.

El Hombre de Confianza se recostó en el respaldo de su silla y cruzó las piernas.

—En primer lugar, me gustaría aclararle algunos detalles. ¿Le parece bien?

Hizo una pausa, esperando una señal de su interlocutor.

Este asintió.

—El número al que llamó no existe. Las personas para las que trabajo no existen. Yo mismo no existo. Incluso usted no existe. ¿Quiere agua? ¿Tiene un vaso?

—Allá.

El Hombre de Confianza se levantó, llenó el vaso en la pila del cuarto de baño y regresó.

—Usted desea establecer un contrato conmigo. De mis honorarios hablaremos cuando concluya el trabajo. Irán a su cargo, no a cargo de quienes son mis empleadores, y creo que usted ya se puede imaginar el motivo. No se le van a exigir ni pagos adicionales, ni adelantos. El trabajo podría durar horas o años, esto no hará variar la remuneración.

—¿Y si no lo lograra? —preguntó Wegener secándose los labios con la servilleta. Casi había vaciado el cuenco.

—Eso no ha sucedido nunca.

Wegener asintió.

—La reserva —continuó el Hombre de Confianza—, por supuesto, está garantizada. Tanto por mi parte como por la suya. Para lograr el propósito tendré que hacerle unas preguntas, algunas incluso de carácter íntimo, pero de la misma manera que usted no ha visto nunca mi cara, yo tampoco he visto nunca la suya.

—Estoy hablando solo, ahora mismo.

El Hombre de Confianza sonrió, amablemente.

—Me dijeron que estaba usted dotado de un gran sentido del humor. Es una característica que valoro. Especialmente en estas coyunturas. Es una señal de temple y de nervios de acero. Bien, muy bien.

—¿Qué más le han dicho sobre mí?

—Que usted —respondió el Hombre de Confianza, poniéndose serio de repente— debe tomar una decisión.

—Yo ya he...

El Hombre de Confianza lo hizo callar con un suspiro.

—Quiero ser aún más claro. ¿Alguna vez ha disparado?

—Por supuesto.

—Pues entonces sabrá usted que, una vez apretado el gatillo, la parábola de la bala da comienzo y es irreversible. ¿Conoce el significado de esta palabra? Yo soy esa parábola. La decisión que debe usted tomar es una decisión irreversible. Me gustaría que comprendiera la gravedad de lo que está a punto de hacer. Perdone mi franqueza, ¿alguna vez ha matado?

—Sí.

—¿A cuántas personas?

—Un par —respondió, con desasosiego, Herr Wegener.

—Hábleme de la primera.

Herr Wegener lo miró fijamente. El Hombre de Confianza sonrió.

—¿Necesito recordarle mi voto de confidencialidad?

Wegener siguió manteniéndose en la vaguedad.

—Maté a un Standartenführer de las SS.

El Hombre de Confianza lo observó atentamente con esos ojos suyos de Cristo en la cruz.

La sonrisa se desvaneció.

Negó con la cabeza.

Parecía entristecerse.

—No estamos por la labor. No. Aún no estamos por la labor. No me está prestando usted la debida atención.

Le arrebató el cuenco de las rodillas y lo colocó sobre la estufa. Lo mismo hizo con la cuchara y la servilleta. Movi6 la silla hacia 6l y se inclin6 hacia adelante. Apuntal6 los codos sobre las rodillas y le tendi6 las manos, las palmas hacia arriba.

—Por favor.

Herr Wegener obedeci6.

Sus caras estaban a medio metro de distancia.

Los ojos en los ojos.

Mano con mano.

—Dígame la verdad.

—Es la verdad —dijo Wegener—. Lo maté en el 45, por los bosques de Val d'Ultimo. Hice que se arrodillara y le pegué un tiro en la nuca. Una ejecución.

El Hombre de Confianza le estrech6 las manos a Wegener. Un gesto fraternal.

—Lo que quisiera hacerle comprender, Herr Wegener, es que aqu6, ahora, los dos estamos estableciendo un v6nculo. Un v6nculo mucho m6s fuerte que el de un matrimonio o una amistad. ¿Lo entiende? Usted y yo estamos hablando de matar a una persona. Esto crea un v6nculo. Una especie de v6nculo que va m6s all6 del concepto del Bien y del Mal. ¿Y sabe lo que est6 m6s all6 del Bien y del Mal? La pura y simple verdad. ¿Me sigue?

—S6 —respondi6 Wegener en un susurro.

Sent6 un nudo en la garganta.

El taller hab6a desaparecido.

El mundo hab6a desaparecido.

Solo exist6an las palabras del Hombre de Confianza.

Y el tacto de sus manos entrelazadas. Casi en una oraci6n.

Sus susurros.

—Entonces me gustar6a que reflexionara. Es importante. ¿Cu6ndo mat6 por primera vez?

Pupilas en las pupilas.

La respiraci6n al un6sono.

Herr Wegener trag6.

—El 13 febrero del 44.

—¿Qui6n era?

Wegener sinti6 una punzada en el coraz6n.

Un sabor salado en la garganta.

—Un hombre...

Pasaron unos segundos. Lentos.

La sal le invadi6 la boca.

—Un hombre que en vez de pegarme un tiro me regal6 chocolate.

Y en ese instante, sin que pudiera hacer nada para evitarlo, Herr Wegener se ech6 a llorar. L6grimas amargas. El Hombre de Confianza lo abraz6, estrech6ndolo con fuerza. Como un amigo. Como un hermano. Como un santo que perdona a un pecador.

—Era un buen hombre, un...

—Est6 bien —continu6 el Hombre de Confianza, meci6ndolo—. Est6 bien. Es el pasado. Todo est6 bien. Estoy contigo. Y hemos ido avanzando. Estamos m6s lejos.

—Yo podría... —sollozaba Herr Wegener—, yo podría...

—No tiene importancia. ¿No notas el poder de la verdad? ¿No lo notas, ahora?

—Él..., yo lo maté. Maté a un buen hombre, un...

El Hombre de Confianza se apartó.

Tomó de nuevo sus manos y lo miró con una infinita dulzura.

—Ahora —murmuró—, *ahora* estás listo para decirme ese nombre. El nombre al final de la parábola. Si aún lo deseas. ¿Lo deseas?

Herr Wegener pensó en Marlene. En Marlene con su uniforme de camarera, la primera vez que la vio. En Marlene con su vestido de novia, bañada por la luz.

Pensó en Marlene, que le rozaba la cara con una caricia. Pensó en Marlene, enarcada bajo sus embestidas, sus labios hinchados entrecerrados, llena de deseo, hermosísima.

En Marlene, que se mordisqueaba el pulgar mientras hojeaba el libro de cuentos de los Grimm.

Pensó en ello y casi respondió que había cambiado de idea. Casi admitió que se veía incapaz de hacerlo, de apretar el gatillo. Que no era justo pedirle que renunciara a la única criatura a la que había sido capaz de dar amor. Que tenía que haber otra forma de volver atrás y solucionarlo. Pero justo cuando sus labios estaban a punto de pronunciar ese «no», pensó en Marlene, abriendo la caja fuerte.

En Marlene, que sonreía susurrando un nombre que no era el suyo.

En Marlene, que lo traicionaba.

En el Consorcio.

En los pies descalzos.

En la Cruz de Hierro de su padre.

Y decidió.

—Quiero hacerlo.

*Voter* Luis era un hombre respetado.

Como su padre, y el padre de su padre, *Voter* Luis conocía las Escrituras y la sabiduría de los ancianos. Por eso la gente lo escuchaba.

Preferían sus palabras a las del sacerdote. *Voter* Luis conocía los tormentos de la vida en gran medida y la lengua siniestra del *Wehen*, mientras que el cura se aferraba a un Evangelio que esos hombres duros y cansados no eran capaces de entender.

El Evangelio hablaba de dátiles y de desierto. Camellos y pescadores. ¿Cómo iban a encontrar allí respuestas si sus preguntas estaban hechas de hielo y de bosques?

*Voter* Luis bajaba escasas veces al pueblo. Amaba la soledad de la montaña. Allí se encontraban, decía él, su voluntad y su deber. Luego, sonriendo, añadía: «¿Marcharme de aquí? ¿Y por qué debería hacerlo? El premio para la huida siempre es el desierto. Está escrito en la Biblia. Moisés nos lo enseña». *Voter* Luis era un hombre sabio.

Simon Keller, su primogénito, nació el 11 de enero de 1911. Una fecha significativa, según anotó *Voter* Luis, exacta como un versículo del Génesis.

El pequeño Simon adoraba a su padre. *Voter* Luis era alto y fuerte como un fresno. Se reía a menudo y conocía los nombres de todas y cada una de las plantas y los animales.

Cuando *Voter* Luis se lo llevaba consigo al pueblo para comprar tabaco, café y las otras cosas que le resultaba imposible producir por sí mismo, el pequeño Simon se sentía estallar de orgullo al ver cómo la gente reconocía a su padre y le ofrecían su saludo. *Voter* Luis se detenía de buena gana para hablar con ellos.

Dispensaba consejos, sugería remedios para terneros enfermos y recién nacidos mocosos. A menudo, los otros *Bau'r* caminaban durante horas y horas para ir a llamar a la puerta de la granja, solicitándole ayuda. *Voter* Luis nunca se la negó a nadie.

*Ein guter Mensch.*

Una buena persona.

Antes de bajar de la montaña, la mamá de Simon Keller le hacía vestir un bonito traje oscuro, con su chaleco, el cuello de la camisa blanco como la nieve y una pajarita de terciopelo que, por mucho que le cosquilleara la barbilla, le hacía sentirse como un auténtico adulto.

El digno hijo de *Voter* Luis.

*Mutti* lo despedía con un beso y un cachete, luego le recordaba sus obligaciones. Agachar la cabeza frente a los hombres y quitarse el sombrero cuando uno se cruza con una dama. No hablar a menos que se le pregunte. Persignarse delante de los crucifijos a lo largo del camino. Llevar, en la bolsa que ella misma le había cosido, la Biblia de *Voter* Luis. Pesaba, pero también era la tarea más importante de entre todas.

Con la Biblia al cuello, lo que le hacía ladearse un poco a la izquierda, Simon Keller se convertía en un gigante.

*Voter* Luis poseía cientos de Biblias. Todas ellas copiadas a mano. Algunas de su puño y letra, otras heredadas de los *Voter* de antaño. Era una tradición de los Keller.

Las Biblias de los Keller se conservaban en el sótano que quedaba debajo de la *Stube*. Al pequeño Simon no se le permitía ir allí y no veía la hora de poder acceder a esa colección de

sabiduría, pero *Mutti* siempre le explicaba que el sótano tenía unos peldaños demasiado empinados para un niño, numerosos insectos que amenazaban con picarlo y contagiarle dolorosas infecciones. En todas esas ocasiones, *Voter* Luis le recordaba que también para él llegaría el día en que bajaría al sótano para admirar la colección de Biblias de los Keller («abreviar en la sabiduría de los *Voter* del pasado y cuidarla», eran sus palabras exactas); pero antes tenía que llegar a ser alto y fuerte como su padre.

Hasta entonces, el sótano le estaría prohibido.

Que esperara. Todo a su debido tiempo.

Así estaba escrito.

Copiar a mano la Biblia ayudaba a acrecentar la sabiduría en el corazón. Como plantar una semilla y tener la paciencia de esperar los frutos.

Ocuparse de la Palabra no significaba solamente copiarla, de lo contrario habría sido un ejercicio estéril de caligrafía, sino también meditar y anotar las semillas de pensamiento que los versículos hacían brotar en la mente para transmitirlos a las generaciones futuras.

Cada *Voter* había añadido reflexiones, modificado versículos, reescrito pasajes enteros de acuerdo con sus propios pensamientos y experiencias. Así, las Biblias de los Keller estaban llenas de sentencias, meditaciones y apostillas que agigantaban su espesor y su peso. Algunas de ellas, como las que *Voter* Luis estudiaba por la noche después de cenar, concentrado y con la pipa apagada entre los dientes, se dividían en varios volúmenes.

Simon se moría de ganas de recibir de manos de *Voter* Luis su primera Biblia. Se imaginaba sentado ya en la mesa de la *Stube*, con la tinta y el cálamo, codo con codo con su padre, tal como había visto hacer (aunque fueran recuerdos que se desvanecían, pues el *Voter* de *Voter* Luis había muerto joven) al abuelo Josef.

También *Opa* Josef había sido un hombre sabio. Y muy respetado.

Un hombre de fe, naturalmente.

El día llegó poco tiempo después del anuncio de que la guerra había terminado y que los hombres de las montañas ya no era súbditos del Káiser de Viena, sino del rey de Turín. Simon tenía siete años, era finales de marzo y los días se habían vuelto más largos y luminosos. Fue el día en que nació Elisabeth, su hermana.

Cuando *Mutti* empezó a sufrir los dolores del parto, *Voter* Luis se lo llevó a un lado, le entregó su primera Biblia (con las páginas límpidas que se agitaban llenas de promesas, igual que las flores en primavera) y le dijo que había llegado la hora de demostrar que era un digno hijo de los Keller.

Simon escuchó a su madre, que estuvo gimiendo y quejándose durante una noche y un día enteros.

Las hierbas de *Voter* Luis y todos sus esfuerzos poco pudieron hacer para calmar el dolor. No fue un parto fácil. Cuando los gritos y los llantos cesaron, su padre le presentó a la recién llegada. Era una cosita rosada y graciosa. La piel era blanca y su pelo, espeso y oscuro, como el de mamá. Minúscula, entre las manos de *Voter* Luis.

Simon nunca había visto nada tan hermoso.

Tampoco había visto nunca tan preocupado a *Voter* Luis.

—Parece una princesa —dijo Simon, abriendo los ojos como platos.

*Voter* Luis se echó a reír, con la misma risa por la que las mujeres del pueblo (incluso las que llevaban alianza) se volvían a mirarlo con ojos brillantes.

—Tienes razón. Es tan hermosa como una princesa. La llamaremos Elisabeth. Elisabeth Keller.

Luego le enseñó dos campanillas. Cada una de ellas estaba atada a una cinta. *Voter* Luis anudó la primera a la muñeca de Simon y la otra al tobillo de la recién nacida.

—Es tu hermana y tendrás que cuidar siempre de ella —dijo—. ¿Lo harás?

Simon sintió que se le hinchaba el pecho de orgullo. Levantó la campanilla y la hizo sonar.

La niña agitó los brazos y las piernas. Su campanilla sonó. Y esto lo hizo sentirse alto y fuerte como un fresno.

Le acarició la frente y comenzó a canturrear.

—Pequeña Lissy, dulce Lissy —murmuró Simon Keller sacando la llave—. Pequeña Lissy, dulce Lissy...

Abrió la portezuela e introdujo el recipiente de plata.

Y allí estaba Lissy, toda negra, salvo la cresta de cerdas y las rayas debajo de los ojos, enorme, echada sobre un costado, entre la paja, en su rincón favorito.

A la luz de la lámpara de aceite, sus ojos brillaban como cuchillas.

—Dulce Lissy, pequeña Lissy, buena Lissy...

Lissy se levantó y se dirigió hacia él.

El tintineo de la campanilla.

Simon Keller se rio con ganas.

—¿Tienes hambre, dulce Lissy?

Lissy se acercó un paso más. Se detuvo a un metro de él, moviendo esa cola que parecía un sacacorchos.

El *Bau'r* le mostró el contenido del recipiente.

Lissy agachó la cabeza, las fosas nasales temblorosas, exudando mucosidad, un hilo de baba que le caía del hocico negro como la noche, los colmillos que brillaban a la luz de la lámpara de aceite. Permaneció inmóvil.

—Come Lissy, pequeña Lissy...

Pero en vez de meter el hocico en el cuenco, Lissy siguió temblando, resistiendo el olor de la comida. Resistiendo el hambre. Simon Keller la miraba y no entendía.

—¿Qué te pasa, dulce Lissy?

Lissy tenía hambre.

Se veía.

El *Bau'r* leía las señales de su voracidad no solo en la saliva que goteaba al suelo, sino también en el temblor de las patas y de las orejas. Sin embargo, Lissy no apartaba su mirada de él. Tenía hambre y la bazofia estaba allí, preparada, pero ella no se movía ni un centímetro. Lo miraba y nada más. Simon Keller nunca había visto a un cerdo resistirse tanto tiempo al impulso de comer. Especialmente Lissy. Porque Lissy tenía hambre. Lissy siempre tenía hambre.

Sin embargo, no estaba comiendo.

*¿Por qué?*

Simon Keller golpeó el cuenco de plata. Lissy agitó la colita de nuevo, molesta por el ruido, pero no bajó el hocico, ni dejó de mirarlo.

Simon Keller retrocedió. Cerró la portezuela.

Sacó la campanilla de su chaleco y la agitó.

Una vez. Dos.

Tres veces.

Solo entonces Lissy metió el hocico en el cuenco.

Simon Keller sonrió.

Apagó la luz, salió de la pocilga y admiró la cima de las montañas, al este. Qué milagro era el amanecer. Esperó hasta que los primeros rayos se posaron en su cara y cerró los ojos, meditando.

Dejó que los minutos corrieran, que la luz y el calor le soltaran los músculos y las preocupaciones, pensando en la mujer joven dentro de los restos del Mercedes, y en Lissy.

Lissy era la nacida en séptimo lugar. Un número importante. En seis días el Señor había dado forma al mundo y a todas sus criaturas. El séptimo descansó. Luego, cuando el mundo aún era joven, lo inundó de agua y las gentes de antaño subieron hasta allí arriba. Qué valor habían tenido al construir la granja a esa altitud. Y cuánta sabiduría habían demostrado al hacerlo. Durante siglos, esa granja nunca había traicionado a los Keller. Porque los Keller...

El *Bau'r* abrió los ojos completamente.

Maldiciéndose, regresó a la *Stube* .

Había dejado de nevar. El cielo estaba despejado. Al verlo, esa mañana Marlene se sintió aliviada. El mundo aún existía, no había desaparecido. Al alivio, sin embargo, se añadió la preocupación. La ansiedad. El miedo. Porque sí: el mundo aún existía.

Pero también los zafiros y los cóbolds. Ciertamente, los cóbolds. Ahora entendía por qué, delante de la caja fuerte abierta, había pensado en los cóbolds. Los cóbolds. Kobold, como...

Wegener.

Wegener y su insaciable sed de poder. De la que había huido.

Y...

Había perdido esos días evitando la pregunta más agobiante de todas.

¿Qué hacer?

Simon Keller le había prometido que la llevaría al pueblo. Había una parada del coche de línea, según le explicó. ¿Tenía suficiente dinero para comprar el billete y regresar a casa? Por supuesto, gracias. No tenéis que preocuparos. Todo irá bien.

Un coche de línea, por supuesto.

¿Pero adónde?

Al no poder dar una respuesta a esa duda, Marlene se puso a ordenar la *Stube*. El desorden le molestaba. Por otra parte, se sentía culpable por haberse reído (aunque solo fuera un instante) de la soledad del *Bau'r*. En cierto sentido, se lo debía.

Limpió el suelo y sacó el polvo con una furia que la habría asustado si hubiera podido verse desde fuera. La misma energía nerviosa de Mamá cuando ya no era Mamá.

Afortunadamente, no se dio cuenta.

Al terminar el trabajo preparó la cafetera y cuando oyó en las escaleras los pesados pasos de Simon Keller la colocó sobre la llama. El *Bau'r* entró y colgó su tabardo en los ganchos, junto al calibre 10.

A la mujer joven le bastó un vistazo para darse cuenta de que algo iba mal. El *Bau'r* estaba turbado. Marlene no le preguntó el motivo. Esperó a que la mezcla brotara y la sirvió en las tacitas desportilladas.

El *Bau'r* bebió un sorbo de café con aire ausente, le dio las gracias cortésmente, como siempre hacía, pero sus palabras sonaron desprovistas de calor. Sus ojos inquietos no hacían más que vagar de un lado al otro de la *Stube*, sin encontrar sosiego.

Marlene fue incapaz de seguir callada por más tiempo.

—¿Todo bien, Simon Keller?

—Todo bien, sí —respondió.

Luego, después de un momento de reflexión, negó con la cabeza.

—En realidad, no. Hay que hacer un trabajo, antes de marcharnos. No se puede posponer. Hay demasiada nieve en el techo de la granja, es necesario sacarla con la pala. La granja es sólida, pero hace falta cuidar de ella, de lo contrario... Y llevará algo de tiempo. Una hora, dos. Demasiado —Simon Keller se frotó la barbilla—. Podría mostrarte el camino para volver al pueblo sola, pero es un trayecto largo y peligroso. Lleva seis horas completarlo. Incluso siete, con esta nieve.

Marlene trató de tranquilizarlo.

—Eso significa que nos iremos mañana.

Simon Keller negó fuertemente con la cabeza.

—No señor. No. Tú tienes un hogar al que regresar. Hay personas preocupadas por ti. No sería justo que siguieran angustiadas por...

—Sería injusto que pusierais en un segundo plano vuestros deberes para ayudarme. Un día más no significará nada.

A menos que Wegener hubiera descubierto algo. A menos que sus hombres estuvieran ya en marcha para subir hasta la granja y eliminarlos a ambos. Marlene no se hacía ilusiones. Los esbirros de Herr Wegener no tendrían compasión del *Bau'r*. Lo matarían y prenderían fuego a la granja.

Conocía a Herr Wegener y había visto de qué era capaz su ira.

Solo entonces Marlene cayó en la cuenta.

Estaba poniendo en peligro al hombre que le había salvado la vida.

—La granja protege a vuestra familia desde hace siglos —dijo esforzándose en sonreír— y desde hace siglos...

—... los Keller cuidan de la granja —terminó por ella el *Bau'r*, que había perdido el color.

—Así que hay poco que discutir. Dadme tan solo un minuto para ponerme la chaqueta y quitarme este delantal.

Simon Keller la observó sin comprender.

—Voy a echaros una mano —le explicó.

Simon Keller se levantó.

—Es un trabajo peligroso. No.

No la esperó, se puso el tabardo y salió.

Apoyó la escalera en la pared exterior de la granja, asegurándola bien en la nieve helada, y comprobó la sujeción antes de trepar por ella, ágil como una comadreja, hasta el techo.

Quince metros de altura.

Apenas había tenido tiempo de mirar a su alrededor, con la pala apoyada en el hombro, para decidir el punto desde el que empezar, cuando una voz detrás de él lo sobresaltó.

Marlene.

Vestida con la chaqueta acolchada y un gorro de lana que el *Bau'r* había rescatado en un armario. Llevaba una escoba de esparto.

—Mi padre utilizaba esto. No una pala.

—Qué testaruda eres.

Marlene no respondió.

Toda su atención estaba concentrada en la belleza de las montañas que los rodeaban. Hasta entonces, su mirada había sido prisionera de las paredes de la granja y de la blancura cegadora de la tormenta de nieve. Ahora que el horizonte de nuevo era límpido, extendió la mano como si pudiera aferrar las cimas y aspiró el aire puro como un bálsamo.

—Es maravilloso.

Simon Keller siguió su mirada.

—Nunca me has preguntado dónde nos encontramos —le dijo.

Era una constatación. No una pregunta.

Marlene se encogió de hombros.

—A salvo.

Simon Keller sonrió. Algo de la sombra que se había traído consigo a su regreso del establo se

disolvió.

—Son hermosas palabras.

—Nunca como este lugar.

—¿No era así la granja de tus padres?

—Estaba mucho más abajo, en Venosta, en el lado menos soleado. Desde mi habitación podía ver los troncos de los árboles. De pequeña solo dibujaba eso. Esos árboles, y gallinas también. Era responsabilidad mía darles de comer. No demasiado, o el grano se terminaría y tendríamos que matarlas. Éramos muy pobres.

Simon Keller clavó la pala en la nieve y sacó su pipa.

La cargó y la encendió.

—En cierta ocasión —dijo— vi un áspid que bailaba bajo la luz de la luna e incluso me pareció oír que cantaba. Siguiendo a una corneja blanca encontré el cadáver de una cabra montesa que tenía tres cuernos y tres ojos. Pero nunca vi a ningún *Bau'r* rico.

Marlene se rio.

—Sois sabio, Simon Keller.

El *Bau'r* sopló una nubecilla de tabaco.

Le sonrió, con sorna.

—Si fuera tan sabio como *Voter* Luis, te habría atado a una silla y obligado a permanecer en la *Stube*.

—¿*Voter* Luis no os dijo nunca que las mujeres son tercas?

Simon Keller dejó escapar una carcajada.

—*Voter* Luis lo daba por sentado. Las mujeres son tercas y curiosas, y tú no eres una excepción. Tú no preguntas, pero voy a contestarte.

Le mostró una por una todas las montañas visibles desde el tejado de la granja, comenzando por las más cercanas y llegando hasta las crestas más alejadas. Sabía los nombres de todas ellas y los pronunciaba con cariño si tenía algún recuerdo que ofrecer, pero también con reverencia si se trataba de cimas que infundían miedo.

La mayoría de esos nombres, para Marlene, no tenía ningún significado. No los había oído nunca. Pero alguno (Rabenkopf, Valvelspitze, Weißkugel y Saldurspitze) le trajo a la mente el mapa en el asiento del copiloto.

Y de repente comprendió cuál había sido su error.

Había enfilado por un valle secundario que no llevaba a ninguna parte, salvo a la enorme barrera alpina de glaciares y neveros perennes que separaba Italia de Austria. Un error que a punto estuvo de resultarle fatal de no haber sido por ese hombre, de rostro duro y melancólico al mismo tiempo, que llamaba «chicos» a sus cerdos, porque eran su única compañía. El hombre que le había preparado las albóndigas de hígado y le había construido un cuarto de baño para ella.

El hombre cuya vida, con su mera presencia, Marlene estaba poniendo en peligro.

Mientras Simon Keller se dedicaba todavía a enumerar los nombres de las cumbres, señalándolas con el tubo de la pipa de espuma de mar, Marlene se le acercó y le dio un beso, leve, en la mejilla.

—Gracias, Simon Keller. Gracias de verdad.

Simon Keller se quedó mirándola y luego volvió la cabeza hacia el otro lado.

Tenía los ojos húmedos y no quería que ella se diera cuenta.

—Nunca te he preguntado nada, chica de ciudad —dijo el *Bau'r* después de un largo rato—. Formular preguntas significa esperar respuestas y *Voter* Luis decía que las respuestas pueden

doler tanto como el mordisco de una víbora. Por lo tanto, la mía no es una pregunta a la que debas responder, ¿de acuerdo? Solo es algo que tengo que decir.

—Preguntad lo que queráis. Tengo una deuda con vos.

—¿Tienes problemas, chica de ciudad?

Marlene bajó la mirada.

—Yo...

Simon Keller se volvió hacia ella, y sucedió.

Tal vez fue el sol. Tal vez la suma de sus pesos. Tal vez el azar.

O el destino.

La nieve crujió. Se deslizó un centímetro. Una losa compacta de al menos un metro de largo.

Simon Keller dejó caer la pala y agitó los brazos.

La losa se deslizó otros cinco centímetros.

A Marlene se le escapó un grito. Hizo una cabriola hacia atrás, instintivamente. Estuvo a punto de perder el equilibrio.

La losa *se derrumbó*.

Marlene vio los ojos del *Bau'r* girar en una expresión de sorpresa y miedo. Oyó el ruido del hielo que se astillaba, perdiendo toda adherencia.

Un ruido sólido, horrible.

El *Bau'r* tendió una mano hacia ella articulando unas palabras que podían ser una maldición o una petición de ayuda y Marlene intentó, desesperadamente, aferrarla.

No lo consiguió.

Uno.

Dos.

Simon Keller cayó.

Solo tres.

Tres días después del parto, a *Mutti* le subió mucho la fiebre. Cuatro días más tarde estaba pálida como las sábanas sobre las que permanecía acostada. No tenía fuerzas ni siquiera para alimentar a Elisabeth. *Voter* Luis tuvo que darle a la pequeña leche de vaca hervida.

Al quinto día, dado que la fiebre no bajaba y *Mutti* había empezado a delirar («los cerdos me hablan, Luis, quieren a la niña, haz que se callen, por favor, por favor...»), *Voter* Luis decidió bajar al pueblo para llamar a un médico.

Pero no era una fiebre normal.

Era septicemia.

Las hierbas de *Voter* Luis, así como sus oraciones y la última y desesperada carrera al pueblo bajo un temporal que convirtió los senderos en torrentes de barro, no sirvieron para nada. Cuando regresó, acompañado por el médico, a ambos no les quedó otra cosa que hacer más que confirmar la muerte de la pobre mujer. Muerta de parto en una época y en un territorio donde esa muerte —algo triste pero cierto— no representaba una excepción.

Si hubiera sido una carretera en condiciones en vez de un sendero, si la granja no hubiera estado tan arriba... entonces, *tal vez* .

Al anunciarle la muerte de su madre, *Voter* Luis lo abrazó con fuerza. Luego apilaron haces de leña delante de la granja, *Voter* Luis esparció por encima hierbas, azufre y otras piedras desmenuzadas y más tarde, de noche, les prendió fuego.

Brotaron llamas que Simon Keller no había visto nunca: azules.

Como el cielo al que había volado *Mutti* , le explicó *Voter* Luis, arrodillándose para mirarlo a los ojos. Desde hacía siglos, le dijo, los Keller utilizaban el fuego para despedir el alma de los difuntos. También lo habían hecho cuando murió *Opa* Josef, solo que Simon no podía recordarlo porque era un niño y estaba acostado durmiendo en su cama.

Ese fuego azul, terminó *Voter* Luis señalándole las estrellas, era un adiós que se podía ver desde el paraíso.

Ante la imagen de la cara de *Mutti* mirándolo desde arriba, Simon Keller empezó a llorar. Con dulzura, *Voter* Luis le explicó que esas eran sus últimas lágrimas de niño. Ahora se había convertido en un hombre (¿acaso no había comenzado ya a transcribir su primera Biblia?) y los hombres tenían que ser pudorosos a la hora de mostrar sus sentimientos. Solo a Elisabeth le estaba permitido llorar, añadió. Era pequeña y podía hacerlo sin que nadie la juzgara.

Por último, lo invitó a rezar con él.

Desde entonces todavía siguieron algunos buenos días. De vez en cuando se oían las risas de *Voter* Luis retumbando de un lado al otro del valle.

Pero el hecho de que Simon recordara esas explosiones de alegría significaba que algo, en *Voter* Luis, había cambiado. No solo con respecto a él. Con el tiempo, también cambió su actitud hacia la niña.

Cuando Elisabeth comenzó a pronunciar sus primeras palabras y a corretear por la *Stube* , *Voter* Luis adquirió la costumbre de encerrarse en la que el pequeño Simon llamaba «la habitación prohibida», el sótano de la granja. Junto con vino, aceite y Biblias de los *Bau'r* del

pasado. Y allí permanecía, horas y horas, en soledad.

De manera que en Simon recayó la misión de criar a Elisabeth.

Era una niña hermosa, alegre, despierta, que lo llamaba «Sim'l» y siempre sonreía. A Simon no le costaba nada jugar con ella, todo lo contrario. Se divertía contándole historias, construyéndole muñecas con trapos o tallándole animales. Aprendió a crear *Vulpendingen* con los cadáveres de animales que *Voter* Luis cazaba y nunca se sentía tan feliz como cuando la pequeña Lissy aplaudía delante de una nueva creación. Elisabeth lo miraba de la misma manera en que Simon, con su pajarita de terciopelo haciéndole cosquillas en la barbilla, miraba cómo *Voter* Luis hablaba con la gente del pueblo, dispensaba sus consejos y recibía elogios.

El tiempo pasó.

*Voter* Luis se encerraba cada vez más en sí mismo, a Elisabeth se la veía cada vez más sonriente y parecida a *Mutti* (el mismo pelo negro azabache, los mismos hoyuelos) y Simon Keller era cada vez más alto y torpe, como cualquier adolescente de su edad.

Cuando cumplió los trece años y Elisabeth tenía cinco y ya había aprendido a expulsar los espíritus malignos entrelazando guirnaldas para quemar en la *Stube*, *Voter* Luis sufrió el accidente que lo cambió todo.

Era la temporada del heno, aunque, por mucho que se esforzara, Simon sabía que no podía ser de gran ayuda a su padre. No con esa guadaña tan pesada, ni en esos prados tan empinados que se extendían a los pies de la granja, atrapados entre la cima rocosa de la montaña y el bosque que bajaba hasta el valle. Recaía sobre las espaldas de *Voter* Luis la mayor parte del esfuerzo de ese trabajo infame.

Tal vez fue el cansancio, tal vez la melancolía, tal vez una avispa irritada, pero la cuchilla de la hoz resbaló y *Voter* Luis se desplomó, gritando. Simon se dio cuenta y vio la pierna de su padre, de la pantorrilla hacia abajo, cortada limpiamente, con el muñón que lanzaba sangre como cuando, en noviembre, degollaban a los cerdos.

De algún modo, usando el cinturón, *Voter* Luis consiguió detener la hemorragia. Le ordenó a su hijo que se fuera corriendo valle abajo y pidiera ayuda. Afortunadamente para él, Simon no tuvo que llegar hasta el pueblo. Se encontró con el médico a medio camino, regresando de otra granja, en el lado opuesto del valle. *Voter* Luis no murió. Si hubiera muerto, las cosas para Sim'l y Lissy habrían sido diferentes.

Al igual que el grano de trigo que cae en tierra, *Voter* Luis no murió.

La placa tembló.

El hielo se estremeció y comenzó a deslizarse hacia abajo. Marlene se sintió atraída hacia el vacío, sin poder hacer nada más que agitar los brazos.

La mujer joven vio el borde del techo que se acercaba, con la boca completamente abierta, el aliento congelado en los pulmones, pero incapaz de gritar. Pensó en echarse sobre un costado y esperar.

No lo hizo.

A solo veinte centímetros del abismo, sin motivo aparente, del mismo modo en que había comenzado, la placa de hielo terminó su carrera. Marlene se agitó, abrió los brazos y contuvo la respiración. Se obligó a no cerrar los ojos.

El hielo no cedió.

Marlene se movió con pasos vacilantes. Al llegar a la escalera se detuvo, jadeante.

—¿Simon Keller? —llamó.

Nada.

Marlene se volvió, dio la espalda al vacío y volvió a bajar la escalera, con la vista clavada por delante de ella, hasta que sintió la consistencia del suelo bajo las botas. Las rodillas se le doblaron y cayó sentada en la nieve. Solo entonces se aventuró a mirar.

Simon Keller estaba inmóvil a unos metros de distancia, una pierna doblada de una forma innatural y dolorosa, la cabeza inclinada hacia un lado. Había sangre que se extendía alrededor, manchando la nieve. Al contacto con el aire gélido, la sangre humeaba.

El sombrero del *Bau'r* había salido rodando lejos. Un cúmulo de nieve había detenido su carrera. De lo contrario, a saber dónde habría terminado. Marlene no podía pensar en otra cosa que no fuera ese sombrero. Era importante mantener la cabeza caliente. Se corría el riesgo de coger una gripe o una pulmonía. O tal vez...

*O tal vez*, le dijo una voz de acero que a Marlene le costó reconocer como propia, *te has vuelto loca del todo . ¿Qué haces todavía ahí clavada? ¡Levántate, muévete!*

No lo hizo. Temblaba demasiado.

Pronunció el nombre de Simon Keller.

El cuerpo tendido en el suelo no respondió. Ni siquiera se movió. La sangre seguía humeando.

Está muerto, pensó Marlene.

Está muerto.

Se levantó y con paso incierto se acercó, llamándolo otra vez. El *Bau'r* no respondió.

Marlene se agachó delante de él.

Respiraba. Movía la boca murmurando palabras incomprensibles. Estaba vivo.

Marlene intentó aferrarlo, pero se detuvo en cuanto sus manos se encontraron con la consistencia del tabardo, abierto por completo en el suelo igual que las alas de un murciélago.

Tal vez el *Bau'r* se había golpeado la cabeza. Tal vez tenía el cuello roto. Si lo levantaba de un modo equivocado lo condenaría a una vida de parálítico.

O tal vez lo mataría.

Ella no era un médico. Y era endeble. Mucho más endeble que Simon Keller.

Por tanto...

Tenía que bajar al pueblo. Pedir ayuda, volver y...

*Y encontrarlo muerto* , respondió por ella esa voz de acero. *No puedes dejarlo aquí afuera. Palmaría de frío. ¿Te has vuelto loca o qué? Llévalo adentro. Al calor. Luego ya decidirás qué hacer.*

Marlene lo agarró por las axilas. Simon Keller soltó un gemido terrible.

Ella no lo soltó. Murmurando palabras de disculpa lo arrastró hasta la escalera. La entrada que daba a la *Stube* , allá arriba, le parecía tan distante como la luna.

E igualmente inalcanzable.

—Dios...

*Este hombre te llevó a hombros durante horas. Te salvó la vida. Te ofreció su comida, su casa y su protección. Tú lo has convertido en un objetivo. Ahora deja ya de llorar tu desgracia.*

Marlene reclinó a Simon Keller contra la pared exterior de la granja. Recuperó el aliento y se deshizo del gorro de lana. Se limpió el sudor sin darse cuenta de que se había embadurnado la cara con la sangre del *Bau'r* . Se acuclilló y le pasó un brazo alrededor del tórax. Hizo lo mismo con el del *Bau'r* , llevándoselo alrededor de sus propios hombros.

Entonces, *tiró de él* .

Notó cómo algo se tensaba entre los músculos de la espalda, pero se negó a sentir dolor. Se negó a ceder. Continuó tirando con todas sus fuerzas.

El *Bau'r* era pesado. Sola nunca lo conseguiría.

—Tenéis que ayudarme, Simon Keller —le rogó, desesperada—. *Ánimo.*

El hombre extendió su mano libre y agarró la barandilla.

—Así, muy bien. *Ánimo.*

Un peldaño.

Dos.

La puerta.

El calor de la *Stube* .

Con el aliento entrecortado, Marlene depositó a Simon Keller en el suelo y miró a su alrededor.

Transportar al *Bau'r* al piso de arriba para meterlo en la cama quedaba descartado. Dejarlo ahí, en el suelo, también. Si la montaña no va a Mahoma...

Subió las escaleras, entró en el dormitorio de Simon y sacó las mantas. Hizo lo mismo con las suyas. Volvió a bajar, los peldaños de dos en dos. Construyó un camastro delante de la chimenea y, con las últimas energías que le quedaban, movió a Simon Keller.

¿Y ahora?

*Limpiar las heridas.*

*Vendarlas.*

Echó más leña al fuego, puso a hervir un poco de agua. Desabrochó el cuello del tabardo para permitir que el *Bau'r* respirara mejor y examinó la herida. Una brecha con muy mal aspecto que iba desde la sien hasta la mandíbula. Los bordes de la herida eran limpios, como el corte de un bisturí. Se estaba hinchando a ojos vistas.

Rasgó una sábana e hizo vendas con ella. Las sumergió en el agua hirviendo contando hasta doscientos y luego, con un tenedor, las sacó. Contó de nuevo hasta doscientos y las rozó con las yemas de los dedos. Estaban calientes, pero no quemaban.

Con precaución empezó a limpiar la sangre de la cara del *Bau'r* . Simon Keller le había dicho que había utilizado jabón para su herida en la frente, y la herida no se había infectado. De manera

que el jabón iba bien. Mejor que nada.

Lo cogió y lo sumergió en el agua. Limpió la herida. Con cada contacto, Simon Keller se sobresaltaba.

Abrió los ojos, neblinosos.

—¿Me oís? —preguntó Marlene.

El hombre asintió.

—¿Qué ha pasado?

—Os caísteis del tejado.

Simon intentó levantarse. Marlene lo detuvo en el suelo.

—Quedaos quieto. La pierna...

—Tengo que ver.

Marlene lo ayudó a colocarse sentado. Luego retiró la manta.

Simon Keller negó con la cabeza. Sus ojos estaban de nuevo despiertos.

—Necesito unas tijeras. Están en el armario. El segundo cajón.

—¿Para qué son las tijeras?

—Tienes que cortar los pantalones. Tengo que ver la rodilla. Hay algo que va mal.

Marlene obedeció.

Con habilidad cortó los pantalones de Simon Keller (aunque Gabriel habría fruncido la nariz ante un trabajo tan grosero y poco *artístico*) sacando a la luz la pierna del *Bau'r*. Era fuerte y estaba surcada por venas en relieve. La rodilla era un desastre. Hinchada, amoratada y torcida treinta grados con respecto a lo normal.

Simon Keller se inclinó hacia delante tanto como le fue posible.

—¿Eres capaz de sostenerme? Tengo que tocarla.

Marlene lo sujetó por la espalda, mientras el *Bau'r* se palpaba la hinchazón violácea, mordiéndose los labios.

Cada toque, una mueca.

—No está rota. Pero la pierna... Hay que tirar de ella y colocarla bien otra vez. Tendrás que hacerlo tú.

Marlene palideció.

—Se necesita un médico, Simon Keller. Yo no puedo, no puedo, de verdad. Solamente lograría... Quedaos aquí, con este calor. Explicadme el camino y yo...

Simon Keller se quedó mirándola.

—¿Quieres ayudarme?

—Correré más rápido que un rayo y...

—Y te perderías el bosque. O caerías por una grieta, o acabarías bajo un alud. No llegarías al pueblo antes de la puesta del sol y te quedarías caminando de noche, cuando hace tanto frío que... No. ¿Quieres ayudarme, Marlene?

Fue la primera vez que la llamaba por su nombre.

—Decidme qué he de hacer.

Simon Keller se lo explicó y la mujer joven sintió que se mareaba.

—Dolerá.

—Mejor a mí que a ti —sonrió Simon Keller.

Marlene le puso una mano sobre el muslo y otra sobre la pantorrilla.

—Más cerca, vas a tener que dar un tirón. Fuerte. Rotar y colocarla de nuevo en su sitio.

Marlene acercó las manos a la rodilla. Estaba caliente y palpitaba.

—Tirar, rotar y...

—Tirar, rotar y colocarla en su sitio. Puedes hacerlo.

—Yo...

—¡Tira! —jadeó Simon Keller.

Marlene cerró los ojos y contó hasta tres.

A la de tres, lo soltó.

—No puedo hacerlo. El dolor...

—Ya pensaremos luego en el dolor.

El rostro de Marlene se iluminó.

—Puedo preparar la infusión. Decidme dónde encontrar la adormidera. Sin dolor será más fácil, podremos...

—¿Y si me quedo dormido? ¿Sabrías cómo hacerlo? Ahora es necesario enderezar bien la rodilla, luego hará falta inmovilizarla. Construir un armazón para mantenerla inmóvil. ¿Sabrías hacerlo sin mis instrucciones?

Marlene negó con la cabeza, los ojos repletos de lágrimas.

—No me pidáis que os haga esto, por favor. No quiero haceros daño.

Simon Keller le rozó la cara, Marlene notó cómo las yemas de los dedos del *Bau'r* se demoraban en su lunar.

—¿Eres una chica de montaña o una chica de ciudad?

Marlene lo hizo.

Simon Keller gritó.

—La adormidera —chilló Marlene, al ver su cara enrojecida, con las venas palpitantes y una mueca de dolor que devastaba sus facciones.

—Por favor, la adormidera...

Simon Keller la convenció para que continuara. La operación no había terminado. Marlene se las apañó para entablillar la rodilla utilizando un cordel grueso, alambre, madera y poco más. Y de alguna manera no gritó.

Simon Keller sí, a pesar de sus esfuerzos para contenerse.

Al final, el *Bau'r* le señaló la estantería.

—Media cucharada sopera.

—¿En el agua hirviendo?

Simon Keller, con el rostro empapado en sudor, le respondió con una sonrisa.

—Hace efecto más rápido si se mastica.

Media cucharada.

Al día.

Era la dosis que *Voter* Luis consumía para que cesara el dolor. El muñón percibía las estaciones, la humedad, la lluvia que venía. Escocía como para volverse loco.

Pero no era el muñón para lo que *Voter* Luis utilizaba la adormidera.

El dolor que lo empujaba a implorarle a su hijo que se diera prisa con ese *verfluachtn Monbluam* procedía de la pierna que ya no existía. La extremidad fantasma le lanzaba punzadas que transformaban sus oraciones en gritos. A veces el dolor era tan fuerte que Simon tenía que preparar una infusión con el triple de la dosis habitual.

Al cabo de unas pocas semanas, *Voter* Luis comenzó a ordenarle que le llevara únicamente las semillas. Las masticaba y se calmaba. Le daba las gracias con lágrimas en los ojos y se dormía. O bien, después de la adormidera, *Voter* Luis recitaba fragmentos de la Biblia y del Evangelio. La mirada perdida en el vacío, obnubilado, los labios moviéndose frenéticamente, la voz mecánica, plana, sin picos de intensidad.

*Voter* Luis empezó a beber. Mientras estaba borracho, maldecía y pegaba a su hijo. Nunca era lo bastante rápido, ni lo bastante fuerte, y nunca era capaz de cerrarle la boca a esa maldita niña.

Un día les arrebató las campanillas a los dos y las tiró. Ese ruido lo ponía hecho una fiera, bramó.

Sim'l las recuperó y las ocultó. Se convirtieron en su tesoro más valioso. Las agitaba cuando tenía miedo. Las agitaba cuando *Voter* Luis estaba borracho. Las provisiones de grappa y vino se estaban acabando. Cuando bebía, *Voter* Luis se convertía en un monstruo. Irreconocible.

Y Sim'l temía la ira de su padre casi tanto como las serpientes escondidas entre la hierba alta.

*Voter* Luis había descargado la mayor parte del trabajo sobre los débiles hombros de su hijo y eso significó que las provisiones de comida se redujeron. Para hacer que la granja prosperara era necesario un *Voter*, no un chiquillo imberbe. A pesar de los esfuerzos de Sim'l, los Keller empezaron a pasar hambre.

Los días transcurrían todos ellos idénticos.

Los dolores. Los gritos. Los golpes.

El opio.

Las desgracias no terminaron. Parecía que desde la muerte de la madre de Simon y Elisabeth una maldición se cernía sobre la granja de la familia Keller.

Las gallinas fueron depredadas por los busardos. Las vacas fueron muriendo una tras otra debido a una misteriosa enfermedad. El granero ardió por un rayo que a punto estuvo de incendiar también la granja, y *Voter* Luis no lo reconstruyó.

«Es un esfuerzo inútil —dijo—. No tendremos más vacas, solo cerdos. Porque el cerdo —explicó con una sonrisa *Voter* Luis—, es el animal más sagrado. El cerdo fue la arcilla con la que Él creó al hombre».

«¿No te lo crees, hijo mío?», bramó riéndose.

—Mira al cerdo y admira Su obra maestra.

«En los albores de los tiempos, cogió al cerdo, y lo bendijo, y lo cambió. En lugar de las

pezuñas colocó ramas de abeto y ramas de tejo. Tejo resistente para caminar, porque sabía que los hombres serían viajeros, y abeto delgado para darle agilidad, pero no la fuerza suficiente como para que el hombre pudiera evitar la construcción de herramientas para su trabajo. Un hombre demasiado fuerte sería arrogante; en cambio, el cansancio lo vuelve humilde. El hombre también tenía que hablar y rezar, por lo que Él aplastó el hocico del cerdo de modo que la boca del hombre pudiera inventar el alfabeto y lo utilizara para urdir Sus alabanzas. Luego, utilizando guijarros de arroyo para que Su nueva creación recordara que la vida es hija de las aguas, cambió la forma de las orejas. Finalmente, le arrancó las alas al águila y las metió en la cabeza del cerdo, de manera que el hombre pudiera pensar. Pero Él, incluso en Su infinita sabiduría, olvidó quitarle al hombre el hambre del cerdo. Por lo que de nada le sirvieron al hombre las alas del águila. Sus pensamientos no saben volar porque el hambre es una roca que lo mantiene clavado al suelo.

»El hombre es Su *Vulpendingen* .

»Su maldita broma».

No había pasado ni un mes desde que pronunciara este terrible sermón cuando *Voter* Luis mató a Elisabeth.

Elisabeth.

Elisabeth, pequeña y dulce, que todavía respiraba mientras se estaba muriendo entre sus brazos, murmurando confusa palabras que Simon Keller nunca iba a olvidar. Con los ojos asustados, incapaz de comprender qué le estaba ocurriendo, incapaz de comprender el dolor. En busca de una respuesta que Sim'l no podía ofrecerle.

Y Sim'l era incapaz de hacer nada más que acunarla, mirando su rostro cada vez más lívido, horrible, con esa pequeña mancha de sangre junto a la boca que tenía la forma de un reproche: ¿por qué no me has salvado, Sim'l?

¿Por qué no me quitas este dolor? ¿Por qué tú, que eres alto y fuerte como un fresno, no eres capaz de hacer algo que no sea acunarme y murmurar, acunarme y murmurar?

¿Por qué?

¿Por qué, Sim'l?

—Está bien, Lissy. Todo está bien, pequeña Lissy. Dulce Lissy. Todo está bien.

Sin saber cuándo saldría el sol.

Sin saber el porqué de esa sangre.

Sabiendo solo que estaba mintiendo.

—... Todo bien —todo está bien, murmuraba Simon Keller, y Marlene se preguntó cómo era posible que ese hombre, que estaba sufriendo como un perro, a pesar de la adormidera, aún tuviera fuerzas para tranquilizarla con palabras dulces, con una sonrisa de niño que contrastaba tanto con esa cara marcada y dura que parecía una alucinación.

—Está bien, está bien.

—Sí, todo estará bien. Dormíos, os lo ruego, dormíos...

El *Bau'r* tendió una mano y le rozó el lunar. Una caricia como la de Mamá cuando cerraba el libro de los Grimm y le deseaba buenas noches.

Marlene le cogió la mano al *Bau'r* y dijo:

—Perdonad, Simon Keller. Perdonad.

El *Bau'r* no la oyó. Se había quedado dormido, por fin.

¿A quién le estaba pidiendo perdón?

¿Al *Bau'r* o a sí misma?

No se lo preguntó.

De repente, la tensión acumulada esos días, prisioneros de la tormenta, la ansiedad de las últimas semanas pasadas trazando un plan para robar los zafiros, la preocupación por Klaus, por Herr Wegener, por Gabriel y por quienes iban a sufrir (o ya habían sufrido) por su causa, estalló. Marlene rompió a llorar.

Su vida no era más que una sarta de mentiras. Mentiras sobre mentiras.

A todo el mundo.

En primer lugar, a sí misma.

Y a ese hombre que, a pesar del dolor y del hecho de que ella fuera una desconocida (y, por si fuera poco, una mentirosa), no solo le había salvado la vida, sino que incluso ahora estaba tranquilizándola. Ese hombre que se había quedado dormido con una sonrisa de niño en los labios quemados por el hielo. Ese hombre bueno.

El único, se dio cuenta de ello, que había conocido en su vida.

Un aroma tentador.

En el rellano. ¿A esa hora?

Tal vez fuera la vecina, la señora Gruber. Últimamente se había vuelto un poco despistada. La vejez. Resultaba deprimente pensar en ello. Eran de la misma edad. Viuda ella, él soltero. Los domingos *Frau* Gruber lo invitaba a almorzar y coqueteaba un poco. Tal vez incluso se había enamorado. ¿Y por qué no, después de todo?

Eran viejos, pero no *tanto*.

Pobre señora Gruber.

En todos esos años todavía no se había percatado de que ninguna golosina o mirada lánguida lograrían impresionarle. Era una cuestión de tribus, se repetía Gabriel. Había dos: una a la que le gustaban las mujeres y otra que se veía obligada a esconderse.

Aunque nunca decía que no a las golosinas de la señora Gruber. Era una excelente cocinera.

Al cerrar la puerta, Gabriel se olvidó de ella. Estaba cansado, muerto de cansancio. Necesitaba una ducha. Y una copa de jerez. Tal vez no en ese orden.

Cuando se dio cuenta de que se había dejado la luz encendida en la cocina, se dijo que se estaba volviendo viejo.

Pero no era la vejez.

Era algo peor.

Un intruso.

Un intruso impecablemente vestido, con un delantal atado a la cintura. Un hombre (guapo como un actor de Hollywood, pensó irremediamente Gabriel) que estaba cocinando.

Su cocina, sus fogones, sus ollas.

Sintió que le faltaba la respiración.

Había una pistola sobre la mesa. Una pistola con una especie de botella enganchada al cañón.

Un silenciador.

—Buenas noches, Gabriel. Tal vez ya ha comido, pero, por favor, le ruego que no me sea grosero. Pruébelo y dígame qué piensa.

Gabriel se quedó rígido, incapaz de apartar los ojos de la pistola.

El desconocido interceptó su mirada.

—No se deje intimidar. Estamos entre personas civilizadas, será innecesaria.

Gabriel comenzó a temblar.

No por la pistola.

Por la voz, melodiosa. Dulce. El hombre tan guapo como un actor de Hollywood era aterrador.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace en mi casa?

Le salió un chillido que no habría acobardado ni siquiera a un niño.

Siempre ocurre lo mismo cuando se envejece.

—Por favor, siéntese. Se lo explicaré todo.

Gabriel sintió el impulso de huir.

El extraño le leyó el pensamiento.

—No lo haga —dijo.

Luego sonrió.

Gabriel se sentó.

—Me llaman el Hombre de Confianza —prosiguió el intruso—. Tengo un trabajo que llevar a cabo. Nada de lo que tenga que preocuparse —dejó una olla sobre la mesa y la destapó—. Espaguetis. Un poco de mantequilla de montaña y queso parmesano con cuarenta meses de maduración. Un plato sencillo. Espero que no le importe, he descorchado una de sus botellas.

Sirvió el vino.

Se sentó frente a él.

—Coma, por favor.

La vejez. Fue la vejez, o al menos eso pensó Gabriel, lo que le llevó a ceder.

La vejez lo hacía a uno débil, frágil. Cada gesto suponía un gran esfuerzo, cada pensamiento remitía a la fragilidad de ese cuerpo que ya no sentía como propio.

La carne es débil.

Y la comida era exquisita.

—Compartir el pan fomenta la intimidad entre los hombres. Es mi forma de pedir su confianza, Gabriel.

—¿Para qué?

—Los hombres que tienen cierta intimidad, los amigos fraternales, no la necesitan —el Hombre de Confianza le señaló la pistola— para ser sinceros el uno con el otro. Nosotros vamos a mantener una breve, y espero que fructífera, conversación. Íntima. Me gustaría saber si tiene usted la intención de mentir.

—Ni siquiera sé acerca de qué...

El Hombre de Confianza se sirvió un poco del vino que quedaba en la botella.

—Es una pena desperdiciar un buen vino. Y sería una pena tener que causarle dolor. También porque me resultaría muy difícil errar el disparo, desde donde me encuentro. No le dispararía ni al corazón ni a la cabeza, sino al estómago, dicen que es dolorosísimo. Además del hecho de que, después de una comida como esta, para los cirujanos sería un trabajo de mil demonios arreglar las cosas. ¿Tiene miedo?

Gabriel se sobresaltó.

—¿No debería?

—No, no debería. Mucha gente diría que la sastrería no es un arte, pero mucha gente también cree que Monet era tan solo un majadero obsesionado con las ninfeas. Así que, es usted un artista y a mí me encanta el arte. Nunca le haría daño. A menos que me viera forzado a hacerlo. ¿Tiene intención de obligarme a hacerle daño o prefiere una conversación civilizada?

—Una... —Gabriel balbució—. Una conversación civilizada, por favor.

—¿Significa eso que usted confía en mí?

—En parte.

—Una respuesta sincera. Se lo agradezco. Mi trabajo es encontrar a gente. No se lo oculto, quiero ser franco con usted: los encuentro para matarlos.

Gabriel palideció.

—Quiere...

—No, usted no. Aunque creo que saldrá de nuestra charla con una pequeña herida. No física, que quede claro. No se desmaye, Gabriel, por favor. ¿Quiere agua?

Gabriel asintió.

El Hombre de Confianza le sirvió un poco.

—Marlene Taufer *in Wegener*. ¿La conoce?

—Es a ella a la que quiere...

—Nunca en toda mi vida he sentido rencor alguno hacia nadie, créame. Yo soy un arma, Gabriel. Del mismo modo que usted es la mano que sigue la inspiración. No tengo nada en contra de su joven amiga. Sin embargo, voy a matarla, sí.

Gabriel se levantó, airado.

—Ya le he dicho a ese hijo de puta de Wegener que no tengo ni idea de dónde...

—A mí no me interesa esa clase de información. Sé que usted no tiene ni la más mínima idea de dónde se encuentra la dama en cuestión, o adónde se ha dirigido. Siéntese, por favor.

—¡Tiene usted que marcharse de mi casa! —gritó Gabriel, furibundo.

El Hombre de Confianza lo miró. Directamente a los ojos.

—Tome. Asiento. Por favor.

Gabriel obedeció.

—¿Qué es lo que quiere?

—Información. Me interesa conocer a Marlene, verla a través de sus ojos. Entenderla. Usted es más que un colega para Marlene, ¿verdad? ¿Podemos usar la palabra «mentor»?

—Yo nunca podría...

Del maletín de médico que mantenía entre sus tobillos, el Hombre de Confianza sacó unas tenazas de hierro.

Las colocó sobre la mesa.

Aferró la mano del sastre, sujetándola contra la madera.

Con el índice de la mano libre contó las falanges del sastre.

—Doce. Más las del pulgar. Las manos de los artistas son valiosas, ¿no está de acuerdo? Está usted interpretando mal mis palabras. Lo lamento y le pido disculpas. Quiero ser claro. Lo que le estoy proponiendo, de igual a igual, es un intercambio. Tengo la intención de intercambiar sus manos o, Dios no lo quiera, su propia vida, por información. No le he mentido y no voy a mentirle. La información que usted me proporcione me resulta necesaria para encontrar y matar a Marlene. Eso le hará a usted cómplice de un asesinato. Dudo que llame a la policía cuando yo me marche, le aconsejo que no lo haga, pero si lo hace, estoy seguro de que las acusaciones en su contra se desestimarían inmediatamente: dicha información se recabó bajo amenazas de tortura y muerte. Pero...

El Hombre de Confianza aflojó la presión, volviendo a recostarse contra el respaldo de la silla.

—Hemos compartido el pan y bebido el mismo vino, así que puedo asegurarle que, aunque no lo sea ante los ojos de la ley, se sentirá culpable ante su conciencia. Esa es la herida de la que le hablaba. Mi propuesta, por lo tanto, no es un intercambio entre información y vida, sino entre información y conciencia.

El Hombre de Confianza dijo «conciencia».

Gabriel entendió «alma».

Toda la noche.

Acurrucada en una silla, con una manta de lana sobre los hombros, velando el sueño de Simon Keller. Intentando interpretar las arrugas en su cara, temiendo que su pecho dejara de subir y bajar.

Toda la noche velando y pensando.

Escuchando el viento. Escuchando cómo el silencio se transformaba en la dulce música del amanecer.

Los primeros rayos de sol. El goteo de la nieve. La madera que respiraba y crujía.

Marlene había seguido reflexionando incluso cuando Simon Keller se despertó tosiendo con un gemido y ella le cambió la venda de la cara.

Pensó también mientras preparaba la infusión de adormidera, bajo la mirada atenta y sufrida del *Bau'r*. Mientras escuchaba sus instrucciones sobre cómo, qué y cuánto dar de comer a los cerdos. Mientras preparaba la comida para Lissy.

Aparte, porque Lissy era muy caprichosa.

Y tenía hambre. Siempre.

Reflexionó mientras vertía la bazofia en el comedero bajo la iluminación de la lámpara de aceite y cambiaba el agua, y mientras Kurt y el Doctor reñían por el privilegio de una monda de patata medio podrida. Pensó en ello mientras se colocaba el guante de acero y abría la puerta del enrejado, distraída, a pesar de que Simon Keller le había dicho que tuviera cuidado con la cerda.

*Mucho cuidado, Marlene.*

—¿Me entiendes?

—Claro, Lissy es feroz.

—No —la rebatió el *Bau'r*—. No es feroz. Lissy tiene hambre. Es diferente. ¿Tendrás cuidado?

—No os preocupéis.

Pero Lissy permaneció escondida en la sombra todo el tiempo. Tal vez intimidada por su presencia. Marlene solo alcanzó a ver la cresta y las franjas blancas.

No la llamó. Tenía otras cosas en la cabeza.

Lo pensó mucho tiempo y tomó una decisión después de que Simon Keller se adormilara por segunda vez, observando el perfil de las montañas, más allá del cristal de la ventana y reflejándose en su silencio de cuarzo.

Esas aristas, esas profundidades de luz y de sombra borraron sus dudas.

De repente, experimentó una sensación que hacía años que ya no le pertenecía. Paz.

Decidir hizo que se sintiera más ligera, aliviada. Decir la verdad. Por muy desagradable que fuera. Arriesgándose a mostrarle a Simon Keller quién era ella en realidad.

Pero no inmediatamente.

Primero el *Bau'r* tendría que restablecerse. Recuperar las fuerzas. Hubiera sido cruel descargar sobre sus debilitados hombros ese peso también. Esperaría a que se curara y le contaría la verdad. Solo entonces decidiría su siguiente paso. Dónde ir. Qué hacer. Marlene levantó su mirada al cielo.

No había nubes.

La granja era hermosa. Entendía por qué Simon Keller estaba tan orgulloso.  
Ella no era una Keller y, sin embargo, entre esas paredes se sentía protegida.  
Era un lugar de paz.

Luna en Aries.

O Tauro en Júpiter. Tal vez Acuario en Alfa Centauri. Isabella, su esposa, era una apasionada de la astrología. Según su opinión, el destino de la gente estaba escrito en las estrellas. Se había creado una verdadera cultura con esas chorradas. De tanto en tanto se soltaba en larguísimas explicaciones sobre las causas astrales de los acontecimientos de sus vidas. Ella era piscis (ascendente escorpio); él, aries, (ascendente virgo) y se conocieron cuando Saturno estaba en la cúspide con el planeta Quintocono.

¿Cómo te explicas eso?

Carbone no solo no se lo explicaba: es que le daba igual. Pero la escuchaba. La quería y pensaba que esa fijación tarde o temprano desaparecería. Y, de todos modos, había cosas peores. La esposa de un compañero suyo se obsesionó con hacer ejercicio y ese pobre se veía obligado a pasar los lunes, los miércoles y los viernes en un apestoso gimnasio de Bolzano. Además, pensó Carbone, si no se mostraba solícito y atento con ella, Sagitario en oposición a quién sabe qué podría empujarla a los brazos de otro. Un tauro, quizás.

Isabella, con los cincuenta años bien cumplidos, todavía era una mujer hermosa. Por eso el capitán callaba, asentía y dejaba escapar un «¡Ah!» de asombro.

Ese día a Carbone le habría gustado llamar a Isabella para preguntarle qué decía su horóscopo.

«Aries: las estrellas te ofrecerán la agradable oportunidad de mearte en la cabeza de tus adversarios. Cuidado con el rabo, que no se te enfríe».

El capitán se rio a carcajadas.

Quizás nunca había sido tan feliz en su vida. Tenía delante los registros telefónicos de Herr Wegener. Se los había llevado un tipo queapestaba a servicios secretos a quien había conocido durante lo que los periódicos bautizaron como la «emergencia terrorista». Uno con quien podía intercambiar favores sin hacer mucho ruido.

Según lo veía él, cultivar ese tipo de amistades formaba parte de sus obligaciones. Y poco importaba si el amigo tenía las manos manchadas de sangre. En determinadas situaciones, uno no podía ir por ahí con demasiados remilgos, ¿verdad?

Si quieres paz, según decía un lema latino que el capitán aprendió en la escuela, prepara la guerra.

Aunque a veces, pensó mientras acariciaba ese voluminoso pliego de papel en su escritorio, era necesario hacer la guerra. No para destruir al adversario (claro que eso también), sino, sobre todo, según lo veía él, para asustar a sus potenciales enemigos. Como decían los franceses, *pour encourager les autres*.

Por supuesto, la guerra hay que ganarla. Y ganarla con un único golpe, seco. Un mazazo.

El capitán se levantó, abrió el minibar con que había pedido que equiparan su oficina y se sirvió un fernet en un vasito.

—Por la *Blitzkrieg* —brindó antes de darse cuenta de que los hombres que acuñaron esa expresión acabaron hasta el cuello en una guerra interminable. Peor para ellos. A él no iba a pasarle.

Él tenía el arma definitiva.

Una maza.

Los registros de llamadas.

Los jueces habrían dado años de sus vidas con tal de estar en posesión de esos papeles, eso es lo que le había dicho a Herr Wegener, pensando en su interior que había exagerado.

No era verdad.

Esos registros, que a un juez le habrían provocado una úlcera, ya que, de hecho, nunca habrían sido admitidos como prueba ante un tribunal debido a su procedencia, eran una bomba atómica.

Nombres.

Servicios públicos.

Negro sobre blanco, subrayado y cuidadosamente anotado.

Insospechados hombres de negocios.

Policía fiscal.

Políticos.

Figuras destacadas.

Personas todas ellas que habían tenido algún trato con Wegener y a quienes el capitán Carbone podría apuntar con una pistola en la sien. Se abría ante él un grandioso y brillante futuro. Una meada estelar, para seguir con el tema.

Por supuesto, tendría que ser cauteloso.

Eran personas que sabían cómo devolver golpe por golpe, y un número en un listado de la compañía telefónica podía no significar nada. No eran grabaciones, eran números. Carbone no conocía el contenido de las llamadas, únicamente sabía que existían contactos entre esa gente y Wegener. Pero había llevado a cabo con éxito investigaciones basadas en mucho menos. Debería preparar dossiers intachables, trabajando en secreto y sin despertar sospechas. Encontrar pruebas sólidas, cosas concretas e irrefutables para usar como instrumento de chantaje, un trabajo que requeriría mucho sudor y considerables riesgos. Pero ese paquete de papel amarillento que destacaba sobre la mesa de su despacho era *oro*.

La auténtica cerecita que coronaba ese pastel de dinamita era el único número de teléfono, rodeado con un círculo rojo y con varios signos de exclamación garabateados al lado, que Herr Wegener nunca había marcado. De eso estaba seguro. Nunca jamás.

Y lo suyo no era instinto. Era simple lógica investigativa.

¿Por qué?

Porque, de otro modo, no habría pasado lo que pasó.

Simple.

¿De qué signo era Wegener?

El capitán Carbone se sentó en el escritorio. Se concedió unos minutos para calmar la respiración. No quería parecer ansioso o excitado. Herr Wegener podría... ¿Qué? Se preguntó sonriendo.

Nada.

No podría hacerle nada.

Ya no.

No después de lo que le diría.

*Hasta luego, Kobold.*

Aquí está tu horóscopo, pensó mientras marcaba el número de teléfono de Wegener: «Una buena noticia para vosotros, amigos del signo del Hijo de Puta: ¡estáis muertos!».

Herr Wegener contestó al cuarto timbre.

—¿Quién es?

El hombre con perilla levantó la maza.

—Carbone —contestó el capitán.

—Dime.

Carbone no habló.

Asestó el golpe.

—Sé quién es Klaus.

Fichas telefónicas.

Siempre llevaba encima un puñado.

El Hombre de Confianza las metió una tras otra en la cabina telefónica. Metódico, escuchó el tañido de las monedas que caían en el recipiente de metal.

Marcó el número del buzón de voz y oyó los ruidos de la centralita, imaginando la señal moviéndose entre millones de kilómetros de cables, bajo tierra.

El mensaje era simple.

Entre gritos y lágrimas.

De ira y de desesperación.

—Klaus es mi hijo. Marlene está embarazada. Tenemos que vernos. Pararlo todo. Todo.

Lo borró.

Colgó de nuevo. Miró a su alrededor. Nadie. Del bolsillo sacó un pañuelo de seda, limpió el auricular y lo colocó en la horquilla, con delicadeza.

Dobló el pañuelo otra vez.

En su cara no había señales de emoción. Solo un leve rastro de curiosidad, como siempre que se veía frente a las lágrimas. Las lágrimas eran un misterio para él.

Sin embargo, los gritos y las suplicas de Herr Wegener no le habían afectado.

«Irrevocable» era una palabra que tenía un único significado.



—Los ratones en las paredes.

Marlene llevó su mirada hasta la portada del libro de cuentos.

—Era la única forma de no volverse loco. Tenía miedo de esas voces. Los ratones, en cambio...

—Como los de Cenicienta.

—Yo no era Cenicienta. Mis padres me querían. Aunque poco a poco... —Marlene se pasó la lengua por los labios al sentirlos secos y duros, mientras buscaba las palabras adecuadas—. Aunque, poco a poco, fui desapareciendo. Para ellos me había convertido en un fantasma. Mamá y Papá me preparaban el almuerzo y la cena, me preguntaban por el colegio, Mamá me contaba los cuentos y Papá intentaba hacerme reír con sus historias, pero...

—Ya no eran ellos.

Marlene miró la cara de Simon Keller.

El *Bau'r* lo entendía.

Sí, lo entendía todo.

En ese momento su confesión se convirtió en una avalancha. Aunque hubiese querido, ya no habría podido detenerse.

—Empecé a robar. No sé por qué lo hice. Me convertí en la Urraca Ladrona. En mi mente todo estaba claro. Era casi correcto. Marlene se convertía en la Urraca Ladrona del mismo modo que Mamá y Papá se habían convertido en los ratones de la pared. No sabía qué hacer con lo robado. Se trataba de cosas pequeñas. En la escuela, pero también en las tiendas del pueblo, antes de regresar a casa. Lo más valioso que robé fue una cadenita. Se la robé a la maestra. Fue extraño. La maestra me gustaba, ella me quería, decía que era inteligente y buena. Pero, a pesar de todo, se la robé. Se dio cuenta, por supuesto.

—¿Se lo dijo a tus padres?

Peor aún.

La maestra se lo dijo a *Onkel Fritz*, que en el pueblo era más conocido que los padres de Marlene. *Onkel Fritz*, con su barriga de bebedor de cerveza, las muñecas fuertes y los dientes astillados. Se prodigó en mil disculpas y habló de su hermana (que no estaba bien, de ninguna manera) y del cuñado (un mal tipo).

*Onkel Fritz* subió a la granja y se enfrentó a ella mientras, con un pañuelo recogiendo el pelo azabache, Marlene estaba rastrillando el establo de las vacas. No lo oyó llegar.

Tan solo sintió que unas manos la levantaban del suelo.

Y el sabor del estiércol cuando *Onkel Fritz* la lanzó contra un montón de excrementos.

«¡Esto es lo que te mereces, estúpida, pequeña gilipollas! ¿Dónde está?».

*Onkel Fritz* temblaba. De ira, pero no solo.

Parecía satisfecho.

«¿Dónde lo has escondido?».

Marlene se limpió la cara, disgustada. «¿El qué?».

«El collarcito. ¿Dónde está?».

Marlene luchó.

«No se lo digas a mamá, se enfadará. No se lo digas, por favor, *Onkel Fritz*, se enfadará mucho, por favor *Onkel Fritz*, no se lo digas a mamá y a papá, ellos..., te lo ruego, no...».

De nuevo la cabeza en el estiércol.

*Onkel Fritz* estaba encima de ella. Era grande, era gordo. Y tenía ese brillo en su mirada que la volvía loca de terror. Era sucio, incomprensible. Horrendo.

Marlene sacó el collarcito del bolsillo del delantal.

*Onkel Fritz* se lo arrebató de las manos.

«¿Qué pensabas hacer con este collar? ¿Venderlo? ¿Ponértelo el domingo? ¿En eso estabas pensando? ¿En ponerte guapa?».

«Yo no...».

*Onkel Fritz* la agarró de la nuca y le restregó la cara contra los excrementos. «Tú solo eres una quitamierda. Una asquerosa quitamierda. Quitamierda naciste y quitamierda morirás».

Marlene sollozaba.

¿Por qué Papá no venía a ayudarla?

¿Dónde estaba Mamá?

«Y ahora dame las gracias».

«*Onkel Fritz*...».

El hombre la agarró por un hombro, con fuerza. «Dame las gracias. Te he enseñado cuál es tu lugar en el mundo. Di “gracias, *Onkel Fritz*”».

Inmóvil, en el estiércol, como una muñeca rota.

Con las piernas abiertas, la falda levantada.

*Onkel Fritz* jadeante, gigantesco, encima de ella. Con esa mirada.

«Gracias, *Onkel Fritz*», murmuró.

*Onkel Fritz* no mantuvo el secreto. Habló con Mamá y con Papá mientras ella, con la cabeza gacha, permanecía en un rincón junto a la chimenea escuchando todos los «¡Dios mío!» y los «no es posible» y los «qué vergüenza» de sus padres.

No la abroncaron. Ni una palabra de reproche. Se volvió más invisible todavía.

Mamá se puso enferma. Se pasaba la mitad de los días en la cama, con el brazo sobre los ojos. Casi sin respirar. La otra mitad la pasaba limpiando la casa. Quitaba el polvo, barría, rascaba, enjabonaba una y mil veces.

Todo está sucio. Todo sucio.

Todo sucio.

Es lo que decía.

Mamá fue hospitalizada. Marlene recordaba los ojos de la mujer, ausentes, clavados en el vacío, mientras Papá y *Onkel Fritz* la cargaban en la ambulancia. ¿Adónde la llevaban?

«Al manicomio —dijo *Onkel Fritz*—. Y todo es por tu culpa. Recuérdalo, estúpida quitamierda».

Luego volvió a musitar en el oído de Papá. Siempre la misma cantilena. Dinerodinerodiner...

Papá se rindió. La granja fue vendida. *Onkel Fritz* le encontró un trabajo en un aserradero, en Lana. Marlene se mudó. A los dieciséis años comenzó a trabajar como camarera en un hotel.

Papá no la llevaba a ver a Mamá, no era conveniente. Decía que Mamá estaba mejor. Se estaba curando, pronto volvería con ellos. Pero lo decía con ese chillido que todavía atormentaba los sueños de Marlene. «Dinerodinerodiner» se había convertido en «localocaloca».

En el hotel, Marlene se dio cuenta de que gustaba a los hombres. No fue un descubrimiento agradable. Le devolvía a la mente los ojos de *Onkel Fritz*. Las miradas. Los toqueteos. Las palabras con la boca entrecerrada. Los tipos que, borrachos, le ofrecían dinero para charlar un rato en privado. Nunca había pensado en su cuerpo como algo deseable. Y, sin embargo, las atenciones eran innegables.

Le abrieron los ojos.

Comprendió cómo era posible que algunas de las chicas que trabajaban en el hotel se permitieran comprar determinada ropa, determinada bisutería, determinados «caprichos», como ellas los llamaban.

Una de las camareras, Brigitte, le enseñó a maquillarse, a resaltar su rostro de damisela del siglo XIX y a transformarlo en una trampa para los capullos, como ella llamaba a los huéspedes del hotel. Capullos con dinero.

*Dinerodinerodiner.*

Los ratones ya no estaban. Papá caía dormido inmediatamente después de la cena y Mamá nunca volvió a casa. Pero sus chillidos perseguían a Marlene día y noche, día y noche.

Brigitte se lo había dicho: vuélvete lista.

La Urraca Ladrona era lista, pero...

Resistió.

Ciertamente, para sacarse alguna propina más ponía en práctica lo que Brigitte le había enseñado. Una sonrisa y la falda un poco más corta de lo que toleraba el reglamento, pero nada más. Todas comenzaban así, le dijo Brigitte una noche, mientras le enseñaba un anillo con brillante, regalo de uno de sus «admiradores».

Una sonrisa y la falda corta, el resto llegaba por sí solo.

«Pero si quieres un consejo, hermosa Marlene, tendrás que decidirte. Tarde o temprano tu piel dejará de ser tan tersa y tu pecho empezará a notar la gravedad. Eso por no hablar de este — Brigitte se dio una palmadita en las posaderas—. Un poco de circunferencia a los hombres les gusta, de lo contrario no sabrían dónde meter sus manazas, pero cuando se convierte en mucha empiezan a quejarse. Si quieres ganar dinero, hazlo ahora».

No, se dijo Marlene, ella no. Nunca lo haría.

No por *dinerodinerodiner*.

Hacerlo habría significado volverse *localocaloca*.

Nunca, se lo había jurado.

Al día siguiente conoció a Herr Wegener.

Tenía veinte años más que ella. Se mostraba seguro de sí mismo, era guapo. Vestía de una manera impecable. Y no había hecho nada más que observarla durante toda la cena.

El cortejo. Las invitaciones rechazadas más por incredulidad que por una cuestión de cálculo: ¿cómo era posible que un hombre tan rico pudiera sentirse atraído por una quitamierda como ella? Los modales amables. Las hermosas palabras. Los ramos de flores. El primer beso.

«Eso no durará —le dijo Brigitte—. Sácale toda la pasta que puedas antes de que se canse de ti, hazme caso».

Herr Wegener, por el contrario, no se cansó.

Le pidió matrimonio.

—Fui al hospital. Mamá se había quedado tan pequeña y seca como una ciruela. Le hablé de la boda. Le dije que era feliz. ¿Sabéis qué me dijo?

Simon Keller negó con la cabeza.

—Miró mi vestido nuevo, la laca de uñas. Mi peinado. Escupió a mis pies. Puta. Puta, me dijo. Puta asquerosa. Me eché a llorar.

Simon Keller tendió una mano para acariciar las suyas, pero Marlene se retrajo.

La verdad.

Toda la verdad.

—También lloré en la boda. Todas las novias lo hacen, ¿no? Son felices, están emocionadas. ¿Sabéis por qué lloré yo? Porque quien me acompañó al altar fue mi padre. Con ese traje suyo — Marlene parpadeó, su cara se endureció— de quitamierda. Me avergonzaba de él. De sus manos. De sus arrugas. Me avergoncé del hedor a pobreza que arrastraba tras de sí. También invité a la boda a *Onkel Fritz*. Podría no haberlo hecho. Les había robado la granja a mis padres, había



—Ya me encargaré yo de convencerlo. Ningún hombre es tan cruel como para no conceder una segunda oportunidad.

—No, no tenéis por qué hacerlo. Vos...

—Primero tienes que hacer algo por mí. *Voter* Luis decía que uno se convierte en un hombre cuando se viste con las ropas del padre. Estas que ves son sus ropas. Sus pantalones, su camisa. Necesito que hagas un traje nuevo para mí. Eres modista, me has dicho. Tengo tela. Es vieja, pero resistente. ¿Puedes hacerlo?

—Yo...

—¿Puedes?

Marlene asintió.

—El sombrero, de todas formas, no sé cómo...

Simon Keller sonrió.

—Entonces llevaré el de *Voter* Luis. Está bien. Me gusta. Es un bonito sombrero, robusto. Y es justo que yo lo recuerde.

—¿A vuestro padre?

Simon Keller la miró largo rato, antes de contestar.

—Al hombre a quien maté.

Desesperado.

*Más allá* de la desesperación.

Herr Wegener bramaba órdenes. Llamaba por teléfono. Bramaba nuevas órdenes. Dos, tres, cien veces. Pero nadie había visto al Hombre de Confianza.

¿Warren Beatty? ¿Quién?

¿El actor?

¿El jefe había bebido demasiado?

Loco. Por culpa de una mujer. Su esposa.

¿No es siempre así?

Herr Wegener prometía recompensas millonarias por la cabeza del Hombre de Confianza. Millones a quien pudiera ponerlo en contacto con él.

Nadie daba un paso al frente.

El capitán Carbone le daba coba.

El abogado no respondía a sus llamadas telefónicas.

Herr Wegener había llegado al punto de arrodillarse y rezar. Quédate con mi vida, Dios. Quédate con mi vida, no la de mi hijo. Klaus. Mi. Hijo. Señor.

Te lo ruego.

El crucifijo había permanecido mudo ante sus demandas.

De manera que Herr Wegener aferró el teléfono. Furibundo. No más peticiones, no más promesas. Órdenes. Órdenes que sus hombres pillaran al vuelo.

Venganza.

Represalia.

Muerte.

La *Stube* .

La luz era escasa, pero Marlene era una buena modista.

Una artista, decía Gabriel. Marlene nunca se lo había creído; sin embargo, la halagaba que ese hombre de modales refinados e innegable talento la llamara así.

Las mejores horas de su matrimonio con Herr Wegener las había pasado en el taller de la boutique. Charlando con las otras costureras y aprendiendo de Gabriel los trucos de la profesión. Acariciando la tela que llevaban los mayoristas y eligiendo la mejor. Transformando los partos de su imaginación y las peticiones de las novias en vestidos refinados.

Wegener nunca lo había entendido, pero con la espalda doblada sobre las mesas de trabajo, la frente fruncida y los ojos que, a veces, lagrimaban de cansancio, Marlene se sentía libre.

La *Stube* de una granja, sin embargo, no era un taller para esnobs adineradas. La ropa de un *Bau'r* no debía ser artística, se recordó a sí misma. Tenía que ser robusta. Las costuras tenían que ser resistentes, la tela debía ser cortada de manera que no dificultara los movimientos; los botones, cosidos con doble hilo.

A pesar de todo eso, el resultado no careció de cierta elegancia.

Marlene se pinchó un dedo.

Se lo llevó a los labios.

La tela de Simon Keller era vieja, pero de óptima confección. Había ido a buscarla al sótano, sin darle a Marlene la posibilidad de bajar con él y ayudarlo a transportarla a la *Stube* . A saber dónde había adquirido esa tela. A saber *cuándo* la había adquirido.

Tal vez era de su *Mutti* .

Una *Bäuerin* también era costurera. Además de un millón de cosas más.

Simon Keller le habló de su madre, muerta tras el parto. De la locura de *Voter* Luis que de hombre de fe se convirtió en un monstruo, del miedo ante sus silencios, y del miedo a sus gritos. Un monstruo que había matado a la hija menor.

Elisabeth. La pequeña Lissy.

Le habló de cómo la estuvo velando hasta al amanecer, acunándola en sus brazos, ya muerta.

*Pequeña Lissy.*

*Dulce Lissy.*

Le habló, con la pipa apagada entre los labios y la mirada distante, sobre cómo un día había entrado en el dormitorio del padre para vestirse con su ropa oscura y severa.

Era lo que debía hacerse.

—Me puse su ropa. Esta ropa. Y le corté el cuello mientras dormía. Tendría que haberle hecho sufrir. Aterrorizarlo igual que él había aterrorizado a la pequeña Lissy. Pero habría sido una forma de vengarme y la venganza no es digna de un hombre de fe. La piedad sí lo es. Fui piadoso. Era, en cualquier caso, mi padre, y antes de perder la cabeza había sido un gran hombre.

Marlene miró las manos nudosas de Simon Keller desplegadas sobre la mesa. Los nudillos consuntos, las cicatrices, las manchas oscuras sobre la piel quemada por el hielo.

Manos de asesino.

—¿Te asusto, Marlene?

Marlene no contestó.

No de forma inmediata.

Miró esas manos y pensó en el tormento de tener que velar el cadáver de la hermanita. En los años de miedo y terror. En una soledad tan extrema cuyo final no podía verse.

No.

No, las de Simon Keller no eran manos de asesino.

—No fue un asesinato. Fue justicia.

Eso fue lo que dijo.

Solo la llama.

La llama de la vela. Si uno miraba en su interior, podían verse milagros y misterios. Hombres y mujeres que se retorcían detrás de la fachada de un hotel.

Si se escuchaba el viento que ululaba, afuera, se podía oír el eco de sus gritos.

Solo, dentro de la cabaña en medio de los viñedos enterrados por la nieve, Herr Wegener sonrió. Qué hermoso era ese sonido. Como el hedor acre de la gasolina que le llegaba a las fosas nasales, haciendo que le picaran.

Cuatro bidones de veinte litros, preparados al lado de la puerta. Se subía a la cabeza como el mejor champán de su bodega. Wegener podía observar a Georg, que estaba montando guardia. Esperaba junto a él.

Dentro, a la luz de la vela, Herr Wegener masticaba odio y pensaba.

No puedes ser la esposa del pastelero sin conocer a los golosos de la ciudad. Palabras de Carbone. Cómo odiaba a ese hijo de puta.

Odiaba todo.

Odiaba a todo el mundo. Pronto ese odio se convertiría en masacre. Porque Carbone tenía razón: él era el pastelero. Los golosos de la ciudad no tenían secretos. Estaban todos en su cuaderno.

Nombres, apellidos, direcciones.

Puntos de encuentro.

El hotel. Una bala marcaba su ubicación en el mapa desplegado sobre la mesa. La llama de la vela enviaba destellos infernales que acariciaban el latón.

Balas de punta hueca. Unos pocos gramos de muerte concentrada.

Un plan perfecto en la cabeza de Wegener. La motivación, evidente. Venganza. Golpear donde hubiera sido imposible no percatarse. Exhibir músculo. Atraer la atención del Consorcio.

Obligarlos a llamar de nuevo al Hombre de Confianza.

En el mapa estaba escrito: «Grand Hotel Steinhof». Herr Wegener leía: casino. Ilegal. Propiedad del Consorcio. Útil para ganar dinero, pero no solo eso».

El Consorcio no sabía qué hacer con el dinero. ¿Cuánto se podía sacar de una timba clandestina, incluso de perfil tan elevado? Calderilla para una organización cuyos ingresos podían ser la envidia de un buen número de estados títeres del África negra. El propósito de ese casino era diferente y más previsor.

En el casino no se jugaba al *watten* o a la brisca. Nada de tabaco barato o de orujo rancio. Se jugaba al blackjack y al póker.

Era otro mundo.

Se entraba por una calle bien iluminada de Merano y se acababa entre las luces cegadoras de Las Vegas. Detrás de la fachada del Grand Hotel había ruletas y chicas hermosísimas, rubias y con las piernas largas. De Europa del Norte y del Este. Cocaína en bandejas de plata.

Nadie blasfemaba, nadie maldecía. La clientela aceptaba la derrota con una sonrisa y un brindis por el crupier. Un lugar con clase para gente con clase.

¿Por qué quejarse de una mala mano o de un rebote caprichoso de la bolita? Encontrarse allí

significaba ya ser un ganador.

No se entraba en ese casino gracias a una propina o a un guiño. Se recibía una invitación formal. En papel grueso y caracteres de plata.

«Su señoría».

Un lugar de élite. La seguridad estaba garantizada al cien por cien, porque el propósito del casino, a dos pasos del hipódromo, alojado en la planta que quedaba por debajo del vestíbulo de uno de los hoteles más renombrados, era reunir a la gente. Facilitar apretones de manos, acuerdos, amistades.

De los apretones de manos surgía el poder del Consorcio.

El dinero era su consecuencia.

—Su señoría —repitió Wegener en voz alta, la llama de la vela reverberando en su mirada.

Había pensado en todo. Dos coches bloqueando la calle. Una maniobra que proclamaba: «Graves problemas a la vista». Iba a ser un espectáculo, no una simple venganza.

Demostrarle al Consorcio que allí, en su territorio, se bailaba al son que tocaba Herr Wegener.

Siete hombres. Los había escogido cuidadosamente. Los más duros, veteranos de robos y emboscadas. Las armas estaban listas sobre la mesa. Negras, brillantes y perfectamente engrasadas. Metralletas Skorpion de fabricación checoslovaca. Número de serie borrado, cargador lleno. Selector de fuego automático. Una bolsita de Benzadrina junto a las semiautomáticas, algo más lejos. Cápsulas blancas a base de anfetaminas para dar el subidón a sus esbirros. Las mismas que usaban los pilotos de caza. Los soldados en la jungla. Los quería sedientos de sangre.

Iba a ser un Vietnam como nunca antes se había visto en esos pagos.

Ese era el plan.

Primera fase: llegar, deshacerse de los guardias. Hombres con fundas sobaqueras que patrullaban en la entrada con discreción y profesionalidad. Excelentes tiradores y excelentes observadores.

¿Cuántas veces Herr Wegener había sonreído a esos hombres llevando del brazo a Marlene con vestido de noche? ¿Y cuántas veces había ganado y perdido en la sala tapizada de terciopelo y oros brillantes?

Peor para ellos.

No darles tiempo para implorar piedad.

Segunda fase: irrupción. Siete hombres enmascarados; uno, a cara descubierta. Él. El espectáculo requería un director y una estrella. Él haría ambos papeles. Y, en ese momento, masacre. Regar de plomo el casino. Hombres en esmoquin. Prostitutas de piernas largas. Camareros y crupieres. Los quería muertos.

A todos.

Tercera fase: los bidones de gasolina. Sobre las mesas de juego. En los sofás, en las plantas decorativas, detrás de la barra del bar. Y rasgar una cerilla para desencadenar el infierno. Mirando la llama de la vela ya podía ver esos cuerpos retorciéndose.

Escuchando el viento podía oír sus gritos.

Dos golpes en la puerta.

Georg.

—Señor...

Bastó con esa palabra.

Wegener comprendió.

Wegener ordenó a Georg que lo esperara afuera. En el coche, con el motor en marcha. El hombre asintió y desapareció. El ruido de las bisagras le hizo rechinar los dientes.

Con un gesto airado barrió el mapa de la mesa. La bala de punta hueca rebotó contra la pared. Las cápsulas de Benzedrina se desparramaron por el suelo.

Wegener se llevó las manos a las orejas. El viento. Ya no cantaba venganza y represalia. Le contaba otra historia. Tierra quemada. No lo soportaba.

Sabía cómo iban determinadas cosas, podía imaginarlo. Alguien se acerca y te ofrece una cerveza. Te pregunta cómo van las cosas. Luego te susurra un consejo.

Ulises nunca regresó a Ítaca, te dice. El cíclope se dio una comilona con su carne. ¿Lo sabías? El resto son solo mentiras.

Luego te sonrío y sabes qué pretende. Te das cuenta de que te está dando una oportunidad.

Entonces te apresuras a asentir, dejas el taburete y regresas a tu casa para hacer el equipaje. Quien te invitó a tomar algo es el cíclope. Si sigues con vida se lo debes al destino. Y no hay que escupirle a la cara al destino.

«A tomar por culo Wegener».

«A tomar por culo su esposa».

Date el piro mientras estés a tiempo.

Wegener se plantó los puños sobre los ojos.

No podía dejar de pensar en ello.

Sus hombres. Los siete escogidos por su agresividad y su determinación. Había bastado un soplido del Consorcio para hacer que pusieran pies en polvorosa. Dejándolo solo. Inerme.

¿Qué significaba eso? Lo sabía bien, pero no podía admitirlo.

Y tampoco podía dejar de imaginar.

Una voz persuasiva al teléfono. Siegfried nunca hundió su lanza en el pecho del dragón. El dragón es demasiado fuerte. ¿Quieres tener el mismo final que él?

Eres una persona inteligente. Tienes familia. Tienes amigos. ¿De verdad quieres perderlo todo?

¿Y por qué?

¿Por alguien como Wegener?

¿No sabes que Wegener ya está acabado?

Así que cuando cuelgas el auricular del teléfono en la horquilla, sientes que la vida es maravillosa, sientes que el aire que te entra en los pulmones tiene un sabor dulce. Sientes que tienes ganas de hacer el amor con tu esposa, de abrazar a tus hijos, de bromear con los amigos de toda la vida. Sientes que Wegener no te importa una mierda.

Esa es su vida. Suya la venganza, suya la derrota.

¿Por qué enfrentarse al Dragón?

Tierra quemada.

Eso era lo que el Consorcio había hecho. Las armas, la gasolina, la droga: todo inútil. No habría ningún asalto. Ningún hotel en llamas.

Ningún muerto.

Herr Wegener tragó saliva un par de veces. Había olvidado el sabor de la humillación.  
Se levantó.  
Las piernas le flojearon.  
Se vio obligado a sentarse.

Simon Keller le había hablado de Lissy y de *Voter* Luis, pero eran más las cosas que se callaron que las que fueron reveladas. Porque, a pesar de que la historia de Lissy, Sim'l y *Voter* Luis era tan simple como un círculo dibujado en la nieve, el círculo tenía la forma del misterio y del milagro.

Y Simon Keller había callado tanto de uno como del otro.

*Voter* Luis había trazado el principio de ese hervidero de misterios y milagros al anochecer, mientras Sim'l y Lissy estaban comiendo, inclinados sobre sus respectivos platos.

Los dos niños sorbían lentamente, concentrándose en cada cucharada de la sopa de verduras que, como siempre, era demasiado escasa y no tenía sabor. La sal y el aceite se habían terminado hacía tiempo y el huerto solo daba patatas insípidas y hierbas amargas.

De repente, *Voter* Luis, que no había tocado la comida, limitándose a observarlos de brazos cruzados, se levantó apoyándose en la muleta, cogió una bolsa repleta de un polvo de olor acre, la abrió y echó una pizca al fuego. Las llamas destellaron con un color azulado que colmó de asombro a Elisabeth y de aprensión al pequeño Sim'l.

*Voter* Luis colocó la bolsa en su sitio, empuñó su cuchillo de caza y, susurrando para sí mismo, recitó: «Y si tu ojo te escandaliza, arrácatelo y tíralo lejos de ti. Es mejor entrar en la vida con un solo ojo, en lugar de tener dos ojos arrojados al fuego del Gehena».

Y, en un instante, Sim'l lo comprendió.

Comprendió que para *Voter* Luis, el luto se había convertido en un Gehena insostenible. Un hombre de fe tendría que regocijarse ante la idea de su amada sentada en presencia del Padre; en cambio, *Voter* Luis no hacía otra cosa que empaparse de dolor.

Sim'l comprendió finalmente la razón por la que *Voter* Luis era incapaz de mirar a su hija a la cara. Por qué no jugaba con ella y por qué la castigaba por una nadería. O por qué seguía repitiendo que era solo una boca inútil más que alimentar.

Al nacer, Lissy había matado a *Mutti*, había encadenado a *Voter* Luis a una espiral de desesperación que ni el opio, ni el alcohol, ni la Palabra conseguían romper.

Sim'l lo comprendió demasiado tarde: Lissy era el ojo que daba ocasión para el escándalo.

*Voter* levantó su cuchillo y le asestó una puñalada a su hija. Una única puñalada, directamente en el pecho. Sacó la hoja, se persignó y se fue a su dormitorio, dejando a Sim'l llorando e intentando tranquilizar a su hermanita moribunda, acunándola.

La pequeña Lissy, que no podía entender ni la muerte ni la agonía. Lissy, que con sus últimas fuerzas, con una única gota de sangre estropeándole su cara demacrada, señaló preocupada el plato de sopa y murmuró a flor de labios, mientras su alma se encaminaba ya hacia el cielo:

—No he terminado, Sim'l. Tengo hambre. Guárdamela. Tengo hambre, mucha...

Luego, poco antes de dejarlo solo, Lissy lo taladró con esa mirada terrible, que le había parecido que preguntaba: «¿Por qué? ¿Por qué, Sim'l? ¿Por qué no me has salvado?».

*Dulce Lissy. La pequeña Lissy.*

*Todo va bien. Todo...*

Al día siguiente, *Voter* Luis enterró el cadáver y quemó la ropa de la niña junto con sus juguetes. Una miserable hoguera delante de la granja. Llamas tristes y no azules.

Esas ya habían sido prendidas.

A partir de entonces fue como si Elisabeth nunca hubiera existido, y *Voter* Luis regresó a sus ocupaciones habituales: beber mucho y masticar granos de adormidera encerrado en el sótano.

De Lissy tan solo quedaron un recuerdo y dos campanillas escondidas en el colchón de Sim'l.

Le tocó a Sim'l, a partir de ese momento, hundirse en su propio Gehena. Por la muerte de

Lissy. Porque sabía que sin ella nunca más volvería a sentirse más alto y más fuerte que un fresno.

Porque no había sido capaz de detener a su padre.

Escribía, por supuesto; era su deber. Copiaba la Palabra, pero la Palabra no le daba el consuelo que esperaba. Y cuando terminó su primera Biblia, *Voter* Luis le tironeó de un brazo y lo encerró en el sótano.

—Es hora de que veas el trabajo de los Keller.

En la oscuridad, por primera vez en presencia de las Biblias de los *Voter* del pasado, con esos severos volúmenes que parecían murmurar su terrible sabiduría, Simon Keller sintió que la vejiga se le relajaba y se le mojaban los pantalones.

*Voter* Luis lo dejó allí durante dos noches, sin comida ni agua. Rezando, delirando y temblando. Pensando una y otra vez en la cara de Lissy y en sus últimas palabras, hasta que, aterrorizado y cegado por el hambre y por la sed, Simon Keller se sintió fulminado por una intuición brutal. Una revelación, la habría llamado *Voter* Luis. Y las tinieblas de la desesperación se lo tragaron.

Cuando *Voter* Luis, en la mañana del tercer día, abrió la puerta, liberándolo, Sim'l casi no se dio cuenta. Porque había algo peor que sentirse culpable por no haber salvado a Lissy. Las Escrituras no dejaban lugar a dudas: las culpas de los padres recaerían sobre sus hijos.

A los ojos del Señor, por lo tanto, había sido él quien había asesinado a la pequeña, dulce Lissy.

Pasaron días y días. Meses.

Años.

Todos iguales. El esfuerzo en los campos, las iras repentinas de *Voter* Luis. La palabra de la Biblia, el sentimiento de culpa. La sangre de Lissy manchándole las manos. Las penurias, la soledad, la caza.

Las noches insomnes.

El miedo a la condenación.

Al fin, una mañana, nació una cerda. Pequeña, alegre. Pero no como las demás: era especial.

Con una manchita negra debajo del ojo izquierdo, idéntica a la gota de sangre en la mejilla de Elisabeth. Esa con la que Simon Keller soñaba todas las noches.

Con la espalda llagada por los correazos infligidos por *Voter* Luis, Simon Keller se inclinó sobre la cerda y la abrazó, acunándola y canturreando.

*Dulce Lissy.*

*Pequeña Lissy.*

Fue entonces cuando oyó la Voz. Esa Voz estaba en su cabeza. Y, al mismo tiempo, estaba en todas partes, a su alrededor.

Simon Keller asintió todo el tiempo que la Voz estuvo hablando. Dio una última caricia a la cerda, regresó a la granja, subió las escaleras hasta el dormitorio de su padre y mientras *Voter* Luis dormía, borracho y desmadejado, se vistió con su ropa.

Aquí estoy, pensó, mientras se calaba el sombrero negro sobre la frente.

Y le cortó el cuello a *Voter* Luis.

Cuando el hombre soltó el último aliento, Simon Keller arrastró su cuerpo al aire libre, le dio sepultura al lado de su madre y, dado que antes de volverse loco *Voter* Luis había sido un buen padre y un hombre de fe, encendió las llamas azules de los Keller y rezó por él.

Cuando terminó, regresó a casa, sacó las dos campanillas y se las llevó a la pocilga. Ató una al cuello de la cerda con la mancha y la otra la sostuvo apretada en el puño. Pasó la noche allí, cantando para ella.

Pequeña Lissy, dulce Lissy.

Se durmió.

No tuvo pesadillas.

Al día siguiente, sin embargo, Simon Keller se despertó presa de la angustia. Llevar la ropa de *Voter* Luis no le convertía en un auténtico *Voter*. ¿Iba a ser capaz de vivir allí arriba él solo? ¿Y si le preguntaban por su padre? ¿Qué iba a responder? ¿Debía emprender el camino de la huida? ¿Marcharse de la granja? Era una idea que llenaba sus entrañas de inquietud. No sabía nada acerca de cómo era el mundo de allí afuera.

A veces incluso dudaba de que existiera algo más allá de las montañas.

Consternado, le pidió ayuda a la Voz, pero la Voz calló.

Simon Keller no huyó. Y nadie subió hasta la granja a preguntar por *Voter* Luis. Cuando se arriesgó a bajar al valle y anunciar en el pueblo la muerte de su padre, le dieron el pésame, pero nada más. De alguna manera, siguió adelante.

No era un *Voter* , pero era un Keller y sabía cómo segar el heno, cómo plantar las patatas, cómo abatir a un ciervo, cómo secar la carne y cómo evitar que los mayoristas lo engañaran con las balanzas mientras les vendía sus productos.

Lo que no había aprendido directamente de *Voter* Luis lo aprendió de sus notas, y lo que *Voter* Luis no había transcrito, Simon Keller lo descubrió en las Biblias de los *Voter* del pasado. Estudiando, llegó a ser un buen *Kräutermandl* .

El único momento de felicidad en sus días consistía en llenar el comedero de la cerda. Lissy tenía hambre y él la complacía. Un círculo perfecto (pero sin misterios ni milagros) del que el *Bau'r* conseguía extraer un poco de serenidad.

La cerda con la mancha oscura creció, se convirtió en adulta y Simon Keller la apareó con los verracos que compraba en las ferias. Cada vez que Lissy daba a luz una camada, esta moría a las pocas semanas. Simon Keller se apesadumbraba, pero todos los remedios sugeridos por los *Voter* del pasado parecían no hacerle ningún efecto a la cerda.

Lissy comenzó a envejecer más rápido de lo normal y Simon Keller pensó que había algo malo en su sangre. La inquietud se abrió paso de nuevo en su corazón. ¿Qué sería de él sin Lissy?

El *Bau'r* temblaba ante la idea de su muerte.

El día en que Lissy cumplió siete años, medio ciega ya para entonces, mientras Simon Keller apuntaba hacia la madriguera de un zorro con la escopeta, la Voz volvió a dejarse oír.

No lo hacía desde la muerte de su padre y el *Bau'r* había llegado a creer que nunca había existido. En cambio, a los siete años exactos de la muerte de *Voter* Luis, la Voz regresó.

Le indicó una zona del bosque, intrincada y selvática, la misma donde el pequeño Sim'l había disparado por primera vez. Ese lugar era importante, le explicó la Voz en su cabeza. Tenía que llevar allí a la cerda, dejarla libre y volver a casa sin darse la vuelta. La cerda regresaría sola. Embarazada. La estirpe, prometió la Voz, saldría adelante. Una nueva Lissy nacería.

No se quedaría solo.

Ya no. Nunca más.

Era una promesa.

Las Biblias de los *Voter* del pasado diferían entre sí en muchas cosas, pero todas exhortaban a la obediencia, de manera que Simon Keller, que era un hombre de fe, obedeció. Ató a Lissy con una soga y la arrastró por el bosque. La dejó libre. Se fue con el corazón henchido de angustia.

Y aunque era una locura, porque *Voter* Luis decía que no había cerdos silvestres o jabalíes en las inmediaciones (¿pero realmente *Voter* Luis había dicho esas palabras? A veces la mente de Simon estaba tan confundida...), descubrió que la Voz no le había mentado.

Su fe se vio recompensada.

La cerda regresó.

Con las pezuñas cubiertas de barro, con arañazos y los dientes rotos como si se hubiera peleado con una manada de lobos, pero embarazada. Tres meses, tres semanas y tres días más tarde, como era normal para los cerdos, Lissy dio a luz a una hembra. Otra Lissy. Con más manchas. Más grande. Más hambrienta. Más inteligente. Porque, le explicó la Voz, se parecía más a su padre que a su madre.

Cuando la vieja Lissy murió, Simon Keller levantó una hoguera de llamas azuladas en su honor y, conteniendo a duras penas las lágrimas, leyó un pasaje de su Biblia: «Una generación va, otra generación viene, pero Lissy sigue siendo la misma».

Desde ese día la Voz siempre estuvo a su lado. Lo exhortaba a no desanimarse cuando la angustia parecía querer ensañarse con él, y le hacía reír cuando lo necesitaba. Le dictaba nuevas,

deslumbrantes versiones de las Escrituras que lo llenaban de inspiración. Sugería maneras de hacer pasar más rápidos los inviernos, tallando juguetes de madera o montando *Vulpendingen* cada vez más imaginativos.

Un día, mientras Simon Keller le estaba dando la bazofia a Lissy, la Voz hizo una petición que lo dejó consternado. Su primera reacción fue negar con la cabeza e intentar olvidar. Pronto se convenció de que había entendido mal.

Con el tiempo, la Voz se hizo insistente y Simon Keller, asustado por tanta vehemencia, la acusó de querer burlarse de él. Ya era hora de que dejara de hacerlo. Con ese continuo zumbido no podía concentrarse en sus deberes como *Bau'r*. La Voz estalló en una carcajada. Y comenzó a machacarlo, día y noche, día y noche, inexorable.

La Voz cambió.

Se hizo profunda, seca como pedernales frotados unos contra otros, haciendo que los dientes le vibraran y le sangraran las encías. Simon Keller trató de hacer que se callara por todos los medios. Descubrió que era imposible. Ni siquiera servía taparse las orejas con cera de abejas o tragar puñados de semillas de adormidera.

Gritando como el *Wehen*, la Voz le explicó que tenía que hacerlo por Lissy, que obedecer era su deber, como hombre de fe y como asesino en busca de redención.

¿O ya se había olvidado?

Simon Keller tenía las manos manchadas con la sangre de Lissy. Le aguardaba la condenación del Gehena. ¿O acaso dudaba de la Palabra de la Biblia, al igual que de la suya?

¿No entendía que Lissy tenía hambre?

¿Que era él quien debía saciarla?

Tras esta última pregunta, la Voz desapareció.

Al principio fue un alivio. El *Bau'r* pudo dormir y descansar. Se ocupó de la granja, de Lissy y de los cerdos de la pocilga. Talló nuevos animales y se fue de caza.

Pero sin la Voz, la granja le parecía vacía como una cáscara inútil; la montaña, un cúmulo de piedras y desolación. La soledad empezó a oprimirlo. El fuego de la *Stube* le traía a la mente el rostro de Lissy. No, pensó, esa Voz no era fruto de la locura. La Voz era misterio y milagro. Y él era un hombre de fe. Creía en los milagros y en los misterios. Dejó de dudar, y la Voz, de golpe, regresó.

La soledad desapareció.

Simon Keller aceptó el mandato de la Voz. No una vez. Siempre. Hacía lo que la Voz le pedía cada vez que se lo ordenaba. Simon Keller empezó a matar. Matar le hacía sentirse un paso más cerca de la redención.

Pero no mataba por eso.

Mataba para saciar el hambre de Lissy. Y Lissy siempre estaba hambrienta.

Fue Herr Wegener quien le proporcionó el número de teléfono de Carbone. Una extraña ironía del destino.

El capitán de los carabineros le explicó que había encontrado en los registros telefónicos de las llamadas hechas y recibidas en la villa el número de un ginecólogo de Merano.

—¿Cuánto suman dos más dos?

Al principio, cuando el Hombre de Confianza le aclaró el motivo de su visita, el ginecólogo (bigote blanco y una calva entre dos matas de rizos) se encolerizó.

¿Cómo se permitía hacerle perder el tiempo?

El Hombre de Confianza le hizo cambiar de opinión. Le costó poco.

El médico se acordaba bien de Marlene, quien, para él, se llamaba Brigitte Egger, porque era así como se había presentado. Una mujer de notable belleza, y muy feliz con su embarazo. Por teléfono, también le había confiado el nombre con el que había decidido bautizar al niño que iba a nacer.

—No me lo diga: Klaus.

—¿Cómo puede saberlo?

—Me lo han dicho las truchas del Passirio. ¿Qué más tiene para mí, doctor?

Tuvo que insistir un poco.

No mucho.

El doctor le entregó una copia del expediente completo de Marlene. Características del embarazo (todo normal) y destino (una clínica en Suiza).

Embarazo.

Robo.

Huida.

Clínica.

Marlene se había comprado un refugio seguro, pensó el Hombre de Confianza. Como idea, no estaba nada mal. Nadie sabía lo de su embarazo. Nadie iría a buscarla a una clínica.

Al salir del ambulatorio, el Hombre de Confianza hizo una llamada telefónica. Se hizo pasar por el ginecólogo y pidió novedades sobre su paciente. Utilizó el nombre con el que Marlene había firmado los documentos del médico.

Brigitte Egger.

El Hombre de Confianza no tenía ni idea de quién era esa Brigitte (¿un familiar, una amiga, un seudónimo inventado?), pero lo anotó para posibles investigaciones posteriores. Era mejor no dejar nada en el aire.

En la clínica aún no habían visto a la señora Egger. ¿Le había ocurrido algo, acaso?

El Hombre de Confianza tranquilizó a la administrativa. Todo iba bien.

Se despidió. Limpió el auricular con su pañuelo de seda. Colgó.

Sin embargo, había ocurrido algo.

¿Pero qué?

Al Hombre de Confianza le faltaban aún algunas piezas del puzle.

Por ejemplo.

El ginecólogo juró y perjuró que él no tenía ninguna relación con la clínica. Carbone tampoco había oído hablar de ella. De manera que o bien se trataba de una casualidad (pero el Hombre de Confianza había dejado de creer en las casualidades desde hacía mucho tiempo), o bien Marlene tenía un cómplice. O, si no exactamente un cómplice, una persona con dinero y contactos suficientes como para ayudarla, de una manera u otra.

¿Quién?

¿Por qué?

Descubrirlo le llevaría un paso más cerca de su objetivo. Así que se dirigió a Suiza.

La mayoría de las carreteras ya estaban despejadas, pero en algunos tramos las máquinas quitanieves seguían funcionando y el Hombre de Confianza se vio obligado a esperar, escuchando insulsas musiquitas en la radio del coche. Un viaje agotador.

Desde Merano hasta Val Venosta, el paso de Resia, los cantones suizos.

Se detuvo una sola vez, para llenar el depósito del coche, y discutió con el encargado de la gasolinera sobre la velocidad con que subía el precio del combustible.

—Culpa de la crisis.

—Dicen que se acabará.

—¿Usted cree?

Nadie lo creía. Y se rieron con ganas.

Cuando el Hombre de Confianza sacó la cartera repleta, el encargado de la gasolinera dejó de ser amable.

A pesar de haber llevado el coche muy por encima de los límites de velocidad, algo que nunca hacía, el Hombre de Confianza tan solo logró llegar un instante antes de que la clínica cerrara sus puertas a los visitantes.

Amablemente, convenció a la recepcionista de que lo dejara entrar. Necesitaba solo unos minutos. Un asunto importante.

«De la *mayor* importancia, ¿entiende?».

Ahora, sentado mientras hojeaba una revista, hacía lo que cabía esperar de un hombre como él. Controlaba, con discreción, el reloj que sobresalía de la manga de la camisa y pasaba las páginas.

No leía los artículos, admiraba las fotografías. Le fascinaba la desenvoltura con que se pasaba de la imagen de una niña quemada por napalm al anuncio de un producto de higiene íntima.

Luego también se aburría de ese juego y pasó el tiempo pensando en ciervos y zorros.

Wegener, Carbone, incluso Gabriel, el sastre, se habían hecho una idea equivocada de Marlene.

La describían, más o menos, en los mismos términos. Un cervatillo asustado que se había vuelto loco. Con más información en su poder, el retrato de Marlene se había vuelto más preciso.

No se trataba de una joven enriquecida que se había liado la manta a la cabeza, sino de una madre que tomaba la decisión de intentar proteger a su cachorro (¿de qué?, ¿del dinero de Wegener?). No obstante, cuanto más reflexionaba, más sentía el Hombre de Confianza que ese retrato resultaba engañoso.

Marlene no era ningún ciervo.

Era un zorro.

Y la caza del zorro requería astucia, tiempo y paciencia. Los zorros tienen dientes afilados y larga vista. Olfatean el peligro a kilómetros de distancia.

La caza del zorro es...

—Soy el doctor Zimmerman.

El Hombre de Confianza se levantó y le estrechó la mano a un tipo bajito, con unas gafas de tortuga que le conferían un aspecto de estudiante empollón.

—Sígame, por favor.

La consulta del médico estaba forrada de madera y olía a tabaco de pipa. El Hombre de Confianza no perdió el tiempo. Depositó sobre el escritorio el informe de Marlene, que no había devuelto al ginecólogo con bigote.

—¿Su esposa?

—Solo quiero saber quién ha pagado la habitación.

—¿No ha sido ella?

—Dígame tan solo quién la ha pagado. No ha sido la señorita... Egger, dado que, cuando hizo la reserva, cómo decirlo..., le resultaba imposible reunir el dinero suficiente sin tener que dar explicaciones.

Zimmerman cruzó las piernas, tabaleando con el índice sobre los incisivos.

—¿Es usted de la policía? ¿La señorita es una delincuente?

—No.

—¿Es un familiar suyo?

—No.

El médico se levantó.

—En ese caso, está haciéndonos perder el tiempo a un servidor y a sí mismo. Las normas sobre confidencialidad de nuestra clínica son bien conocidas. Buenas noches.

De no haberse tratado de una cacería del zorro, el Hombre de Confianza habría intentado hacer razonar al delgado hombrecillo con gafas gruesas de miope, pero estaba cansado y el tono del doctor Zimmerman lo ponía nervioso.

Del maletín de piel sacó un par de alicates de acero.

No un tazón de sopa o una ración de alitas de pollo picantes, una de sus especialidades. Un par de alicates de acero y una bolsa de celofán que contenía hielo y tres dedos. Índice, medio, anular.

El hielo se había disuelto en parte y en el fondo de la bolsa se había formado agua de color rosado.

—Lamenté cortárselos. Pertenecían a un artista. El arte es una de las pocas cosas valiosas en este mundo. Tiene una hermosísima reproducción de *Las señoritas de Aviñón*. Picasso es demasiado violento para mi gusto, pero me imagino que la eligió porque usted también valora el arte. ¿No le parece que los artistas son algo único?

Zimmerman se había quedado blanco.

—Usted...

El Hombre de Confianza comenzó a enroscar el silenciador en el cañón de la pistola.

El hombre se achicó.

—Por desgracia, usted no es un artista. A pesar de sus bonitos diplomas, ni siquiera es un médico de verdad. Los médicos son útiles. Por tanto, lamento decirle que usted no es ni artista ni médico. ¿A qué se dedica usted en esta vida? A administrar. Es un burócrata.

El Hombre de Confianza apuntó el arma a la cabeza del hombrecillo.

Luego bajó el cañón hacia su estómago.

—¿Cuántos burócratas existen en el mundo?

Cálidos y elegantes.

Herr Wegener llevaba zapatos forrados. Había hecho que se los confeccionara a medida un artesano de Florencia. Su marca estaba impresa a fuego, a la manera medieval. Había pagado por ellos su peso en oro. Sus pies, en el interior, estaban secos.

Wegener ya no era flacucho. Era un hombre hecho y derecho. Cuarenta y dos años cumplidos, no doce. Y estaba a punto de convertirse en padre. Pensar en ello lo mareaba. *Padre*. Era como el comienzo de una oración cuyas palabras hubiera olvidado desde hacía tiempo.

Sin embargo, sentado en el despacho del abogado de pelo plateado, la sensación era esa. La de seguir siendo un chico de doce años.

Todavía descalzo. Todavía hambriento. Todavía solo.

Peor.

Ahora, indefenso.

—Al Hombre de Confianza no se lo detiene.

—Marlene está...

—Nadie puede hacerlo.

—Embarazada.

El abogado apartó la mirada. Pescó un cigarrillo de un cajón y le acercó la llama de un gran encendedor con forma de toro. El fuego salía de las fosas nasales de la bestia.

—Lo entiendo —fue el único comentario del abogado.

—Espera un niño. Mi hijo. Si la matara...

—El Hombre de Confianza...

—... mataría a *mi* hijo.

—Nunca ha cometido ningún error. Nunca.

Herr Wegener no se dio por vencido.

—Debe de haber alguna manera de comunicarse con él.

El hombre del pelo plateado sacudió el cigarrillo en un cenicero de cristal.

—El buzón de voz.

—*Aparte* del buzón de voz.

El abogado estaba a punto de rebatirle, pero Herr Wegener continuó, comiéndose las palabras, inclinado hacia adelante, aferrando con las manos el borde del escritorio, como un náufrago.

—No tiene que rescindir el contrato de golpe. No he dicho eso. El contrato seguirá siendo válido. Solo tendrá que encontrarla y entregármela. Posponer la fecha de su muerte. Esperar a que ella dé a luz, luego matarla. Pagaré, si es cuestión de dinero.

El abogado, irritado, aplastó el cigarrillo a medio fumar en el cenicero.

—Ni siquiera el Consorcio puede detener al Hombre de Confianza. Usted no lo entiende. Ese hombre no se detendrá hasta que cumpla con su contrato, es su manera de trabajar.

—Solo pido una excepción...

El abogado pulsó un botón.

Uno de sus guardaespaldas se asomó a la habitación.

—Créame, Wegener. Es lo mejor. Ese niño —una mirada piadosa— sería algo malo para un

hombre como usted. Le haría perder el tiempo. Lo distraería de sus deberes.

—Mis...

—Recuerde por qué aún sigue con vida.

Herr Wegener no le estrechó la mano.

Se levantó y salió.

En cuanto Georg lo vio, puso en marcha el motor del Mercedes.

Herr Wegener no habló durante todo el viaje. Al llegar a su villa en el Passirio se encerró en el dormitorio. Sacó del cinturón la automática de nueve milímetros y la colocó sobre el colchón. Abrió la ventana completamente y dejó que el frío penetrara con violencia en la habitación. Se sentó en el borde de la cama y se puso a pensar.

En una silla vacía y un plato de sopa de un día lejano.

Demasiados, tuvo que admitir Zimmerman.

Demasiados, la verdad.

El mundo estaba poblado de burócratas. La mitad de los pasajeros en un autobús de línea cualquiera se pasaba la vida forzando a sus semejantes a hacer juegos malabares entre pólizas, autorizaciones que firmar y papeleo. La otra mitad estaba formada por personas que con mucho gusto los colgarían del primer árbol disponible.

Zimmerman había tardado poco en comprender lo pequeño que era su peso en el gran diseño del universo. Es fácil reemplazar a un burócrata, incluso a uno tan escrupuloso como él.

De manera que soltó el nombre enseguida. No hubo tiempo siquiera para formular la pregunta, y ahí estaba ya. Zimmerman incluso lo anotó en una hoja de papel con membrete, en mayúsculas, para que pudiera entenderse sin margen de error.

Lorenz Gasser.

El nombre del hombre que había pagado, por adelantado, los gastos de Marlene. El cómplice del Zorro. Un nombre que al Hombre de Confianza no le decía mucho. Mejor dicho, nada.

Me llevará tiempo, pensó mientras metía una a una las monedas en el teléfono público.

En su maletín de médico todavía quedaban informes que debía estudiar detenidamente. Resultado de las pesquisas de esos últimos días y de los soplos de Carbone. Sin duda, algo saldría de allí también. O si no, encontraría otra manera.

Siempre era así.

En el buzón de voz había tres mensajes. Herr Wegener. Herr Wegener. Otra vez Wegener. Sus gritos, sus súplicas. Rescindir el contrato, echarse atrás, suspender la operación hasta el nacimiento de su hijo.

El último mensaje fue solo un suspiro largo, agotador, que terminaba con un sollozo cortado por el ruido de la línea al caer.

El Hombre de Confianza limpió el auricular con el pañuelo de seda, lo colgó de nuevo en la horquilla y salió.

El aire estaba lleno de humedad. Probablemente, volvería a nevar de nuevo.

Lorenz Gasser, pensó.

Siempre habían sido pobres.

Desde antes de la guerra.

El único objeto de lujo en casa de Wegner (sin la e ) era una silla, un regalo de bodas. Tallada por uno de los mejores artesanos de Val Passiria. El respaldo reproducía motivos florales y en la parte posterior estaba tallado un corazón a través del cual, cuando su padre se sentaba, el pequeño Robert podía ver la camisa de ese hombre sonriente y cansado. El lujo, sin embargo, no estaba en el cincelado.

El lujo estaba en el relleno.

Rojo.

La silla de la cabecera de la mesa era la única acolchada que poseían. Para su madre, la almohada roja acolchada suponía una auténtica obsesión. En cierta ocasión, mientras cenaban, su padre estalló en una carcajada repentina (Herr Wegener no recordaba cuál era la razón, solo se acordaba de su padre doblando la cabeza hacia atrás, el vaso lleno de vino en la mano y un poco de líquido que le caía en la camisa) y el vino acabó sobre el cojín. Su madre se puso hecha una furia.

Literalmente.

Chilló, con los ojos saliéndose de las órbitas, casi tiró a su marido al suelo, empujándolo y golpeándolo con el trapo con el que había empezado a frotar y frotar, aterrorizada porque, ya se sabe, las manchas de vino son difíciles de quitar.

Si lo pensaba, era la única vez en que la había visto realmente enfadada.

A partir de entonces, la mujer, por lo general silenciosa y tímida, obligó a su esposo a poner un paño inmaculado sobre el cojín cada vez que se sentaba.

Algo que hacía reír a carcajadas al padre y al hijo.

Pero a escondidas.

Acerca del cojín de la silla de lujo había poco de lo que reírse. Ambos lo sabían y por esta razón les resultaba imposible contener la hilaridad. Al pequeño Robert le gustaba esa complicidad. A veces, mientras su madre no miraba, su padre le dirigía una sonrisita y fingía echarse encima el contenido del vaso, y solo a duras penas el pequeño Robert lograba no echarse a reír. Resultaba genial tener un secreto que compartir con su padre.

Luego llegó la guerra.

La guerra lo cambió todo.

Ahora, con la distancia de los años, Wegener comprendía la causa de la obsesión de su madre por esa silla y su miserable relleno. Ese cojín era un símbolo. El símbolo de algo que incluso ellos, en la miseria, podrían haber alcanzado.

Bienestar.

No tenía que estropearse, no tenía que ensuciarse. Ni una miga de pan, ni una mancha. Porque, si bien todo esto lo comprendió Wegener muchos años más tarde, el cojín rojo representaba la esperanza de un futuro mejor.

Era esto lo que Wegener estaba pensando, con la cabeza entre las manos y la automática sobre el colchón.

En la silla acolchada de ese día ya tan lejano. Su padre subido en el tren que lo llevaría al frente. Su madre se pasó toda la tarde llorando, echada en la cama, la puerta cerrada con llave. Él, atontado, deambulando por casa.

Cuando el reloj de péndulo dio las siete, el pequeño Robert decidió preparar la cena. Comer les sentaría bien a los dos.

Sacó la sopa fría y la puso en el fuego a calentar, cortó queso, preparó la mesa y, cuando la sopa estuvo lista, la sirvió en los platos. Subió al piso de arriba, se detuvo frente al dormitorio, llamó a su madre, que respondió con una voz débil y delicada, y volvió a sentarse a la mesa ya puesta.

Su madre no se hizo esperar. Tenía la cara pálida y los ojos rojos. Sonrió al ver la mesa preparada e hizo ademán de acariciarlo, o tal vez de rozarle la mejilla, como hacía cuando quería mostrarle su aprobación.

Pero su gesto se detuvo a medio camino.

Su cara se tiñó de color rojo, las venas del cuello muy marcadas. Lágrimas se asomaron en las comisuras de los ojos. Lágrimas de ira. La caricia se convirtió en una bofetada.

La mujer no le dio ninguna explicación.

Se sentó, murmuró una oración, se persignó y empezó a comer. Solo entonces cayó en la cuenta Robert. Había puesto la mesa para tres. Tres platos, tres trozos de queso, tres cucharas.

Se quedó largo rato mirando la silla vacía de su padre. Su madre le dijo que se diera prisa. La sopa de verduras se estaba enfriando. Comió sintiendo el sabor de las lágrimas, no el de la comida. Mirando fijamente la silla vacía. Asustado. Mortalmente. Y cuando terminó la sopa, recogió la mesa y lavó los platos, el miedo se había convertido en ira. La misma ira que lo había hecho vagar horas y horas por los senderos ocultos de su padre.

En el dormitorio de la villa en el Passirio, mientras sentía que el hielo se le iba metiendo hasta los huesos, Herr Wegener entendió que ese lejano día el pequeño Robert había intuido el significado de una palabra terrible. La peor de todas. No era guerra, no era muerte.

Tampoco era dolor.

Comprendió el significado de la palabra «irrevocable».

La silla vacía. Irrevocable como la trayectoria del tren que había llevado a su padre a la estepa rusa. Irrevocable como la trayectoria de una bala.

Sin embargo, por tercera vez en las últimas horas, levantó el auricular del teléfono. Pesado como el plomo. Marcó el número. Ruidos mecánicos, crujidos.

Pensó que si lograba explicarle lo de la silla vacía, el Hombre de Confianza lo entendería. Si le hacía sentir la misma aflicción que estaba aplastándolo, entonces todo cambiaría. El Hombre de Confianza tenía ojos misericordiosos.

El arma.

Pero las armas eran inocentes. Las armas no disparaban solas.

Irrevocable significaba precisamente eso.

Había sido él quien dijo: «Quiero eso».

Había sido él quien apretó el gatillo.

Soltó un gemido que también fue un suspiro.

Un sollozo.

En ese momento se cortó la línea del buzón de voz.

Aunque la *Stube* estaba encendida, la helada rascaba los huesos. Pero no era por el frío por lo que Marlene estaba temblando.

—¿Os lo habéis tomado todo?

Simon Keller le sonrió.

La muchacha le señaló la rodilla al *Bau'r*.

—Tal vez tendríamos que esperar unos días.

El hombre sonrió de nuevo y golpeó la bota en el suelo de la *Stube*. La jaula de madera y alambre que le sujetaba la luxación crujió.

Marlene insistió.

—Tal vez debería acompañaros.

El *Bau'r* comprobó que el tabardo estaba bien abrochado bajo la garganta. La herida de la cara se había cerrado.

A Marlene se le rompió la voz.

—No tenéis que hacerlo, no es obligatorio, Simon Keller. Os lo ruego, pensadlo bien.

Simon Keller se colocó los guantes y le dio un beso en la cabeza.

Salió.

El paisaje era un brillante abismo de nieve y noche.

El *Bau'r* se cargó al hombro su bolsa de viaje y bajó la escalera de madera. Cuando llegó abajo, se puso las raquetas en los pies, comprobó la adherencia sobre la capa de nieve y se volvió hacia la mujer joven que, desde arriba, con los brazos cruzados para protegerse de la helada y con la cara mojada por las lágrimas, estaba mirándolo.

Simon Keller levantó la mano en señal de saludo.

Marlene hizo lo mismo.

Cojeando, el *Bau'r* empezó a caminar.

Marlene no cerró la puerta hasta que la oscura figura desapareció, engullida por la pendiente.

El amanecer.

De no haber sido por la rodilla y la jaula de madera y alambre que lo aprisionaba haciendo que cada movimiento fuera agotador y torpe, habría tardado mucho menos.

Conocía los caminos y sabía cómo encontrarlos aun cuando la nieve los ocultaba.

Después de seis horas de marcha, Simon Keller llegó al punto donde el Mercedes de color crema de Marlene se había salido de la carretera. El lugar donde sus destinos se habían cruzado.

De no haber sido por su memoria y su mirada acostumbrada a reconocer los árboles como si fueran viejos amigos, no lo habría visto. El Mercedes estaba en la zanja que bordeaba la carretera, enterrado por al menos tres metros de nieve.

Nadie lo habría visto.

La chica estaba a salvo.

Por lo menos hasta la primavera.

Simon Keller se masajeó el muslo de la pierna herida. La rodilla nunca volvería a ser la de antes. Los ligamentos estaban rotos. Se pasaría el resto de su existencia apoyándose en un bastón, como un enfermo.

Cuando les sucedía a los animales, no había más remedio que sacrificarlos.

El *Bau'r* sonrió ante esa idea.

Intentó dar un paso. Comprobó la resistencia de la rodilla desplazando su peso con precaución.

Dolía.

Se quitó los guantes. Sus manos estaban ateridas y cerró los puños un par de veces para reactivar la circulación. Se desabrochó el tabardo y de un bolsillo sacó una bolsita de lino. Sonrió. Marlene había bordado sus iniciales en ella.

De la bolsita hizo salir algunas semillas de adormidera. Media cucharada sopera, calculó. Pensándose mejor, añadió algunas más. Por seguridad.

Las masticó, lentamente.

Mediodía.

Simon Keller iba subido a bordo del coche de línea que resoplaba y avanzaba penosamente transportando al *Bau'r* y su carga, a temporeros con aspecto preocupado, holgazanes con las mejillas sonrosadas por el alcohol y mujeres con pañuelo en la cabeza. También había un par de mocosos que miraban a su alrededor, girando sus cabezas aquí y allá, igual que búhos posados encima de una rama.

Una niña, sentada en el regazo de su madre, en el asiento de al lado, lo miraba fijamente, con los dedos en la boca, el moco cayéndole de la nariz. La madre, una mujer delgada y alta, apoyaba la frente en la ventanilla y dormía roncando suavemente.

Simon Keller tenía el sombrero negro colocado sobre las rodillas, la bolsa de viaje ceñida alrededor de las pantorrillas. Las sacudidas del coche de línea hacían que le subieran punzadas de dolor por la pierna. No lograba encontrar una postura cómoda.

Intentaba no pensar en ello y concentrarse solo en el paisaje de alrededor.

La carretera trepaba sinuosa hasta la mitad de la ladera. De tanto en tanto los ojos del *Bau'r* captaban alguna granja, en las zonas altas. Más a menudo, pequeños conjuntos de casas reunidas alrededor de campanarios alargados y puntiagudos. El coche de línea se detenía lo justo para dejar subir o bajar a los pasajeros. Las mismas caras, las mismas facciones. El tráfico era escaso, a pesar de la hora. Había nieve, pero por lo que hablaban dos hombres de tres filas atrás, lo que había sobre todo era una crisis económica. Entre los parados y los impuestos que subían, ¿quién se podía permitir el lujo de viajar en coche?

El autobús se detuvo por enésima vez. Un frenazo brusco que hizo despertar de golpe a la madre de la niña. Murmurando palabras dulces, limpió el rostro de su hija. Levantó la mirada hacia él, incómoda, como si el *Bau'r* la hubiera pillado *in fraganti* mientras descuidaba sus deberes de madre y, a juzgar por su ropa, de *Bäuerin*. ¿Qué hacía una *Bäuerin*, sola, en un coche de línea?

Tal vez los tiempos estaban cambiando, pensó Simon Keller. Luego miró mejor la cara de la niña y comprendió. Tenía fiebre. Estaba enferma. Probablemente la madre estaba llevándola a algún especialista. Por eso había abandonado el refugio de la granja. Había muchas cosas que cambiaban, pero la montaña no se encontraba entre ellas.

El motor retumbó.

Todavía faltaban kilómetros de nieve y carreteras desiertas.

Le dolía la pierna.

Era como tener un hierro incandescente clavado bajo la rótula.

Simon Keller masticó más adormidera.

—¿*Opa*? —balbució la niña.

Abuelo, pensó Simon Keller sonriendo. Nadie lo había llamado así nunca.

—¿Qué es eso?

La niña le señaló la bolsita con adormidera.

—Mi medicina.

—¿Está buena?

—Es una medicina. No tiene que estar buena.

—¿Estás enfermo, *Opa* ?

—No seas maleducada con el señor, Anna —se entrometió la madre.

—Anna —dijo Simon Keller—. Es un nombre bonito.

—Os lo agradezco —respondió su madre por ella—, tenéis que disculparla, es pequeña y curiosa.

Era joven. Algo más de veinte años. Una niña, a los ojos del *Bau'r* .

*Opa*.

Abuelo.

—Curiosidad significa inteligencia. Una niña inteligente es un regalo precioso.

La mujer se ruborizó, incómoda por estar hablando con un extraño. Incómoda por recibir elogios.

—¿Estás mejor ahora, *Opa* ?

—Mucho mejor, pequeña Anna.

La niña sonrió.

El *Bau'r* se inclinó hacia delante y abrió los cordones que mantenían cerrada su bolsa de viaje. Sus manos hurgaron dentro hasta que encontró lo que buscaba.

Sabía que estaba allí.

—Un regalo para una pequeña niña amable —dijo el *Bau'r* tendiéndole la figurita de madera.

—No tenéis que...

Pero la niña ya había aferrado el nuevo juguete, los ojos muy abiertos que lanzaban destellos de alegría.

—Es solo un pasatiempo. Los tengo a docenas, en mi granja.

—¿Anna? ¿Qué se dice?

—Gracias, *Opa* .

Saliendo de entre los brazos de la madre, la niña se acercó al *Bau'r* y lo besó en la mejilla.

Simon Keller se sorprendió tanto como la mujer joven.

—¿Has visto, mamá? —dijo la niña radiante—. *Opa* me ha regalado un cerdito.

Noche.

No hay oscuridad. Luces por todas partes.

Aguanieve.

Merano.

La niña y la madre se habían bajado en una parada anterior.

Se despidieron de él y le dieron las gracias una vez más. El coche de línea se puso en marcha de nuevo. Mil paradas que parecía que nunca iban a terminar. Simon Keller se adormiló.

Lo despertó la voz del conductor anunciando el final del trayecto.

Esforzándose para no hacer recaer todo el peso sobre la pierna maltrecha, Simon Keller se bajó del coche de línea y miró a su alrededor. Había muchas, muchas luces.

Estaba acostumbrado a un solo color a esa hora: el negro. En Merano parecía que el negro estaba prohibido. Se encontraba en la ciudad, se dijo. La ciudad tenía reglas distintas.

En las montañas, el negro significaba salvación. El negro atraía los rayos del sol y, con ellos, el calor. El negro, en medio del blanco de las avalanchas, podía salvarle a uno la vida.

El blanco era el color del luto. Cuando había que enterrar a alguno de los *Bau'r* de la zona, bajaban hacia el valle. Una larga procesión por las laderas de la montaña hasta la pequeña iglesia del pueblo. No faltaba nadie, era una señal de respeto. En los funerales, las mujeres no llevaban el pañuelo negro para recogerse el pelo.

El pañuelo era de tela blanca. La muerte tenía el color de la inocencia.

Caminó, poniendo mucho cuidado en no chocar con ninguno de los transeúntes, todos con la cabeza gacha, todos con prisas. Había coches (pocos, la verdad, pero muchos más de los que estaba acostumbrado a ver) que pasaban corriendo y salpicando de nieve ennegrecida por el *smog*, luego semáforos, algunas motocicletas y escaparates. Completamente iluminados, mostraban productos que lo dejaban perplejo.

La moda masculina le resultaba incomprensible. ¿Por qué se llevaban chaquetas semejantes en invierno? ¿No se morían de frío? ¿Y esos mocasines? No habrían resistido ni siquiera una llovizna de primavera. ¿Y quién podía pagar semejantes precios?

Las tiendas de ropa femenina le hicieron apartar la mirada. Simon Keller recordaba las miradas que *Voter* Luis le lanzaba a *Mutti*. Llenas de deseo. Y también recordaba cómo se ruborizaba ella de vergüenza, pero sobre todo de placer.

*Mutti* era hermosa, y también lo habría sido Elisabeth, con ese pelo azabache y esas largas piernas, que le traían a la cabeza las patas de las arañas. «Arañita», como en ocasiones la llamaba. Pero ¿por qué mostrar con tanta desenvoltura lo que fue creado para permanecer oculto? El hombre no desea lo que ve.

El hombre desea lo que imagina.

Tal vez, pensó, no era seducción lo que sus ojos estaban viendo. Tal vez, detrás de esas luces, en los escaparates y en esos olores tan ásperos y fuertes, se ocultaba otra cosa.

*Voter* Luis, en los últimos años, repetía de forma constante que la Muerte adoraba la montaña. La adoraba igual que podía gustarle un juego amañado desde el principio. Una agotadora lucha por la supervivencia de la que nadie salía victorioso.

Aparte de ella.

«La muerte ama los espejos. El mundo es su espejo. Por eso el Eclesiastés dice que el mundo es vanidad y nada más que vanidad. Vanidad es lo mismo que decir muerte».

Tal vez eso era lo que las luces deslumbrantes y la ropa chillona querían hacer. No seducir, como las pieles y las plumas de los animales en celo. Más bien lo contrario. Alejar la vida. Asustarla. Y escapar a la muerte.

Porque la muerte buscaba la vida. Para escapar de la primera era necesario asustar a la segunda.

Siguió caminando, absorto.

Merano.

«La ciudad», la llamaba *Voter* Luis.

El dolor en la pierna era solo una leve molestia. La calefacción del coche de línea, la adormidera y, quién sabe, el beso de la pequeña Anna le habían hecho efecto.

No lejos de la estación de autobuses, delante de una plaza donde algunos chiquillos se lanzaban bolas de nieve, gritando felices, había un café. El interior estaba lleno. Mujeres que bebían en tazas humeantes y comían porciones de strudel con nata. Hombres que remarcaban sus palabras con gestos enfáticos y se metían entre pecho y espalda una copa de licor. El café también tenía un par de mesas en el exterior. De metal, pequeñas, y con sillas incómodas. Simon Keller se sentó allí.

Cuando *Voter* Luis bajaba a la ciudad (ocasiones que se podían contar con los dedos de una mano) siempre llevaba a su regreso dos trozos de sacher. Para su esposa y para su hijo. Hacía años que el *Bau'r* no la probaba. Luego pensó que Lissy nunca había recibido su trozo de sacher y esto lo entristeció un poco.

De la bolsa de viaje sacó un paquete. Lo apoyó sobre la mesa, y al lado colocó una cantimplora de hojalata.

Dentro del fardo estaba la comida que Marlene le había preparado. Simon Keller dobló la servilleta y estaba listo para hincarle el diente al pan duro con *speck* cuando, acompañado por la letra de una canción («*Where is that Happy Ending?* », maullaba una voz dulzona), un camarero salió del café y se le acercó, agresivo e irritado.

—No puedes comer aquí, viejo. Lárgate.

—Quisiera una porción de sacher.

—¿Estás sordo? Tienes que salir de aquí.

Simon Keller depositó un par de billetes sobre la mesa.

—Puedo pagar. Quisiera una porción de sacher. Sin nata —añadió.

—Me asustas a la clientela, ya te estás largando. No quiero tu dinero de mendigo.

El *Bau'r* lo miró largo rato.

Apoyó su cuchillo de caza sobre la mesa, junto a los billetes de banco.

—No necesito cubiertos.

El camarero primero lo miró a él, luego miró el cuchillo.

Se batió en retirada.

Cuando se abrió la puerta, la música de fondo había cambiado y una voz sombría, gruñona, entonaba una letra que hizo sonreír al *Bau'r*. «*Um elfe kommen die Wölfe, um elfe kommen die Wölfe, um elfe kommen die Wölfe, um Zwölfe bricht das gewölbe*».

La puerta se cerró.

Simon Keller le dio un par de bocados al pan.

Ahora, desde el interior del local, todos los parroquianos estaban mirándolo. Un anciano

extraño, alto y macizo, con un tabardo negro como las alas de un cuervo, el sombrero en la cabeza, que daba bocados al pan con mordiscos precisos, metódico.

Sin preocuparse por los refunfuños del camarero.

Sin preocuparse por los gestos del dueño del café, un hombre gordo, cuya cara, a medida que le iban explicando la situación con grandes gestos, se iba poniendo roja.

—Tiene que irse.

Sin esperar respuesta, el propietario golpeó al *Bau'r* con un manotazo.

El bocadillo cayó en la nieve sucia.

Simon Keller lo recogió.

Se levantó.

Sonrió.

—Puedo pagar. Solo quiero una porción de sacher. Ver si es tan buena como la recuerdo.

El dueño le puso una mano sobre el hombro.

Pesada.

Apretó. Con fuerza.

—Lo que tienes que hacer es recoger tu mierda y marcharte. Tengo una escopeta detrás de la barra. Cargada.

Simon Keller acercó su cara a la del propietario del café.

De su boca salió un chillido idéntico al grito de los cerdos cuando se dan cuenta de que van a ser sacrificados. Sin que el *Bau'r* perdiera su sonrisa. Eso fue lo que aterrizó al dueño del café. La sonrisa. Las rodillas le flojearon. Simon Keller lo sujetó.

—Un trozo de sacher. Gracias.

La obtuvo.

Doble ración.

Comió una. No era tan buena como la recordaba. Demasiado dulce. La otra la envolvió en la tela de algodón.

Después de un último sorbo del termo, se levantó. Marlene había sido muy precisa al darle indicaciones sobre la villa de Herr Wegener. Fuera de la ciudad, hacia el río.

A una hora del centro.

Tenía tiempo para mirar algunos escaparates.

Con ese extraño andar suyo de Charlot, el *Bau'r* reemprendió su camino.

Una bala en la recámara.

El seguro quitado.

Herr Wegener estaba solo, sentado en la cama que había compartido con Marlene. La colcha apelotonada en un rincón, la almohada de ella todavía impregnada con su perfume. La nueve milímetros, negra y pesada, apoyada en las rodillas.

La ventana estaba abierta de par en par y la brisa que movía las cortinas de terciopelo transportaba salpicaduras de nieve que iban deshilachándose en el suelo. Herr Wegener se sentía como ellas. Perdido, débil. Agonizante.

Le habría gustado tener la Cruz de Hierro consigo. Apretarla en el puño tal vez le habría servido de consuelo, pero se la puso en el pecho a un hombre cruel.

Llevaba horas en que no hacía más que arrepentirse y pensar en el momento en que su padre, con las manos sobre las rodillas, el aliento oliendo a tabaco y a café, los ojos colmados de una tristeza infinita, pronunció las palabras que, años después, lo empujaron a empuñar la automática, sacar el seguro y colocar una bala en la recámara.

«Si haces la elección correcta nueve veces, no sentirás dolor. A la décima, comprenderás por qué lo hiciste. Y serás feliz». El significado se le había escapado al pequeño Robert, inocente y asustado frente a ese hombre de uniforme que se parecía a su padre, pero que no podía serlo, tan pálido y con el pelo tan corto. Kobold, que no había sabido qué hacer con esa inocencia, cegado por el odio, nunca quiso comprenderla. Wegener, a esas alturas demasiado cansado para sentir odio y miedo, lo entendió mientras observaba la nieve que iba derritiéndose en el suelo.

Su padre había hecho la elección correcta.

Había tomado una decisión irrevocable.

Había salvado a su esposa y a su hijo.

Su padre no se había alistado para ser un héroe, por ideología o estupidez, como Kobold se había repetido a sí mismo tantas veces hasta acabar creyéndoselo.

Su padre era un campesino, hijo de campesinos. Un hombre que cada vez que abatía a un ciervo o a un faisán murmuraba una oración para pedirle perdón al espíritu de la criatura a la que había arrebatado la vida para saciar el hambre.

Su padre era un buen hombre.

Kobold había deformado el apellido del campesino hijo de campesinos con tal de olvidarlo. Habría preferido llevar el nombre del Standartenführer. Wegener, ahora, se preguntó quién era el auténtico héroe, si el coronel de las SS o el campesino de triste sonrisa. ¿Siegfried, que le había enseñado el odio a un chiquillo descalzo, o el granjero que fue al encuentro con la muerte para hacer la elección correcta?

Herr Wegener se quitó los zapatos. Primero uno, luego el otro.

Después, los calcetines.

Con los pies descalzos se levantó y se acercó a la ventana. El aire, terso, lo hizo estremecerse. Aferró un puñado de nieve en el alféizar y volvió a sentarse en la cama.

Dejó caer la nieve en el suelo.

Apoyó encima los pies.

—Enséñame, papá —murmuró—. Enséñame a ser valiente.

A hacer la elección correcta.

Herr Wegener aferró la automática. Bala en la recámara y seguro quitado. Si se la llevara a la sien todo habría terminado. Había oído decir que una bala en el cerebro no dolía. Era como fundir una bombilla. Final de la partida.

El Consorcio tendría la prueba de su cobardía, pero los zafiros habrían perdido su valor y el error habría sido pagado. El Hombre de Confianza sería llamado y la orden de matar a Marlene (y a Klaus) revocada. Luego se quedarían con todo.

El imperio sería saqueado.

¿Imperio?

Ahora Wegener lo veía con claridad, veía su imperio. Hecho de garitos, hoteles de tercera donde consumir polvos clandestinos, un puñado de prostitutas a las que explotar y luego desechar, contrabandistas sin futuro y borrachos que jugaban a hacerse los duros. Su *imperio*, pensó Wegener, valía menos que la nieve que se derretía a sus pies. Nunca había sido más que un sueño. La ilusión de un crío hambriento que vagaba por los bosques.

*Nueve veces de diez...*

La elección correcta.

—¿Cuál es la elección correcta, papá? —murmuró en la silenciosa villa.

La villa no respondió. Su padre no respondió.

Tampoco el hombre de la puerta lo hizo.

Wegener primero vio la sombra, luego al hombre.

Su pensamiento fue: el Standartenführer estaba equivocado.

El Hombre Negro existe.

No era un soldado, un desgraciado hijo de desgraciados como había sido su padre. El hombre de la puerta era alto, tenía los ojos azules y lo miraba fijamente. Empuñaba un cuchillo.

Sus manos chorreaban sangre.

Seguro que no estaba allí para traerle chocolate.

Sin embargo, Wegener sonrió.

Lorenz Gasser.

Tres de la madrugada.

El Hombre de Confianza, acostado en la cama de un hotel de cuatro duros, se frotó la barbilla, satisfecho. Todo estaba en una fotografía en blanco y negro. Un recorte de periódico.

Para el Hombre de Confianza llevar a cabo pesquisas era una práctica habitual. Cuando acordaba un contrato con un personaje importante (y los había habido mucho más influyentes que Herr Wegener) lo primero que hacía era buscar noticias sobre él, más que sobre el objetivo. Conocer al depredador era más útil que lanzarse contra la presa. ¿Por qué algunos hombres prefieren la caza del ciervo en vez de la pesca con mosca? Descúbrelo y descubrirás dónde encontrar al ciervo y a la trucha.

Un hombre era aquello que deseaba. El resto era tan solo carne e ilusiones.

En efecto. Ahí estaba.

Lorenz Gasser. El cómplice del Zorro.

El trozo de papel que el Hombre de Confianza aferraba triunfalmente formaba parte de uno de los dosieres guardados en su maletín de médico. El recorte de un periódico robado en el archivo de una biblioteca. Los periódicos eran óptimas fuentes de información. Especialmente acerca de hombres que cargaban grandes pesos sobre su conciencia.

A veces ni siquiera sabían que tenían conciencia. Esos hombres dormían como niños. Y, sin embargo, había algo que los empujaba a buscar expiación.

Había vanidad en la expiación, porque a los hombres poderosos les gustaba reflejarse en la mirada de los demás. No había diferencia entre mostrar contrición o regodearse en sus propios pecados. Los hombres ricos, como Wegener, llamaban «beneficencia» a esa feria de las vanidades. Y ese era precisamente el contenido del artículo del periódico. Una fiesta de beneficencia.

Ilustres invitados. Guirnaldas. Un abeto decorado hasta el exceso. Donaciones para los desafortunados. Una recepción de Navidad de 1972. En la fotografía, Marlene y Herr Wegener.

Él, en esmoquin. Ella, bellísima. El pelo recogido en un moño perfecto y un escote atrevido que mostraba toda la desvergüenza de su juventud en flor. ¿Quién podía sorprenderse de que esa pareja atrajera las miradas de los presentes?

Eran la encarnación del sueño de cualquiera.

Ricos, guapos, felices.

Pero el hombrecillo enclenque, cortado a medias por el encuadre de la fotografía, no miraba a Marlene con admiración, ni tampoco con avidez. Lo hacía con *deseo*.

Ese hombrecillo enclenque tenía un nombre. Aparecía al pie a la fotografía. En el artículo, la lista de los invitados ilustres no era breve. A decir verdad, el artículo en sí mismo estaba compuesto principalmente por nombres, casi como si el periodista hubiera tenido miedo de olvidar alguno. El hombrecillo enclenque era un pez gordo en el sector de la importación-exportación. El nombre era el mismo que el doctor Zimmerman había escrito en el papel con membrete.

Lorenz Gasser.

Lo único que tenía que hacer era encontrarlo.

No era un trabajo difícil.

Iba en contra de las reglas, pero el Hombre de Confianza se sentía demasiado feliz ante ese descubrimiento. Además, estaba cansado y fuera hacía frío. No tenía ganas de levantarse, vestirse y salir para una simple llamada. Levantó el auricular y marcó el número.

Respondió una mujer.

—Isabella, lamento mucho molestarla. ¿Podría hablar con su marido?

Claxon.

Simon Keller se despertó de repente. Había pasado la noche en el vestíbulo de un edificio, arrebujado en el tabardo, la bolsa de viaje bajo el brazo.

Aún no era de día y la rodilla palpitaba ferozmente. Descargas de dolor se irradiaban hasta el tobillo y la ingle. Simon Keller trató de sacudirse de encima la helada de la noche que había pasado a la intemperie. Le costó un buen rato levantarse.

Tenía la espalda anquilosada.

Ya no nevaba, la temperatura estaba bastantes grados por debajo de cero.

Se palpó la rodilla. Se le había hinchado de nuevo. Una rodilla así, pensó, nunca se cura del todo.

Un puñado de adormidera.

Mejor dos.

Cargó la pipa de espuma y esperó a que la adormidera surtiera efecto, apoyándose contra la pared, observando los escasos coches que circulaban por la calle.

Fumaba y sonreía.

Hacía décadas que el *Bau'r* no se sentía tan bien. Por primera vez desde que oyó la Voz, Simon Keller se atrevió a pensar en la redención. Matar a Herr Wegener había sido como corregir un error cometido muchos años antes.

No haber salvado a Elisabeth.

Era como si, de alguna manera, el tiempo hubiera vuelto atrás y el camino del presente se hubiera entrelazado con el del pasado para permitirle proteger, si no a Lissy, al menos a Marlene y a la vida que llevaba en su vientre. Matar al hombre que la amenazaba.

Milagro y misterio.

Tal vez había sido así.

Tal vez no.

Tal vez era el opio en las venas lo que le hacía pensarlo.

Tal vez no.

El *Bau'r* se echó la bolsa al hombro y se puso en marcha, cojeando, hacia la estación de autobuses.

Rápido.

Eficaz.

Era increíble cómo haber llamado por su nombre a la esposa de Carbone le había puesto las pilas al capitán. En menos de media hora, apareció con los datos de Lorenz Gasser, el hombrecillo enclenque de la fotografía. Había cierta inquietud en su voz. El Hombre de Confianza se lo agradeció con amabilidad. Le dijo que presentara sus disculpas a Isabella. Esto asustó aún más a Carbone.

El Hombre de Confianza limpió el auricular del teléfono, hizo la cama del hotel, liquidó la cuenta, dejando una propina que no era ni demasiado pobre ni demasiado llamativa, se permitió un café en una estación de servicio y condujo durante el resto de la noche. Esta vez nada del paso de Resia. Se dirigió hacia el este.

Cruzó la frontera entre la Confederación Helvética y Austria, desde ahí bajó hasta Brennero, hizo una parada para estirar las piernas y vaciar la vejiga, se tomó otro café y un cruasán rancio mientras un camionero borracho parlotaba sobre el fin del mundo y el apocalipsis nuclear delante de un camarero somnoliento, y llegó a Bresanona alrededor de las ocho de la mañana.

Encontrar la vivienda del hombrecillo enclenque fue un juego de niños. Una villa rodeada por un jardín en las afueras, al norte de la ciudad episcopal. El Hombre de Confianza superó la verja y llamó a la puerta. Un hombre medio dormido le abrió. Delgado, con cuatro pelos en la cabeza y los incisivos saltones. El aspecto de quien se cree mucho más listo que los demás. Un hurón, eso es lo que era el cómplice del Zorro.

Lorenz Gasser.

—¿Puedo entrar?

El Hurón no protestó. Tan solo lanzó una ojeada descuidada a la pistola con que el Hombre de Confianza le apuntaba, como si ser amenazado de muerte fuera una costumbre.

Lo dejó pasar.

El Hombre de Confianza le señaló una puerta tras la que podía oírse el ruido de una ducha.

—¿Quién está ahí?

—Una amiga.

—¿Podría representar un problema?

—Es una puta. Una con clase. Me cuesta ciento cincuenta mil liras por noche. La conozco, tardará una eternidad en salir de ahí.

El Hombre de Confianza cruzó las piernas.

—Marlene Taufer.

Gasser se frotó las manos.

—Me lo imaginaba. ¿Le envía Wegener?

—Digamos que sí.

—Digamos que le envía el Consorcio.

—Digamos que sí.

—¿Le molesta si fumo?

—No parece estar asustado.

—¿Y por qué debería estarlo? —respondió el Hurón—. Se trata de negocios. Usted quiere información y yo estoy más que dispuesto a ofrecérsela. Gratis. Es su día de suerte.

—Esperemos que también sea el suyo.

Ante la réplica, el rostro de Gasser sufrió un estremecimiento.

—Marlene se puso en contacto conmigo hace unas semanas. Si quiere puedo mirarlo en mi agenda. Lo anoto todo. Soy preciso. Necesitaba un favor. Un favor del que Wegener no sabía nada.

—¿Cómo la conoció?

—Es la esposa de Wegener, ¿no? —dijo el hombrecillo, casi molesto ante la obviedad de la pregunta—. Ese hijo de puta la lleva consigo a todas partes, como si fuera un trofeo. Le presento a mi adorable mujercita... Al menos yo tengo el buen gusto de mantener a las putas en su lugar.

—¿Marlene lo es?

Gasser dejó ver los dientes manchados de nicotina.

—No me ha dicho su nombre, por cierto.

—Soy la única anotación que le falta en su agenda, señor Gasser.

—¿Me está usted preguntando si me he cepillado a ese pibonazo de Marlene?

—Me pregunto cuál fue la naturaleza del intercambio.

Una carcajada clueca.

—En realidad, al principio tenía esa esperanza. Cepillármela por delante y por detrás, ¿entiende? Delante de las narices de ese capullo. Lo justo para... Se preguntará a qué se debe tanta animosidad por mi parte contra...

—Envidia. Orgullo. Ambiciones frustradas. ¿Es realmente importante? El tiempo corre, y cuando la ducha termine se encontrará usted con una bala en la cabeza. Sea breve y nadie sufrirá ningún daño. Tal vez.

El Hurón se pasó la lengua por los labios.

—Marlene me pide un favor. Sabe en qué rama trabajo: seguros, bancos. Seguros para clínicas privadas. Bancos de negocios. Soy su hombre. Me imagino que encontró mi número en el cuaderno de Wegener. Nos vemos. Tengo fe en un buen polvazo, pero lo que la pequeña Marlene me ofrece es aún mejor, créame.

—Zafiros —dijo el Hombre de Confianza.

—Mire a su alrededor, mi nuevo amigo sin nombre. ¿Piensa usted que necesito dinero?

—Ciento cincuenta mil por noche es una buena cantidad.

Gasser lo miró fijamente.

—Ambos sabemos lo que significan esos zafiros.

—Dígame usted.

—Consorcio. Wegener quiere formar parte.

—De manera que usted acepta, porque sabe que así Marlene hará saltar por los aires los planes de su marido.

Gasser aplaudió.

—Deme los detalles.

—¿Podría ponerla en otra parte?

El Hombre de Confianza le satisfizo.

La pistola desapareció dentro de la funda, bajo la chaqueta.

—Marlene tendría que haber llegado al paso de Resia entre las tres de la noche y las nueve de la mañana. En esa zona horaria se iba a encontrar con un guardia de fronteras que me debe algún favor y que la habría dejado pasar sin demasiados problemas. Luego se dirigiría a la clínica.

¿Conoce usted la clínica?

—Zimmerman.

—Menudo elemento. Pero eficiente. Espero que no lo haya matado.

—No.

—Le pagué por adelantado, de mi bolsillo, para que la operación funcionara a la perfección. A esta hora debería estar allí, presentándole mis respetos y terminando el intercambio. Habría convertido el valor de los zafiros de Wegener en dólares y nuevos documentos de identidad. Quedándome con un porcentaje razonable. El quince por ciento, si quiere saberlo. Más un zafiro. Como recuerdo, llamémoslo así.

—Marlene se fio de usted.

Una mueca feroz.

—Olvida usted la zancadilla a Wegener. ¿Marlene se dirigió a mí por mi cara bonita o porque conocía mis desencuentros con su marido?

—Algo salió mal.

El Hurón se rascó distraídamente una pantorrilla que asomaba por el pijama.

—Marlene desapareció.

—Antes de llegar a la frontera.

—Mi hombre no la vio. Ni tampoco en los días sucesivos.

El Hombre de Confianza se permitió una breve reflexión.

Marlene había desaparecido entre Merano y el paso de Resia. El territorio de caza se hacía menos extenso. Val Venosta. Val Passiria. Val d'Ultimo. Y todos los valles colindantes. La mitad del Tirol del Sur. No era una peladilla, pero tampoco el lejano Oeste.

Se levantó.

—¿Ya se marcha?

Resultaba gracioso, pensó el Hombre de Confianza mientras le estrechaba la mano al Hurón, que una persona tan astuta no hubiera reparado en un detalle tan importante. Al poner el palo entre las ruedas a Wegener, Lorenz Gasser había obstaculizado los planes del Consorcio.

El Hombre de Confianza estaba estrechándole la mano a un muerto.

Final del trayecto.

El coche de línea dio un bandazo antes de terminar la ruta. Simon Keller, que se había levantado anticipadamente para llegar hasta las puertas de fuelle, tuvo que sujetarse para no caer. La rodilla le envió una descarga de dolor que le hizo rechinar los dientes. El conductor del autobús lo miró por el espejo retrovisor, casi como si lo desafiara a quejarse de su conducción. El *Bau'r* se bajó.

Había algunas personas en la parada, unas para recibir a alguien y otras para despedirse.

Simon Keller aspiró el aire gélido y se sentó en la escalinata de la iglesia. Masticó lo que le quedaba del pan duro preparado por Marlene y vació la cantimplora de hojalata.

El pan le pareció lo mejor que había probado en su vida. La noche pasada a la intemperie, sin embargo, había dejado sus secuelas. La rodilla reclamaba una tregua.

Duplicó la dosis de semillas de adormidera.

No conseguía sacarse de la cabeza la melodía que había oído en el café de Merano.

La canturreó hasta que pudo sentir la cálida oleada de las semillas recorriendo sus venas. Se levantó y dio algunos pasos vacilantes hacia las montañas. Al llegar a la plaza, a medio camino entre unos almacenes y un par de viviendas, la rodilla cedió de golpe.

Simon Keller cayó al suelo.

Un niño se asomó por una puerta, se metió un dedo en la boca y cerró de nuevo inmediatamente.

El *Bau'r* se pasó la mano enguantada sobre el rostro, maldiciéndose. Se levantó con dificultades.

El niño salió. Llevaba puestas bufanda y botas pesadas. La chaqueta acolchada estaba desabrochada.

No dijo nada, limitándose a observarlo.

—Tendrías que cerrarla. Te enfriarás.

El niño salió pitando.

Simon Keller cruzó el pueblo y se colocó las raquetas de nieve.

Un poco más de adormidera.

Se puso en marcha.

Fichas telefónicas.

Un mensaje.

Esta vez no hubo ruegos, quejas o amenazas. No fue la voz de Herr Wegener la que el Hombre de Confianza encontró en el buzón de voz. Carbone lo conminaba a que llamara a la villa. El tono era urgente, jadeante. Una frase lapidaria.

—Wegener está muerto. Lo han matado.

Cinco timbres.

Un desconocido contestó.

—El capitán Carbone, por favor.

—¿Quién habla?

—De inmediato.

—Identifíquese.

—Con Carbone, por favor.

Algo en su tono obligó a obedecer al hombre que estaba al otro lado de la línea.

Un ajetreo.

El capitán, vacilante.

—¿Es usted?

—¿Cuándo?

—Lo han encontrado hace media hora. Pensé en llamarlo.

El Hombre de Confianza comprobó la hora en el reloj.

Faltaban pocos minutos para las cuatro de la tarde. Calculó los tiempos.

—No toquen *nada* .

Colgó.

Volvió al coche y se puso en marcha en dirección a Merano. Encendió las luces.

Se estaba poniendo el sol.

Solo al cabo de un rato se dio cuenta de que no había limpiado el auricular del teléfono.

Ese pensamiento lo llenó de tristeza.

Puesta de sol, en la granja.

Marlene había pasado la noche, el día anterior y la noche de la partida de Simon Keller en tal estado de ansiedad que prácticamente no había tocado la comida.

Había dormido a ratos, acurrucada frente a la ventana. A la espera. Había dado de comer a los cerdos (aunque Lissy no se había dejado ver) y había pensado.

En Klaus. Ese pálpito de vida que sentía con fuerza dentro de ella.

En qué le contaría sobre el misterio de su nacimiento, del robo y de la huida en la noche.

Especialmente en qué le contaría sobre el hombre vestido de oscuro que, pálido, en cuanto cruzó la puerta de la granja, se descolgó la bolsa de viaje del hombro y con una sonrisa colocó sobre la mesa de la *Stube* un envoltorio arrugado.

—Es para vosotros dos.

Un trozo de sacher. Un poco aplastado, pero, a fin de cuentas, aún entero.

A Marlene se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Está buena. Un poco demasiado dulce —dijo Simon Keller sentándose en el banco.

—Pensé que no volvería a veros.

—¿Y eso por qué? —dijo el *Bau'r*, aplastando el tabaco en la pipa—. Es una persona razonable.

Marlene parpadeó.

—¿Razonable?

—Hablamos. Comprendió. Es un buen hombre. Te desea buena suerte en tu nueva vida.

Marlene sintió que las piernas le flojeaban.

Más que sentarse, se desplomó.

—Yo no...

—¿No puedes creerlo?

—Él...

Simon Keller la miró con sus penetrantes ojos.

—¿O bien no *quieres* creerlo?

La cuestión radicaba ahí.

Herr Wegener, el Herr Wegener al que ella conocía, nunca le había dado a nadie una segunda oportunidad. Otorgar una segunda oportunidad era como pegarse un tiro en el pie, decía. Sin embargo, Simon Keller estaba allí, delante de ella, vivo. Le había traído un trozo de sacher. Si Herr Wegener no hubiera aceptado el intercambio, en vez del *Bau'r* estaría allí Moritz, o Georg. O él mismo en persona. Con una pistola, no con un trozo de tarta.

A menos que...

Marlene miró al *Bau'r*, quien la observaba, fumando la pipa de espuma.

*Asesinato.*

Como el de *Voter* Luis.

No, no fue un asesinato.

Justicia.

¿Y matar a Herr Wegener podría considerarse otro acto de justicia?

—¿Qué es este olor? —preguntó el *Bau'r* .

Marlene se levantó.

—Sopa de cebada. Espero que esté buena.

Lo estaba.

Comieron, y al final de la comida Marlene preparó una infusión de adormidera. Simon Keller la aceptó con gratitud. Estuvieron riendo y bromeando durante toda la cena. Simon Keller le habló de los escaparates, de los maniquíes vestidos con esas ropas que lo dejaban aturdido, y Marlene se rio con él de su ingenuidad. Aunque la palabra correcta era «inocencia».

Asesinato. *Dos* asesinatos.

Justicia.

Venganza.

¿Podría un hombre inocente ser culpable? Esa era una pregunta a la que la mujer joven no sabía responder. Porque la pregunta era errónea. La correcta la había formulado Simon Keller. «¿Quieres creerlo o no?».

Esa era la cuestión.

O tienes fe o no la tienes.

No había medias tintas.

Marlene partió la porción de tarta, pero Simon Keller no quiso. Se conformó con una copa de licor para calentar los huesos. No le ofreció a ella: las mujeres embarazadas no debían tomar alcohol. Marlene podría permitirse una cerveza, cerveza oscura, de todas maneras, y solo durante la lactancia. Estaba escrito en una de las Biblias de los *Voter* del pasado. La cerveza oscura ayudaba a las mujeres a hacer leche.

El *Bau'r* parecía emocionado y feliz.

—Tengo dinero. No mucho, pero te lo puedo dar —dijo, de pronto.

—Nunca podría aceptarlo.

—No es para ti. Es para tu hijo.

—Ya habéis hecho mucho por nosotros.

—No te gusta recibir dinero, lo entiendo —Simon Keller pellizcó la camisa que Marlene había cosido para él—. Digamos que es un pago, entonces. Nunca he tenido ropa tan bonita. Mucho más bonita que la de la ciudad. Criar a un niño cuesta mucho. Los niños son aún más exigentes. Esto es así. Necesitan juguetes. Una cama de plumas, sábanas de algodón. Un apartamento con luz eléctrica y calefacción. No es bueno respirar el humo de la chimenea. Y libros. Muchos libros, los niños tienen que leer mucho. Y necesitan medicamentos y... —el *Bau'r* suspiró, sonriendo—. Y todas estas cosas cuestan dinero.

Marlene se puso una mano sobre la barriga.

Todavía no podía verlo, pero sentía cómo iba creciendo, cada día más.

Tal vez, pensó, no te llamarás Klaus.

—Simon —dijo— es un bonito nombre.

La ropa puesta.

Destrozado por el cansancio, el *Bau'r* no había encontrado fuerzas suficientes para quitársela. Solo se había sacado las botas y desabrochado el primer botón de la camisa blanca.

Simon Keller estaba echado en la cama, bajo las mantas. Los párpados cerrados, la mandíbula apretada. La adormidera empezaba a surtir efecto. Sentía que sus músculos se soltaban.

El dolor amainaba.

Las palabras de Marlene lo habían tocado en lo más hondo.

En la oscuridad imaginaba la cara del hijo de ella. Un niño con los ojos azules de su madre y la barbilla cuadrada de su padre. Y el lunar, obviamente.

En el duermevela, Simon Keller sonrió.

Oh, sí, ese lunar.

El lunar: idéntico a la mancha de sangre en la cara de Elisabeth. El principio y el fin de ese círculo repleto de misterios que era su vida. Que comenzaba con la sangre de Elisabeth y terminaba con la de Wegener.

Así pues: redención.

Se imaginó llevando al niño de la mano. Un niño guapo y avisado, lleno de preguntas a las que responder. ¿Por qué las marmotas duermen tanto tiempo? ¿Y con qué sueñan durante todo el invierno? Se imaginó enseñándole a patinar. A reconocer las hierbas. La garra del diablo, la corteza del sauce y la del alerce.

Verlo rodar en la nieve y hacer cabriolas.

Comprar lana y aprender a tejer para regalarle una bufanda.

Simon Keller dio un paso más hacia el sueño.

Por supuesto, un niño no podía vivir allí arriba, en la granja. Demasiado frío, demasiada soledad. Se pondría enfermo. Además, era importante que los niños fueran a la escuela. Él nunca había ido, *Voter* Luis le enseñó a leer, a escribir y a hacer cuentas, pero eran otros tiempos. La educación era fundamental. Y era importante que los niños aprendieran a estar con los demás. En la actualidad, la vida se desarrollaba en la ciudad, codo con codo con otras personas. Era importante acostumbrarse. Tal vez el hijo de Marlene incluso podría ir a la universidad. Llegar a ser médico.

Quién sabe.

El niño podría ir a verlo en verano. Durante las vacaciones.

¿Por qué no?

El aire en verano era puro, bueno para los pulmones. La contaminación de las ciudades resultaba mortal para los niños, los debilitaba. Pasar algún tiempo entre prados lo revitalizaría. Además, las noches no eran asfixiantes debido al calor, como lo eran abajo en el valle.

*Opa*, así le había llamado la niña en el coche de línea.

Abuelo.

*Opa* Simon.

Sonaba bien.

Se imaginó al niño llamándolo *Opa*.

Se imaginó comprando algunas gallinas y una vaca. Huevos recién puestos para el desayuno y leche con azúcar para hacerle crecer sano. Sí, era una buena idea.

Había paz en su corazón.

Una sensación que le resultaba extraña.

Poco antes de que la oscuridad lo envolviera como un plácido manto, mientras su mente se sumergía en el olvido, oyó la Voz. Lo estaba abroncando.

*¿Realmente crees que un traje nuevo puede cambiar algo?*

La villa estaba iluminada como si fuera de día.

El carabinero de la puerta no había sentido tanto frío en toda su vida. No estaba acostumbrado y pensaba que nunca lograría estarlo. El frío le daba asco.

Estaba de un humor de perros.

Tras tanto tiempo transcurrido, el capitán tendría que haber acabado hacía un buen rato. En cambio, Carbone había echado ya a la Mortuoria y se había atrincherado en la villa como si no quisiera salir. Dijo que necesitaba reflexionar. Cuando el juez lo conminó a que le dejara hacer su trabajo, el capitán le soltó un puñado de insultos. El hombre se marchó, hecho un basilisco.

El joven carabinero estaba a las órdenes del capitán desde hacía casi un año, y Carbone, entre una cosa y otra, era un buen comandante. No les pedía a sus hombres más de lo que hacía él. Si había que hacer algún trabajo extra, él era el primero en asumir las tareas más pesadas y el último en volverse para casa.

Corrían rumores sobre el capitán, se decía que estaba conchabado con personas poco recomendables y que él mismo, en un par de ocasiones, había visto a tipos extraños entrar en su despacho. Gente queapestaba a servicios secretos. Pero el joven carabinero no creía en esos rumores. Y, además, Carbone no solo no se olvidaba nunca de preguntarle por sus padres, sino que nunca le había denegado ningún permiso.

Aquella noche, sin embargo, Carbone parecía asustado.

Había dado órdenes sin sentido.

Incluso echó al juez de malas maneras.

El coche se detuvo, casi embistiéndolo con una mezcla de nieve derretida y barro. El joven carabinero dio un paso adelante para protestar. El hombre que salió del vehículo se parecía a un actor. A uno de Hollywood, el joven carabinero no recordaba su nombre.

Uno que era famoso.

Humo rancio.

Y, por debajo, olor a sangre.

El Hombre de Confianza observó el cadáver de Wegener tirado en el suelo. Sentía curiosidad ante su expresión. Leía miedo en ella (¿y quién no siente miedo en presencia de la muerte?), pero también otra cosa. Reflexionó largo rato, mientras el joven carabinero, pálido, permanecía en la puerta y Carbone no hacía más que fumar un Ms tras otro.

El Hombre de Confianza se agachó, con una rodilla en el suelo, y prestó mucha atención a no ensuciarse con el charco de sangre coagulada. Herr Wegener ni siquiera había intentado defenderse. La pistola estaba abandonada a un lado. Cargada y sin seguro. Podría haber reaccionado. No lo hizo.

El Hombre de Confianza se levantó. Trató de imaginar la dinámica del crimen.

Georg, el guardaespaldas de Wegener, había sido asesinado en el jardín. Los carabineros habían encontrado el cuerpo hecho un ovillo entre los arbustos cubiertos de nieve. No había muerto de inmediato, había tardado unos minutos en desangrarse. Un trabajo rápido, había dicho el capitán Carbone. El Hombre de Confianza no estaba de acuerdo.

Quien había asestado el golpe a Georg había seccionado la yugular con un único corte. Un arma blanca de gran tamaño. Por lo menos treinta centímetros de hoja. Una hoja ancha, un cuchillo de caza o algo parecido. El asesino no había sido rápido, había sido eficiente. Había entrado por la puerta principal, había subido las escaleras y se había encaminado hacia el dormitorio de Wegener. Un hombre alto, bien plantado. En el charco de sangre había una huella. Una bota de montaña del número cuarenta y cinco.

No era un zorro.

No era un hurón.

Algo más grande.

El Hombre de Confianza se acercó a una librería. Agarró un par de tomos de la *Enciclopedia Treccani* y los colocó en el suelo. Cogió por el codo al joven carabinero y lo obligó a colocarse delante de él, a un brazo de distancia aproximadamente.

Se subió encima de los tomos.

—¿Cuánto mides?

El joven carabinero miró primero al Hombre de Confianza, luego a Carbone.

El capitán le indicó con señas que respondiera.

—Uno setenta y cinco.

Más o menos como Wegener.

El Hombre de Confianza añadió otros dos tomos de la enciclopedia y volvió a subirse sobre la pila.

Ahora superaba al carabinero. Le sacó un bolígrafo del bolsillo del uniforme y se lo pasó con rapidez por debajo de la garganta. El carabinero se echó hacia atrás.

—Quieto.

—Usted...

—Obedece.

El carabinero regresó a su lugar.

El Hombre de Confianza cogió otro tomo y repitió la operación. El joven carabinero contuvo la respiración cuando notó la punta del bolígrafo rozándole la nuez de Adán.

—Gracias. Puedes irte.

El carabinero recuperó su bolígrafo y salió de la habitación, aliviado.

—Nuestra amiga —dijo el Hombre de Confianza— no es un cervatillo. Es un zorro con muchos amigos: un hurón y ahora... este es un animal diferente.

Carbone escudriñó la cara del hombre, absorto.

—¿Qué está diciendo?

—Un lobo. Creo que es un lobo.

El capitán retrocedió un paso.

—¿No ve que lo apuñalaron? ¿Le parece a usted que un lobo puede...?

El Hombre de Confianza sonrió.

—No hay lobos en el Alto Adigio, lo sé.

—Y también sabe que los lobos no acuchillan.

—Pero este es un lobo especial. Un metro noventa, creo. Fuerte. Con una mano firme. El corte es limpio. Nada de titubeos, nada de indecisiones. Un gesto irrevocable.

—Tal vez un hombre del Consorcio —susurró Carbone.

—¿Y por qué no utilizó una pistola, entonces?

Carbone se encogió de hombros.

—Es una historia extraña, ¿no?

—¿Por qué no se defendió Wegener?

—Lo pilló desprevenido.

El Hombre de Confianza señaló el espacio entre el cadáver y la puerta.

—Seis metros. La pistola estaba cargada y sin seguro. Aunque el asesino hubiera echado a correr, había tiempo suficiente para acribillarlo a balazos.

Carbone encendió el enésimo cigarrillo, negando con la cabeza.

—Es todo muy ilógico.

—¿Lo ha analizado bien?

—Me he pasado aquí tres horas —soltó el capitán— antes de que usted se dignara venir.

—Mírelo a los ojos. ¿Qué ve?

—Miedo. Muerte. Nada. ¿Qué quiere que encuentre en los ojos de un cadáver?

—Alivio. Wegener esperaba la muerte desde hacía mucho tiempo.

El capitán se sobresaltó.

—¿Cree que conocía al asesino?

—No al asesino. A la muerte.

—No tiene ningún sentido. Wegener era un hijo de puta y seremos bastantes los que lo celebremos, créame.

El Hombre de Confianza presionó dos dedos sobre su pecho.

—Yo tenía un vínculo con este hombre, ¿entiende? Un vínculo muy fuerte. Usted no puede decir determinadas cosas en mi presencia.

Carbone dejó que se le cayera el cigarrillo.

El Hombre de Confianza estaba alterado. Las venas del cuello marcadas, la cara pálida, tensa.

Por Dios santo, pensó el capitán, es como si se le hubiera muerto un amigo suyo.

—La muerte de Wegener no cambia nada —silbó el Hombre de Confianza—. Hasta que yo no le diga lo contrario, continuará usted informándome a mí y solo a mí. ¿Entendido?

El capitán Carbone había participado en cinco tiroteos diferentes. Una vez lo alcanzaron de refilón. Había golpeado a hombres culpables y a hombres inocentes. Había mentido a los jueces y a su conciencia. Nunca había sentido semejante terror.

—Por supuesto.

—Marlene todavía está aquí. En alguna parte. Lo sé. Y tiene miedo.

—¿Cómo puede afirmar eso?

—Si ha dado el primer golpe es porque está asustada. Si está asustada significa que sabe que puede ser encontrada. Todavía está aquí.

—¿Dónde?

—La cuestión nunca es dónde. Se trata de un sencillo cuándo, créame.

Una semana.

Siete días.

Mantener ordenada la granja, coser ropa para Simon Keller, preparar las comidas, dar de comer a los cerdos. Respirar. Como si hasta entonces Marlene hubiera vivido en apnea. No era solo el aire de montaña, eran las palabras del *Bau'r*.

Por primera vez en su vida Marlene no pensaba en el pasado y no se atormentaba con respecto al futuro. Vivía en el presente, aquí y ahora. Su mayor preocupación era dar la mezcla correcta de comida a los cerdos, preparar la leña para la *Stube* y las infusiones para aliviar los dolores de Simon Keller. Comprobar que el *Bau'r* descansara lo suficiente. Regañarlo, amablemente, cuando salía a cazar. Más adelante, cuando el *Bau'r* se hubiera recuperado del todo, tenía pensado pedirle que la acompañara al pueblo, se despediría de él (un «hasta pronto», y no un «adiós») y vería lo que el destino había reservado para ella.

Marlene no era estúpida. Simon Keller le había mentido. El *Bau'r* había matado a Wegener. Solo por ese motivo, ambos, mejor dicho, los tres, todavía estaban vivos.

Solo Dios sabía qué estaba sucediendo en la ciudad. Se imaginaba a carabineros y policías brindando por la muerte de su marido y haciendo lo mínimo indispensable para entregar a la justicia a su asesino. Wegener era odiado y los hombres odiados difícilmente obtienen justicia. Se imaginó a Georg y Moritz rapiñando joyas y objetos valiosos en la villa del Passirio para venderlos en el mercado negro. Y buscando nuevos jefes a los que ofrecer su natural inclinación a la violencia.

Coches subastados. La villa vendida. Vendida también la sastrería.

¿Gabriel?

Intentaba imaginarlo feliz. Lo quería.

Wegener había muerto igual que había vivido. Con violencia. Además, al matarlo, Simon Keller no solo la protegía a ella y a su hijo. Había salvado quién sabe a cuántas futuras víctimas de su marido. ¿Era una locura?

No.

*Justicia.*

Siguió repitiéndoselo todos los días. No había sido un asesinato, había sido justicia. No era un error, era justo.

Y Marlene estaba cansada de sentirse equivocada.

Así que fue feliz durante toda la semana.

Simon Keller no.

Estaba mal.

Mucho.

Pero hacía todo lo posible para evitar que Marlene se diera cuenta. Bromeaba, se alegraba de que el sol se viera por las ventanas, permanecía inmóvil como un espantapájaros mientras la mujer joven de ojos azules (y con el lunar al final de la sonrisa) le tomaba las medidas del cuello, del torso y de los brazos para coserle ropa nueva. Más tarde, cuando la noche se apoderaba de sus pensamientos y enmascararlos le resultaba más doloroso que la dentellada de la rodilla, fumaba la pipa de espuma de mar con aire beatífico, alabando a la cocinera por la bondad de la cena.

Mentía.

Simon Keller no hacía más que oír la Voz. Cada vez más insistente. En la oscuridad, su recuerdo era tan fuerte que se superponía a cualquier otro pensamiento. Lo obligaba, acurrucado en la cama, con las manos en las orejas, temblando, a babear como un recién nacido. Cuando la Voz comenzaba a bramar, el *Bau'r* se ponía el cinturón de los pantalones entre los dientes para impedirle gritar. No quería que Marlene lo oyera.

La Voz lo insultaba. Lo persuadía.

Lo amenazaba.

Le susurraba.

Le pedía, por supuesto, una única cosa, siempre la misma.

Sangre.

Era su deber, repetía la Voz. Matar. La Voz nunca lo decía con claridad, pero Simon Keller sabía perfectamente cuál era la vida que debía ser truncada.

Marlene. Y el hijo que llevaba en su seno.

Eso nunca iba a ocurrir. Nunca lo haría. No podría hacerlo. No estaba bien. No *quería*. Había derramado la sangre de Wegener y el círculo se había cerrado.

Ahora tenía planes.

Esperanzas.

La Voz lo apremiaba.

En las noches de angustia de esa semana, Simon Keller se aferraba a la imagen del niño con los ojos azules de Marlene y la barbilla de su padre. Quería verlo crecer. Sano, fuerte, robusto. Enseñarle a reconocer las hierbas. Construir un trineo para él. Mirar juntos la bóveda estrellada. Explicarle que el universo es un hervidero de misterios, pero también de milagros y primaveras.

Oír cómo lo llamaba «*Opa Simon*».

Pero la Voz era inexorable, como una avalancha durante el deshielo. Así, aplastado entre la cruda realidad de esa llamada y la ficción de serenidad que le ofrecía a Marlene, Simon Keller pensó en una especie de compromiso y lo llevó a la práctica.

Coger el calibre 10 y salir al bosque. Cazar para la Voz. Matar animales.

Sangre por sangre. Vida por vida. Como estaba escrito.

Mataba muchos más animales salvajes de los que necesitaba, sintiéndose culpable por eso,

pero aferrándose al espejismo de que esas vidas no se desperdiciaban.

Tres días antes, con la escarcela vacía aún, exasperado por la Voz, angustiado por la oscuridad que se aproximaba y le impediría ofrecerle sangre, se encaminó hacia la cima de la montaña y allí, pocos minutos después de la puesta de sol, entre las rocas escarpadas, temblando por la helada, vio a una cabra montesa recortándose contra la última luz del día. Un animal orgulloso, con un poderoso pecho y la cornamenta larga y curvada. Le disparó y la cabra cayó por el acantilado con un ruido sordo. No la recogió. Hacía demasiado frío para ir a recuperarla. Pero al menos la sangre para ese día había sido derramada.

A Marlene le decía que una mujer embarazada necesitaba carne fresca. Se lo decía también a sí mismo, durante las horas de luz. Para tranquilizarse. Para creer que no se había convertido en una amenaza. Se decía que era justo que así fuera. Que era su voluntad la que lo empujaba a cazar, no la de la Voz. Una mujer embarazada necesitaba carne fresca para dar a luz un niño sano y fuerte. Y verduras y frutas, así que se comprometía a bajar para ir a comprarlas. No lo hacía nunca.

Si bajaba al pueblo no podría disparar y, en lo más profundo de su ser, sabía de qué le servía matar animales. El compromiso: intercambiar la sangre animal por la de la mujer.

Si no lo hubiera hecho...

Habría sido *terrible* .

Tenía que protegerla. Ya no era el grácil Sim'l incapaz de detener la mano de su padre. Era un hombre. Fuerte. El pasado no iba a repetirse.

De manera que cazaba. Sangre a cambio de otra sangre.

Vida por vida.

De hecho, después de las muertes, la Voz se callaba.

Por un tiempo.

El bar.

El capitán Carbone había dejado un mensaje y dos horas más tarde se encontraban en ese local, en la plaza. A poca distancia de la estación de autobuses.

El ambiente era tranquilo, unos pocos clientes, música de fondo. Mesitas y cierta cantidad de postres en exposición. El propietario, un tipo grueso con cara de borracho, estaba confabulando con Carbone. Había desconfianza en la mirada del gordito; el capitán, en cambio, era todo sonrisas. El Hombre de Confianza golpeó con los nudillos en el escaparate, haciéndole una señal para que saliera. Nunca se era lo demasiado prudente.

A pesar del frío, el tipo gordo iba en mangas de camisa y lo escudriñó con los brazos cruzados. El Hombre de Confianza no se presentó. Lo hizo Carbone. Un colaborador de fiar.

Un amigo.

—Cuéntanos de nuevo lo que me has dicho antes.

El tipo gordo no se hizo rogar.

—Era alto. Yo mido uno ochenta, pero ese tipo me sacaba casi una cabeza. Viejo, sobre los sesenta. Mal llevados, no sé si me explico. Yo veo mucha gente aquí, y ese tipo venía de las montañas, os lo digo yo. Un pordiosero.

—¿De quién estamos hablando?

—De tu extrañeza —respondió Carbone.

El Hombre de Confianza le había ordenado que lo informara de cualquier cosa fuera de lo normal ocurrida el día del asesinato de Wegener. Incluso de la más insignificante.

La del tipo gordo no era la primera. Resultaba asombroso hasta qué punto, en una ciudad tan somnolienta, podían ocurrir una cantidad tan grande de extraños acontecimientos.

Aunque, por otra parte, si uno mira las nubes también puede ver formas de todo tipo.

Carbone no había dejado ningún cabo suelto. En cuanto sus hombres lo informaban sobre un robo, un soplo o una reyerta entre borrachos, se lanzaba a hacer preguntas, indagar, interrogar. El Hombre de Confianza hacía lo mismo.

Aunque hasta ese momento todos los encuentros con el capitán se habían quedado en agua de borrajas y la pista de la caza del zorro se estaba enfriando, el Hombre de Confianza sabía que no siempre mirar a las nubes era un tiempo malgastado.

—Ese hombre *gruñó*, por Dios.

Eso despertó su atención.

—¿Quién?

El tipo grueso resopló, perdiendo la paciencia.

—¿Me escuchan o están sordos?

El Hombre de Confianza sonrió.

El tipo grueso palideció.

—Sin ofender.

—Un hombre alto, ha dicho. ¿Un metro noventa? ¿Podemos decir un metro noventa?

—Es posible.

—Y le dio miedo.

—Sí, señor.

El Hombre de Confianza enarcó una ceja. El dueño del bar tenía unos bíceps como jamones y aspecto de camorrista.

—Un viejo. Le dio miedo un viejo.

—Se habría cagado encima usted también.

—Lo dudo.

El tipo gordo hizo ademán de discutir, pero Carbone lo retuvo aferrándolo por un codo.

—Cuéntanoslo desde el principio. Con calma.

El viejo vestido de negro se había sentado a la mesita. Esa, exactamente. El camarero se dio cuenta enseguida de que estaba medio chalado. Porque había sacado pan y *speck* y se había puesto a comer. Una especie de bolsa de viaje, como las de los marineros. No, no era una mochila. Una bolsa, ¿de acuerdo? Un petate.

—Prosiga, por favor.

El tipo grueso se enfervorizó.

Estaban en un bar, no en una mierda de comedor social para retrasados y mendigos. Así que el camarero le dijo que se marchara de allí. Nada que hacer. Sí, tal vez se había asustado él también. Mejor dicho: estaba verdaderamente muy asustado. Un buen canguelo, porque regresó alterado y le dijo que sacara la escopeta. La que tenía escondida debajo de la barra.

—¿Una escopeta?

Por precaución. Hay por ahí un montón de gente rara. No, no la sacó, no señor. El viejo solo era un viejo, ¿no? Y no quedaba claro hasta qué punto estaba loco. Tenía un cuchillo, uno con una hoja así. Treinta centímetros. De caza. No, no lo utilizó para amenazarlo. Tan solo lo había depositado sobre la mesita. Pero ¿me están escuchando?

El propietario del bar relataba, el Hombre de Confianza asentía.

Todo encajaba. La estación de los coches de línea.

El Lobo.

Un viejo que daba miedo.

Tras obtener lo que necesitaba, el Hombre de Confianza dejó a Carbone y al propietario del café confabulando y, sin despedirse, se dirigió a la estación.

El tablero de los horarios indicaba pocos autobuses para la hora en que el Lobo había montado aquel follón en el café de la plaza. Todos venían del oeste. Una buena señal.

El capitán se reunió con él.

—¿Qué le parece?

—El asunto se va aclarando.

—Yo también lo he pensado.

El Hombre de Confianza inclinó la cabeza, con curiosidad.

—¿En serio?

—No es un profesional. Un profesional no va dejando huellas por ahí. ¿Se imagina usted a un sicario que se pone a discutir con un tipo así?

—Un punto más a mi favor. Ha sido usted quien ha hablado de un sicario.

Carbone asintió.

—Es verdad. Tenía razón usted. Y podría haber dejado otras pistas. Además, si cogió el autobús es que no tiene coche.

—Alguien que ha bajado de las montañas.

—¿Y qué nos dice esto...?

El Hombre de Confianza, lejos de enojarse ante la actitud de Carbone, le dio cuerda.

—Que Marlene se equivocó de carretera. O bien que cambió de idea en el último momento. Es una posibilidad. Tal vez incluso la historia de la clínica fuera una coartada.

—Bingo.

—Hay algo sobre lo que no estoy de acuerdo con usted, capitán.

—¿Con qué?

El Hombre de Confianza inspiró el aire saturado por los humos de los tubos de escape de la terminal de autobuses.

—Yo creo que es un profesional, pero no un sicario. Creo que está familiarizado con la muerte. Verá, si lo que nuestro amigo del bar ha dicho se corresponde con la verdad, el Lobo no atacó, tan solo mostró sus dientes.

Carbone se encendió un Ms.

—Gruñó. Está loco.

—Los cerdos son malas bestias. Pero no son estúpidos.

—No le sigo.

—Le estoy diciendo que mostró sus dientes porque para él la muerte es algo familiar.

—Está familiarizado con la violencia.

—No con la violencia. ¿Lo recuerda? Un corte limpio, práctico. Con la muerte.

—¿No son lo mismo, la violencia y la muerte?

El Hombre de Confianza le puso una mano sobre el hombro.

—Usted límitese a aplicar la violencia, capitán. Deje la muerte para los que son como yo.

Se alejó unos pasos.

Carbone arrojó el cigarrillo recién encendido al suelo y se colocó a su lado, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo.

—¿Cuáles son las órdenes? ¿Quiere que siga buscando?

—Olvídese de esta historia.

—¿Y usted?

—Voy a hacer algunas preguntas. Soy muy bueno estrechando amistades, ¿sabe?

Habían llegado al coche de Carbone.

—¿Y nosotros, somos amigos?

El Hombre de Confianza lo miró a la cara.

—¿Le gustaría que lo fuéramos?

—Me gustaría poder dormir con los dos ojos cerrados.

—¿Y a quién no le gustaría, capitán?

Carbone no supo cómo rebatirlo. Abrió la puerta del coche.

El Hombre de Confianza se ajustó el cuello del chaquetón.

—Preséntele mis respetos a su señora.

Un círculo perfecto.

Simon Keller lo dibujó sobre la nieve con el índice cubierto por el guante mientras, agazapado detrás de una roca, esperaba a que una presa olisqueara la trampa.

El mundo era un hervidero de misterios. Todos tenían la forma de un círculo perfecto. Había sido una de las primeras lecciones que *Voter* Luis le había impartido, siendo un niño.

¿Cómo hace la marmota para dormir durante meses sin ser succionada por el mundo de los sueños? ¿Qué respiran las estrellas para arder de forma tan furiosa? ¿Cómo puede la Tierra, prisionera de los hielos durante meses y meses, dar frutos en primavera?

Misterios.

Sin embargo, la primavera estallaba al cabo de unos meses, la marmota salía de su sueño y las estrellas seguían flotando ardientes en la noche. Una vez, y otra más.

Milagros.

El mundo era misterio y milagro y la forma del misterio era el círculo. Incluso las reencarnaciones de Lissy eran un círculo. Cambiaban las estaciones, cambiaban los tiempos, solo Lissy seguía siendo la misma. La primera Lissy parió una cerda un poco más negra y un poco más grande que ella. La primera Lissy había muerto. La nueva Lissy había reanudado el círculo. Cerdos débiles y enfermos hasta la última camada. En la que nacía una hembra. Más negra, más grande y más hambrienta.

Un círculo perfecto.

La primera Lissy exigió tan solo un único sacrificio, *Voter* Luis. La segunda, otro. Un viajero medio congelado con el que Simon Keller se topó al regresar del pueblo. Matarlo, se había dicho el *Bau'r*, fue casi un acto de piedad.

La tercera Lissy, la primera a la que le habían crecido colmillos en lugar de dientes, tres. Dos cazadores furtivos a los que Simon Keller sorprendió a principios de mayo mientras dormían, y una mujer, ese mismo año, en otoño. Matar a la mujer le resultó difícil, le imploró que no la matara y él intentó explicarle el motivo por el que no podía no hacerlo. Cuando le habló de la Voz que oía en su cabeza, la mujer dejó de gritar e intentó escapar.

Simon tuvo que perseguirla. De los dos hombres ni siquiera recordaba su rostro.

Pero recordó el miedo cuando un carabinero en uniforme de camuflaje llamó a su puerta, mostrándole la fotografía de la mujer que había tratado de escapar. Gertrud Kofler, se llamaba. Se había perdido mientras buscaba setas, le explicó el agente, ¿no la había visto, por casualidad? La Voz le sugirió lo que tenía que decir. Funcionó. El carabinero le pidió que lo dejara llenar su cantimplora y luego no se dejó ver más por ahí. Simon Keller tembló durante meses y desde entonces siempre había una Gertrud en la pocilga de debajo de la granja. Gertrud, la fugitiva.

La cuarta encarnación de Lissy exigió dos vidas. La quinta, de nuevo tres. Dos intentaron rebelarse. La sexta, la madre de la Lissy a la que Marlene había conocido, nació sin colmillos, pero fue la primera en tener esa especie de cresta albina en la parte superior del cráneo, entre las orejas. Solo requirió una víctima, un médico que se había perdido y que llamó a la puerta de la granja, reclamando ayuda con aire asqueado debido al desorden de la *Stube*.

Matarlo fue un verdadero placer.

Mientras tanto, la Voz le había enseñado muchas maneras de desviar las investigaciones. Conservar algo de ropa y hacer que la encontrarán a varios valles de distancia de la granja. Trozos de carne para los sabuesos, perforados con plomo para inducir a pensar en algún ajuste de cuentas. Simon Keller ya no había tenido más miedo a ser descubierto.

La Lissy que Marlene había conocido era la séptima encarnación. También era la primera que había nacido con las dos franjas blancas debajo de los párpados. La más negra, la más grande y la más hambrienta de todas. Hasta ahora había exigido diecinueve sacrificios. Y aún le quedaban tres años para completar su vida. Lissy tenía hambre.

Lissy siempre tenía hambre.

Un escalofrío en la montaña.

Simon Keller se ajustó la culata del calibre 10 contra el hombro, sosteniendo el cañón que apuntaba hacia el fardo de heno oloroso en el centro del calvero. Su trampa.

Un gamo salió de entre los arbustos y olisqueó el aire, vacilante. Simon Keller puso el dedo en el gatillo, listo para disparar en cuanto el animal saliera al descubierto.

El gamo, una hembra hermosísima, se acercó al fardo de heno. Las fosas nasales palpitantes.

Simon Keller esperó.

El gamo arrancó un bocado, la musculatura de los muslos tensa, lista para escapar a la más mínima señal de peligro. Un segundo y un tercer mordisco.

El aliento del animal se condensaba en nubecillas azuladas.

Simon Keller disparó.

El gamo se echó a un lado, primero asustado por el estruendo del arma y luego sorprendido por el repentino dolor que le había dado en el pecho. Una última nubecilla. El corazón dejó de latir. El gamo cayó al suelo. Ya estaba muerto cuando tocó la nieve.

Simon Keller apoyó el rifle en la roca, sacó el cuchillo e inició el descenso por la pendiente. Con lentitud, porque le dolía la rodilla.

Cazar no era un asunto limpio, ni mucho menos un deporte. Era necesario eviscerar al animal lo antes posible para evitar que la carne se envenenara con los fluidos corporales.

Tardó unos minutos en llegar al punto en que la hembra de gamo estaba echada en el suelo y, cuando lo hizo, asombrado, pensó que el mundo era realmente un hervidero de misterios.

Por ejemplo, ¿cómo podía el gamo echado en su propia sangre levantar la cabeza en su dirección, a pesar de que el rosario de sus perdigones le había dado exactamente en el corazón?

¿Cómo podía hablar el gamo, hablar como si fuera un ser humano y no un animal?

Esto fue lo que Simon Keller vio en cuanto se asomó al calvero (de forma circular) del bosque. Ya no era el gamo con el pecho reventado por el calibre 10, sino la pequeña Elisabeth, que estaba apoyada contra el fardo de heno. Las manos sobre la barriga.

El vestidito sucio de sangre.

La pequeña, la dulce Elisabeth lo miró con esos ojazos suyos abiertos, llenos de misterio y de preguntas.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué me haces esto?

Simon Keller dejó caer su gran cuchillo.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué quieres matarme?

Simon Keller se frotó los ojos. Con fuerza, hasta el punto de hacer que brillaran luces en la oscuridad de sus párpados cerrados. Luego volvió a abrirlos. Con consternación descubrió que Elisabeth todavía estaba allí.

Lo miraba, y preguntaba:

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué quieres hacerme daño?

El *Bau'r* se acercó.

—Tengo hambre, Simon —lloriqueó la niña—. Dame de comer, Sim'l. ¿Por qué no quieres darme de comer? Tengo mucha hambre. Por favor.

Simon Keller miró a la niña con su vestido manchado de sangre, miró las llamas azuladas que brillaban en sus ojos y la consternación desapareció.

Del mismo modo en que, cuando *Voter* Luis aferró el cuchillo para matar a Elisabeth, Simon Keller lo comprendió.

La Voz.

La voz que lo había acompañado durante toda su vida era Lissy. Siempre había sido ella. No estaba ahí arriba, al lado de *Mutti*. Siempre había estado a su lado. Siempre. Nunca lo había abandonado.

Y él nunca había estado solo.

—Dulce Sim'l —murmuró la niña—. Pequeño Sim'l.

Los ojos de Simon Keller se llenaron de lágrimas. Se arrodilló en la nieve. La estrechó entre sus brazos. El pelo de Elisabeth olía a heno y a sol. Y a sangre.

Simon Keller la acunó.

—Tengo tanta hambre, Sim'l... ¿Por qué no quieres darme de comer?

El *Bau'r* le acarició el pelo, separó la cara de la niña de su pecho e intentó responderle.

Oyó el ruido detrás de él y se volvió, de golpe.

Sonrió.

Sí, el universo era realmente un hervidero de misterios.

Se llamaba Alex y era cazador furtivo.

No desde el nacimiento, como se empeñaba en precisar en cuanto establecía cierta confianza con alguien, es decir, más o menos a la tercera cerveza. Tenía poco menos de treinta años y nunca en su vida le había dicho que no a un trabajo. Había nacido para ensuciarse las manos.

Pero no era estúpido. Alex tenía las ideas claras. Sabía que, a menudo, lo que se le pedía que hiciera traspasaba las fronteras de la legalidad. Cazar furtivamente era un ejemplo entre muchos otros. No estaba orgulloso de ello, pero desde que el dueño de la serrería lo despidió, Alex tuvo que hacer que su conciencia fuera un poco más elástica.

El contrabando era también una buena manera de arramblar con algunas monedas. Resultaba cansado, pero el cansancio nunca lo había asustado. Por supuesto, la vida en el aserradero había sido otra cosa. Horarios exactos, una rutina cómoda, como un par de zapatillas viejas. Allí podía intercambiar unos chistes, echarse unas risas. Le gustaba ese trabajo.

Después, los árabes de Oriente Medio se pusieron a hacer de las suyas, llegó la crisis y fue despedido.

Recorte de plantilla.

La primera vez que oyó esa expresión pensó en una especie de gigantesca mesa de carnicero, toda ella de azulejos y salpicaduras rojas, sobre la que el señor Egger, el dueño de la serrería, los había puesto a él y a otros tres compañeros suyos para hacer salchichas y filetes. Los otros tres lloraron y maldijeron. Uno de ellos se dirigió a los sindicatos. Alex comprendió que se trataba de una batalla perdida y no se desanimó. Era fuerte y no le tenía miedo a sudar.

Además, al contrario que sus compañeros, estaba soltero y no tenía bocas que alimentar.

Se puso a buscar un nuevo trabajo.

El verano pasado había sido un chollo, tenía que admitirlo. Cortar el heno, arreglar tejados. Aire limpio y una vida saludable. Lo mejor fue el mes que pasó trabajando en el mercado. Una oportunidad de conocer a mucha gente y mirar las piernas de las chicas cuando pasaban.

El invierno, sin embargo, fue otro cantar.

No había trabajos de temporada, no había ocupaciones al calor. No había perspectivas. Su reserva de ahorros se redujo hasta rozar el cero. Así que comenzó a transportar mochilas repletas de cigarrillos de un lado a otro de la frontera y a cazar furtivamente. Los propietarios de los restaurantes no estaban interesados en la procedencia de este o de aquel ciervo. A ellos les interesaba obtener la carne a un precio razonable y Alex estaba siempre dispuesto a negociar. Le gustaba hacerlo. Lo encontraba divertido.

Cazar tampoco estaba nada mal. Aparte del frío. A veces hacía tanto frío que le entraban ganas de llorar. Pero duraba poco. El trabajo era trabajo y él había nacido para dar el callo. Tarde o temprano el invierno terminaría y volvería a trabajar en el mercado. Chicas guapas, chistes, cosas buenas para comer.

Alex se había internado hasta allí arriba tras las huellas de un gamo. Una hermosa y gran hembra. La misma que ese viejo vestido de negro había matado con un disparo que le había arrancado un silbido de admiración. ¿Cien? ¿Ciento cincuenta metros?

Alex se le acercó, para felicitarlo, pero también para charlar un rato. Hacía horas que vagaba

en soledad y le apetecía intercambiar unas palabras con un desconocido. Ya tenía en la mano la petaca de grappa para ofrecerle cuando vio que el anciano del tabardo estaba haciendo algo realmente insólito.

Alex había visto a locos a lo largo de su vida, pero nunca a uno como ese.

El viejo abrazaba al gamo. Embadurnándose de sangre su ropa oscura.

Lo estaba acunando, y murmuraba solo Dios sabía qué.

—Ey —dijo Alex, saliendo de entre la maleza.

El anciano se volvió hacia él.

Tenía los ojos claros, estaba pálido y lloraba.

—Un corazón sensible, ¿eh? —bromeó el muchacho.

Le mostró la pequeña botella de grappa.

—Así es más divertido. A mí también me sucede. Lo siento por esas pobres bestias. Pero de alguna manera hay que apañárselas. Soy Alex. ¿Cómo se llama usted?

El viejo murmuró algo en voz baja.

Alex se le acercó.

—He visto el tiro. ¿Dónde aprendió a disparar así? ¿Estuvo en la guerra? Apuesto a que sí. ¿Cuántos eran, doscientos metros? Nunca he visto un disparo semejante. Un francotirador, dígame la verdad. Pero no he entendido su nombre.

El anciano soltó el cadáver del gamo. Con el dedo dibujó un círculo en la nieve.

—¡Qué fuerte! ¿Qué pasa? ¿No será usted mudo, verdad?

El anciano, por el contrario, habló.

Palabras extrañas. Pronunciadas con una expresión que Alex no supo interpretar. Dulce, pero al mismo tiempo amenazante.

—Lissy tiene hambre.

Entonces, ambos oyeron la llamada.

Una muchacha salió de la maleza, jadeando.

Fue por culpa del viento.

Esa noche había dormido poco y mal. Se había despertado inquieta.

Después de que Simon Keller se pusiera la escopeta en bandolera y hubiera salido a cazar, Marlene preparó la bazofia para los cerdos y bajó a la pocilga.

Les dio comida a las cerdas y a los verracos, luego preparó el cuenco de plata, se puso el guante de acero y abrió la portezuela de hierro.

Lissy se acercó. Era la primera vez que lo hacía. Por regla general, esa bestia gigantesca y negra, en cuanto la veía entrar, se refugiaba en la sombra y permanecía allí hasta que la joven salía.

Ese día no.

Sintiendo curiosidad por el nuevo comportamiento, Marlene se quedó inmóvil, oyendo la profunda respiración de la cerda, sonriéndole, pero preparada para salir disparada a la primera señal de agresividad. Simon Keller le había advertido lo suficiente con respecto a Lissy. Era peligrosa. No había que bajar nunca la guardia.

Con esos colmillos...

La cerda se detuvo a menos de medio metro de ella, sus grasas caderas moviéndose igual que una capota. Giró la cabeza de lado, escudriñándola con el ojo derecho.

La pupila se cerraba y ensanchaba siguiendo el balanceo de la lámpara de aceite colgada de la viga. Dependiendo de la respiración de la cerda, en cambio, tintineaba la campanilla colgada de su cuello ancho y fuerte. Marlene extendió la mano cubierta de acero. Lissy resopló, pero no se movió. Marlene se inclinó un poco.

Lissy permaneció inmóvil.

Marlene le acarició la cresta sedosa entre las orejas. Lissy inclinó la cabeza en dirección al guante de acero, detenido a media altura. Marlene contuvo la respiración.

Lissy le lamió los dedos.

Marlene extendió la otra mano. Notó la corteza dura de las cerdas del animal bajo las yemas de los dedos. Las acarició hasta encontrar la base de las orejas y rascó.

La cerda emitió un sonido que al principio Marlene no reconoció.

Casi parecía estar derritiéndose.

¿Qué era lo que decía siempre Simon Keller?

*Dulce Lissy, pequeña Lissy.*

La cerda se desplazó hacia un lado y Marlene retiró la mano.

Lissy removió la colita, azotando el aire.

Luego volvió hacia ella.

—¿Quieres unos mimos?

Lissy gruñó.

Marlene se rio y comenzó a acariciarla de nuevo.

—Nos estamos haciendo amigas, ¿no es así?

Lissy abrió las fauces. Sus ojos giraron.

Y se desplomó de lado.

Marlene se levantó de un salto.

La cerda negra agitaba las patas, coceando. De la boca empezó a salirle espuma. Sus ojos estaban en blanco. Las patas se pusieron rígidas. Lissy temblaba, echando espumarajos de baba.

—¿Lissy?

La cerda soltó un gemido terrible.

Lissy se estaba muriendo.

Marlene salió corriendo hacia los bosques. Gritando a voz en cuello el nombre de Simon Keller.

No fue por el gamo.

Aunque también.

Fue más que nada por la chica. Incluso vestida de esa forma, con el rostro sonrosado por la carrera (o quizás, precisamente, por su rostro sonrosado), Alex no supo resistirse. Era su tipo. Pequeña, bien proporcionada, ojos grandes.

Sin embargo, cuando la vio desaparecer junto a ese extraño anciano (¿quién diablos era Lissy?, ¿y qué significaba que se estaba muriendo?) se dijo que debía ir tras ellos a causa del gamo. Se lo habían olvidado. Era un desperdicio dejarlo allí.

Por supuesto, la idea de colgárselo del hombro y salir pitando también se le había pasado por la cabeza, pero él no era un ladrón. Si Alex robaba (lo había hecho un par de veces) siempre elegía a personas a las que el robo no les supondría una gran pérdida. Tenía su código moral. Esos dos eran gente pobre, como él. Así que nada que hacer.

Después de llamarlos sin obtener respuesta, Alex cargó con la hembra de gamo y siguió las huellas de la princesa y del extraño viejo (¿Lissy tiene hambre?, ¿qué demonios significaba eso?). No le resultó difícil alcanzarlos.

Alex había visto lugares penosos pero ese les sacaba a todos ellos varias cabezas.

Por un momento incluso pensó en abandonar la presa del anciano y salir por piernas. La granja, encaramada sobre la roca, rodeada de nieve, las tablas de madera oscurecidas por el tiempo y brillantes debido al hielo, le hacía sentir un canguelo que rara vez había experimentado en su vida. Verdaderamente.

Pero esos ojos azules...

No se marchó.

Por la chica.

Quería saber cómo se llamaba. Tal vez estuviera buscando novio. Uno no debe ponerle límites a la Providencia. Qué divertido sería. Había salido a pillar algo que llevarse a la boca y, en cambio, se echaba una novia.

Hay que ver cómo funciona la vida.

Alex descargó el gamo al pie de los peldaños que llevaban hasta la entrada de la granja y siguió las huellas del viejo y la mujer joven hasta la parte trasera. Había una portezuela abierta y por ahí salían voces excitadas. Y un olor que le removía a uno las tripas.

Una pocilga.

—¡Lissy! Lissy! —gritaba el anciano.

Alex se asomó.

—¿Hay alguien?

Nadie respondió.

Alex bajó los peldaños. El hedor era terrible.

Vaya asco, pensó.

—¿Hay alguien?

La luz era tenue. Una lámpara de aceite colgaba de una viga.

El viejo estaba arrodillado en el estiércol y estrechaba contra su pecho la cabeza de una cerda.

Era negra y grande. Nunca había visto una cerda tan grande. Cuatrocientos quilos por lo menos.

¿Y los colmillos?

¿Y las rayas bajo los ojos?

¿Qué clase de bestia era esa?

Alois, en el aserradero, les había hablado de cuando, en los buenos tiempos, iba a la caza del jabalí. Con una vez había tenido bastante. Mal negocio, dijo. Eran capaces de destriparte como si nada. Alex había pensado que Alois exageraba. Nunca más lo haría.

El extraño viejo parecía no tener miedo. Movía a la cerda y le acariciaba la cabeza. Le hablaba igual que si fuera una niña y no una cerda de cuatrocientos quilos.

Loco.

Loco como una cabra, pensó el cazador furtivo.

La chica se retorció las manos en un rincón, pálida como un fantasma. Alex se acercó a ella.

Impostó la voz al modo del Caballero de la Brillante Armadura.

—¿Qué ocurre?

Ella no le respondió.

El anciano se volvió hacia la mujer joven y casi se arrancó del bolsillo del tabardo una gran llave de metal.

—Ve al sótano, corre. Es un ataque, necesitamos los medicamentos. Justo a la derecha, al lado de las escaleras. La caja es roja y blanca. ¡Pone «tiopental»! ¡Corre!

La chica no se lo hizo repetir.

Casi arrolló a Alex.

Una vela.

La puerta.

No acertó con la cerradura un par de veces.

El aire que la asaltó era fétido. Casi peor que el del estercolero. Marlene encendió la vela y bajó los peldaños. Los contó. Nueve. Como los que llevaban al establo de los cerdos. Y al igual que la pocilga, también el sótano era mucho más amplio de lo que se había imaginado. Tenía las mismas paredes, hechas con pedruscos oscuros. Olor a cal y a estiércol.

Lo vio de inmediato. Imposible no hacerlo.

En el centro del sótano, rozando el techo cubierto de telarañas, surgía una especie de monolito cubierto por una lona. Al menos tres metros de altura, casi dos de ancho y otros tantos de profundidad. Un monolito que se cernía, enigmático, desafiándola a mirar a hurtadillas qué se ocultaba bajo la tela. Marlene dio un paso.

No era de tela, era de cuero. Cuero que el tiempo había vuelto oscuro y brillante. Se acercó un poco más, con la vela por delante. Estaba cubierto de incisiones minúsculas. A la luz de la pequeña llama parecían escamas. Marlene se estremeció, odiaba las serpientes. Por regla general, las escamas habrían hecho que saliera corriendo.

Pero el monolito la atraía y Marlene miró mejor.

No se trataba de escamas (¿y cómo podrían haberlo sido? No existían serpientes tan grandes). Eran incisiones. Practicadas en caliente. Con un hierro al rojo vivo o algo semejante.

Círculos perfectos.

Tendió la mano, preparada para apartar la lona y ver qué escondía, pero sus pies pisaron algo que crujió y esto la detuvo. Bajó la llama.

Trapos. Pero los trapos no crujían. Con la punta del pie levantó lo que quedaba de una camisa a cuadros y la puso a un lado. Debajo de los harapos, huesos.

De ratón, de ardilla, de marmota. Apartó un papel de embalar y encontró más.

Un poco más grandes, como los de los conejos, o ligeros, como los de las rapaces. Huesos de ciervo, de gamo, de cabra montés. Huesos esparcidos por todo el suelo.

*Vulpendingen*, pensó.

Pero no estaba allí por eso. Ni tampoco por el monolito, aunque la curiosidad era grande.

*Tiopental*, ¿recuerdas?

A duras penas Marlene apartó la mirada.

A su alrededor, el caos.

Había ropa tirada por los rincones, de todas las tallas. En su mayoría era de hombre, botas y chaquetas impermeables, pero también vestidos de mujer. Algunos estaban hechos jirones por el tiempo y los insectos. Había estantes, unos que se caían, otros que habían sido reforzados con tablones de alerce repletos de clavos. En los estantes se apilaba toda clase de objetos. Tazas desportilladas, mochilas rotas, cantimploras. Y libros. Decenas, si no cientos de libros. Un par de gafas redondas, en el suelo, brillaron a la luz de la vela. ¿Qué diablos hacían unas gafas allí adentro? No se lo preguntó mucho rato. Los cráneos, colgando de las paredes, atrajeron su atención.

Cráneos de cerdo. Contó seis. Cráneos cubiertos de telarañas, que parecían a punto de saltarle encima. Para destrozarla como...

*Para ya.*

La vio. En una estantería. Una caja grande con una cruz.

Tiopental.

Roja y blanca, como le había dicho el *Bau'r*.

Marlene la aferró y la manoseó. Un montón de componentes químicos, un montón de advertencias impresas encima. Viales, en su interior.

Antiepiléptico.

¿Epilepsia? ¿Los cerdos sufren de epilepsia? No enfiló aún las escaleras. Un pensamiento la asaltó, con violencia inaudita: *Deja que se muera esa puta asquerosa.*

Marlene no lo hizo.

Cerró la puerta, apagó la vela y fue corriendo a la pocilga.

Cuando se despidieron, Alex pensó que nunca había visto nada semejante.

Una cerda con un ataque epiléptico.

Qué cosas.

También pensó que esos dos no le habían dicho toda la verdad. Dijeron que eran padre e hija, pero no se parecían en nada. Habían dicho que Marlene estaba casada y que su marido estaba en la ciudad, trabajando, pero la chica no llevaba ninguna alianza en el dedo. Habían insistido en que se quedara a cenar y luego a dormir con ellos porque empezaba a oscurecer y el camino hasta el pueblo era largo, pero a Alex la idea de pasar la noche en aquel sitio no le gustó.

Lo más mínimo.

Había una luz en la mirada de ese extraño anciano (y en el modo en que le había dicho «Lissy tiene hambre») que le había dado escalofríos. Y la chica no era para menos.

Parecía ocultar algo, un terrible secreto. En definitiva, Alex quería una vida tranquila y esos dos apestaban a problemas.

Quizá fueran criminales.

No criminales como él. Criminales de verdad.

Buscados por cosas serias. De esa clase.

Disparar a matar, y todo lo demás.

¿Por qué, si no, se refugiaban ahí arriba?

No había *nada* .

Aparte de los cerdos. Y de la cerda. La cerda epiléptica. Probablemente, dentro de unos días se reiría de aquel encuentro. Una cerda epiléptica, por Dios.

Sin embargo...

Pero no.

Eran únicamente dos tipos extravagantes y él solo era un pelele.

Aceptó una copa de grappa para reponerse y porque habría sido grosero no hacerlo, habló de esto y aquello durante unos diez minutos, entrando en calor delante de la *Stube* , les deseó buena suerte y se marchó de allí.

Rápido, bajando por los prados y por el bosque.

Al llegar al calvero donde el viejo había matado al gamo con ese disparo de maestro, Alex se dio cuenta de que se había olvidado los guantes en la *Stube* . Mierda. Eran casi nuevos. Y eran calientes y hacía un frío de mil demonios ahí afuera. ¿Pero dónde tenía la cabeza?

Se detuvo. ¿Volver tras sus pasos?

Ni en sueños.

¿Miedo?

Mucho, admitió.

Al diablo el frío, al diablo el *Bau'r* y al diablo la cerda.

Al diablo también la chica de los ojos azules.

Él, ahí, no iba a volver.

Cuando oyó ese ruido casi era de noche. La puesta de sol lanzaba sus últimos destellos de luz. Por encima de él, detrás de las rocas, una especie de tos. O quizá tan solo una roca que

rodaba.

¿En invierno? ¿Con todo ese hielo?

Alex entrecerró los ojos, observando el grupo de sombras desde el que había llegado ese ruido. Tenía el pelo de la nuca erizado. Sacó las manos de los bolsillos y le pareció oír una voz, ahogada.

Aferró la escopeta.

Se la echó al hombro.

—¿Quién está ahí?

Apuntó.

Con las tres primeras, fue todo bien.

La cuarta, no.

A partir de la cuarta Lissy, Simon Keller se dio cuenta de que había algo en las cerdas que no andaba bien. Cuando la cuarta Lissy tuvo el primer ataque, las piernas rígidas, los ojos en blanco y la boca babeando, el *Bau'r* creyó que se volvía loco. Había durado poco, un minuto, tal vez dos, pero a él le pareció una eternidad.

Al día siguiente se colgó su bolsa de viaje y bajó hasta el pueblo. Subió al coche de línea y se fue hasta San Valentino, donde se encontraba la consulta de un veterinario.

El doctor Kaser, que así se llamaba, escuchó su relato y lo tranquilizó.

No era nada peligroso. Podía ocurrir que los cerdos sufrieran de epilepsia. Era raro, pero no imposible. ¿Epilepsia? El *Bau'r* nunca había oído esa palabra.

El doctor Kaser le explicó que se trataba de un problema en el cerebro: de vez en cuando, sufría un cortocircuito. El riesgo, le explicó, no estaba en el ataque epiléptico en sí mismo. La epilepsia casi nunca era letal, la *persona* que sufría un ataque epiléptico ni siquiera se acordaba. Los problemas podían ser de dos clases. Que, al caerse, el epiléptico se golpeará la cabeza. O bien que se tragara la lengua, corriendo el peligro de morir por asfixia.

De todos modos, terminó con una gran sonrisa, no tenía de qué preocuparse.

«La epilepsia no tiene ningún efecto sobre la calidad de la carne».

«¿La calidad de la carne?».

«Si su cerda ha tenido un ataque epiléptico, puede sacrificarla sin problemas y venderla».

Simon Keller abrió los ojos como platos. «¿Sacrificar a Lissy?».

«¿Lissy?».

«Es el nombre de la cerda».

«Lo entiendo», dijo el doctor Kaser, aunque no era verdad.

«¿Cómo podemos curarla?».

El médico cruzó las manos sobre el escritorio. «La epilepsia no tiene cura, es un problema genético».

«¿No hay medicamentos para ello?».

El veterinario se rio.

«Claro que los hay, para mantener controlada la enfermedad. Pero no para los animales».

«¿Para las personas?».

«Para las personas. La epilepsia es una enfermedad conocida desde hace tiempo. En el pasado se decía que tener ataques epilépticos era un signo de ser amado por los dioses».

«¿Puede darme esos medicamentos?».

«Soy veterinario, no neurólogo».

«¿Puede darme el nombre de un neurólogo?».

El doctor negó con la cabeza, incrédulo: «Para un cerdo, no, créame. Perdería su tiempo».

Sin embargo, a base de insistir, el doctor Kaser anotó el nombre de un medicamento en un papel.

Tiopental.

Así que Simon Keller se puso en contacto con un contrabandista. Negociaron un poco. Simon mató tres machos y una hembra y vendió la carne en el mercado. Con el dinero que ganó compró los viales de tiopental.

No eran suficientes para un tratamiento, pero bastaban para mantener a raya las crisis y evitar daños mayores.

Lissy número cinco y Lissy número seis no los necesitaron. Lissy número siete, en cambio, tenía un ataque aproximadamente cada tres meses. El de pocas horas antes había sido el más largo de todos. Realmente pensó que iba a morir.

¿Qué haría, en tal caso?

Simon Keller no quería pensar en ello, así que aceleró el paso.

Lissy tenía hambre. Eso era todo. Tenía que procurarle alimentos. Luego se encontraría mejor. Mucho mejor.

—Dulce Lissy, pequeña Lissy...

No tardó mucho en alcanzar al chico, Alex. Un contrabandista, alguien cuya desaparición no provocaría mucho ruido. Eso es lo que le decía la Voz. La Voz de Lissy.

*Nadie notará su ausencia, Sim'l...*

Como siempre, la Voz tenía razón.

Simon Keller se detuvo tras unas rocas nevadas, para observarlo.

El muchacho caminaba un poco torcido, con las manos en los bolsillos. Iba deprisa. Tal vez estaba asustado. Indudablemente, tenía frío. Simon Keller se descolgó el calibre 10 del hombro. Se agachó y apuntó a la altura del corazón. Menos de setenta metros.

Podría haberle dado con los ojos cerrados.

—Lissy tiene...

No acabó de decirlo.

Su dedo no respondió a sus órdenes. Hizo fuerza, pero nada. La escopeta guardó silencio.

La mano que sostenía el arma tembló.

El cañón del calibre 10 chocó contra el cúmulo de nieve detrás del que se había agachado. Simon Keller intentó disparar, pero de nuevo fue incapaz de apretar el gatillo.

Se escondió detrás de las rocas, jadeando.

Tendría que haberse sentido asustado. Consternado. En cambio, sentía paz. Simon Keller pensó en la mirada de gratitud de Wegener, cuando lo mató, en la villa del Passirio. Pensó en trineos y en juguetes tallados en madera. Pensó en un niño de ojos azules y un lunar al final de la sonrisa. Pensó en Elisabeth y en cómo temblaba cuando la vida se le escapaba junto con toda aquella sangre.

Y volvió a pensar en Wegener.

La suya era la última sangre que derramaría. Esa muerte había roto el círculo.

Todo había terminado.

Ya no podía matar.

Ya no tenía que hacerlo.

Sobre todo: no quería.

Paz.

Cerró los ojos, sonriendo. Paz.

Pero por poco tiempo, muy poco.

La Voz gritó en su cabeza. Un rugido que le hizo soltar una exclamación. *Lissy tiene hambre, Lissy tiene hambre.* La Voz quería sangre. Y la quería de inmediato.

*Lissy tiene hambre.*

*¡Mátalo!*

—*Opa Simon* —empezó a murmurar el *Bau'r* —. *Opa Simon*.

Desde abajo oyó la voz del muchacho.

—¿Quién está ahí?

Simon Keller miró de reojo.

Por debajo de él, con las sombras de la noche que se transformaban en oscuridad, Alex, el contrabandista, estaba apuntando su escopeta. Temblaba. Simon Keller podía verlo también desde esa distancia, agazapado entre las rocas cubiertas de nieve. El muchacho estaba temblando. El *Bau'r* se apenó por él y por el miedo que sentía.

Por su culpa.

Y pensó en el miedo de todos los que había matado. Porque algunos habían tenido suerte y la muerte los sorprendió inesperadamente, una cortina negra que terminaba con alegrías y dolores. Pero otros la habían visto venir. Lo habían entendido.

Y con ellos la muerte no había sido tierna.

*Mátalo, Sim'l.*

*Por favor.*

Simon Keller volvió a esconderse.

—No lo haré.

*¿Por qué, por qué, por qué?*

Simon Keller contó hasta cien. Cuando terminó, echó un vistazo. El muchacho se había ido.

El *Bau'r* lo bendijo con una oración, cavó un agujero en la nieve y puso en él los guantes de lana del contrabandista.

Con una cerilla les prendió fuego y esperó a que la lana estuviera completamente carbonizada antes de tapar el agujero y reincorporarse.

La Voz lloriqueó.

*Lissy tiene hambre.*

—Sí —murmuró Simon Keller—. Lo sé.

Lissy tenía hambre y él se encargaría de ella. Porque, aunque el círculo se había cerrado, Lissy quería a Sim'l y Sim'l quería a Lissy, y Lissy no lo había abandonado.

Simon seguiría cuidando de ella.

Pero lo haría de una manera diferente. No sabía cómo, y ni siquiera sabía si existía esa manera. Solo sabía que no iba a matar más.

Nunca más.

Un precio razonable.

Al día siguiente, Alex le entregó la escopeta y la munición a un contrabandista que lo metió todo en el maletero de su automóvil. No era un regalo, pero tampoco una estafa.

La escopeta era una buena arma y el contrabandista era un viejo conocido.

Se pusieron de acuerdo en un precio honesto. El contrabandista preguntó por qué había decidido dejarlo y Alex se inventó algo sobre la marcha. Se iba al sur por algún tiempo.

Estaba cansado del frío.

No habló de la sensación que había experimentado mientras sostenía la escopeta apuntando contra la noche. De cómo, cuando se colgó el arma al hombro, había tenido la percepción de que Dios había escudriñado su alma y había decidido darle una segunda oportunidad. Inmerso en la helada, aterrorizado, había hecho una promesa. Si conseguía llegar al pueblo sano y salvo, cambiaría de vida.

Vender la escopeta no fue más que el primer paso.

Fue al sur de verdad.

El primer año fue malo. Conocía mal el idioma y tuvo que conformarse con unas cuantas monedas por trabajitos diarios que agotaban todas sus energías. Dormía donde podía. Pasó una semana en un refugio donde un tipo con aspecto demacrado le ofreció heroína. Alex la rechazó. Porfió y se movió de ciudad en ciudad hasta que llegó a un puerto. Nunca había visto ninguno. Le gustó el ir y venir de los pasajeros, de los marineros, de las prostitutas y de los estibadores. La mezcla de lenguas de todo el mundo. Decidió quedarse allí y buscó trabajo.

Conoció a un marinero holandés que sabía alemán. Se hicieron amigos y el marinero le presentó a un tipo que fumaba cigarros y hablaba en voz muy alta, como si fuera un poco sordo. Se necesitaba gente que supiera alemán para servir en las mesas de un crucero. ¿Estaba interesado? Alex lo estaba.

La paga era buena y su vida tomó otro rumbo.

Era un tipo bromista y desenfadado que caía simpático a los clientes, y además descubrió que se le daba bien cantar. En unos cuantos meses el capitán de la nave se fijó en él y lo ascendió a animador. Aprendió un nutrido repertorio de canciones empalagosas y a menudo interrumpía esos maullidos con bromas de doble sentido que hacían reír a las parejas que bailaban. Era una vida que le gustaba: hermosas chicas, viajes a lugares exóticos.

Se enamoró. Se casó. Y con el dinero que había ahorrado abrió un restaurante. Tuvo hijos. Jamás habló de esa noche en la que le dieron una segunda oportunidad. A menudo, sin embargo, se encontraba pensando en el viejo y en la chica.

Y en la cerda.

Sin ellos, quién sabe cómo habría terminado. El universo era un hervidero de misterios y milagros. A lo largo de toda su vida, Alex se preguntó qué diferencia habría entre las dos cosas.

Poco después del amanecer.

Marlene había bajado a la *Stube*, donde había encontrado a Simon Keller, la pipa apagada en la boca, la mirada perdida entre las páginas de una Biblia abierta sobre las rodillas.

El *Bau'r* no respondió a su saludo hasta pasados unos momentos de desorientación.

Marlene abrió las jambas de las ventanas para dejar que entrara la luz y ambos parpadearon.

Encendió el fuego y preparó la cafetera. Mientras vertía el café molido, le preguntó por Lissy.

—La crisis ha pasado —respondió Simon Keller.

—No es la primera vez que sucede, ¿verdad?

—No —dijo el *Bau'r*, encendiendo la pipa—. Desde que era un cerdito así de grande tiene este problema. Lissy necesita cuidados.

—No podría encontrar un lugar mejor. Y no podía haber encontrado un *Bau'r* mejor.

Simon Keller esbozó una sonrisa tensa, tabaleando con los dedos sobre la tapa de la Biblia.

—Hay algo... hay algo que tengo que pedirte.

Marlene colocó la cafetera en el fuego y se sentó frente al *Bau'r*.

—Lo que queráis.

—Una cuaresma.

Simon Keller se pasó la palma de la mano por la nuca. Parecía preocupado. Probablemente lo estaba, pensó Marlene. Pero también parecía confuso. Como si estuviera intentando resolver un rompecabezas.

—*Voter* Luis decía que siempre hay una cuaresma antes de una fiesta. Eso es lo que tengo que pedirte. Una cuaresma.

Los ojos del *Bau'r* se centraron en ella.

—Lissy no está bien. Tú también lo has visto —explicó el *Bau'r*—. La crisis ha pasado. Pero necesita que me quede con ella. Dirigió su mirada hacia el suelo, se encogió de hombros y prosiguió—. Podría sufrir nuevos ataques, es algo que ocurre.

—¿Significa que pospondremos la partida? —Marlene intentó superar la incomodidad del *Bau'r*—. No hay ningún problema, no tenéis que estar preocupado por ello.

Simon Keller se apresuró a añadir.

—Una cuaresma de algunos días. Pocos.

—No os preocupéis, que un día más o...

—Cuando Lissy esté mejor, te llevaré al pueblo. Para el coche de línea. Tienes que cuidar del niño. Aquí no puedes hacerlo y cuanto más avances con el embarazo más difícil te será bajar al valle. Pero antes de separarnos, celebraremos una fiesta.

El *Bau'r* cogió sus manos entre las suyas, sonriendo.

—Porque la cuaresma viene antes de la fiesta.

Marlene notó que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Nada de fiesta de despedida, ¿verdad?

—No será una fiesta de despedida —respondió Simon Keller, y concluyó—: Si tú no quieres.

Marlene se mordió los labios.

—Volveré. Y, cuando lo haga, no estaré sola.

Marlene sintió las manos del hombre apretar con más fuerza.

—*Opa* —se le escapó al *Bau'r* .

—¿*Opa*? —repitió Marlene, sorprendida.

Simon Keller se separó de ella, ruborizado.

—Es solo una tontería.

Marlene se apresuró a cogerle la mano.

—*Opa* Simon. ¿Por qué no?

Sí, pensó Simon Keller.

¿Por qué no?

Luego se puso el tabardo, se colgó la escopeta al hombro, metió la Biblia en el morral y se fue a cazar.

La Voz permanecía en silencio.

Ni siquiera la campanilla.

Nada.

Durante tres días Lissy no dio señales de vida.

Marlene no reparó en ello.

Se levantaba al amanecer, preparaba el desayuno para Simon Keller, se despedía de él en la puerta y esperaba a que desapareciera detrás del horizonte para regresar a la *Stube*, preparar la bazofia de los cerdos y bajar a la pocilga para verterla en el comedero.

A esas alturas las hembras ya se habían acostumbrado a su presencia. Los machos, en cambio, Marlene lo sabía, eran más estúpidos. Y cuando notaban el olor de la comida no le hacían ascos a nada. Que fuera Marlene o Simon Keller, poco importaba.

Saltaban unos sobre otros, mordiéndose y gruñendo hasta que habían lamido hasta la última gota de esa cosa repugnante. Todo lo demás les traía sin cuidado.

Marlene los llamaba por su nombre.

El Doctor, el de las manchas oscuras alrededor de los ojos, no obedecía nunca a sus llamadas. Franz se mostraba más amable. Sacudía la cabeza y removía la cola. Kurt, en cambio, inclinaba la cabeza hacia el otro lado. Resultaba divertido, con sus orejas flojas colgando. Gertrud la fugitiva había adquirido la costumbre de ir de un lado a otro del recinto cuando la veía asomarse por la puerta de arriba.

Una especie de bienvenida.

O tal vez solo fuera impaciencia.

Cuaresma.

Y una fijación.

Durante tres días, Marlene no hizo otra cosa que pensar en el sótano. En el monolito cubierto con la lona de cuero. Sentía curiosidad. Pero también miedo. Y el miedo funcionaba como motor de la curiosidad.

Durante tres días el monolito fue el primer pensamiento de sus mañanas y el último antes del sueño.

Durante tres días Marlene trató de apagar el fuego de la curiosidad. No era asunto suyo. Debajo de la lona no había nada. Algunos muebles viejos. Morralla.

¿Realmente quería arriesgarse a que Simon Keller la descubriera allí abajo? ¿En la única habitación cerrada con llave de toda la granja? ¿Cómo reaccionaría ante la intrusión?

No había nada debajo de esa lona.

Nada.

Y sin embargo...

Sin embargo, en ese sótano algo se le escapaba. Algo (y este fue el pensamiento que la convenció de robarle la llave al *Bau'r*) que no *quería* ver.

Y ella se había jurado a sí misma que eso nunca más volvería a pasarle. Basta ya de cuentos. Nunca más fábulas.

Sí. Así era.

Mentiras para no enfrentarse a la realidad. Marlene era una campeona en ese deporte. Como

cuando se dio cuenta de que estaba embarazada. Tardó cierto tiempo en aceptar la idea. Iba a convertirse en madre. Daría a luz un hijo. ¿Se sintió feliz? ¿Resplandeciente? Claro, pero solo en un segundo momento.

Al principio, durante días actuó como si no pasara nada. Había escondido la cabeza bajo las sábanas.

Parecía una locura, si pensaba en ello, pero así era. Había intentado borrar a su hijo. Si lo ignoras, no existe. Pero Klaus quería vivir.

Estaba allí. Con ella.

Y luchó.

Marlene soñó con él. Un recién nacido. Hermosísimo. Agitaba los brazos como si quisiera que lo auparan. Se despertó empapada en sudor. Asustada. Feliz. Aterrorizada. En el séptimo cielo. Estuvo llorando en silencio mientras Wegener dormía. Y, cuando se calmó, Marlene se prometió de nuevo a sí misma: basta ya de mentiras. Porque toda su vida era una mentira. La Urraca Ladrona. Los ratones en la pared. Estás embarazada, pensó. Estás a punto de convertirte en madre.

Una madre no vive en el mundo de los cuentos. Una madre afronta la realidad. Como Gretel-la-valerosa. No como Hänsel. Hänsel, ese niño mimado y llorica.

Una madre como Gretel-la-valerosa. Acepta la realidad y actúa. Mira a tu alrededor, se dijo. Mira la villa. Los coches en el garaje. Las joyas.

Mira las fotografías de tu marido. Sus ojos repletos de sí mismo. Ese destello de crueldad que nunca lo abandona. Sus manos manchadas de sangre. ¿Realmente quieres que tu hijo crezca así?

Que se convierta en...

*¿Kobold?*

Así que Marlene se transformó en Marlene-la-valerosa y comenzó a idear la fuga que la había llevado hasta allí. A afrontar el mundo. Eso es lo que le había enseñado Klaus.

Al cuarto día de la cuaresma, Marlene-la-valerosa robó la llave.

Llaves.

Simon Keller tenía cuatro, unidas mediante una anilla oxidada. La más grande y vieja, de bronce, era la del sótano. Pero no fue difícil robarla. Marlene la cogió, poco antes del amanecer, del morral que el *Bau'r* llevaba siempre consigo cuando salía, sintiéndose culpable y excitada al mismo tiempo.

Luego preparó el desayuno, charló con Simon Keller cuando se despertó, asistió a su acostumbrado rito matinal. El tabardo abrochado hasta el cuello, las raquetas de nieve, la escopeta al hombro. Con el corazón en un puño se despidió de él y miró cómo desaparecía detrás del horizonte, esperando que de un momento a otro volviera tras sus pasos, pidiéndole la llave que le presionaba en el bolsillo.

Eso no ocurrió.

Estaba sola. Y así iba a permanecer durante horas.

Como siempre.

Se puso manos a la obra. Preparó la bazofia de los cerdos, la vertió en los cubos, desafió la helada y bajó a la pocilga. Dio de comer a los animales, primero a los verracos y luego a las hembras; como de costumbre, dejó el recipiente de plata dentro de la rejilla de Lissy y regresó a la *Stube*. Sin tiempo para pensar, Marlene metió la llave en la cerradura y dio dos vueltas. La puerta se abrió por completo.

Sin un chirrido. No como la otra...

*Estúpida.*

Marlene volvió tras sus pasos, buscó hasta encontrar una vela y la encendió.

Con esa débil llama se sintió preparada. A media escalera, el aire del sótano se le metió en la garganta.

La suciedad. El caos.

Y el monolito.

La parte superior del objeto cubierto por la lona casi tocaba la bóveda del sótano. Había telarañas que lo envolvían, aunque pocas, como si las arañas se mantuvieran a distancia. Marlene resopló, impaciente. De nuevo el mundo de los cuentos.

Marlene-la-valerosa no se habría dejado intimidar por ese... ese... *¿Qué era?*

Era hora de descubrirlo.

Fue en ese momento cuando lo oyó. El estruendo.

Se quedó quieta, paralizada.

Fuerte. Lúgubre. Una especie de trueno subterráneo.

Marlene miró a su alrededor.

*Bum.*

El trueno se había repetido.

La llama de la vela se había movido a derecha e izquierda. Marlene, confusa, no era capaz de localizar la fuente de ese ruido. Ni qué estaba provocándolo.

*¿Un terremoto? Imposible.*

*Bum.*

No era un trueno, pensó. El latido de un corazón gigantesco.

Se estremeció.

*Bum.*

Y un chillido. Inconfundible.

Lissy.

La vela casi se le cayó de la mano.

El chillido venía de su derecha.

Marlene lo entendió. Nueve peldaños la pocilga, nueve el sótano. El sótano y la pocilga formaban parte de un único ambiente, dividido por una pared.

La pared de donde procedía el chillido. Y de donde llegaban los golpes. La pared hacia la que Marlene se dirigió, protegiendo la llama de la vela con la mano.

La respiración entrecortada.

Mientras los golpes se convertían en un latido cadencioso.

*Bum.*

*Bum.*

*Bum.*

Una ventanita. Había una ventanita protegida por barrotes de metal que comunicaba la pocilga y el sótano. Más o menos a medio metro de altura.

Para alcanzarla le bastaron un par de pasos, prestando atención a no tropezar con los trastos que recubrían el suelo del sótano. Los truenos venían de allí.

Y una extraña luminiscencia. Verdosa. Como velada por mucílago. O por moho. La luminiscencia desapareció y...

*Bum.*

Marlene se inclinó hacia delante y miró a hurtadillas.

Por detrás de los barrotes, Lissy estaba sangrando. La frente partida. Los colmillos que rezumaban rojo.

Marlene sintió que le faltaba la respiración.

Lissy se refugió de nuevo en la oscuridad, lanzó un chillido y cargó. La negra y amenazante mole negra golpeó contra la ventanita con tal fuerza y furia que el metal se onduló, gimiendo.

La cerda sacudió la cabeza e hizo girar los ojos, como si estuviera atontada debido al dolor provocado por el golpe. No se calmó. Volvió a las tinieblas, soltó otro larguísimo chillido y de nuevo golpeó el metal. Y una vez, y otra. Cada vez más fuerte.

Cada vez más furiosa.

Cada vez salpicando más sangre.

Tinieblas. Chillido. Impacto.

*Bum.*

El metal se onduló, como si estuviera casi a punto de ceder.

Lissy tiene hambre, pensó Marlene.

Unas gotas de sangre cayeron sobre su rostro y la mujer joven, disgustada, retrocedió. Faltó poco para que cayera al suelo, pero la vela, milagrosamente, no se apagó.

La idea de permanecer en la oscuridad la llenaba de terror.

Al otro lado de la rejilla, Lissy la miraba con odio. Acercó el hocico a los barrotes, olisqueó el aire y resopló, salpicando sangre y mucosidad. Luego mordió el metal.

Los afilados colmillos chirriaron contra el hierro. El hierro se dobló por la potencia del mordisco.

Marlene no lo soportó.

—Por favor, Lissy. Para ya. Para ya.

Lissy obedeció. Le lanzó un último vistazo, luego volvió a refugiarse en la oscuridad.  
Marlene se desmoronó.

En la suciedad.

Temblando, sentada en el suelo, comenzó a llorar. Grandes lágrimas de angustia. Llorar le sentó bien. Poco a poco recuperó el control.

Dejó de sollozar.

Lissy era solo una cerda. Nada más. Era estúpido, estúpido y otra vez *estúpido* tener miedo de Lissy. Lissy era solo una cerda. Una cerda... ¿Había algo normal en esa cerda?

No, decididamente no. Pese a ello, Marlene intentó controlar la respiración y, al cabo de un rato, el temblor cesó. Se frotó la manga del jersey en la cara, para limpiarse la sangre.

La Lissy a la que tenía miedo pertenecía al mundo de los cuentos. Cóbolds, brujas, cerdas endemoniadas. No eran más que patrañas. Ya era hora de hacer que regresara Marlene-la-valerosa.

Se levantó, soltando un suspiro. Echó un vistazo por la ventana y se centró en el monolito.

Estaba ahí para eso.

Tendió la mano y arrancó la lona de cuero. Un poco de polvo, aunque menos, la verdad, del que se esperaba, la hizo toser. Entrecerró los párpados y retrocedió un paso.

Cuando el polvo (y las telarañas, y la suciedad) se depositó en el suelo, Marlene estudió lo que la lona ocultaba.

Libros.

Apilados.

Cientos de libros. Un paralelepípedo perfecto de libros colocados unos sobre otros, los lomos de los volúmenes, todos negros y todos gruesos como ladrillos, mirando hacia fuera. Una estela hecha de papel y cola. Marlene-la-valerosa rozó el monolito con la yema del dedo. Estaba frío.

El monolito le pareció la versión gigantesca de un juego para niños.

Y no eran libros cualesquiera. Eran Biblias.

Se imaginó a Simon Keller apilando todos esos volúmenes, con precisión, la misma expresión concentrada de cuando tallaba sus animales de madera. Se lo imaginó con la pipa apagada entre los labios, primero de rodillas, luego suspendido en una escalera, para colocar las Biblias más arriba. Lo que no podía imaginar era la razón por la que Simon Keller había hecho aquello.

Moviéndose con cautela dibujó un círculo alrededor de ese misterio. No había ni un solo libro fuera de lugar. Compacto, el monolito permanecía inmóvil en el centro de la sala.

Marlene dejó la vela sobre el estante, subió de nuevo las escaleras, regresó a la *Stube*, cogió una silla, volvió a bajar y la colocó delante del monolito.

Agarró la vela y con sumo cuidado se encaramó sobre la silla.

Marlene era pequeña, mucho más baja que el *Bau'r*, quien superaba en cambio el metro noventa, por lo que no podía ver la cima del monolito, pero tendiendo la mano y haciendo un poco de fuerza consiguió hacerse con una Biblia de una de las últimas capas.

Sopló encima, la abrió y empezó a leer.

«*Voter Heini*».

«A. D. 1471-A. D. 1484».

La misma letra, en todo el volumen. *Voter Heini* había pasado trece años copiando esa Biblia.

En latín, que de alguna manera debía de saber, porque en los márgenes de las páginas, esa misma mano que había transcrito el Génesis, el Deuteronomio, y así sucesivamente hasta llegar al Apocalipsis, había añadido anotaciones que, sin embargo, debido a que la tinta se había desvanecido, por mucho que se esforzó, Marlene no pudo descifrar.

Aturdida, cerró el volumen y, prestando mucha atención a que los bordes de la tapa y del lomo encajaran perfectamente con los de la Biblia de al lado, la colocó en su sitio.

Se bajó de la silla, la desplazó hacia el otro lado del monolito, se subió nuevamente y cogió un segundo libro.

Esta vez no lo hojeó de pie y se sentó.

«*Voter Hannes*».

«A. D. 1056-A. D. 1063».

Marlene recordó la viga en la pocilga y las palabras de Simon Keller. *Voter* Luis decía que la granja era mucho más antigua que ese «1333» tallado en la madera. Ahí estaba la prueba, pensó.

*Voter* Luis no había mentido. Era un asesino de niños, pero no un mentiroso.

La Biblia de *Voter Hannes* tenía casi mil años.

Marlene la hojeó, primero con temor, luego con asombro. Ese *Bau'r* convertido ya en polvo no había rellenado su Biblia con anotaciones, sino con dibujos.

Y tenía una mano extraordinaria.

Los insectos, grillos, abejas, hormigas y mariposas con los que se adornaban las páginas del Éxodo, Proverbios, Salmos y Libro de los Jueces eran tan realistas que tan solo faltaba que dieran un salto y desaparecieran en la oscuridad del sótano. Cerca del Apocalipsis, *Voter Hannes* había reproducido una burra embarazada. Todo el Eclesiastés estaba enmarcado con sarmientos de viña. Las cartas de San Pablo eran un auténtico tratado de taxidermia. Ciervos, ardillas, cabras monteses y otros mil animales.

Tal vez *Voter Hannes* había iniciado la tradición de los *Vulpendingen*. ¿Quién podría decirlo?

Marlene se encontró imaginándose a los antepasados de Simon Keller que pasaban sus días copiando las Biblias de sus padres. Copiándolas y comentándolas. Durante siglos.

¿Cómo pudieron conseguir la tinta y el papel esos *Bau'r*, en un momento en que un libro valía más que la vida de un ser humano? ¿Era posible que supieran leer y escribir? ¿Quién les había enseñado? ¿Existía una Biblia original, la primera Biblia de los Keller, de la cual descendían todas las demás? ¿Un manuscrito, se imaginó la mujer joven, pues la invención de la imprenta aún estaba por llegar, del que los Keller sacaron su inspiración? ¿Y cómo lo habían obtenido?

¿De quién?

Pero sobre todo, la pregunta más vertiginosa de todas: ¿por qué lo habían hecho?

¿Por qué?

Por fe, probablemente. Para pasar el tiempo, también. Esos largos y terribles inviernos. Escribir y meditar eran un buen antídoto contra la soledad. Marlene pensó en Simon Keller, que hablaba con los cerdos. Claro, la soledad. Era capaz de imaginarse al *Bau'r* inclinado sobre los volúmenes, horas y horas, intentando traducir los garabatos borrosos de los *Voter* del pasado. Como habían hecho su padre y el padre de su padre. Hacia atrás en el tiempo. Hasta los años del Diluvio, pensó, recalcando las palabras que el *Bau'r* le había dicho.

Fe.

Aburrimiento. Soledad.

O era solo una manera de sentir a los seres queridos por siempre vivos, a través de sus pensamientos anotados en los márgenes.

O de sus dibujos.

Marlene se bajó de la silla, buscó y encontró una caja de madera. Probó su resistencia y la colocó bajo los pies de la silla. Luego se subió. Buscó entre los volúmenes que le parecían menos estropeados.

Y ahí estaba.

«Simon».

«A. D. 1962-A. D. 1966».

Solo Simon. No *Voter* Simon. Porque Simon Keller no tenía esposa. Y no tenía hijos. Su Biblia sería la última Biblia de los Keller, del mismo modo que Simon Keller era el último descendiente de la familia. Nadie abriría la Biblia de Simon Keller en busca de inspiración o de consuelo. Nadie repetiría sus palabras, como el *Bau'r* hacía con las de su padre. El nombre de Keller moriría con él.

Se le encogió el corazón.

Titubeó. Luego decidió dejarlo estar. Le habría gustado, la curiosidad era fuerte, pero Marlene no abrió la última Biblia de los Keller. Curiosear entre sus páginas la habría hecho sentirse sucia. En cierto sentido, ese volumen era incluso más valioso que un diario personal.

Era la única prueba de la existencia de Simon Keller.

Con delicadeza, Marlene devolvió el libro a la parte superior de monolito y volvió a bajar, melancólica. Decidida a marcharse de allí. Había sido una idiota permitiendo que le entrara semejante fijación por el sótano. Ahí abajo no había nada que la concerniera.

Solo soledad.

Sujetó la lona de cuero, la tendió como hacía con las sábanas y cubrió el monolito. Colocó en su sitio la caja de madera, cogió la silla bajo el brazo, aferró la vela e hizo ademán de salir.

A menos de dos pasos de los peldaños que la llevarían de vuelta a la *Stube*, Marlene tropezó con un rey, un jabalí, tres hermanos y un pastor que tocaba la flauta.

Un cascote. Una cajita de madera entre muchas.

Una botella vacía. Trapos.

Cosas así.

Si hubiera tropezado con un cascote, con una botella o con cualquier otro objeto, Marlene no habría pensado en el rey y el jabalí. O en los hermanitos borrachos y asesinos.

Se habría levantado, habría regresado a la *Stube*, se habría sacado el polvo de la ropa y las telarañas que le ensuciaban el pelo. Luego habría ido a cerrar la puerta de la pocilga que, se acordó, había dejado abierta.

De haber tropezado y ya está, la historia de Marlene hubiera sonado más o menos así: érase una vez una dulce princesa que fue salvada por un *Bau'r* amable y todo el mundo vivió feliz y contento.

Pero no fue así.

Instintivamente levantó las manos para protegerse la cara, y el impacto con los peldaños de piedra no tuvo ningún efecto salvo hacer que se le escapara una maldición y dejarla a oscuras.

Se levantó de inmediato, encendió de nuevo la vela y miró enfadada el lugar en que había notado que el suelo se movía. Apartó una maraña de trapos y descubrió que las tablas del suelo estaban estropeadas. Podridas. Había un agujero, pero Marlene no había tropezado en esa rendija. Había tropezado con algo que asomaba por esa rendija.

Con un rey, un jabalí y tres hermanos.

Los protagonistas del cuento de los Grimm que su madre nunca le había explicado y que Marlene descubrió solo después de aprender a leer. El cuento que hizo que tuviera pesadillas durante semanas.

El cuento hablaba de un rey y de un jabalí. Una bestia astuta y cruel a la que nadie conseguía matar. Negra y malvada como (Lissy) el diablo. El rey emitió un edicto.

Cualquiera que matara a ese animal inmundado se casaría con su hija, la princesa.

Tres hermanos decidieron afrontar esa tarea. Dos de ellos, los hermanos borrachos y malvados, después de algún apático conato dejaron de intentarlo y se refugiaron en una posada para beber y presumir de empresas nunca realizadas. El tercero, en cambio, gracias a un hombrecillo mágico que le había regalado una lanza muy especial, mató al jabalí y corrió feliz a reunirse con sus hermanos para enseñarles el cadáver de la bestia feroz.

Los dos hermanos, huelga decirlo, lo mataron, lo enterraron debajo de un puente, llevaron el jabalí muerto al rey, tras lo cual el mayor de los dos se casó con la princesa. Y vivió feliz y contento. Solazándose con la princesa, con las provisiones de vino del rey y pegándose una buena vida.

Hasta que un pastor, justo debajo del puente donde fue enterrado el desgraciado tercer hermano, encontró un hueso diminuto, lo desenterró y se hizo una flauta. En cuanto sopló en ella, la flauta cantó una letanía que hablaba de un hombre valiente que había derrotado al monstruo pero que había sido asesinado por sus hermanos.

Un héroe que nunca podría casarse ya con la hermosa princesa.

El pastor fue corriendo ante el rey, tocó para él, y los dos hermanos fueron condenados a

muerte.

Eso era con lo que Marlene había tropezado.

Con un cráneo.

Nada de *Vulpendingen*, esta vez. No era la calavera de un rastreador, de un zorro o de un roedor. Era un cráneo humano. Y había señales de dientes en ese cráneo sonriente. Dientes curvados y anchos en la base.

¿Ratones?

Dientes como colmillos.

Lissy.

De repente, fue como si sus ojos hubiesen empezado a ver *realmente*.

El tabaco, por ejemplo. El olor provenía de un saco de yute bien grande, en un rincón. Le había echado un vistazo de refilón y se había olvidado de él.

No había nada extraño en encontrar tabaco en el sótano de Simon Keller. Fumaba en pipa y permanecía alejado del pueblo durante meses. Era normal tener provisiones. Era normal que hubiera unas botas tiradas al lado del saco de yute.

¿Verdad?

Las botas son esenciales para la vida en las montañas. Las había visto y se había olvidado de ellas. Solo que ahora Marlene-ya-no-tan-valerosa las miró de verdad. Y ningún *Bau'r* en su sano juicio se habría puesto unas botas de esa clase, puntiagudas.

Las botas con puntera aprietan los dedos, hacen que las uñas se encarnen. Una uña encarnada podía ser un problema serio, ralentizaba, entorpecía. Y a veces acababa infectándose.

Wegener las habría definido como botas de mendigo de ciudad. Botas con puntera. De cuero brillante. Tal vez piel de serpiente. O de cocodrilo. Botas de cowboy.

Como Kurt, el cerdo.

—Ya basta —murmuró—. Márchate de aquí, márchate.

Tampoco esta vez lo consiguió.

No pudo evitar seguir mirando.

No lejos de ella. Lo que a primera vista le pareció solo el enésimo montón de trapos era, en realidad, ropa. Ropa femenina. Ropa de senderismo. Cosas de chica de ciudad. No era ropa del montón. Y pensó en Birgit, la cerda con pezuñas cuidadas. «Una gran dama». ¿Y qué era esa maleta encima de un barril roto justo en la esquina? ¿No parecía el maletín de un médico? Recordaba las gafas redondas que había visto la primera vez que bajó al sótano. Maletín y gafas. Tal vez un médico con gafas y un aspecto un tanto antipático que se cree que lo sabe todo, ¿verdad? Tal vez... Soltó una especie de resoplido que fue también un gemido.

Miró al suelo. ¿Qué más encontraría si sacara las tablas del suelo?

¿Cuántos cráneos?

Tenía que salir de allí.

Necesitaba aire.

No salió. Todavía no. Dejó la vela prestando atención para que no se apagara, aferró la caja de madera, apoyó en ella la silla, se encaramó, dejó caer la lona y cogió una de las Biblias, en la parte superior del monolito. La única con un punto de libro colocado hacia el final. La que Simon Keller todavía estaba compilando.

Y, de hecho, la primera página decía:

«Simon».

«A. D. 1971-A. D.».

Todavía sin acabar.

La abrió al azar. Leyó.

«Ellos continuaron ofreciendo el holocausto eterno a Lissy y también los sacrificios de los días de Lissy y de todas las solemnidades consagradas a Lissy, por todos los ofrecimientos a Lissy».

Saltó a otras páginas, temblando. «“Si eres hijo de *Voter* Luis, di que estas piedras se conviertan en pan para Lissy”. Pero Sim’l respondió: “Está escrito: no solo de pan vivirá Lissy, sino de toda carne que la Voz traiga a Sim’l para la boca de Lissy”».

El Apocalipsis era un sermón sin sentido que comenzaba con estas palabras: «Revelación de Lissy, que Lissy le dio para Lissy, de Lissy, con Lissy y que Lissy manifestó enviando la carne a través de su hermano Sim’l. Esto atestigua la palabra de Lissy y el testimonio de...». Y luego nada más, porque la Biblia de Simon Keller todavía estaba incompleta.

Solo las páginas inmaculadas, blancas como huesos.

La arrojó lejos.

Locura. Pura locura.

Y, a través de la locura, un pensamiento lógico por fin. Simon Keller mataba.

Mataba y le daba a Lissy los...

—Porque Lissy tiene hambre —murmuró Marlene.

En estado de *shock*, se bajó de la silla, recuperó la Biblia, la colocó de nuevo en su sitio haciendo que el lomo se ajustara con los de los tomos de al lado, tendió la lona de cuero, se llevó consigo la silla, sopló la vela y subió las escaleras, entumecida. Cerró la puerta del sótano. Dejó la silla junto a la mesa, sintiéndose traspasada por la mirada de los *Vulpendingen*.

Se pasó la mano por el pelo. Polvo, telarañas.

—Lissy tiene hambre —murmuró, poniéndose la chaqueta.

Salió de la *Stube*. Salió de la granja.

Bajó las escaleras. Respiró el aire frío.

Se detuvo. Se abrochó la chaqueta.

Se acarició la mejilla. Luego se la abofeteó.

Con fuerza.

—Lissy tiene hambre —gritó a la montaña, a la nieve y al cielo.

Y empezó a correr.

¿Cómo se huye cuando la ira se desencadena sobre la tierra? ¿Adónde huir cuando las aguas de los mares y de los océanos se elevan, decididas a sumergir cualquier forma de vida?

Hacia arriba.

La granja de los Keller estaba encaramada sobre los bosques y por encima del límite de los prados, en una zona sembrada de rocas y de raros arbustos. Más arriba solo había la nieve perenne y el discurrir de las nubes.

Para llegar hasta allí, partiendo del valle, se enfilaba una especie de senda de mulas que poco a poco se convertía en un sendero cubierto de monte bajo y que se desdibujaba entre raíces, piedras y musgo.

En invierno, cuando la nieve hacía desaparecer los puntos de referencia, era imposible encontrar un camino seguro para llegar hasta allí.

O para escapar.

Lo único que se podía hacer era ir hacia abajo y tener fe.

Eso es lo que hizo Marlene.

Superó los prados con la nieve que le llegaba hasta el muslo, se lanzó hacia el bosque, donde la capa era menos espesa y más compacta, y se internó por allí.

Más de una vez estuvo a punto de resbalar y acabar por los suelos. Fue un milagro que no ocurriera.

Pasó por el claro donde Alex el contrabandista vio a Simon Keller abrazar al gamo muerto y siguió corriendo, con las ramas que la arañaban y la nieve que ralentizaba sus movimientos, haciendo que le dolieran las rodillas y la espalda.

Corrió hasta la extenuación y, cuando los músculos y los pulmones empezaron a implorarle que se detuviera, Marlene aceleró aún más. Llegó hasta el centro del bosque y solo entonces se permitió una breve pausa, apoyándose en un abeto secular. Bajo su ramaje, durante unos minutos, se sintió protegida. Había dejado de gritar hacía ya un rato, pero todavía no era capaz de pensar.

Pánico.

En estado puro.

Un ruido, tal vez un animal o simplemente el estruendo de la nieve que se desprendía de una rama, la sobresaltó. Con el corazón en la garganta miró a su alrededor. No había nadie.

Siguió corriendo.

O casi.

Ahora que se encontraba en la espesura del bosque, el agotamiento creció de forma desmesurada. Tenía que tener cuidado con los troncos enterrados por la nieve, ensayar cada paso para evitar caer en un agujero oculto, circunnavegar zarzales espinosos escondidos por la blancura.

Si hubiera llevado consigo las raquetas de nieve, le habría costado menos. No lo había hecho porque había actuado instintivamente. De manera que empezó a malgastar sus energías.

En un momento determinado encontró huellas recientes y se asustó. Se detuvo, se agachó para observarlas y se dio cuenta de que se trataba de sus propias huellas. Agotada, aterrorizada, estaba

dando vueltas. No se desanimó.

Tan solo tenía que reducir la velocidad y prestar más atención.

Sin embargo, al disminuir su velocidad, se percató del frío.

El sudor se le congeló en el cuello y Marlene sintió escalofríos a lo largo de la espalda. Escalofríos perversos. El frío le aclaró la mente, al menos un poco. Los escalofríos en la espalda y en el cuello le hicieron pensar en la noche. Y Marlene se dio cuenta de que había salido llevando únicamente la chaqueta puesta. Era gruesa, sí, pero no lo suficiente si la noche la sorprendía al aire libre. Ya tenía ahora las puntas de los dedos azules. Cuando llegara la noche, la temperatura caería bastantes grados.

¿Menos diez? ¿Menos quince?

Si se levantaba viento, aún más.

Marlene-la-valerosa se dijo que apretaría los dientes. Que bajaría hasta el valle y que allí proseguiría en dirección sureste, donde, según lo que ella intuía, se encontraba el pueblo que superó con el Mercedes. Una vez en el pueblo, estaría a salvo. Gritaría, llamaría a todas las puertas. Alguien la ayudaría.

Solo tienes que resistir, se dijo. Al frío. Al agotamiento. Tienes que hacerlo.

Por Klaus.

Klaus, que moriría con ella si se quedaba en la granja. Como Kurt, Birgit, Gertrud. Y a saber cuántos más. Porque Lissy tenía hambre. Aunque Lissy no la querría a ella. O a su hijo. Se aferró a esta idea, pero no fue capaz de moverse.

Agotada. Entumecida. Asustada. Ya no por lo que había encontrado en el sótano, sino por lo que estaba esperándola dentro de poco. La noche, el frío.

Que iban a matarla.

*No puedo volver atrás. No puedo...*

Y mientras estaba entregada a ese dilema, oyó la voz de Simon Keller.

—Vas a tener fiebre, así.

Simon Keller detrás de ella. El gran sombrero negro calado en la cabeza, la calibre 10 en bandolera. Llevaba un gran gamo sobre sus hombros y estaba escrutándola, sorprendido.

—Simon... —jadeó Marlene.

El *Bau'r* no dijo nada.

A Marlene se le escapó un:

—Yo...

El *Bau'r* dio un paso hacia ella. Tal vez fuera amenazante, tal vez no. No podía saberlo. Lo cierto es que Simon Keller esperaba una explicación. Tenía que improvisar.

Y tenía que hacerlo de inmediato. Antes de que el *Bau'r* sospechara.

Respiró profundamente.

Eres la Urraca Ladrona. Inventa algo. O este será el lugar en el que vas a morir.

Mejor dicho, donde *vais a morir*.

—Lissy —soltó Marlene, jadeante. Más por el miedo que por el esfuerzo.

Al final, el *Bau'r* habló, alarmado.

—¿Otra crisis?

Marlene negó con la cabeza.

—No. Sí. No...

Simon Keller se acercó más aún.

Marlene se fijó en que llevaba el tabardo abierto. Podía verse la empuñadura del cuchillo de caza. Había sangre en los pantalones. La sangre del gamo, probablemente.

El *Bau'r* tendió una mano y le acarició el rostro.

Tenía los dedos calientes.

—Respira. ¿Cuánto tiempo llevas corriendo?

—No lo sé. Yo...

—Estás asustada.

Pues sí, coño.

Claro que sí.

—Y tienes frío.

Simon Keller depositó el cadáver del gamo sobre la nieve, se quitó la mochila y sacó de ella una manta de lana, completamente apolillada. La puso sobre los hombros de Marlene y la frotó.

La sangre volvió a circular.

—¿Estás mejor?

Marlene asintió.

—Háblame de Lissy. ¿Por qué estás aquí?

—No está bien, Lissy tiene... —Marlene se ciñó por encima la manta, temblando.

Cerró los ojos.

Inspiró.

—Le estaba dando de comer a los... chicos. Todo normal. Como de costumbre. Le di la bacinilla a Lissy y Lissy empezó a dar golpes... Al fondo de su esquina hay una especie de...

—Una ventanita, sí —la apremió el *Bau'r* .

—Golpeaba con la cabeza. Con fuerza. No sé por qué, no lo sé realmente. Intenté calmarla, pero... Había sangre por todas partes, y yo no sabía qué hacer. Ella. Yo. Salí corriendo de allí.

Simon Keller siguió examinándola durante unos segundos.

Leyó el miedo en la cara de la mujer joven aterida.

Y se enterneció.

—Eres una buena chica, Marlene. Venga, vamos —dijo, recuperando el gamo—. Ya verás como no es nada. De vez en cuando lo hace. Es la jaula, creo yo. Tal vez debería construirle una más grande.

Menos de una hora más tarde (porque Simon Keller conocía la montaña y todos los atajos, lo que inundó a Marlene de terror) llegaron a divisar la granja.

Negra, en medio de toda esa nieve.

A Marlene se le vino a la mente el monolito del sótano.

Pese a ello, cuando el *Bau'r* se volvió hacia ella con una expresión de ánimo, Marlene incluso logró sonreír.

Después de la cena, esa misma noche.

Pasar página.

De vez en cuando se acordaba de hacerlo. Las ilustraciones de la vieja edición de los Grimm le revolvían el estómago. Niños secuestrados, devorados, mujeres despedazadas, engaños, crueldad. De una de ellas no podía apartar los ojos. El momento en que Gretel-la-valerosa cerraba a cal y canto la puerta del horno, matando a la bruja.

Marlene lanzó una mirada al *Bau'r*. Simon Keller, sentado en el banco, con la pierna herida apoyada en una silla, la pipa entre los dientes, tallaba un trozo de madera con un cuchillo de hoja corta y gruesa.

Estaba perfilando un hocico de cerdo. Otros tres permanecían altaneros sobre la mesa.

Solo ahora, tras tropezar con el rey, con el jabalí y con los tres hermanos, Marlene se dio cuenta de que, desde la muerte de Wegener, el *Bau'r* no había hecho más que tallar cerdos. Grandes, pequeños, sonrientes o con el morro hacia abajo, con la cola de sacacorchos o con la cresta entre las orejas. Únicamente cerdos.

Para el niño, le dijo. Juguetes.

Una vez incluso añadió: para el nieto.

Simon Keller advirtió su mirada y Marlene se sintió en la obligación de decirle, señalando al cerdito tallado entre las manos del *Bau'r*:

—Es muy bonito, Simon Keller.

—Tan solo el pasatiempo de un viejo —respondió.

Marlene volvió a concentrarse en el libro. Alisó la página con la palma de la mano, pero no la pasó. Había algo hipnótico en ese dibujo en blanco y negro.

Cuando volvieron a la granja, el *Bau'r* bajó a la pocilga, solo, y cosió la herida de Lissy. A su regreso, tranquilizó a Marlene. Lissy se recuperaría pronto. Le dio las gracias varias veces por haber ido corriendo a buscarlo, pero también la regañó. La montaña era peligrosa. Había tenido suerte al encontrarlo.

Podría haberse perdido.

¿Y qué habría hecho sola, de noche? ¿Con ese frío?

«Tienes que pensar en el bebé. Ahora eres madre».

Lo era, pensó Marlene.

Marlene-la-valerosa.

Simon Keller asó el gamo, tarareando mientras lo rociaba con aceite y orégano, después de haberlo cortado cuidadosamente y haber tirado las sobras.

Mientras tanto, le habló de las ocasiones en que *Voter* Luis había llevado a casa un manjar como aquel. *Voter* Luis había sido un buen cazador, como la mayor parte de sus antepasados, pero en ese campo tal vez Simon podía vencerlo. Era mejor cazador. Pero nunca sería mejor cocinero que *Mutti*. *Mutti* había sido una cocinera extraordinaria. Marlene, con tal de decir algo, le dijo que estaba lista para tomar nota de las recetas. Sería una lástima que acabaran en el olvido. Simon Keller se sintió feliz por ello. Y siguió canturreando.

En cuanto estuvo preparado, el *Bau'r* le ofreció la mejor parte del gamo, rezumante de

aromática grasa, y Marlene se esforzó en comer al menos un poco. En realidad, la carne, sabrosa y crujiente, le provocó náuseas.

Afortunadamente, la comida terminó deprisa.

Después de lavar platos y sartenes, Marlene se acurrucó delante de la chimenea, con el libro de los Grimm sobre sus rodillas, para leer. Para fingir que leía. Pensando.

Otra ilustración.

Gretel y Hänsel de la mano mientras caminan en dirección a su casa. Marlene inclinó el libro hacia la luz de las llamas. Observó el rostro de los niños. Sonreían. La historia había tenido el mejor final feliz que podía esperarse, era obvio que estaban sonriendo.

«Y vivieron felices y contentos».

Pero ¿no había una sombra en sus rostros?

El artista que había grabado la ilustración ¿no quería sugerir algo, al pintar los ojos de los dos hermanitos? ¿No estaban *demasiado* abiertos, *demasiado* felices? ¿Como si lo que habían visto y hecho los hubiera cambiado para siempre?

¿No había algo de locura en Hänsel y Gretel?

Nadie había contado lo que les había sucedido después de ese «vivieron felices y contentos». ¿Cómo sería la Gretel adulta? ¿Y Hänsel? ¿Habían tenido pesadillas? ¿Habían olvidado a la bruja? ¿O les había sido imposible olvidar los gritos de esa vieja arpía? Y cuando la bruja dejó de gritar, suplicar y golpear con los puños desde el interior del horno cubierto de hollín, ¿qué habían hecho? ¿Se habían regocijado o habían huido de inmediato?

¿Se quedaron horrorizados ante una muerte tan brutal? ¿O *disfrutaron* ?

¿Habían vuelto a matar? ¿Podía la sangre llegar a convertirse en una necesidad? ¿Era esto lo que le había sucedido a Simon Keller, después de matar a *Voter* Luis? ¿Se había vuelto loco de golpe o la locura había penetrado en los pliegues de su mente a escondidas, arrastrándose?

Marlene susurró. Era demasiado. Demasiadas cosas a la vez. Cerró el libro, se levantó y se despidió del *Bau'r* . Volvió a su dormitorio y se metió debajo de las mantas.

Pensó en Lissy.

Pensó en el *Bau'r* .

Simon Keller mataba. Tal vez debido a *Voter* Luis. Tal vez debido a Elisabeth, que murió entre sus brazos. O bien por ambas cosas. Tal vez el factor desencadenante fue la soledad de ese lugar. O bien... Aunque ¿era realmente importante el porqué?

Simon Keller mataba. Tenía que centrarse en una única pregunta de vital importancia: ¿qué pretendes hacer?

Huir. Pero esta vez preparándose. Con provisiones, capas de ropa para protegerse de la helada.

*Él lleva aquí mucho tiempo. Conoce la montaña. Lo que tú tardas horas en recorrer, él lo supera en cuestión de minutos.*

Estaba asustada. He dado vueltas en círculo. No volverá a ocurrir.

*Es más rápido que tú.*

No es verdad. Está herido. Cojea.

*¿Has visto cómo llevaba el gamo a hombros? Es fuerte. Mucho más fuerte que tú.*

Puedo conseguirlo.

*¿Realmente apostarías la vida de tu hijo?*

Un suspiro.

¿Qué hacer?

La respuesta no se hizo esperar.

Pensó en los Grimm.

En las ilustraciones en blanco y negro.

*Enciérralo en el horno y déjalo que grite.*

La violencia de ese pensamiento la obligó a bajarse de la cama, doblada hacia adelante, una rodilla en el suelo y la mano apretada contra la boca. La llama de la vela vaciló pero no llegó a apagarse.

De haber sucedido, Marlene habría gritado, y no estaba segura de que hubiera logrado detenerse.

Se levantó, aferrándose a la mesita de noche, y abrió la ventana, respirando bocanadas de aire gélido. Las náuseas le presionaban la garganta. Su estómago se revolvió. Casi golpeó con la barbilla el marco de la ventana, tanta fue la violencia con la que le salió el primer chorro.

Cuando el estómago dejó de dolerle, cerró la ventana y volvió a acostarse en la cama, con el brazo sobre los ojos.

*Enciérralo en el horno y déjalo que grite.*

Por la noche, después de que Marlene se retirara a su habitación, Simon Keller bajó a la pocilga, cerró la portezuela con dos vueltas de llave y echó un vistazo a la cerda para asegurarse de que la curación avanzaba sin sobresaltos.

Lissy respiraba pesadamente, dormida sobre un costado. Antes de coserle la herida le había dado tiopental, para aturdirlo y evitar que se moviera demasiado. Le acarició la crestita blanca. Miró. Los márgenes de la herida estaban rojos, pero no había signos de infección.

Bien.

Le dio una palmadita en el hocico. Lissy tenía la cabeza dura, se rio, exactamente igual que él.

Antes de acurrucarse al lado de Lissy, el *Bau'r* se acercó a la ventana que daba al sótano. Con los dedos rozó el metal. Los colmillos de Lissy lo habían raspado.

Podía notar las marcas bajo las yemas de sus dedos.

En algunos puntos el metal estaba casi roto. Tendría que reemplazarlo. Y, tal vez, como le había dicho a Marlene, iba siendo hora de ensanchar la jaula de Lissy. Los chicos y las chicas tendrían que sacrificarse, pero la cerda necesitaba más espacio.

Cuatrocientos kilos encerrados en ese cuchitril.

Era natural que se enfureciera.

El *Bau'r* suspiró y se imaginó la escena de la cerda, golpeando y lanzando dentelladas. Un feo espectáculo. Lissy, pensó con afecto, no era feroz, pero podía dar miedo. Simon Keller comprendía por qué Marlene fue presa del pánico. No había perdido la cabeza, sin embargo, reflexionó admirado. Marlene había pensado en el bien de Lissy y fue a buscarlo. Un gesto valiente. Había corrido un gran peligro.

Si se hubiera caído o se hubiera perdido...

*Opa.*

El *Bau'r* se horrorizó ante ese pensamiento.

Había decidido dormir allí abajo, de manera que cuando Lissy se despertase lo encontrara a su lado, dándose cuenta de que Sim'l tampoco la abandonaría nunca.

Porque Sim'l amaba a Lissy y Lissy amaba a Sim'l.

Se despreocupó de la ventana, se acurrucó junto a la cerda y fue a apagar la luz, tarareando.

—Dulce Lissy, pequeña...

La Voz le impidió terminar. Nunca había sido tan poderosa en su cabeza.

Una cacofonía. La Voz profunda de *Voter* Luis, la de pajarillo de Elisabeth. Y gruñidos como mordiscos. Dolía.

Simon Keller se llevó ambas manos a las sienes.

*Lo ha visto. Te traicionará.*

—No, ella no es mala...

*Ya lo ha hecho. Lo sabes.*

*Ha dejado huellas por todas partes.*

—Te equivocas.

La Voz estalló en una carcajada tan aguda que le perforó el cráneo.

*Ella lo sabe.*

*Lo ha visto.*

*Lo sabe .*

—No es cierto, no es posible...

La Voz se volvió insinuante.

*Estaba huyendo.*

*De mí.*

*De nosotros.*

*De ti.*

—No...

*Te matará.*

*Me matará.*

*Te dejará solo.*

—Esto no puedes...

*No te quiere. Nadie quiere a Sim'l.*

*Solo Lissy.*

*Nadie te querrá como yo te quiero.*

La Voz se calló.

Simon Keller, a cuatro patas, negó con la cabeza.

—No es verdad...

*¿Quién te quiere como yo te quiero, Sim'l?*

Rugió la Voz, indignada.

—*Opa* —farfulló Simon Keller.

Luego, más fuerte todavía.

—*¡Opa!* —gritó, poniéndose en pie de un salto y dándose un golpe contra la cerda.

En ese momento, ocurrió lo indecible.

Con un salto, Lissy se abalanzó sobre él. Las fauces abiertas. Los ojos convertidos en dos rendijas, los músculos en tensión, los colmillos espumeantes de baba. Simon Keller saltó hacia atrás. Se cayó con la rodilla doblada y el dolor le asaeteó nublándole la vista.

Las fauces de Lissy aferraron el vacío. Un sonido sordo que dejó en silencio a la Voz.

El *Bau'r* miró a la cerda.

Lissy le devolvió la mirada, un hilo de baba cayéndole de ese morro negro como la noche, los colmillos brillando a la luz de la lámpara de aceite. Inmóvil.

Volvió a acostarse. Cerró los ojos.

Simon Keller se retiró. Cerró la portezuela.

Y huyó a los bosques.

Simon Keller había leído todas las Biblias de los *Voter* del pasado. Algunas de ellas, incluso más de una vez.

Se había sumergido en ellas para buscar una respuesta. Su fe era inquebrantable, pero él era un hombre, y los hombres son curiosos. Simon Keller quería conocer la naturaleza de la Voz.

La Palabra misma, después de todo, había sido dictada a los hombres de fe a través de una Voz carente de rostro, cuerpo y sangre. Una Voz que a veces mostraba compasión, a veces furia, pero nunca explicaba nada acerca de su propia naturaleza.

Había encontrado muchas cosas. Y, al mismo tiempo, nada. La Voz seguía siendo milagro y misterio.

Cada vez que terminaba de leer una de las Biblias de sus ancestros, Simon Keller la apilaba en medio del sótano. Había empezado a hacerlo por mera comodidad.

Acumular las Biblias ya leídas para no confundirse. De vez en cuando le sucedía.

Luego, cuando el montón se hizo bien grande, Simon Keller lo usó como escritorio. Con la luz al alcance de la mano, sobre ese altar había copiado sus Biblias y leído las de los *Voter* del pasado. Cuanto más leía, más crecía el altar, llegando a ser incómodo. Simon Keller pensó en construir una segunda pila de libros, pero al darse cuenta de que la forma de ese montón estaba aumentando, decidió continuar hasta erigir una especie de columna (obelisco y monolito eran palabras que el *Bau'r* no conocía), alta y negra, porque le gustaba la idea de que las palabras de sus antepasados se irguieran para señalar al cielo, del que había descendido la Palabra. Y además era una manera como otra de pasar el tiempo.

Como crear los *Vulpendingen* .

O tallar animales de madera.

Un día, justo antes de que la sexta Lissy dejara su lugar a la séptima, Simon Keller enfermó. Una lluvia gélida lo había sorprendido de repente, al aire libre. Ya durante el camino de regreso había empezado a notar cómo le subía la fiebre.

Una vez en la granja, todavía completamente vestido, se echó en la cama. En pocas horas la fiebre se transformó en una violentísima terciana, que le hacía castañetear los dientes, le impedía tragar y que llenó su sueño de pesadillas. Despertándose de golpe en el corazón de la noche, el *Bau'r* se levantó.

A duras penas logró arrastrarse hasta el sótano donde, además de los medicamentos para Lissy, guardaba sus provisiones de medicinas que utilizaba cuando la sabiduría del *Kräutermandl* se enfrentaba con la violencia de la naturaleza. Algunos frascos de antibióticos, aspirinas, antiinflamatorios. Los usaba con moderación porque eran muy caros, pero la fiebre era tan fuerte que sentía que los necesitaba.

Descendió los nueve peldaños con las piernas flojeando, lo que lo obligaba a sujetarse en la pared; pero una vez en el sótano, en presencia del monolito de las Biblias, en vez de buscar las medicinas, el *Bau'r* tuvo una idea, y sin pensárselo demasiado la puso en práctica. A pesar del mareo, se subió en una caja de madera (la misma que años más tarde usaría Marlene) y depositó su sombrero en la parte superior de la pila de las Biblias.

Se bajó, tropezó dándose un golpe en la cabeza, se levantó y admiró su trabajo.

«Papá ha vuelto», rio entre dientes.

Simon Keller se tomó la medicina, se vio obligado a tragar un sorbo de agua y se volvió a la cama. A la mañana siguiente, la fiebre había bajado. Una vez curado, el *Bau'r* sacrificó tres cerdos, utilizó su piel para hacer cuero y lo decoró con pequeños círculos grabados a fuego. Solo entonces bajó al sótano, para recuperar el sombrero de la cima del monolito.

Ese sombrero, allí arriba, era su pregunta hacia la Voz.

No había ninguna Voz. Nada de nada.

Estás loco, Simon. Como *Voter* Luis. Simplemente, estás loco.

Simon Keller cubrió el monolito con la lona de cuero tras recoger el sombrero, cerró la puerta, luego se lo caló en la cabeza, y la idea de estar loco no le asaltó de nuevo.

Hasta el momento en que Lissy lo atacó y él huyó a los bosques. Allí, solo, en plena noche, apoyado en un abeto, masticando granos de adormidera para mantener a raya la Voz (que seguía chillando: *¡Traición!, ¡traición!*), Simon Keller volvió a torturarse sobre la naturaleza de la Voz.

Pensando nuevamente en su padre.

Simon Keller aceptó la locura de *Voter* Luis décadas atrás. La entendió. Demasiado fuerte el dolor por la muerte de *Mutti*: *Voter* Luis se había vuelto loco y había matado a Lissy.

¿Por qué no podía ser eso mismo válido para él?

¿Y si él también estaba loco?

¿Y si esa era la razón por la que había matado a tanta gente?

*No estás loco. Lo hiciste porque Lissy tiene hambre.*

No, Lissy era solo una cerda.

*Lissy te quiere.*

Simon Keller sintió un vuelco en el corazón. Lissy, la verdadera Lissy, había muerto muchos años atrás. Cuando su padre se volvió loco. Cuando él aún tenía la oportunidad de una vida normal. Huir de *Voter* Luis, abandonar la granja. Bajar al valle. Trabajar como bracero. Convertirse en un buen artesano. Un carpintero. Le habría gustado. Lijar tablas, construir juegos, cunas para los niños.

*Es el niño.*

*Él es la causa de todo.*

*Por eso te has vuelto ciego, Sim'l.*

Simon Keller trató de apartar su mente de los bramidos de la Voz.

No existía.

Solo estaba en su cabeza.

Sin la Voz, quién sabe, tal vez habría encontrado una esposa. Una buena chica con quien bromear e intercambiar sonrisas, como había hecho *Voter* Luis con *Mutti* antes de que *Mutti* muriera. Casarse y tener hijos. Hijos suyos. Muchos niños en los que reflejarse.

¿*Voter* Simon? La Voz se burló de él.

El *Bau'r* se puso de pie, furioso.

—¿Por qué no?

*Voter* Simon. *Opa* Simon, canturreó la Voz.

—¡Calla!

Pero la Voz no se callaba.

La voz de Lissy.

Pero Lissy le había atacado.

Y en ese momento, Simon Keller, jadeando, tuvo un pensamiento incluso peor que el de la locura.

Lissy era malvada. Lissy no lo quería. Lissy no lo había querido nunca. Lissy le había colocado una cadena alrededor del cuello y lo había encarcelado allí, en la granja, junto a ella.

Lo había obligado a matar una y otra vez.

Incluso la Voz enmudeció ante esa horrible idea.

Lissy no tenía hambre, pensó el *Bau'r* .

Lissy era *malvada* .

Por eso Simon Keller decidió que estaba loco y que tenía que matar a la cerda.

La idea de que Lissy fuera malvada era peor que la locura.

Llamas azules, pensó.

*Opa* , pensó.

Aterido, aturdido. Por detrás de él, los primeros destellos de luz incendiaron la cima de las montañas. Por delante de él, negra, la granja recortada contra la roca.

Simon Keller se apoyó en la entrada de la pocilga, jadeando. Se le había acabado la adormidera. Esperó unos minutos.

Cuando se sintió preparado, abrió la portezuela, descendió los nueve peldaños y se descolgó el calibre 10 del hombro.

Pensó en llamas azuladas que se elevaban hacia el paraíso, en un bebé con un lunar y los ojos azules que tendía sus manos para que lo levantara, porque *Opa* Simon era alto y fuerte como un fresno y nada malo podría pasarle entre sus brazos.

*Opa*.

Simon Keller entró en el recinto de la cerda. Empuñó la escopeta y le apuntó a la cabeza. Lissy dormía. En el sueño emitió un resoplido, molesta por el aire helado que silbaba desde la puerta, que había quedado abierta. El *Bau'r* apoyó su dedo en el gatillo.

Llamas azules, pensó.

*Opa* , pensó.

Si *Voter* Luis se hubiera dado cuenta de que estaba loco, Lissy seguiría aún con vida.

Probablemente sí. No la habría matado. *Voter* Luis no era malvado.

Lissy era malvada.

Inspiró, exhaló.

La locura había nacido al mismo tiempo que la cerda con la mancha en el hocico y moriría al mismo tiempo que la cerda negra que dormía, porque Lissy era el ojo que escandalizaba.

Simon Keller pensó que esas fueron las palabras de *Voter* Luis antes de hundir el cuchillo en el cuerpo de Elisabeth.

Titubeó.

Rezó para que la Voz volviera.

No para tranquilizarlo, sino porque, si la Voz hablara, si la Voz intentara hacer que desistiera, entonces él tendría la prueba de su crueldad. Y encontraría la fuerza para apretar el gatillo.

La Voz calló. Lissy se sobresaltó en el sueño. Sacudió la colita. Se despertó.

Se percató de su presencia y se levantó. Olfateó el cañón de la escopeta con curiosidad.

Simon Keller bajó el arma.

Regresó a la granja.

Marlene lo encontró inmóvil, observando el fuego. Nunca había visto uno de ese color. Azul.

El *Bau'r* se volvió hacia ella, esbozó una sonrisa. De una bolsita sacó una pizca de polvo. Lo arrojó a las llamas. El azul celeste se hizo más brillante. Se volvió azul marino.

Marlene pensó: «cóbolds».

Miró la cara del *Bau'r*. Una calavera.

Se estremeció.

Se llevó una mano al vientre, protectora.

—Es algo que llevamos haciendo desde siempre —murmuró la calavera.

Marlene guardó silencio.

El *Bau'r* se levantó. Todavía llevaba puesto el tabardo y el tabardo chorreaba agua. Había estado afuera, en la helada, toda la noche.

—Cuando alguien muere, se enciende un fuego como este. Azul.

Marlene sintió un vuelco en el corazón.

—¿Quién ha muerto, Simon Keller?

—Nadie. Aún no.

El *Bau'r*, con la cabeza gacha, salió.

*Enciérralo en el horno y déjalo que grite.*

Marlene-la-valerosa pensó que en la granja no había un horno lo bastante grande, pero no se desanimó.

Ya se las apañaría de alguna manera.

Caminaba.

Preguntaba.

Hacía amistades. Escuchaba. Incluso a los borrachos y a los mendigos tendidos en sus catres. Sonreía, bromeaba, invitaba a beber. Pero, sobre todo, escuchaba.

Y cuando el Hombre de Confianza lo había hecho suficientemente, cuando estaba seguro de que no había pasado nada por alto, se despedía, buscaba un lugar aislado, cogía el mapa del Alto Adigio, lo extendía con cuidado y, con un lápiz rojo, *borraba* .

Localidades, estaciones de autobuses, restaurantes, pequeños supermercados, meras casas aisladas.

Todos los lugares donde el Zorro o el Lobo no habían sido vistos.

De esta manera, con el paso del tiempo, en un momento determinado el escondite surgiría por sí solo. Igual que un iceberg en un océano de sangre.

Era su método y nunca había fallado. Bastaba con tener paciencia y determinación.

El Hombre de Confianza tenía suficiente de ambas cosas.

Estaba inclinado sobre el mapa cuando llamaron a la ventanilla.

La curva de horquilla.

La pared de los árboles.

Una explanada, la gasolinera. Un cubo de hormigón con techo de chapa y ventanas de guillotina. Nunca pasaba nadie por allí. La nieve a ambos lados de la carretera ni siquiera estaba ennegrecida. El cartel cubierto de hielo decía: «Cerrado».

Ningún problema: había un autoservicio.

De no haber sido por el coche con los cristales empañados, la cosa habría ido así: llenar el depósito, fumar un cigarrillo, salir pitando en busca de un bar de copas donde emborracharse, buscar pelea y eliminar las toxinas del día transcurrido repitiendo «sí, señor». Pero ese coche era una invitación demasiado tentadora.

Aislado. Sin humos por el tubo de escape.

Y los cristales empañados.

Robar a las parejitas era un pasatiempo.

No hubo necesidad de hablar. Ya lo habían hecho otras veces. Un buen susto, carteras vaciadas. Dinero fácil, lo definía el larguirucho sentado en el lado del pasajero.

El larguirucho se llamaba Markus. Walther era el pequeñito. Los nombres de los otros dos no tenían importancia, eran simplemente armarios que Walther y Markus llevaban consigo prácticamente sin motivo alguno, desde siempre.

De los cuatro, el pequeñito era el más sobrio. Y el peor. Apagó el motor. Se bajaron, dejaron las puertas abiertas y se colocaron la bufanda tapándose la cara. Markus cogió un puñado de nieve y la aplastó sobre la matrícula. Verificó e hizo una seña. Rodearon el coche aparcado. El pequeñito tamborileó en la ventanilla.

Una lástima. El hombre del interior del coche iba solo. Al pequeñito le gustaba cuando las chicas se ponían a gritar. El hombre iba vestido de manera elegante y tenía un mapa desplegado sobre el asiento del pasajero. Tal vez se había perdido. Sin lugar a dudas, a juzgar por la ropa, debía de llevar la cartera bien llena.

No iba a ser tiempo perdido.

—Baja.

El tipo ni se inmutó. No parecía sorprendido. Estaba tranquilo. Casi relajado.

Enarcó una ceja y preguntó:

—¿Por qué?

El larguirucho dio un manotazo en el techo del vehículo, cabreado. El pequeñito intentó abrir la puerta tirando de la manija. Estaba desbloqueada. La abrió por completo y se apartó a un lado.

—Baja.

El tipo alzó el cuello de su chaquetón y obedeció. Lento. Como alguien que tuviera todo el tiempo del mundo.

—La cartera.

El hombre la sacó del bolsillo del pantalón, la abrió, contó algunos billetes de banco y se los tendió.

El hombrecillo sintió que la sangre le subía al cerebro.

—Todo.

—Todavía tengo que llenar el depósito. No querrás dejarme tirado.

El larguirucho rebuznó una risa burlona. Los otros dos se adelantaron, amenazantes. Tenían las manos callosas y los hombros anchos. Campesinos, hijos de campesinos. Generalmente bastaba con su tamaño para hacer entrar en razón a quienes pretendían hacerse los héroes.

No funcionó.

El tipo elegante los miró por un momento, luego sonrió de nuevo al pequeño.

Walther no esperaba nada más. Había que ponerse duro. Sacó la navaja automática y desenvainó el acero afilado.

—¿Quieres que te destripe aquí mismo? ¿Ahora?

El hombre miró a su alrededor.

—No es un mal lugar.

—Este tío está loco —soltó uno de los dos armarios, negando con la cabeza.

De la bufanda ceñida sobre su cara asomaba el acné.

—¿Los quieres o no? —dijo el hombre agitando los billetes—. Empiezo a tener frío.

El hombrecillo le puso la navaja en el cuello. Pinchó la piel. Brotó una gota de sangre.

El hombre no perdió la sonrisa. Ni siquiera se movió.

Suspiró.

—Está bien —dijo.

Vació la cartera y entregó los billetes al pequeño, quien se hizo con ellos y se los metió en el bolsillo.

Ese tipo hacía que la sangre le hirviera.

—No me gustan los listillos. Las llaves. Veamos qué tienes en el maletero.

El hombre inclinó la cabeza hacia un lado.

—No resulta prudente desafiar a la suerte. Si desafías a la suerte, entonces te arriesgas a tener que superar un examen. Y no me pareces muy despierto, ¿sabes?

—Si no cierras el pico, te corto el cuello.

Uno de los dos armarios dio un paso adelante con un gruñido. Empujó al hombre, arrancó las llaves del contacto y se las arrojó a Markus, que las atrapó al vuelo.

La cerradura del maletero era defectuosa y tardó un rato en abrirlo.

Cuando lo consiguió, dio un paso hacia atrás, dejando que se le escapara una exclamación ahogada.

—Me cago en la puta, Walther.

—Sorpresa —murmuró el hombre elegante.

El pequeño lanzó una mirada a su amigo, que permanecía atontado mirando el interior del maletero.

—¿Qué hay dentro? ¿Dinero? ¿Es un contrabandista?

—Oh, mierda, Walther. Estamos en... —la voz de Markus se rompió.

Walther lo conocía de toda la vida. Sabía que no era un corazón de león, pero también sabía que no era un tipo que balbuciera de esa forma.

—¿Qué pasa? —repitió el pequeño—. ¿Qué hay ahí dentro?

—Las herramientas del oficio —respondió el hombre.

Luego, lentamente, le puso las manos sobre los hombros. No parecía que quisiera liberarse. Era un gesto amistoso, casi fraternal. El pequeño soltó un resoplido.

—Una hoja apoyada en el cuello de alguien desarmado es un gesto irrevocable —susurró el hombre—. Piensa bien lo que estás a punto de hacer. ¿Sabes lo que significa la palabra

irrevocable?

—Estate...

—¿Quieto? ¿Callado?

—Las dos cosas.

—¿O de lo contrario?

—Te mataré.

—¿Lo has hecho alguna vez? ¿Alguna vez has matado a alguien?

El pequeñito se estremeció. Luego se volvió hacia Markus.

—Háblame, coño. ¿Qué hay ahí dentro?

—Armas —fue la respuesta—. Nunca he visto tantas armas en mi vida.

El pequeñito abrió los ojos como platos.

—Ahora —dijo el tipo elegante— ha llegado la hora del examen. ¿Estáis listos?

El pequeñito tragó saliva.

—Estás loco.

—Lo que me imaginaba —dijo el hombre.

Agarró la muñeca del pequeñito y se la rompió con una torsión. Con un golpe en el tobillo lo hizo caer al suelo, en la nieve, boca arriba.

Le puso la navaja debajo de su párpado.

Cómo había conseguido hacerse con ella en tan poco tiempo nadie lo supo nunca.

—Ahora repite conmigo: «sed buenos chicos».

—Hijo de...

El dolor en la muñeca lo hizo gritar.

—Sed buenos chicos —repitió el hombre.

—Sed buenos —murmuró el pequeñito.

Superfluo. Ninguno de sus tres amigos iba a mover un músculo. Estaban paralizados.

El hombre tiró la navaja automática en la nieve y sacó una pistola. Apuntó con ella a la frente del pequeñito.

—Déjame que te hable del viejo y del niño. Es importante. El examen, ¿recuerdas? Habéis desafiado a la suerte. Y la suerte es una maestra severa. Concéntrate. Reflexiona. Escucha. Quiero hablarte del viejo y del niño. ¿Estás escuchándome?

El pequeñito asintió.

—¿Y vosotros?

Los tres muchachos asintieron.

—Al viejo le faltaban falanges, se las había comido un lobo. ¿Tú te crees? Un lobo. Al niño le gustaba cuando el viejo le hablaba de los lobos. Se sentaba sobre sus rodillas y le pedía: «Háblame de cuando ibas a cazar lobos». Entonces el hombre, en todas las ocasiones, con una sonrisa le explicaba que eran los lobos los que lo buscaban y no al revés. Lo hacían porque él tenía ovejas y eran ellas las primeras en notar que algo iba mal. Se metían en el corral, los lechales en el centro, los más fuertes en la parte de afuera. Para protegerse, ¿entendéis? Así que el viejo cogía su escopeta de dos cañones. Y esperaba. Cuando veía esos ojos rojos a su alrededor, sabía que se encontraba rodeado. Porque eso era lo que hacían los lobos, cerraban todas las vías de escape. Más o menos como habéis hecho vosotros. En ese momento el jefe de la manada se ponía a aullar.

El hombre soltó una carcajada.

El pequeñito se estremeció.

—Deberíais haber visto a ese loco. Echaba la cabeza hacia atrás y se exhibía en la mejor

interpretación de una bestia salvaje que se haya visto nunca. Y el niño, con los ojos abiertos de par en par, veía a los lobos, las ovejas, el bosque y la noche. Con la voz entrecortada le preguntaba: «¿Y tú les disparabas?». «Pues claro que no —respondía el viejo—, yo tenía dos cartuchos y ellos eran muchos —le acariciaba la cabeza y terminaba—: Yo solo podía rezar para que no tuvieran demasiada hambre».

El hombre miró a los cuatro.

—Y aquí está el examen. ¿Qué quería enseñarle ese viejo al niño explicándole la historia de los lobos?

Nadie contestó.

Ni el pequeñito. Ni el larguirucho. Ni los dos armarios.

—Venga, no seáis tímidos. La primera respuesta no tendrá consecuencias.

Fue entonces cuando el larguirucho tomó la palabra.

—Que son los problemas los que lo buscan a uno y no...

La detonación retumbó largo rato.

Una nube de nieve a los pies del larguirucho.

El larguirucho cayó de rodillas. Tenía los pantalones sucios de orina, pero no estaba herido.

La pistola volvió a presionar la frente del pequeñito.

—Te toca a ti. Pero es bueno que antes sepas una cosa. No te mataré. Serás tú quien decida si vivir o morir. Yo soy solo el que aprieta el gatillo.

Un suspiro.

—Estos son los dos segundos más importantes de tu vida. Disfrútalos.

El pequeñito oyó la nieve crepitando. El viento ligero entre las ramas cargadas del bosque. El sonido de la carretera nacional a kilómetros de distancia. El piar de un chotacabras y la respiración de las marmotas en su letargo.

Oyó el latido de su propio corazón y se enamoró de ese sonido.

El hombre le sonrió.

—Ahora dime. ¿Qué quería enseñar ese viejo sin falanges?

Walther se pasó la lengua por los labios. Miró al hombre directamente a los ojos.

—A diferenciar los lobos de las ovejas.

Le ayudaron a llenar el depósito.

Le devolvieron el dinero.

El Hombre de Confianza les estrechó la mano a cada uno de ellos.

Sonriendo, echó un vistazo al mapa y los dejó atrás.

Una cuchara.

No la escopeta.

Tampoco un cuchillo.

Requirió mucho coraje para robarla. Una cuchara. No un cuchillo. Tampoco la escopeta. La escopeta fue lo primero que se le pasó por la cabeza.

Robarla, cargarla, apuntarla y apretar el gatillo. El problema era que Marlene nunca había disparado y sabía que tan solo tendría una oportunidad. Fallar equivalía a acabar siendo pasto de la cerda.

La idea de usar un cuchillo la había descartado casi de inmediato. Mejor apañárselas con una cuchara. La desaparición de una cuchara no levantaría ninguna sospecha, la de un cuchillo habría sido otra historia y lo último que Marlene quería era que Simon Keller se alarmara. Una cuchara era una cuchara también en el polo norte y estaba hecha de metal, como un cuchillo.

Y el metal podría afilarse hasta convertirlo en una hoja. Mejor evitar las preguntas de Simon Keller.

En los últimos días había empezado a comportarse de una manera extraña. Se había vuelto taciturno, estaba encerrado en sí mismo. Pasaba mucho tiempo leyendo la Biblia, murmurando palabras en ese *dialokt* tan cerrado que Marlene no era capaz de entender. Comía sin apetito y se pasaba todo el día fuera, cazando. Siempre regresaba con el morral lleno y la mujer joven tenía la impresión de que dentro únicamente había una mínima parte de lo que el calibre 10 era capaz de matar.

La velocidad con que las reservas de munición bajaban era impresionante.

Otra cosa que Marlene había notado en los últimos días: los cerdos tallados por Simon Keller habían cambiado.

*Tac, tac, tac*, tan rápido como una cadena de montaje, el *Bau'r* tallaba un cerdo tras otro, frenético. Solo que ahora esas figurillas de madera tenían algo inquietante. Bocas demasiado grandes, sonrisas excesivas y dientes como colmillos.

Cerdos malvados.

Le daban escalofríos.

Desde el día en que Marlene lo encontró mirando fijamente las llamas de ese extraño color, el *Bau'r* no había vuelto a nombrar a Lissy. Tampoco había mencionado la partida. No es que a ella le importara. Tenía otras cosas en la cabeza. Estudiar, planificar.

Marlene-la-valerosa había pensado en todo.

Utilizando viejos retales de tela se había hecho un par de babuchas con la suela rellena de algodón. Aprovechando las largas ausencias del *Bau'r* había engrasado las bisagras de las puertas de la granja. Se había construido un mapa mental de todas las tablas del suelo que crujían y había empezado a poner dosis de adormidera en los platos del *Bau'r*. No lo bastante como para hacerle sospechar, pero lo suficiente como para aturdirlo.

Y había robado la cuchara.

Era su arma.

Para afilarla utilizó la misma muela que le servía al *Bau'r* para su cuchillo de caza. Ahora la

cuchara estaba afilada como una navaja de afeitar. La había escondido en la almohada y dormir con su mejilla descansando sobre ella le proporcionaba una sensación de protección. Débil, pero eso era mejor que nada. Mientras tanto, intentaba seguir la rutina habitual de la granja. Preparar las comidas, mantenerla en orden. Poner el musgo seco debajo del marco de la ventana. Coser nueva ropa para Simon Keller.

Leer los cuentos de los Grimm.

Dar de comer a los cerdos.

Lissy había dejado de acercársele. La observaba, parada en el límite de la zona de sombra.

A Marlene le parecía bien así.

Todas las noches, antes de volver a casa, Simon Keller bajaba a la pocilga y tocaba la campanilla, la cerda se acercaba y el *Bau'r* se descolgaba el calibre 10 del hombro.

Luego apuntaba a la cabeza del animal.

Llamas azules, pensaba.

*Opa* , pensaba.

Pensaba en el plato de sopa que Elisabeth nunca pudo terminar.

Pensaba en *Voter* Luis.

La Voz estaba en silencio.

Simon Keller masticaba adormidera y regresaba a casa.

Simon Keller se dio cuenta de que su barriga se estaba agrandando. A pesar de los jerséis, el embarazo se había vuelto bien visible.

Había una curva que suavizaba su abdomen. El *Bau'r* no lograba quitarle los ojos de encima.

Marlene pensó en ir a por la cuchara y hundirla en la garganta del hombre. Allí mismo, en ese mismo momento. Tenía miedo.

Pero habría sido una locura.

Simon Keller era fuerte.

Y ella era Marlene-la-valerosa. No Marlene-la-kamikaze.

Sé más lista, Marlene.

Venga. Utiliza el cerebro.

Así que trató de distraerlo.

Bromeó diciendo que pronto estaría tan gorda como Lissy. Le preguntó si *Voter* Luis había dejado algún remedio para las náuseas matutinas, aunque nunca las había sufrido, y si no sería hora de ampliar la puerta de la granja antes de que ella quedara atrapada.

El *Bau'r* no respondió a ninguna de sus preguntas. No se rio con sus bromas.

En un momento dado, como poseído, se levantó, y a Marlene solo le quedó observarlo mientras recogía todos los juguetes que había tallado y los metía en un saco.

Lo miró mientras se afanaba en encontrar incluso el más pequeño cerdito de madera, debajo del banco unido a la pared, junto al atizador, entre los troncos para la chimenea.

Al final, lo siguió, estrechándose el cuerpo con los brazos, fuera de la *Stube*, al aire libre.

Lo vio cavar, con las manos desnudas, a cuatro patas como un perro, un agujero en la nieve helada. Vio la sangre que le brotaba de entre los dedos, pero no habló.

Estaba aterrorizada.

Simon Keller vació el saco en el hoyo, se levantó con dificultad, apoyándose en la pierna sana, añadió el polvo y prendió el fuego.

Las llamas azules se levantaron altas.

Cuando las llamas se extinguieron, Simon Keller cogió la escopeta y se encerró en la pocilga. Se quedó allí durante horas.

Al anochecer, Marlene oyó un disparo.

Luego otro. Y otro más.

Corrió hacia la entrada y vio a Simon Keller salir por la portezuela.

Estaba llorando.

Sucio de sangre.

Marlene fingió que no pasaba nada. Comió sin encontrar el valor para mirar al *Bau'r*. Fingió estar leyendo. Fingió no oír la cantilena que salía de los labios de Simon Keller.

*Opasimonopasimonopa...*

Luego regresó a su habitación.

Fue entonces cuando Marlene tomó la decisión.

Esa noche sería *la* noche.

Más tarde, solo unas horas de espera.

*La noche.*

Siete días después del rey, del jabalí y de la fuga.

Marlene estaba segura de que no había descuidado ni un detalle.

Solo tenía que actuar.

Esperó hasta medianoche y dejó que pasara. Una vez Wegener le había dicho que la poli derribaba las puertas de los criminales hacia las cuatro de la madrugada, porque a esa hora todo el mundo baja la guardia.

Marlene no tenía reloj, pero había calculado las horas siguiendo el movimiento de la bóveda celeste a través de los postigos de la ventana de su habitación.

Luna menguante, entre las cimas de las montañas. Parecía dibujada por un niño. La luna la hizo estremecer y dejó de mirarla.

A la hora indicada, Marlene se preparó.

Ni un respiro.

Se puso las babuchas en los pies y cogió la cuchara. Cerró las persianas de las ventanas y esperó a que las pupilas se acostumbraran a la oscuridad. Contando los pasos llegó a la puerta.

Hacía frío dentro de la granja: ni siquiera el musgo y los cristales dobles podían contrarrestar la helada de ese invierno. Pese a ello, Marlene estaba bañada en sudor.

Nunca había tenido tanto calor en su vida. Y miedo.

Se concedió unos segundos para recuperar el valor. Las bisagras engrasadas se deslizaron sin ruido. Había hecho un buen trabajo. Salió al pasillo.

Un paso adelante, uno a la izquierda. Luego adelante y enseguida a la izquierda. Una especie de vals.

Marlene recorrió el pasillo concentrada en el mapa mental de las tablas y sus crujidos. Era como caminar por un campo minado. La cuchara afilada en la mano derecha, la izquierda cerrada en puño. Ya sin miedo, sin náuseas. Decidida, fuerte. Marlene-la-valerosa no estaba luchando por su vida.

Lo estaba haciendo por Klaus.

Klaus le infundió valor.

Lo necesitaba.

Al llegar delante de la puerta del dormitorio de Simon Keller, se detuvo.

Se agachó hacia la cerradura y miró. Oscuridad. Negra pez.

Puso su oreja contra las tablas oscurecidas por el tiempo.

Tan solo el zumbido de su oído sobrecitado. Bien.

*Duerme.*

*Mátalo.*

Probó con el tirador. Lo bajó y empujó. La puerta se abrió unos centímetros. Se deslizó sobre las bisagras con la gracia de una bailarina. Había hecho un buen trabajo. Ni un chirrido. La abrió un poco más. Lo necesario para escuchar.

Nada.

Unos centímetros más. Marlene contuvo la respiración.  
Metió la cabeza y miró.  
Comparado con el pasillo, el dormitorio de Simon Keller estaba mejor iluminado.  
El *Bau'r* dormía con los postigos abiertos.  
La luz de la media luna era suficiente para permitirle distinguir la vela apagada sobre la mesita de noche, una Biblia y una parte de la cama.  
Empujó la madera. La puerta quedó medio abierta.  
Un paso adelante.  
Las mantas acolchadas, el sombrero negro colgado en la pared.  
De puntillas (como un ratón) Marlene se acercó al camastro del *Bau'r* . Levantó el brazo.  
Marlene se había preparado.  
Había imaginado la escena del asesinato. La carne desgarrada, la sangre salpicando. Los gritos. Se había preparado, y se había preparado sobre todo para no tener piedad.  
Aun sabiendo que el recuerdo haría que tuviera pesadillas durante el resto de su vida.  
En cambio, no pasó nada de esto.  
Asestó un golpe. Con todas sus fuerzas.  
Y luego volvió a hacerlo.  
La cuchara cortó tan solo sábanas y almohadas.  
Luego llegó la voz. De piedra.

Simon Keller los había matado.

A todos.

Lo había hecho por Marlene. Por el niño.

Había disparado rápidamente y aún más rápidamente había vuelto a cargar. Para acortar el miedo. Un disparo en la nuca y cayeron el uno sobre el otro.

Se sentía mal por esos muertos.

Los chillidos retumbaban en sus oídos. Los ojos que imploraban piedad no le daban tregua.

Por eso no conseguía conciliar el sueño, a pesar de que la cabeza le daba vueltas como si hubiera ingerido demasiada adormidera. Infinitamente cansado. Las manos manchadas todavía de sangre de cerdo le recordaban el peso de la matanza, atormentándolo.

Simon Keller se levantó y miró la luna por encima de las montañas. De pie, porque la rodilla le dolía como para volverse loco y estar sentado era una tortura. La luna no lo calmó.

Se apartó de la luz, apoyándose contra la pared. Confundido entre las sombras comenzó a rezar. Aunque sabía que era lo justo, Simon Keller no encontraba paz.

La paz no llegó.

Ni tampoco el sueño.

Permaneció inmóvil, rezando. Esperando una señal.

La señal llegó.

La chica.

La *traición*.

Simon Keller miró a Marlene acuchillando sábanas y mantas.

Solo entonces habló.

Una vieja cantilena.

La misma que Sim'l le había repetido muchas veces a la pequeña y dulce Lissy.

—*Crunch, crunch, crunch. ¿Quién roe, roe? ¿Quién mi casita me come?*

Marlene dio un respingo.

La silueta amenazadora de un hombre, detrás de ella, con los brazos cruzados y los hombros contra la pared. Por un momento pensó que se trataba de *Voter* Luis. Gritó.

Pero no perdió el tiempo.

Marlene-la-valerosa se abalanzó contra el *Bau'r*, que la esquivó y le aferró el brazo, apretando con fuerza. El dolor la obligó a abrir la mano.

La cuchara cayó al suelo. Marlene sintió que la levantaba. Pateó, inútilmente.

El *Bau'r* la sacudió y la lanzó con fuerza contra la pared.

Marlene percibió la vibración del golpe repercutiendo por todo el hombro, el codo y, al final, la cabeza.

Empezó a ver doble.

Simon Keller la recogió del suelo, la levantó de nuevo, sujetándola por el brazo con su garra de acero.

—No quería creerlo. No quería.

La sacudió de nuevo.

Su rostro, una máscara de odio animal.

La arrojó a sus pies.

Marlene se golpeó la frente contra el suelo. Una telaraña de luces blancas delante de sus ojos.

Simon Keller la agarró del pelo y tiró de ella fuera de la habitación.

Ella trató de resistirse, pateando y arañando las tablas.

—No quería —gritaba el *Bau'r* mientras la arrastraba hacia las escaleras—, no quería creerlo.

Los peldaños.

¡Klaus!

Marlene cruzó los brazos sobre su vientre, levantó las rodillas, dobló la cabeza.

Instinto.

Proteger a Klaus. A cualquier precio.

Dolor a cada golpe. Los dientes apretados, lágrimas en los ojos.

Los huesos no se rompieron.

Simon Keller no dejó de gritar.

—¡Me lo había dicho, sí, me lo había dicho!

Marlene farfulló frases de disculpa, palabras sin sentido.

—Le dije que no podía ser cierto. Que tú no eras malvada.

Llegaron a la *Stube*.

Simon Keller se agachó sobre ella.

—Me equivoqué.

Su aliento olía a opio.

Marlene se acurrucó.

El *Bau'r* no la golpeó.

—Lo sabía. Lo sabía.

—Por favor...

—Ella —murmuró en cambio Simon Keller— nunca miente. Nunca.

Marlene se dio la vuelta lo suficiente para mirarlo a los ojos.

—¿Quién?

Simon Keller abrió la puerta del sótano.

Marlene trató de alejarse arrastrándose. Junto a la chimenea había un atizador. Podría usarlo como arma. Pero se sentía mareada. Le dolía el hombro. La violencia con que Simon Keller la había agredido le había provocado un auténtico *shock*.

Se sentía lenta. Demasiado lenta.

—¿Quién? —preguntó otra vez, con un hilo de voz.

El *Bau'r* la aferró por el tobillo y la levantó como a una de las presas de su botín de caza.

—¿Quién? —gritó Marlene por última vez.

Nueve peldaños.

Marlene no rozó ni uno siquiera. Aterrizó directamente contra el suelo.

Oscuridad.

El olor.

Ese hedor dulzón le hizo entender dónde se encontraba antes de que abriera los ojos.

Se obligó a respirar por la boca, pero era peor. Como tener una esponja metida hasta el fondo de la garganta. Las tripas presionaron para que vomitara. Marlene consiguió resistir. Consiguió incluso no ponerse a gritar. No habría servido de nada.

Miró a su alrededor.

La luz verduzca que procedía de la ventana a su derecha, que daba a la pocilga, llenaba de sombras el caos en el que ese espacio estaba sumido.

Los nidos de araña apilados un poco por todas partes. Los cubos volcados y las cajas desfondadas.

Los huesos de los *Vulpendingen* .

Y los otros, en los que no quería pensar.

En el centro, cubierto por el cuero, el monolito. En esa extraña luminiscencia, los dibujos parecían moverse. Como las espirales de una serpiente.

Marlene, a cuatro patas, se acercó a la ventanita, avanzando como un cangrejo, con los ojos fijos en el objeto oculto, casi como si pudiera saltarle encima.

La luz la hizo sentirse mejor. Marlene escudriñó. Lo que vio la dejó sin respiración. Cadáveres de cerdo. Sangre. Una matanza. Una arcada.

Apartó la mirada.

Se acurrucó junto a la entrada. Se llevó las rodillas al pecho y las estrechó en un abrazo. Lloró. Dejó de hacerlo. Luego lloró un poco más.

El dolor llegó de repente, en la base de la nuca.

Marlene se sintió tirar hacia atrás. Se deslizó a su pesar secundando el tirón y el dolor se repitió incluso más fuerte que antes, si es que era posible.

Trató de oponer resistencia y el dolor hizo que se le escapara un grito. Jadeó y sintió algo húmedo y vivo, del otro lado de los barrotes de metal, que le tiraba del pelo.

Algo que tenía un olor fétido y salvaje. Marlene gritó.

Un tirón.

Manos y nuca golpearon contra la reja. Pánico. Marlene intentó soltarse. El dolor aumentó.

Lissy era fuerte.

Marlene tiró con todas sus fuerzas mientras sentía que su cuero cabelludo se desgarraba. El ruido del desgarró fue terrible. Fue doloroso, pero funcionó. Rodó hacia delante, sobre la basura.

Jadeando, se dio la vuelta.

Al otro lado de la rejilla, Lissy la miró fijamente con un mechón de pelo entre los colmillos.

Lissy. La única superviviente de la matanza.

Como Abraham, Simon Keller no había podido matar a su predilecta.

El pánico se disolvió y de nuevo regresó la rabia. Marlene se acercó y le escupió en el morro a la bestia.

—¡Vete a tomar por culo, cabrona!

Lissy parpadeó.

*Sé quién eres, querida.*

*Lo sé, claro que lo sé.*

*Y sé en qué estás a punto de convertirte.*

Marlene le dio un puñetazo a la rejilla.

—¡Tú no sabes nada!

Lissy no parpadeó. El pelo de entre los colmillos había desaparecido. Marlene no quería preguntarse dónde había acabado. Se acostó, llevándose las manos a la cara.

Estaba perdiendo la cabeza. De qué servía cabrearse con la cerda.

*Eres comida.*

*Eso es lo que eres, querida.*

*Comida para Lissy.*

Marlene se levantó, subió los nueve peldaños de piedra y empezó a golpear con los puños la puerta del sótano. Gritó, golpeó, pateó. El único resultado fue despellejarse los nudillos, pero al menos se desahogó.

Se sintió más lúcida. Razona, se dijo.

Hay un montón de cosas aquí dentro.

La fortuna podría girar.

Buscó entre los estantes, derribó pilas de libros, hizo saltar por los aires ropa y maletas viejas. Mientras levantaba una bolsa de cuero oyó un ruido metálico. Algo que caía al suelo.

A tientas buscó hasta encontrar la fuente del tintineo. Una lima de carpintero.

Delgada, oxidada y vieja, pero...

Lissy gruñó.

—¡Muérete, puta! —le gritó Marlene.

Y se echó a reír.

Solo pudo contenerse mordiéndose la lengua hasta sangrar.

Marlene blandió la lima como si fuera un puñal, imaginándose que se lo clavaba al *Bau'r* en el cuello.

La idea la hizo sentirse mejor.

—Luego te toca a ti —juró, volviéndose en dirección a la ventanita.

Le respondió un gruñido que parecía un ladrido.

*Inténtalo .*

Tenía que salir de allí.

O se volvería loca.

Marlene se acercó a la puerta. Cerró un ojo y miró del otro lado de la cerradura. No vio nada más que oscuridad. Tal vez, el destello de la luz de la chimenea.

Marlene metió la lima y comenzó a girarla como había visto hacer en las películas policíacas que tanto le gustaban a Herr Wegener.

Era una locura, pero no tenía nada que perder.

La fortuna ayuda a los audaces, se dijo.

A los audaces y a (Mamá) los locos.

Dos veces oyó un sonido alentador, un clic que la llenó de esperanza, pero dos veces la lima se le escurrió de los dedos. No se dio por vencida. Continuó.

Concentrada, con el pelo pegado a la cara, se quedó agachada delante de la cerradura, tratando de hacer que saltara.

—Maldita puta. Maldita puta...

La lima rebotó entre sus dedos y salió disparada, partida por la mitad. Marlene dio un salto

hacia atrás. La hoja por poco no le dio en un ojo.  
Fin de la partida.  
Marlene rompió a llorar.

Tenía hambre.

Pero sobre todo sed.

El hambre iba aumentando de hora en hora, pero la sed era peor. Crecía minuto a minuto. Y cuanto más se esforzaba por no pensar en ello, más enloquecía de sequedad.

El hedor del sótano había quedado en un segundo plano. Se había acostumbrado.

Marlene no sabía cuánto tiempo había transcurrido.

¿Horas?

¿Días?

Los gruñidos de Lissy la llenaban de horror y disgusto. De vez en cuando la cerda miraba desde la rejilla como si quisiera disfrutar del espectáculo. Marlene había dejado de insultarla.

Demasiado sedienta.

Energías malgastadas.

Se había adormilado y se había despertado tantas veces que había perdido la cuenta. Una vez le pareció escuchar la voz de Simon Keller del otro lado de la rejilla de la pocilga.

*Dulce Lissy, pequeña Lissy.*

Marlene se acercó, a tientas. Aplastó la cara contra los barrotes de hierro y lo vio. Simon Keller estaba acariciando la cabeza de Lissy.

Marlene le rogó que la dejara salir de allí. Lloró, gritó. El *Bau'r* ni pestañeó. Tampoco la cerda. Marlene se resignó.

Ahora pensaba que simplemente había soñado todo aquello.

Tenía hambre.

Tenía sed.

Había dejado de implorar desde hacía tiempo.

Fue la sed.

La sed la hacía delirar. Hablaba con Lissy. Hablaba con su madre, sobre todo, pero también con ese ratoncito reseco de su padre. Los insultaba, les pedía perdón.

Hablaba con Wegener.

El mundo se había reducido a esa apestosa habitación, con la respiración de Lissy, sus gruñidos y sus rugidos de fondo.

Los delirios. Y la sed. Terrible.

Al final del segundo día (¿o era el comienzo del tercero?) sus fosas nasales comenzaron a captar un vago hedor a humedad. Un olor que mareaba. Una tortura.

Al principio pensó que era una broma de su imaginación.

El olor, sin embargo, estaba realmente allí. Marlene lo olfateó y comprendió que procedía del peor sitio de todos.

La ventanita de la pocilga.

No, no, no.

No iba a acercarse.

No, nunca.

Marlene se arrastraba hacia la rejilla. Luego retrocedía.

Un centímetro, dos. Diez. Luego de nuevo hacia atrás.

El tiempo desapareció. El miedo se debilitó.

Marlene pasó horas mirando el monolito en medio del sótano.

Yendo y viniendo hacia la ventanita.

Hacia el olor del agua.

En un momento dado, la sed borró el miedo por completo. Marlene se arrastró. Centímetro a centímetro. Al llegar cerca de la rejilla, se incorporó para sentarse, con las piernas cruzadas.

Le dolía la espalda, le escocían los nudillos, donde se había herido al golpear la puerta de madera maciza. Seguía rascándose los y sangrando. Había intentado beberse la sangre, pero no la ayudó.

Necesitaba agua. Solo pedía eso. Unas gotas.

Estiró los dedos y los deslizó sobre el metal, sintiendo bajo las yemas de los dedos las marcas dejadas por los colmillos de Lissy. En el punto donde el metal estaba soldado a la piedra, humedad.

Se llevó los dedos a los labios. El agua la mareó.

Oyó un gruñido.

Se retrajo.

*No debes, no debes.*

*No puedes, no puedes.*

Marlene se quedó mirando atontada las gotas que rezumaban desde la abertura en la pared.

La sed.

Se arrodilló frente a la ventanita y posó los labios encima.

La humedad tenía un sabor ferruginoso. El cerebro le estalló de gratitud.

Marlene comenzó a lamer, a lamer y a llorar.

Agradecida. Aterrada.

Demente.

No dejó de lamer ni siquiera un instante. Ni cuando vio a Lissy, inmóvil, que estaba mirándola fijamente.

Marcas rojas.

El mapa del Hombre de Confianza estaba embadurnado de ellas.

Lugares donde *no* se había visto a Marlene.

Lugares donde *no* se había visto al Lobo.

Las marcas rojas se acumularon y se superpusieron. Crearon una línea de frontera que, con el paso de los días y las preguntas, se fue reduciendo hasta convertirse en una mancha de forma irregular. Era como un tiro disparado a quemarropa.

En el centro, en medio de todo ese rojo, un pueblecito minúsculo, en la embocadura de un largo y estrecho valle rodeado de montañas con una notable altitud.

Uno de tantos.

Una pequeña iglesia con la escalinata delante, pocas casas y un hostal.

El Hombre de Confianza llegó por la noche.

Y, como siempre, comenzó a hacer amigos. Tres viejos con ganas de bromear, para ser exactos.

Bien entrada la noche, las luces del hostel todavía estaban encendidas, porque el extranjero bien vestido que había aparcado el coche cerca de la pequeña iglesia no bostezaba nunca, y tenía pasta para invitar a beber.

Era un tipo simpático. A pesar de que tenía los dientes en su lugar y ni una uña rota. Era un tanto demasiado petimetre de ciudad para sus gustos, pero a una cerveza gratis nunca se le decía que no.

Hablaron. Se rieron.

Se contaron cosas.

Un hombre vestido de negro. Un tabardo pasado de moda. Hoy en día ya no se hacen así. De los que son resistentes a la lluvia, la nieve y el frío. ¿Has oído hablar de él?

Bueno, nosotros lo hemos visto, cómo no.

Luego se dieron codazos y empezaron a murmurar.

El Hombre de Confianza no perdió la sonrisa. Se llevó la cerveza a los labios y fingió estar bebiendo.

—Lo vimos hace cuarenta años.

Y venga a reír.

—¿Hace cuarenta años?

—Más o menos. *Voter* Luis, lo llamaban. Un *Bau'r*. Un *Kräutermandl*. Era un buen hombre. Peter, aquí mismo, podría decirte lo buena persona que era, ¿verdad, Peter?

El anciano, de nariz rubicunda y ojos húmedos, asintió con tanta energía que se le cayó un poco de cerveza justo encima de la bragueta, despertando más hilaridad.

—Salvó a mi esposa. Fue el..., déjame pensar. La guerra había terminado, en cualquier caso.

—Solo hay un problema, extranjero —dijo uno de los tres viejos que lo rodeaban—. *Voter* Luis murió hace algún tiempo. Me parece a mí que vas en busca de fantasmas.

Un manotazo sobre la mesa.

El Hombre de Confianza hizo señales al camarero para que trajera otra cerveza.

—El hombre al que estoy buscando sigue vivo. Pero es una hermosa noche y estamos entre amigos. Habéis despertado mi curiosidad. ¿De verdad hay fantasmas que se pasean por aquí?

Los tres se echaron a reír.

Pero no como antes.

—Solo son majaderías.

—Me gustan las majaderías.

Los tres ancianos intercambiaron otra mirada y el más borracho de todos, que también se llamaba Peter, pero que, al contrario que el otro, tenía la barriga hinchada y ni un solo pelo en la cabeza, se pasó la mano sobre su espesa barba y se embuchó la jarra de un trago.

—Dicen que en el último periodo de su vida *Voter* Luis —Peter-gordo se tocó la sien— no estaba muy bien. Estaba loco. Y se había puesto a jugar con fuego.

Peter-el-otro lo interrumpió.

—Si quieres contarlo todo, cuéntalo al menos como es debido. No se había vuelto loco, él...

—¿Ah, no? —se interpuso el tercer anciano, con bigotes caídos de vikingo—. ¿Y tú cómo

llamarías a alguien que se pone a adorar al diablo?

El Hombre de Confianza enarcó una ceja.

—¿El diablo? ¿*Voter* Luis adoraba al demonio?

Peter-gordo dio un manotazo sobre la mesa.

—¿Ves como se trata de majaderías? *Voter* Luis, al que Dios tenga en su gloria, era un hombre de bien. Desde que su esposa muriera se había vuelto un poco... ¿raro? Eso sí. Lo recuerdo bien. ¿Que con la muerte de su hija quizá se había vuelto más solitario de lo usual? Por supuesto, por supuesto. A mi hermano, ahí abajo, en Monguelfo, se le murió un hijo, un accidente mientras transportaba valle abajo el heno con el trineo, acabó aplastado, pobre chaval, y mi hermano casi se volvió loco de dolor. ¿Pues entonces? Es lo normal, ¿no?

—Pero nunca se llegó a saber de qué había muerto *Voter* Luis —insinuó el vikingo.

Peter-gordo resopló.

—La gente se muere, eso es todo.

—¿Y lo del fantasma cómo lo explicas?

—Yo nunca he creído en fantasmas.

—¿Ah, no? —se burló Peter-el-otro—. ¿Y la gente que desaparece? ¿Tampoco crees en eso?

—¿Qué gente? —preguntó el Hombre de Confianza.

—Forma parte de la historia —dijo el tercer anciano mientras los dos Peter agachaban las cabezas sobre sus jarras—. Porque estamos hablando de una única historia y nada más, extranjero. Y si quieres oírla, tal vez deberías invitarnos a algo mejor que a este meado de vaca.

El Hombre de Confianza no se lo hizo repetir dos veces. El dueño dejó la botella de grappa sobre la mesa junto con las llaves del local. «Cerrad vosotros», dijo.

—Yo me voy a dormir.

Y se marchó.

—¿*Voter* Luis muere, pero su fantasma hace desaparecer a la gente? —les exhortó el Hombre de Confianza después de una primera ronda.

—Las hace desaparecer. A bastantes personas. Las mata. Eso es lo que dicen. No es que nosotros —un golpe de tos— nos lo creamos realmente.

—Es solo una historia.

—Es solo una historia.

—¿Y dónde podría encontrar a este fantasma?

—En la granja de *Voter* Luis. Hacia el final del valle. Arriba del todo, por encima de los bosques. Vaya mierda de lugar —murmuró Peter-gordo.

—¿Qué hay más allá del valle?

—Montañas. Glaciares. Eso es lo que hay.

—¿Y más allá de los glaciares?

—Austria, obviamente —replicó Peter-el-otro.

El Hombre de Confianza sacó el mapa lleno de señales y lo apoyó sobre la mesa, apartando las jarras vacías y la botella de grappa.

—¿Y nadie pasa por allí?

Los tres ancianos no contestaron.

El Hombre de Confianza sonrió.

—¿Contrabandistas?

—¿Con quién crees que estás hablando?

—Me lo tomaré como un sí. ¿Y todos ellos regresan?

El vikingo jugueteaba con el vasito.

—No tienen que volver necesariamente por el mismo camino, ¿verdad?

—¿De manera que el fantasma existe o no existe?

Peter-gordo le rellenó la copa.

—Lo que seguro que existe son tres ancianos que se divierten tomándole el pelo a un forastero. Ahí arriba solo hay rocas, nieve y muerte, si no sabes estar en las montañas. Y tú no eres un tipo de montaña, ¿digo bien?

El Hombre de Confianza desplegó el mapa sobre la mesa sucia.

—No, pero siento curiosidad. ¿Podéis señalarme dónde se encuentra la casa de *Voter Luis*?

El vikingo se levantó.

—Voy a mear. Luego me marchó a casa, mi mujer estará preocupada.

Los otros dos se rieron.

Nadie puso el dedo en el mapa.

—Por favor.

El Hombre de Confianza movió el mapa hacia los dos Peter. Fue Peter-el-otro el que señaló con el dedo rechoncho el extremo del valle.

—Aquí.

—¿Y cuál sería la zona en la que, según lo que se dice por ahí, desaparece la gente?

Peter-el-otro dibujó un círculo lo suficientemente grande para abarcar picos, glaciares y depresiones.

—Más o menos —gimió.

El Hombre de Confianza escudriñó el mapa. De repente la imagen que se había hecho del Lobo se desvaneció.

En su lugar se imaginó una araña. Una araña con patas larguísimas que permanecía agazapada entre las cimas de esas montañas, en el centro de una tela invisible.

Esperando a una víctima. A una pequeña mosca desgraciada. Esto explicaba su familiaridad con la muerte. El corte neto en el cuello. La indiferencia. Y la locura.

Sobre todo, la locura.

Pero no la conexión con el Zorro.

—¿Toda esta zona?

Peter-el-otro y Peter-gordo intercambiaron una mirada.

—Más o menos.

—Ya son hectáreas —dijo el Hombre de Confianza—. A una cota media de unos dos mil metros.

—Un lugar de mierda.

—¿Podrías ser más exactos?

El vikingo, que mientras tanto había vuelto a sentarse gruñendo, se entrometió.

—Es una zona jodida, querido mío. Hemos reído, hemos bromeado. Nos hemos divertido, ¿verdad? Pero aquella siempre ha sido y sigue siendo una zona jodida. No pondría el pie allí ni por todo el oro del mundo.

—Chorradas —gruñó Peter-el-otro.

—¿Tú irías? —lo desafió el viejo con bigotes de vikingo.

Los dos Peter bajaron la mirada.

El Hombre de Confianza esperó. Era el momento. El momento en que los tres ancianos continuarían con sus majaderías o bien lo soltarían todo.

El viejo vikingo engulló lo que quedaba de su copa y susurró:

—Mira, la historia es esta. Olvídate de fantasmas y de todo lo demás, ¿de acuerdo?

—Tabula rasa —sonrió el Hombre de Confianza.

—*Voter* Luis era una buena persona, un hombre de fe. Todos lo sabemos, salvó a mucha gente, hasta que se volvió loco. Su esposa murió en el parto y algunos años más tarde murió su hija. Cuando bajaba al pueblo no hacía más que desvariar. Luego murió él también, y quedó su hijo. El resto, el fantasma, *Voter* Luis que se pone a adorar al diablo, son tan solo bobadas para asustar a los niños.

—Y a los extranjeros metomentodos —agregó Peter-gordo, sirviéndose más bebida.

—¿*Voter* Luis tenía un hijo?

—Él es el fantasma. De vez en cuando baja al pueblo. Es un tipo que no habla mucho. Es un tipo... diferente.

—Diferente significa todo y nada.

Fue el vikingo quien respondió:

—Lleva la ropa de su padre. La misma. Por eso dicen que es el fantasma de *Voter* Luis. Pero únicamente son maldades.

—¿Y esa gente que desaparece? No podría...

—Aquí la gente desaparece como en todas partes —rebatía con energía el viejo con bigotes de vikingo—. Hay quien acaba en una grieta y quien consigue hacer que lo maten por una deuda de juego. Otros lo dejan todo y se marchan a vivir a la ciudad sin avisar a nadie. Lo que pasa es que las lenguas largas siempre tienen que hacer de las suyas: cuando afirman que ha sido el fantasma, en realidad están culpando a ese pobre hombre. Créeme. Yo he hablado con él. Es un hombre de fe, como su padre. Es estafalario. Y es un solitario, lo cual supone poco, aunque eso es seguro. ¿Quién diablos lograría vivir allí completamente solo? Pero —y aquí el viejo se inclinó hacia el Hombre de Confianza para mirarlo directamente a los ojos— el hijo de *Voter* Luis no es peligroso. Tiene su granja, su montaña y no busca nada más.

El Hombre de Confianza respondió con una sonrisa.

—Todo el mundo busca algo.

—Él no.

Por fin Peter-el-otro habló de nuevo, con los ojos inundados de alcohol.

—Tú vas a ir ahí arriba, ¿verdad, chico?

—Tal vez sí, tal vez no.

—Es un lugar peligroso para un petimetre de ciudad.

—Tal vez las apariencias engañen.

—Te gusta bailar con el diablo, ¿verdad?

El Hombre de Confianza se contuvo.

El mayor tiempo posible.

Luego se echó a reír, con lágrimas corriéndole por las mejillas.

—Lo siento, lo siento, pero yo... —el Hombre de Confianza se sorbía la nariz e intentaba recuperar el aliento, pero era incapaz de dejar de reír, era más fuerte que él.

—Tendréis que disculpar mi insolencia, pero yo, yo también, en cierto sentido, fui criado por un hombre de fe y...

No pudo continuar.

Se arremangó la camisa. Tenía los brazos desfigurados por las quemaduras. Los tres ancianos, a pesar de que habían visto muchas cosas desagradables en las trincheras, se sintieron contrariados.

De nuevo el Hombre de Confianza no pudo contener esa risa irreprimible.

—Tendréis que disculparme, de verdad...

Sacó un pañuelo y se secó los ojos.

—El diablo..., lo siento, lo siento mucho. El diablo no existe. Lo sé. Estas cicatrices lo atestiguan.

Seis. Nueve.

Cuatro. Cuatro.

Otra combinación para acceder al pasado. El 6 de septiembre de 1944 ocurrieron en Bolzano dos cosas. La luz cegadora de un meteorito iluminó la noche, y nació un niño. Un angelito rubio con la boca inclinada hacia abajo.

El bebé era un angelito, pero un angelito cabreado. Un serafín. No se reía ni lloraba nunca. Un niño pensativo, le dijo el doctor a su madre, alarmada ante ese hijo que, por lo demás, estaba sano. ¿Qué podía decirle?

Había nacido bajo los bombardeos (aunque no era cierto: la primera bomba sobre Bolzano cayó el 9 de septiembre y no el 6, el 6 fue el día del meteorito) y tuvo que aprender a tomarse la vida en serio desde el primer vagido.

Era una broma, y su madre se rio. En su corazón pensó que el doctor era un verdadero idiota.

El niño creció. Sin reír ni llorar, absorto.

En el colegio era el mejor de la clase. El maestro no perdía nunca la oportunidad de elogiarlo delante de sus compañeros y de sus colegas. Un lugar común habría querido que el niño fuera un desastre en gimnasia, pero no lo era. En las competiciones siempre se colocaba entre los tres primeros. Era ágil, preciso e incansable.

Su padre estaba muy orgulloso de los premios que el niño traía de la escuela y los exponía, en fila como soldaditos, detrás de la caja registradora de la tienda familiar en Dodiciville, en la parte noreste de la capital surtirolesa.

A diferencia de su esposa, no estaba preocupado por el comportamiento del niño. Sus antepasados eran de fibra fuerte, héroes que habían luchado contra Napoleón y los franceses bajo el mando de Andreas Hofer. No era gente, por supuesto, que se dejara llevar por las emociones. Y, de todos modos, le parecía que ese niño era feliz.

De hecho, lo era.

Hasta los nueve años, el mundo del niño que no se reía y no lloraba fue un mundo perfecto. Todo cuanto lo rodeaba, los coches que surcaban veloces las calzadas, los chismes de las mujeres en el mercado de la Piazza delle Erbe, el aroma de los pasteles en el horno y el gorjeo de los gorriones en el alféizar, era pura ilusión. El mundo nacía cuando abría los ojos por la mañana y se hundía en la oscuridad cuando se dejaba vencer por el sueño. Por eso el niño no lloraba ni se reía. Nada podía afectarle porque nada existía realmente.

Excepto él.

Lo único real en ese mundo perfecto era él.

Por lo menos hasta que, cumplidos los nueve años y seis meses, el gato lo arañó.

El niño había tendido una mano para tocarlo y el gato reaccionó. Así de simple.

Lo único fue que, cuando el niño retiró la mano, se percató con horror de que podía ver a través de ella. Presa del pánico, corrió a casa y se miró en el espejo. Sus sospechas fueron confirmadas. Su imagen era neblinosa, granulada.

Se estaba desvaneciendo. Como cuando el conserje borraba la pizarra y la tiza desaparecía. Lo peor de todo fue que, con el paso de los días, el proceso no se detuvo. Es más, se aceleró.

Por la calle, la gente chocaba contra él y no se disculpaba. Los niños jugaban en el patio sin invitarlo a unirse a ellos. Los ojos del maestro lo traspasaban de lado a lado. Una abeja le picó y su madre no se dio cuenta de nada.

A medida que iba desapareciendo, sus pensamientos tomaban direcciones extrañas e inesperadas. Fantasías tan vívidas que parecían verdaderas. Su padre en un lago de sangre. Su compañera de pupitre, una encantadora niña con las medias hasta la rodilla, retorciéndose entre las llamas. Y su madre, la cara azulada, estrangulada.

A diferencia del sentimiento de desintegración que lo llenaba de ansiedad, estas imaginaciones eran agradables. Y dado que la ansiedad se estaba haciendo cada vez más opresiva, el niño se aferró a esas fantasías con todas sus fuerzas.

Hasta que esos pensamientos le hicieron intuir la forma de detener el proceso que lo estaba llevando hacia la desintegración. En cuanto cayó en la cuenta, se sintió aliviado.

¿Cómo no lo había pensado antes?

Llamó la atención del gato callejero con el tocino que había afanado en la despensa de casa, lo ensartó con un palo puntiagudo (imaginándose que se trataba del estómago de la madre, lo que lo excitó casi hasta hacerle perder el conocimiento) y, mirándose en sus ojos moribundos y dolientes, vio su propio reflejo reaparecer. Cuando el gato exhaló su último suspiro, el proceso terminó.

El niño se rio. Se rio por primera vez en su vida.

Se rio con lágrimas en los ojos.

Se rio como si el sol le estallara en el pecho. Porque, después de todo, él era el sol.

Nadie se dio cuenta de nada.

El tiempo pasó.

Trece años después de la noche del meteorito, como era costumbre en las familias acomodadas, el niño fue confiado a los cuidados de un santo varón para que acompañara el crecimiento intelectual con el espiritual.

El santo varón se lo llevó consigo a la fortaleza del Señor. El Vinzentinum, el seminario de Bresanona. Le enseñó a cultivar las amistades y a sentir amor hacia la creación. A reconocer el arte y la belleza, y a ver en el talento un valioso don. Le enseñó a cocinar (y el niño resultó ser un verdadero prodigio, aunque a su padre le repateara la idea de un hijo cocinero) para el comedor social de los pobres.

Sobre todo, le enseñó la autodisciplina y la misericordia.

El chiquillo, a esas alturas ya un joven, supo sacar provecho de esas enseñanzas.

La autodisciplina le permitió mantener a raya las fantasías de la muerte. No lo habían abandonado. La excitación ante la vida que abandonaba los ojos del gato, seguida por una deslumbrante sensación de plenitud, era un poderoso reclamo. La tentación de repetir la experiencia había sido fuerte, a veces casi irresistible. Tal vez matando a un perro. O a una de las vacas que pastaban en los prados más allá de los confines de la ciudad. De vez en cuando había acariciado la idea de matar a un ser humano. Lo frenaban, además de la autodisciplina, la otra enseñanza del santo varón: la misericordia.

La misericordia, le explicó el santo varón, servía para mirar el mundo con los ojos de Dios. Y era verdad. Mirar el mundo con los ojos de Dios era como asistir a un espectáculo desde la cima de una montaña y darse cuenta de hasta qué punto todo era irreal. Aparte de quien miraba, y de su misericordia.

Cuando ni la misericordia ni la autodisciplina conseguían ahuyentar esa pulsión suya de muerte, el joven aprendió a servirse del dolor. Procurándose un poco, la pulsión desaparecía.

Durante los largos años de estudio que lo llevaron a un paso de graduarse como maestro de escuela, el joven volvió a ser lo único real en el mundo.

Hasta que la prostituta borracha lo tomó por un sacerdote. No fue un gran error. Después de todo, el hombre joven acompañaba de buena gana a su mentor porque, durante los paseos, el santo varón se dejaba llevar por divagaciones sobre la naturaleza de Dios que no dejaban de fascinarle. Una, en particular, le había sorprendido. El Señor es el punto desde donde se propagan todas las trayectorias, dijo el anciano sacerdote. Con su infinita misericordia, Dios trazaba la vida de cada una de sus criaturas. Trayectorias a las que nadie podía sustraerse.

Irrevocables, como las había definido.

La mujer no era hermosa, estaba borracha y no buscaba clientes. Estaba triste, quería confesarse con él y lo tomó por un sacerdote. Así que se le acercó.

El primer instinto del joven fue el de huir. Sentía que en esa mujer había peligro. Tal vez el aire cansado, tal vez el hecho de que se pareciera tanto a las fotografías en blanco y negro que representaban a su madre de joven. No lo sabía.

Sin embargo, no se marchó de allí.

Caminaron hacia la pequeña ciudad adormilada. Ella le habló de su miserable vida y él la escuchó. Cada vez con mayor desasosiego. Mientras, seguía escrutando las sombras de ambos, proyectadas por la luz de las farolas, preocupado sin un verdadero motivo. Luego, de repente, en un callejón, la mujer presionó sus labios contra los de él. Las manos empezaron a tocarlo en lugares donde nunca se había internado una mujer.

Confundido, el joven se separó de ella y, sin pensarlo siquiera, la aferró por la garganta con ambas manos, apretando con todas sus fuerzas. La habría matado de no ser porque se dio cuenta de que sus manos comenzaban a desvanecerse. El pánico que experimentaba de niño regresó, multiplicado por mil.

Se escapó corriendo con unas piernas que a duras penas lo sostenían. Cada minuto que pasaba lo hacía más débil. Regresó al seminario pensando únicamente en el dolor. El dolor lo ayudaría.

En el sótano encontró dos latas de queroseno. Una estaba vacía, la otra se la echó sobre los brazos. El dolor de las llamas fue terrible. Sus gritos, también.

Los gritos atrajeron la atención y, antes de perder el conocimiento, las últimas imágenes que su mente captó fueron las caras agitadas de sus compañeros y el rostro convulso del santo varón, que estaba recitando el rito de la expulsión. El santo varón le estaba practicando un exorcismo. Y, por segunda vez en su vida, el chico se rio sin fingir.

Luego llegó el hospital y tuvo tiempo suficiente para meditar, aturdido por la medicación. La familia, avergonzada de su tara mental, lo repudió. No importaba: el joven nunca había albergado un auténtico afecto hacia ellos. Al curarse se dio cuenta de que el dolor causado por el fuego no había detenido su proceso de desintegración. Únicamente lo había frenado. Así que, cuando le dieron el alta, fue en busca de la prostituta.

Se encontró, en cambio, con su chulo, un hombre de dientes podridos y fétido aliento, que le dio una buena paliza. Luego, al final de la tunda, lo arrastró hasta el apartamento de un abogado, un hombre muy respetado en la comunidad criminal, al que se llamaba cuando había una disputa que resolver. El chulo habría aceptado una reparación, pero el joven no tenía ni un céntimo y el chulo (que en lo más profundo de su corazón creía que amaba a la prostituta que a punto había estado de ser asesinada) pedía permiso para matarlo. El abogado pidió que lo dejara solo con el culpable.

Hablaron.

Y hablando, el abogado advirtió que ese joven poseía un raro talento. El de no sentir ninguna

emoción. Resarcíó al chulo de su propio bolsillo y se liberó de él. Luego puso a prueba al joven. Le señaló a un timador que había estafado a las personas equivocadas. El joven lo buscó y lo mató. Al matarlo, se volvió real.

El abogado se quedó impresionado con su trabajo. El joven mataba de forma limpia y se había revelado como un auténtico sabueso. El abogado le habló de determinadas personas que necesitaban un arma como él. Se hacían llamar el Consorcio. Eran personas capaces de mostrar gratitud, y él sería bien recompensado por sus servicios.

Pero el joven no sabía qué hacer con esa recompensa. El mundo era suyo, estaba allí para él. Habría rechazado la oferta de no ser por una palabra que el abogado utilizó.

Arma.

Un arma, pensó el joven, deslumbrado, era tan solo metal que el destino había convertido en un instrumento de muerte, en vez de en una azada o una lata de conservas. Un arma era inocente. El culpable era quien apretaba el gatillo.

El arma observaba el mundo con ojos llenos de misericordia.

El arma era el punto desde el que se desataban trayectorias irrevocables.

Y en arma se convirtió.

Se despidieron en la puerta.

El vikingo fue el primero en dejar la comitiva, encorvado bajo el azote del viento. Luego fue el turno de Peter-gordo, quien se despidió cantando una canción grosera.

Se quedó Peter-el-otro. De los tres de la taberna, era el anciano que más había bebido, pero también el que tenía la mirada más lúcida.

—¿Así que fuiste criado por un hombre de fe?

—Un santo varón, eso es lo que decían de él.

—Pero tú no eres un hombre de fe.

—No.

Peter-el-otro se frotó las manos enrojecidas por el frío.

—Tampoco eres un hombre de montaña, pero quieres subir hasta ahí arriba.

El Hombre de Confianza dirigió su mirada hacia el punto que Peter-el-otro estaba señalando.

La boca negra y abierta del valle.

—Exactamente.

Peter-el-otro escupió en el suelo.

—No crees en el diablo y, sin embargo, quieres conocerlo.

En la cara del Hombre de Confianza apareció una sonrisa torcida.

—Podría decirse que así es.

—¿Y de verdad —concluyó el anciano— quieres hacerme creer que no eres un hombre de fe?

El olor a quemado.

Fue el olor a quemado lo que le permitió encontrar la granja. Si el viento no hubiera llevado hasta sus fosas nasales esa ráfaga acre, se habría rendido.

Había salido a primera hora de la mañana, llevando un traje de esquí último modelo, acolchado y a prueba de viento, después de haber pasado la noche preparando el equipo y revisando los mapas. A buen paso, se internó en el valle, en dirección norte.

Al cabo de un par de horas se deshizo de los esquís y se calzó los crampones para subir más allá del límite de la vegetación, tratando de mantenerse a salvo de miradas indiscretas (y sintiéndose un blanco a cada paso); avanzaba escondido por las rocas cubiertas de hielo y se apresuraba cuando no había nada donde esconderse.

De vez en cuando se paraba para tomar un sorbo de la cantimplora y verificar el mapa. Se quitaba la mochila y movía los hombros para reactivar la circulación. Bebía, retomaba el aliento y emprendía de nuevo el camino.

Cuanto más avanzaba, más escasos se iban haciendo los indicios de la presencia de hombres. Alguna choza con los postigos cerrados, al principio; luego, ruinas medio enterradas por la nieve; al final, nada.

Mientras tanto, a su pesar, no podía dejar de reflexionar sobre las palabras de los tres ancianos. La descripción de la Araña, el hijo de *Voter* Luis. Un hombre que no buscaba nada.

Se equivocaban.

Todo el mundo iba en busca de algo. Dinero, sexo. Unos, venganza; otros, fama. La mayoría se contentaba con comida, una cama caliente y una vida sencilla. Pero sexo, dinero, gloria y comida eran solo máscaras para ocultar la verdad.

Todos los hombres, en el secreto de sus conciencias, sabían que no eran reales. Pedían una compañera fiel, un trabajo bien remunerado o suntuosos castillos, pero lo que ambicionaban era algo que los arrancara de su condición ilusoria. Por eso, una vez que alcanzaban una meta anhelada durante mucho tiempo, se hundían en un vacío doloroso y consternado. Se percataban de que habían hecho la petición equivocada. Codiciaban la realidad, pero esta les aterraba.

A todos, menos a uno.

Los tres ancianos no podían saberlo, pero si había alguien que no necesitaba pedir nada, ese alguien no era el ermitaño con tabardo negro, sino el Hombre de Confianza.

Solo él no necesitaba pedir nada. Porque él lo *era todo* . Por eso los hombres lo temían y, al mismo tiempo, quedaban fascinados con él.

Sentían que poseía algo diferente.

Y tenían razón.

Él era real, ellos no.

Hacía años que lo había comprendido.

Y, sin embargo, esas palabras lo habían atormentado y continuó pensando en ellas todo el día. Había pensado en ellas mientras iba ganando altitud, mientras exploraba el horizonte y mientras caminaba por las laderas de la montaña.

Cada vez más alto.

Cada vez más absorto en sí mismo.

La luz del día que había comenzado a hacerse oblicua lo cogió por sorpresa y estuvo a punto de regresar. De noche, lo sabía, no iba a encontrar nada. Aparte de la muerte por congelación.

De no haber sido por ese olor a quemado, es lo que habría hecho.

El Hombre de Confianza siguió el olor. El olor lo llevó a la granja encaramada entre las rocas, que quedaba a contraluz respecto a la puesta de sol.

El Hombre de Confianza, sin embargo, no miraba ni la puesta de sol ni la granja. Miraba el fuego. Y, en medio del fuego, sus ojos captaron al Lobo. O mejor dicho, a la Araña. Caminaba encorvado, con un extraño andar, envuelto en su tabardo negro. Con el sombrero calado en la cabeza.

No había duda: era él.

La caza estaba a punto de terminar.

La Araña andaba atareada y fue una suerte para el Hombre de Confianza, porque si se hubiera dado la vuelta su vida habría terminado. Por detrás de él, no había ningún sitio donde esconderse.

Con rapidez, el Hombre de Confianza trepó hacia un grupo de rocas que quedaba por encima de la granja. El frío y el cansancio eran solo un recuerdo. Cuando estuvo a buen recaudo, echó un vistazo, justo para ver que la Araña entraba en casa de nuevo.

No se preocupó por ello. Desde allí tenía en todo caso una perspectiva inmejorable.

De la mochila sacó una caja de metal, la apoyó en la nieve y antes de abrirla se quitó los guantes y se sopló los dedos, hasta que sintió la sangre circulando de nuevo. La temperatura bajaba rápidamente. El Hombre de Confianza abrió la caja de metal y montó el rifle con gestos rápidos y precisos.

Una carabina Mauser 98k, calibre 7,92, que raramente erraba un tiro. Su predilecta.

Colocó el visor y el silenciador. Por miedo a los aludes, no porque temiera llamar la atención. Por allí no había ni un alma viva en kilómetros a la redonda.

Guardó la caja en la mochila, sacó una colchoneta de camping enrollada. La desplegó, la extendió sobre la nieve y se echó encima, la pierna izquierda recta y la derecha un poco flexionada. Una perfecta posición de tiro.

Se apoyó la culata en el hombro, el cañón de la Mauser sobre la roca, luego a través del visor militar miró las llamas que la Araña había atizado.

Eran más o menos del mismo color que la llama del metano. Azuladas.

La Araña había excavado el hielo hasta trazar una trinchera en forma de espiral alrededor de la granja, que se encontraba en su centro exacto. No contento con ello, ese extraño animal de montaña la había rellenado con haces de leña.

Y les había prendido fuego.

Llamas azuladas.

El Hombre de Confianza ya había visto algo parecido, en la naturaleza. Fuegos fatuos, los llamaban. Pero los fuegos fatuos eran el resultado de la descomposición de organismos muertos. En pantanos o en ciénagas, por regla general. Allí solo había hielo y roca.

Tal vez, se dijo, la Araña había rociado la madera con algún extraño producto químico. La razón por la que lo había hecho era imposible de descifrar. Y además no le interesaba. El gordo del café de Merano lo había visto con claridad. La Araña estaba loca. ¿Por qué malgastar fuerzas en comprender lo que hacía?

El Hombre de Confianza vació su mente. La lente Zeiss encuadró la puerta de la granja.

La noche ocupó el lugar del crepúsculo. El cielo estaba despejado y la luna no era visible. Tampoco la Araña. El frío aumentaba. De tanto en tanto, el Hombre de Confianza se soplaba los dedos, sin apartar nunca los ojos de la puerta de la granja.

La luz de las estrellas se reflejaba en el hielo y provocaba un extraño efecto, hipnótico, que se sumaba a las llamas azuladas de la hoguera en forma de espiral. Se levantó viento.

El Hombre de Confianza entrecerró los ojos. Respiraba despacio, contando los latidos del corazón.

Sacó una barrita de chocolate de la chaqueta de esquí y la masticó sin notar su sabor.

La única luz que procedía de la granja era la de una ventanita en el piso superior, justo al lado de la entrada. La *Stube*, se imaginó el Hombre de Confianza.

De no haber sido por la leña en llamas, no habría esperado tanto. Habría irrumpido dentro. Pero el Hombre de Confianza pensó que si la Araña había prendido fuego a esa extraña espiral lo había hecho por un motivo, y que tarde o temprano volvería a salir al aire libre.

Mejor esperar, listo para un disparo a distancia.

Era más seguro.

Estaba a trescientos metros de la granja. Incluso con ese viento le habría sido imposible fallar. Había acertado en condiciones mucho peores.

De repente, la puerta de la granja se abrió de par en par, dejando salir la luz cálida y la sombra negra de la Araña. El Hombre de Confianza parpadeó. La Araña llevaba más haces de leña entre los brazos. Con el tacón cerró la puerta y bajó la escalera.

El Hombre de Confianza no disparó.

Siguió a la Araña mientras arrojaba leña en un lugar donde las llamas se habían debilitado. Observó que esparcía polvo sobre el fuego y vio que el azul se hacía más intenso.

La Araña cojeaba notablemente.

¿Estaba herido?

En la villa no había visto indicios de forcejeo. Tal vez había sido por un encontronazo posterior. O anterior. O quizás la Araña era coja de nacimiento. Sin dejar que se perdiera del centro del punto de mira, el Hombre de Confianza siguió a la Araña, que subía de nuevo la escalera.

La Araña abrió la puerta.

El Hombre de Confianza notó que los músculos de los hombros se relajaban.

La Araña se recortó, nítida, contra la luz de la *Stube*.

El Hombre de Confianza apretó el gatillo.

La Araña cayó.



Este pensamiento le dio fuerzas.

Y sin las bullas de Mamá, las vulgaridades de *Onkel* Fritz y la mirada de Lissy, Marlene-la-valerosa empezó a pensar de nuevo. Y, mientras pensaba, sonrió.

Y, sonriendo, empezó a buscar.

Porque *Onkel* Fritz tenía razón.

Marlene-la-valerosa era una quitamierda. Una auténtica quitamierda. ¿Cuánta había recogido con la pala en toda su vida? Toneladas. Guano de gallina, mierda de cabra y de vaca.

Y de cerdo.

Para llenar un tráiler.

Pero la mierda no se terminó ni siquiera cuando abandonó la montaña. Tuvo que sacar mierda también después. Aunque no siempre apestara.

La mierda eran las sonrisas que decían «aquí-está-la-puta», cuando Wegener la presentaba a sus socios en alguna reunión mundana. La mierda eran las lágrimas cuando oía a Wegener dando órdenes por teléfono. La mierda eran las joyas, la laca de uñas, los trajes. La mierda era Frau Holle. El mundo era una enorme pocilga a cielo abierto.

Y Marlene sabía cómo había que comportarse con la mierda.

El que busca encuentra, siguió murmurando.

El que busca encuentra.

No dejó de situarlo en el centro del visor.

El Hombre de Confianza se levantó con cautela, apuntando con la Mauser. Estiró las piernas y se sacudió la nieve. Arqueó la espalda. Las vértebras crujían.

Empezó el descenso.

El viento le hacía lagrimar los ojos, pero no los cerró ni un instante siquiera.

Al llegar a unos treinta metros de la granja, la cara paralizada por la helada, notó la llamada de las olas de calor saliendo de la hoguera en espiral de la Araña.

Continuó.

Sabía que la Araña no estaba muerta. No había disparado a matar. Si ese hubiera sido su objetivo, no habría tomado tantas precauciones. Había disparado para herir.

La Araña y el Zorro. Quería saber qué era lo que los unía.

La rodilla de la Araña tenía muy mal aspecto. Un charco de sangre alrededor. El viejo vestido de negro gemía con la cara girada hacia la *Stube*. El Hombre de Confianza apoyó el cañón del rifle en la nuca.

—¿Dónde está?

La Araña intentó darse la vuelta, pero el Hombre de Confianza se lo impidió presionando un poco más fuerte.

—La chica. Marlene.

—No hay ninguna Marlene.

—La chica de los zafiros. ¿Dónde está?

La Araña no respondió.

El Hombre de Confianza le exhortó.

—Entrégamela y te perdonaré la vida.

—No hay ninguna Marlene. Solo está Lissy.

El Hombre de Confianza frunció el ceño.

¿Quién era Lissy?

¿Qué se le había escapado?

—¿Dónde?

—Abajo. Junto a mi padre. Y el padre de mi padre.

El Hombre de Confianza se mordisqueó los labios. Estaban tan fríos que no sintió dolor.

El anciano deliraba.

Estaba loco. O bien fingía estarlo.

—Solo me interesa Marlene. Luego te dejaré vivir.

—¿Con esta pierna?

—¿Dónde está?

El viejo, tendido en el suelo, estaba perdiendo mucha sangre.

—No te desmayes.

—En el sótano, bajo la *Stube*, hay una puerta. Está cerrada con llave.

Había algo que no encajaba.

No encajaba de ninguna de las maneras.

—¿La has encerrado?

—Sí.

El Hombre de Confianza observó el rostro pálido del anciano.

—¿Tú mataste a Wegener?

—Sí.

—¿Por qué lo hiciste?

El anciano cerró con fuerza los párpados.

—Dulce Lissy. Pequeña Lissy.

El Hombre de Confianza movió el cañón del rifle desde la nuca a la rodilla destrozada.

Presionó sobre la herida.

El anciano levantó la voz, una horrible mueca en su cara congestionada.

—¡Dulce Lissy! ¡Pequeña Lissy! Dulce...

El Hombre de Confianza disparó de nuevo.

La Araña gritó. La cantilena cesó.

—No tiene sentido. No tiene ningún sentido.

La Araña se volvió lentamente hacia él.

Ahora que el Hombre de Confianza podía mirarlo a la cara, se dio cuenta de que la Araña tenía las pupilas contraídas y los ojos brillantes. Estaba bajo los efectos de alguna droga.

—El mundo es un hervidero de misterios.

También esa afirmación carecía de sentido.

—La llave —lo apremió el Hombre de Confianza, nervioso—. Has dicho que la puerta estaba cerrada con llave. Dámela y haré que cese el dolor.

El anciano se la tendió.

Cuando la mano del Hombre de Confianza se cerró sobre la llave, la Araña lo agarró de la muñeca y lo atrajo hacia sí. Un gesto tan rápido que el Hombre de Confianza no tuvo tiempo de reaccionar. Un momento antes apuntaba el rifle contra el viejo, un momento después estaba en el suelo, echado sobre él. Ojos en los ojos. Era *fuerte* la Araña.

—Está a punto de llegar —susurró el viejo.

Sorprendido, el Hombre de Confianza preguntó:

—¿Quién?

—La verdad.

El Hombre de Confianza sintió un golpe en el estómago.

El mundo dio un vuelco.

Chocó contra la pared de la granja. Vio al viejo, herido pero dotado aún de una fuerza física increíble, echarse de lado y hundir la madera crujiente de la escalera. Lo vio hundirse en la oscuridad. Oyó un ruido sordo y un grito sofocado.

El Hombre de Confianza se levantó y aferró la Mauser en un único gesto. La empuñó y apuntó.

Hacia la nada.

El anciano había desaparecido entre las sombras.

El Hombre de Confianza titubeó.

La Araña estaba acabada. Por muy fuerte y colocado que estuviera, ningún ser humano podía sobrevivir con la herida que le había infligido.

Con una rodilla fuera de uso y una hemorragia en pleno apogeo, representaba una mínima amenaza.

No inmediata, en cualquier caso.

Decidió olvidarse del tema.

No iba a dejarlo con vida, eso no. El Hombre de Confianza nunca dejaba testigos. Mataría a Marlene, luego llegaría el turno del anciano. Encontrarlo siguiendo la sangre en la nieve sería un pasatiempo. Pero antes tenía que sacar al Zorro de su escondite.

Se puso el rifle en bandolera.

Entró.

La puerta se abrió.

La figura que se recortaba a contraluz no era la de Simon Keller.

Marlene, escondida del otro lado del monolito negro, detrás de una estantería volcada, con la espalda apoyada contra la pared húmeda, contuvo la respiración.

El hombre llevaba un rifle al hombro.

—¿Marlene? —la llamó el desconocido.

Marlene se encogió cuanto pudo.

—Ya terminó todo —anunció la voz del hombre a contraluz—. Puedes salir.

Marlene no respondió.

El hombre bajó un par de peldaños.

—He venido a salvarte. Ya ha terminado todo. Eres libre.

Marlene no sabía quién era ese hombre. Ni dónde se encontraba Simon Keller. Si era de día o de noche, o si ese encuentro no era más que un engendro de su fantasía.

Sabía, sin embargo, que el desconocido, a pesar de su tono preocupado, estaba mintiendo.

Como buena quitamierda, improvisó.

Cogió una manta y se la puso sobre las piernas.

—¿No te fías de mí? —le dijo la voz—. Yo tampoco lo haría, en tu lugar. No nos conocemos. No sabes por qué estoy aquí. No sabes nada. Has sufrido, lo entiendo. ¿Desde cuándo te tenía prisionera?

Un peldaño.

Faltaban pocos.

—¿Quieres respuestas? —preguntó la voz, afectuosa—. Conoces el Consorcio, ¿verdad? Ellos me envían. No has de tener miedo. La deuda está saldada. Wegener está muerto. Aunque tú esto ya lo sabes, ¿verdad?

Ese hombre sabía mucho.

Tal vez demasiado.

¿O quizá llevaba encerrada tanto tiempo allí que ya no era capaz de darse cuenta de que realmente todo había terminado?

—Tienes los zafiros. Entrégamelos y el asunto quedará zanjado. Aún te da miedo el hombre vestido de negro, ¿verdad?

Marlene abrió completamente los ojos.

—Está muerto —anunció la voz del desconocido.

Simon Keller.

Muerto.

Muerto.

MUERTO .

—Ya, claro —exclamó el extraño, deteniéndose en la parte inferior de la escalera—. Es el rifle. Te da miedo. Y tienes razón. Ahora que el anciano está muerto, ya no es necesario. Mira.

El hombre a contraluz se deshizo del rifle, apoyándolo contra la pared. Se alejó del arma unos pasos, con las manos levantadas. Cuando se inclinó hacia un lado, Marlene pudo ver su cara a

plena luz. Se parecía a un actor famoso.

Sonreía.

—Estoy aquí —murmuró Marlene.

—Ven, vámonos de aquí. ¿Tienes hambre? He visto que en la *Stube* hay provisiones. Puedo prepararte algo de comer. Puedes descansar. Tal vez será mejor esperar a que sea de día para volver a la ciudad. No hay prisa. Montaré guardia.

—Estoy encadenada —dijo Marlene—. No puedo moverme. No quería que me escapara.

Los ojos del desconocido se fijaron en la estantería volcada. Su escondite.

Se acercó.

La vio.

Marlene, acurrucada en el suelo. Las piernas ocultas por una manta apolillada.

El Hombre de Confianza se acercó un poco más.

—Marlene —dijo—, es un placer conocerte en persona. He oído hablar mucho de ti. Una chica emprendedora.

Marlene se quitó el pelo de la cara, mirando al extraño que, con las manos en las caderas, la observaba.

Sonreía.

No con los ojos, sin embargo.

Marlene le devolvió la sonrisa.

—Decían que eras hermosa —el Hombre de Confianza se agachó a su lado—. Pero no me imaginé que fueras *tan* hermosa.

Era tranquilizador. Demasiado.

Como la voz de la bruja.

*¿Quién mi casita se come?*

Marlene-la-valerosa se decidió.

—¿Me ves? —preguntó.

—Por supuesto —respondió el Hombre de Confianza, asombrado por la pregunta.

—Bien —dijo la chica—. Porque ahora ya no me verás más.

Un gesto repentino.

Una nube de polvo blanco sobre la cara del Hombre de Confianza.

Cal viva. Cosas de quitamierda. Llaga, quema. Y si entra en contacto con los ojos...

Roe, roe, roe .

La cal también tiene hambre, siempre.

Exactamente igual que Lissy.

El Hombre de Confianza retrocedió, gritando. Chocó contra un armario y lo hizo caer. Una cascada de trastos. Fue enterrado por ellos. Gritó por el dolor cada vez más fuerte, a medida que la cal iba reaccionando con las mucosas de los ojos.

Marlene se lanzó hacia el lado opuesto, rápido.

*Fuera, fuera, fuera.*

Subió tres peldaños. Se detuvo.

Una pirueta.

Aferró el rifle del extraño que jadeaba y se retorecía, y dio un salto hacia la puerta.

La llave aún estaba en la cerradura.

Cerró con dos vueltas.

La *Stube* estaba vacía.

Esta vez, nada de cucharas.

Marlene blandía la Mauser moviéndola a derecha e izquierda, sintiéndose torpe y estúpida. Nunca había visto un rifle como aquel. Era un arma de guerra, no de caza como la de dos cañones superpuestos de Simon Keller o la de cañón doble de su padre.

En cualquier caso, se dijo, el funcionamiento era el mismo.

Decide a quién quieres matar y aprieta el gatillo.

Avanzó hacia la puerta y vio la sangre.

El desconocido había dicho que había matado a Simon Keller. Había sangre allí. Pero ni rastro del *Bau'r*. Y los muertos no salen de paseo por su propio pie. Aquello no había terminado.

¿Dónde estás?

¿Dónde estás? ¿Dónde estás?

El viento le azotó la cara.

Volvió a entrar.

Apoyó el rifle contra la pared. Se puso la chaqueta acolchada. Rozó con los dedos el calibre 10 de Simon Keller. Miró la Mauser. Tenía un cargador, el calibre 10 no. Marlene no entendía de armas, pero sabía que un cargador contenía más balas que una escopeta normal.

Más munición significaba mayores oportunidades para dar en el blanco. Una buena noticia para quien no había disparado nunca en su vida.

*La buena noticia es que estás sola. Sal de aquí. Huye.*

*¡Muévete!*

Había pan negro sobre la mesa. Y agua. Al agua no supo resistirse. Bebió y dio un par de mordiscos al pan. Volvió a beber de nuevo. Abundante, fría, gélida, maravillosa agua.

Era tan buena que casi le entraron ganas de llorar.

No salió aún.

Esta vez haría las cosas bien.

Había una Biblia apoyada en la *Stube*, Marlene arrancó las páginas y utilizó el papel para hacerse una capa aislante alrededor del cuerpo, luego abotonó el chaquetón. Cogió unos trapos y se los metió en los pantalones, alrededor de las pantorrillas y los muslos.

Hacía frío afuera.

Mucho frío.

Aferró la Mauser.

¿Lista?

Lista.

La barandilla rota le contó una historia de lucha entre el desconocido y Simon Keller. Los fuegos alrededor de la granja susurraron locuras que la aterrorizaron. Empezó a correr.

Hacia la salvación.

El calor de las llamas lamió su rostro. Superó el primer círculo. El calor era acogedor. Superó también el segundo círculo de la espiral azulada y se detuvo.

Demasiado frío.

*Demasiado.*

Lo que estaba haciendo era una locura. Nunca podría sobrevivir en el exterior, lejos del fuego. El papel no podría soportar esa helada. ¿A quién pretendía tomarle el pelo? La muerte estaba esperándola un poco más abajo, en el valle.

Para ella y para Klaus. Todavía no nacido, pero ya condenado. Por su madre.

No.

Deja de contarte historias. Si sigues adelante, mueres. Si te detienes, mueres. Únicamente hay una cosa que puedes hacer.

Encontrar a Simon Keller.

Acabar con él.

Pasar la noche en la *Stube* . Comer. Reposar. Esperar el amanecer. Bajar hacia el valle.

Olvidar.

No antes de prenderle fuego a la granja con el extraño en el interior.

Cierra el horno y déjalo que *grite* .

Al infierno. Todo y todos.

Entonces lo oyó.

El toque de la campanilla.

Los dedos del Hombre de Confianza encontraron algo. Piedra viscosa. Metal. Frotó contra aquello las yemas de sus dedos, jadeando. Una ventanita. Barrotes de metal. La piedra era húmeda y cálida al tacto.

Húmeda.

Sus ojos se habían convertido en tizones ardientes. Pero esa piedra estaba húmeda. Necesitaba agua para limpiarse los ojos antes de que la cal que le había lanzado encima el Zorro le dañara las córneas, dejándolo ciego.

Bastaría con las escasas gotas que manaban de la piedra.

El Hombre de Confianza se arrodilló al pie de la ventanita. Se pasó las manos por la chaqueta de esquí, resistiendo el impulso de frotarlas sobre los párpados.

Los ojos le dolían.

Pero podría haberle ido peor, pensó, si la cal le hubiera dado de lleno. No había sido así. Cuestión de reflejos. Y de suerte.

Además, él era real. Podía sentir el dolor, pero no podía verse abrumado por él.

Y la muerte quedaba reservada a las ilusiones.

Solo una pequeña cantidad del puñado de cal que Marlene le arrojó había acabado dentro de sus ojos, bastante más en la cara. También le ardía el rostro, debido al sudor. No tanto como los ojos, afortunadamente. Tal vez le quedarían cicatrices. Las cicatrices supondrían un problema en el futuro. Un hombre con la cara marcada llama la atención.

Pero ya pensaría en ello a su debido tiempo.

Cuando terminó de frotarse las manos sobre la tela a prueba de viento, las apoyó contra la pared del sótano. Las mojó y se las acercó a los párpados.

Se obligó a mantener los ojos abiertos. El dolor fue terrible. Retiró las manos. Maldijo. Escupió al suelo. Respiró.

Se calmó.

Volvió a frotar sus dedos y se los llevó a la cara. Un gesto decidido. Resistió el dolor. Repitió la operación tres veces más, luego se atrevió a mirar a su alrededor.

El mundo estaba envuelto en una neblina blanca, pero aún era capaz de ver. No lo suficiente, sin embargo. Apoyó las manos. Se las frotó. Repitió la operación. Las tinieblas fueron desvaneciéndose.

Lo bastante como para permitirle volver a la acción.

Sacó de su bolsillo una navaja automática. Pulsó el botón y sintió el familiar chasquido del mecanismo. Veinte centímetros de acero sueco. Una buena hoja.

Apeataba a cerdo, un hedor terrible. La ventanita era un cuadrado de sesenta centímetros por sesenta. Con un pequeño esfuerzo lograría utilizarla como acceso.

Golpeó la hoja de la navaja contra el marco. Era robusto, pero el Hombre de Confianza no se desanimó. Chascó la lengua e introdujo la punta de la hoja metálica en el cemento, haciendo palanca. El metal era resistente, el cemento era viejo y maleable.

El Hombre de Confianza se sentó a la manera de los indios de América y comenzó, paciente, a rascar. De vez en cuando hacía palanca con la navaja automática.

La ventanita empezó a ceder en varios puntos. Eso casi le hizo olvidar el dolor en los ojos. El izquierdo, sobre todo, le preocupaba. Estaba dañado.

Cuando la ventanita estaba a punto de ceder, al Hombre de Confianza le pareció oír un estertor.

Una voz que decía:

—Dulce Lissy. Pequeña Lissy.

Lissy.

Marlene la oyó llegar. La bastarda. Empuñó el rifle. Lo apoyó contra su hombro. El viento se superponía al sonido de la campanilla. El crujido de las tablas de madera tampoco ayudaba.

¿Debería apuntar a la derecha?

¿O a la izquierda?

Una sombra, rechoncha, detrás de las llamas, justo delante de ella. Marlene apretó el gatillo. El rifle cobró vida. Junto al estallido, el dolor en el hombro.

La Mauser salió disparada, golpeándola en la barbilla. Marlene se cayó hacia atrás, aturdida. Sacudió la cabeza, se levantó y comprobó la situación.

No había ninguna cerda, solo las llamas.

Recuperó el rifle.

Tenía que recargar, ¿pero cómo? Había una palanca en un lado y Marlene pensó en las películas de gángsteres que a Wegener tanto le gustaban. Tira de ella y empuja. O empuja y tira de ella. Una de las dos cosas. Empujó y tiró. Luego tiró y empujó. Se oyó un estrépito metálico. Como en las películas.

Bala en la recámara.

O, por lo menos, eso esperaba.

Colocó la culata de la Mauser en la cavidad de su hombro, que palpitaba como un diente cariado. Puso la mano sobre la culata, pensando en la manera en que se le había salido disparado el rifle de entre las manos y trató de calcular el retroceso lo mejor que pudo.

—De acuerdo.

Un paso.

Con la cabeza inclinada hacia un lado, los músculos tensos. El dedo en el gatillo.

Superó con un salto una franja de fuego donde las llamas habían consumido el combustible y se había creado un paso.

El fuego le lamió el pelo, pero aparte de un poco de olor a quemado, no pasó nada más. Solo el viento y el frío.

Y la campanilla. Cerca.

A su izquierda.

Marlene se volvió y disparó.

La bala se perdió en la nada. Su hombro protestó. Pero al menos el arma se había quedado en su lugar. Tira y empuja. El estrépito. Bala en la recámara. ¿Cuántas le quedaban?

No lo sabía. Mierda.

La campanilla. Lissy. *Detrás* de ella.

Era rápida, esa maldita.

Marlene se dio la vuelta, disparó.

El trueno se perdió en la nada.

Tira y empuja. Reza por que aún quede algo que disparar.

¿Dónde estás?

¿Dónde estás?

Una ráfaga de viento más fuerte que las otras empujó las llamas hacia ella. Esta vez Marlene no notó solo el olor a quemado, también sintió el calor. Soltó el rifle y se echó sobre la nieve, con un sollozo. Levantó la vista y allí estaba.

La cabrona.

Lissy.

Negra sobre el fondo azul. El fuego por detrás de ella.

Agitaba la cola. Cuatrocientos kilos de negro.

La cresta se movió dos veces, a derecha e izquierda, como si Lissy estuviera negándole algo.

*No-no-no, bonita. De aquí no se sale. No-no-no.*

Las franjas albinas bajo sus párpados brillaban como signos de exclamación cargados de amenaza. Los colmillos rezumaban baba. Porque, pensó Marlene, Lissy tenía hambre.

Siempre tenía hambre.

La cerda soltó un par de resoplidos por las fosas nasales, que se transformaron en nubes de condensación. Dio unos pasos, manteniéndola clavada en el suelo con su mirada. Eres comida, decían esos ojitos malvados. Eres comida para Lissy.

Marlene acercó la mano hacia el rifle. Lo aferró.

Lissy se detuvo. Sus patas temblaban, tenía la cabeza ladeada para verla mejor.

Marlene, lentamente, atrajo la Mauser hacia sí. Lentamente, se incorporó sobre una rodilla. Lentamente, se colocó el rifle en el hombro. Lentamente, cerró el ojo y apuntó.

Lentamente, colocó el índice en el gatillo.

Lissy volvió la cabeza, inclinándola hacia la nieve, apuntando contra ella los colmillos.

Lissy *chilló*.

Cargó.

La campanilla sonaba enloquecida.

La cerda avanzó con la cabeza gacha salpicando de nieve y hielo por debajo de los cascos, la poderosa musculatura moviéndose bajo el pelo negro como el demonio, el vapor restallando por las fosas nasales, los colmillos curvos y puntiagudos listos para destriparla.

*No dispares.*

No lo hizo.

*Deja que se acerque.*

Quince metros.

Lissy, sin frenar su marcha, levantó el hocico a las estrellas y volvió a chillar.

El cañón de la Mauser tembló.

Diez metros.

Los colmillos como dientes de arado.

Nueve metros. Ocho.

Cada vez más cerca.

Marlene notó que la carrera de la cerda hacía temblar el suelo. Notó las vibraciones de esa masa negra y malvada que iba a su encuentro a la velocidad de una bala.

¡Ahora!

El percutor golpeó en el vacío. Se había terminado la munición. Marlene cerró los ojos. Soltó el rifle. Se preparó para sentir el peso de la cerda sobre ella.

El impacto.

Los huesos que crujían y se rompían bajo la furia de Lissy. Los colmillos que se hundían en la carne. El dolor. El sufrimiento. Y la muerte.

Le pidió perdón a Klaus.

Llegó a sentir el aliento de la cerda, pero no hubo ningún impacto. Nada de dolor, nada de sangre. Nada más que el sonido de la campanilla. Marlene abrió los ojos por completo.

Las llamas azuladas. La noche.

El viento.

Ni rastro de Lissy.

Tan solo las marcas de sus patas en la nieve, que llegaban hasta un metro de ella e invertían la carrera para desaparecer por detrás de la cortina de llamas. Marlene se llevó la mano al corazón. Le pareció sentir sus latidos a través de la tela de la chaqueta y de las páginas de la Biblia. Aún seguía con vida.

¿Por qué?

Con las últimas energías, Simon Keller abrió la portezuela de la rejilla y liberó a Lissy dejándola salir del establo.

Tal vez el frío la mataría, pero había más piedad en el hielo que en el hambre.

Al quedarse solo sintió que había llegado el fin y la muerte se acurrucó a sus pies.

Simon Keller no lograba verla bien. Estaba cansado. Pero sabía que estaba allí.

No, la muerte no era fría.

Siempre se la había imaginado fría, desde su primer encuentro, cuando *Voter* Luis se la presentó, años antes. Había pasado mucho tiempo desde entonces. Se habían hecho amigos. La había entrevistado cada vez que mataba a alguien.

Ahora la muerte estaba allí, para él.

—Pensaba que eras fría —dijo el *Bau'r* .

La muerte no respondió.

El *Bau'r* apoyó sus manos en el suelo y se arrastró hacia el camastro de Lissy, en la esquina oscura. Se dio cuenta de que estaba sucio de estiércol y lo lamentó. La ropa de Marlene era muy bonita, la más bonita que había poseído en su vida.

Pero ahora estaba muriéndose y nada tenía importancia.

Sonrió, y la muerte sonrió con él.

—Me lees el pensamiento, ¿no es así?

—Así es.

La muerte se le acercó.

Se inclinó sobre él y le sopló un beso en la frente.

Simon Keller notó el olor de su respiración. Parecía el olor del heno recién cortado. Cerró los ojos y lo vio.

Un prado exuberante. La hierba alta y madura doblada bajo el empuje de una ligera brisa, tan agradable como el fluir de un arroyo en verano. Había un árbol en el centro del prado. Y alguien que se escondía detrás de él.

Pero la brisa le hizo abrir de nuevo los ojos.

No era la brisa, era la muerte.

La muerte estaba arrodillada junto a él, cerca.

—¿Qué es ese lugar? —preguntó el *Bau'r* .

No hubo respuesta.

Con una caricia, la muerte le cerró los párpados. Le posó la mano sobre el corazón y el latido se debilitó. Y Simon Keller lo agradeció.

El árbol era un fresno, orgulloso y fuerte. Simon Keller se sintió pequeño delante de él y fue feliz por ello.

Se acercó, porque quería averiguar quién era la figura que se escondía detrás del tronco.

Una voz lo llamó.

*Sim'l*.

No había cambiado, a pesar de todos esos años.

Lo abrazó.

—Lissy —dijo Sim'l, sintiendo cómo el pelo de la niña olía a heno cortado.

Ella se apartó y le tendió un cerdito de madera.

El cerdito sonreía.

La niña le señaló la luz y Simon Keller deseó alcanzarla.

—Aprieta con más fuerza —le pidió a la muerte.

La muerte no obedeció. Se retiró.

Simon Keller asintió, tosiendo. La muerte no obedecía a nadie. Era caprichosa. Llegaba cuando no había tiempo y se demoraba si era reclamada.

Debía tener paciencia.

Los prados. Los árboles.

La luz.

Elisabeth lo cogió de la mano y lo llevó más allá del fresno. A Simon Keller le disgustó, porque sentía que el fresno lo quería.

Siempre lo había querido.

Cuánta luz.

Entonces la muerte se desvaneció, y Lissy desapareció.

Simon Keller volvió a la pocilga.

Ya no estaba solo.

—La has asustado —se quejó el *Bau'r* .

El Hombre de Confianza miró a su alrededor, con la navaja en la mano.

No había nadie.

—¿A quién? —preguntó.

—A Lissy —respondió Simon Keller, sonriendo apenado—. Tú has hecho que escapara. Pero volverá pronto. Nunca se ha marchado, ¿sabes? Siempre ha estado aquí. Conmigo.

El *Bau'r* dejó que su mirada vagara por la pocilga.

La muerte estaba allí, en alguna parte. Estaba esperando a que el desconocido se marchara para regresar hasta él y llevarlo junto a Elisabeth. Simon Keller tan solo deseaba volver a ver los prados.

Y la luz.

Cuánta luz.

El Hombre de Confianza no veía más que cadáveres de cerdos muertos, un recinto de madera y una lámpara colgando de una viga oscura. La luz de la lámpara le escoció el ojo sano. Se lo frotó. Le dolía. El otro había desaparecido.

Tan solo tinieblas.

Bajó la navaja automática.

Negó con la cabeza.

—Tú estás loco.

El *Bau'r* lo observó y el Hombre de Confianza se percató de que pronto la muerte iba a llevárselo.

—Yo también lo creí —jadeó Simon Keller—. Pero Lissy no es mala, nunca me ha mentado. No es una ilusión. Lissy es real. Lissy siempre ha estado conmigo. Nunca me ha abandonado. Y nunca me abandonará.

Con gran esfuerzo se metió la mano en el chaleco. Sacó una campanilla. La agitó. Tres veces. La cuarta se le hizo imposible. Esa diminuta campanilla resultaba ya demasiado pesada para él. Se le escapó de entre los dedos y terminó en el estiércol.

El Hombre de Confianza lo dejó hacer.

El tintineo argénteo se perdió en el vacío.

No sucedió nada.

No vino nadie.

Solo estaban ellos dos.

El Hombre de Confianza pensó en las palabras del viejo de la posada.

Había dicho que el hijo de *Voter* Luis era un hombre de fe, igual que el santo varón que le había enseñado a leer el mundo con los ojos llenos de misericordia. Pero ambos no eran más que hombres. Y los hombres deseaban ilusiones.

Consolación.

Fue justo con los ojos llenos de misericordia como el Hombre de Confianza se acercó al *Bau'r* , empuñando la navaja automática, y susurró:

—¿Quieres que la haga llegar para ti? ¿Es esto lo que deseas?

El *Bau'r* levantó el brazo con gran esfuerzo y le señaló un punto a su espalda, detrás del fresno, en la colina.

Lissy estaba bellísima. Descalza en el prado.

Lissy le tendía el cerdito de madera. El cerdo sonreía.

Y la luz, había toda aquella luz.

El Hombre de Confianza no vio la luz, pero oyó un tintineo. Y se volvió de golpe.

Ella estaba allí.

Allí, en el umbral.

Allí, en la colina.

—Lissy —la llamó Simon Keller.

Lissy, pensó el Hombre de Confianza.

Lissy era una cerda.

Negra. Gorda.

Malvada.

Lissy bajó la cabeza y cargó. Bajó los peldaños como una avalancha y como una avalancha se lanzó contra el Hombre de Confianza. Antes de ser embestido por ella, él le asestó, instintivamente, un navajazo que se hundió en la densa capa de grasa que envolvía el cuerpo de la cerda, pero fue como si Lissy no lo hubiera notado siquiera. El impacto le destrozó el fémur al Hombre de Confianza. La navaja siguió clavada en el pellejo de la cerda. Lissy levantó el hocico y el Hombre de Confianza se sintió alzado casi hasta el techo.

Permaneció suspendido en el aire durante unos segundos, luego cayó al suelo, de cara, gritando.

Lissy se estrelló contra su espalda, ensartándolo y haciéndolo rodar hasta dar contra el recinto de los verracos. El Hombre de Confianza se volvió y levantó la mano para protegerse del segundo ataque de la cerda.

Lissy le arrancó tres dedos de un único mordisco.

El Hombre de Confianza vio la sangre chorreando, trazando una perfecta parábola para caer sobre el suelo de piedra.

Y desaparecer.

La pocilga, los cerdos muertos, la valla de madera, la reja de metal, la ventanita, el estiércol, el agonizante *Bau'r*, todo estaba desapareciendo. Borrado como tiza en una pizarra.

El Hombre de Confianza miró a la cerda y en los ojos del animal vio una terrible e infinita hambre. Lo que no vio fue su reflejo. O el del mundo.

Tan solo Lissy era real.

La cerda agachó la cabeza para abrirle el abdomen con sus colmillos puntiagudos, pero la voz del *Bau'r* la detuvo.

—Dulce Lissy, pequeña Lissy.

Lissy se volvió hacia el *Bau'r* y el Hombre de Confianza vio a Simon Keller agitando la campanilla. Vio a Lissy acercándose al *Bau'r*. La vio agachar la cabeza y lamerle la cara con la lengua. Vio al *Bau'r* acariciando el hocico ensangrentado de la cerda y le oyó repetir esas palabras:

—Dulce Lissy.

La cerda frotó su hocico contra la cara del viejo.

—Pequeña Lissy.

La cerda comenzó a llorar.

El Hombre de Confianza abrió la boca y luego la cerró. Empezó a reír. Era la locura. Solo la

locura. No importaba lo que había visto en los ojos de la cerda.

Era solo una cerda.

Él era un arma.

Él era lo único concreto en el mundo.

Él *era* el mundo.

Se arrastró hacia las escaleras. Hacia la noche. Subió el primer peldaño, reptando. El fémur roto que se iba dando golpes contra las escaleras le lanzaba insoportables descargas de dolor, peores que las de la mano. Pero el Hombre de Confianza bendijo ese dolor. El dolor le permitía percibir los peldaños, ver sus propias manos mientras los escalaba. Él era un arma, se repetía.

Él miraba el mundo con ojos llenos de misericordia.

No debía olvidarlo.

No.

El segundo peldaño. El tercero. El Hombre de Confianza asentaba la mano herida contra la piedra. El fémur iba dando golpes. Quería sentir dolor.

Levantó la vista. Faltaba poco. Solo tenía que continuar arrastrándose. Llegar a la puerta.

Y superar a Marlene.

A pesar de que era translúcida, el Hombre de Confianza la reconoció. El pelo azabache, el lunar. Los ojos que brillaban como brasas. Marlene le apuntó con el calibre 10 del anciano.

—Te... —el Hombre de Confianza levantó su mano mutilada—... lo ruego.

Marlene respiró hondo.

Bajó el cañón del rifle.

El Hombre de Confianza avanzó un peldaño más. El peldaño era blando como el barro, pero él no. Él era real. Él era concreto. La cerda era una ilusión, el *Bau'r* era una ilusión, la chica era una ilusión. Ilusiones que existían porque él existía. Por eso el vacío en el que se estaba sumiendo el mundo nunca podría devorarlo. Por eso aquella chica haría todo lo que él le pidiera.

Sin él, todo desaparecería.

—Deja el rifle —ordenó el Hombre de Confianza.

Marlene lo dejó caer al suelo.

Tan solo tres peldaños.

Nítidos. Perfectos.

Dos.

—Ahora, ayúdame —dijo el Hombre de Confianza, tendiendo la mano sana hacia la mujer.

Marlene lo miró. Sus ojos lo traspasaron de lado a lado.

Gélidos.

Cerró la puerta. Con llave.

La puerta se desvaneció.

El Hombre de Confianza se encontró flotando en la nada.

Consternado, ya no fue un arma. Volvió a ser un hombre. El más asustado de los hombres. Su mundo perfecto era una perfecta ficción. Porque el Hombre de Confianza tenía horror de todo.

Ya no tenía brazos, ni piernas. Ni cabeza. Solo había quedado el pánico.

¿Y qué pasaría cuando el pánico también desapareciera?

En el vacío oyó la voz de Simon Keller y el Hombre de Confianza se aferró a ella.

—Lissy. Dulce Lissy. Pequeña...

Volvió el dolor.

Volvió la puerta. Y volvió la pocilga.

Apenas insinuada. Opaca. Pero concreta, real.

Rezó para que el viejo continuara, rezó para que la muerte le dejara ese poco de vida que le permitiera cantar aún un poco más. Para volver a lo concreto.

La muerte, sin embargo, se acercó al *Bau'r* y se llevó su corazón entre las manos. Con delicadeza. Como *Voter* Luis cuando lo levantaba para enseñarle los nidos entre las ramas de los árboles. La muerte sopló y el corazón de Simon Keller dejó de latir.

El *Bau'r* soltó un último suspiro.

El Hombre de Confianza sintió cómo ese débil eslabón desaparecía y de nuevo braceó en la nada. Entonces, con las últimas fuerzas que le quedaban, buscó un modo de engañar a la muerte.

—... Lissy —dijo—. Pequeña Lissy.

Del vacío surgió un ruido.

Un toque de campanilla.

—Dulce Lissy.

Y Lissy llegó.

1984.

La resaca del mar es una nana. La mujer sentada en la orilla es hermosa. Aparenta tener más años que los treinta y dos que tiene. Pero es hermosa. Nadie podría negarlo.

Es hermosa especialmente cuando observa a la niña mientras esta construye castillos de arena. Ella le enseñó. Es su hija y es todo su mundo.

La niña también es morena, y también es muy hermosa. Se ve a las claras que son madre e hija. Tienen la misma sonrisa.

La niña habla español y sabe muy pocas palabras en alemán. «*Mutti*» es su preferida. Pero la utiliza únicamente cuando están solas.

La niña se llama Astrid, pero allí para todo el mundo es Estrella.

Estrella es un bonito nombre.

A Marlene no le disgusta que la niña no sepa alemán o italiano. Tampoco le disgusta que a la niña no le importe nada su madre patria.

Estrella nunca más volverá a esas montañas.

Ella y Carlos lo han jurado. Astrid nunca sabrá nada de su nacimiento. Ni de Herr Wegener, ni de Simon Keller. Nada. Carlos conoce toda su historia. Marlene lo quiere y no habría podido mentirle nunca. Lo quiere de verdad. Carlos es un hombre paciente, dulce. Conoció a esa desconocida con el alma llena de cicatrices, la hizo reír y enamorarse. Con su amor la hizo volver a estar viva. Carlos también quiere a Estrella. Dice que es un regalo. Y realmente lo es.

Para ambos.

Solo hay una cosa que Carlos no sabe: un recuerdo que Marlene está intentando borrar. Dentro de un par de años lo conseguirá.

El momento en que la partera la puso en su regazo, a esa recién nacida con el pelo azabache, y le preguntó cómo quería llamarla. «Klaus», respondió Marlene.

Klaus.

Pero Klaus es un nombre de niño.

—Es una niña —sonrió la comadrona—. Una niña guapísima.

Marlene la miró.

Sí, una niña.

—La llamaré Astrid. Como una estrella.

Dijo «Astrid».

Pero el nombre que pensó fue otro.

1994.

La belleza fuera de pista. La nieve virgen, la naturaleza entera para ellos. Se conocieron aquí, en las montañas. Pero ahora ella tiene el tobillo roto (aunque él le dice que es solo un esguince serio) y la idea de la nieve virgen y de la naturaleza entera para ellos ya no es tan romántica.

Nieve, naturaleza.

Y sin ningún auxilio.

Él no se ha desanimado, no es de esa clase. Se la ha cargado a hombros y ha empezado a desandar sus pasos siguiendo sus propias huellas. Las marcas paralelas de los esquís. Es una buena caminata, pero sabe que puede lograrlo.

Está en forma, y esa es solo una aventura para poder contar a los amigos, nada más.

El problema es que luego ha empezado a nevar. Está nevando, obviamente. Están en las montañas, a finales de noviembre. Los pronósticos no contaron ninguna trola. Y esto es un problema. Hay demasiada nieve.

A las huellas les sucede lo mismo que a las migas de pan de Hänsel y Gretel: desaparecen.

Los árboles son todos iguales.

La nevada se transforma en ventisca.

Luego, la oscuridad.

Y el frío.

El frío muerde los músculos, y la voz se vuelve ronca. Pero no hay nadie. Solamente la naturaleza, toda para ellos.

No se dan cuenta del miedo que tienen hasta que emerge un hombre de la tormenta. Está ciego de un ojo, pero tiene una hermosa sonrisa.

De actor de Hollywood.

Parece un anciano, especialmente por el tabardo que viste, pero no puede ser tan viejo, a juzgar por la facilidad con la que carga a la chica a hombros.

Es una suerte, él estaba en las últimas.

El hombre señala hacia la cima de la montaña.

Allí está la casa de *Voter* Simon, dice, un hombre de fe.

Esperarán el fin de la ventisca y mientras tanto les dará algo caliente.

Tuve hambre y me disteis de comer.

Así está escrito.

El chico casi no lo oye, se coloca tras su estela y no deja de darle las gracias.

En el viento, el hombre camina y comienza una cantilena.

**119**

—Dulce Lissy, pequeña Lissy.

## ***Agradecimientos***

Gracias a Piergiorgio Nicolazzini, incansable estajanovista, y a Luca Briasco, porque decir «imparable» es decir poco. A Francesco Colombo, que siempre tiene la palabra apropiada. A Severino Cesari, padre espiritual de estas páginas; a Paolo Repetti, Rosella Postorino, Raffaella Baiocchi y a toda la familia Einaudi. Gracias a los *Kräutermandl*, a los *Voter* y a los *Bau'r* que me hicieron partícipe de su sabiduría sin pedir nada a cambio; y a Aldo Gorfer, cuyos trabajos son fuente incomparable de inspiración. Gracias a Hermann Tamanini, gentleman y hombre de medicina. Gracias a Robert Gorreri, por sus consejos en tiempo récord. Gracias a Luis, por su paciencia; a Maurizio Girardi, porque la segunda era mejor que la primera; y a Michele Melani, *sparring partner*, hombre de talento y amigo.

Finalmente, gracias a Alessandra, firme al timón también cuando me voy *al otro lado*.

## ***Nota al texto***

Las citas de los capítulos 2, 24, 85, 90 y 98 proceden de *Hänsel y Gretel* , de los hermanos Grimm [en la trad. esp. de María Antonia Seijo, *Cuentos de niños y del hogar* , Madrid, Anaya, 1985, vol. I].

El verso del capítulo 56 («*Where is that Happy Ending?*») procede de la canción *Where Are You?* , interpretada por Frank Sinatra (H. Adamson/J. McHugh).

La estrofa del capítulo 56 («*Um elfe kommen die Wölfe, um elfe kommen die Wölfe, um elfe kommen die Wölfe, um Zwölfe bricht das gewölbe*») aparece en *Deutsche Mythologie* , de Jacob Grimm, Dieterichsche Buchhandlung, Göttingen, 1835.

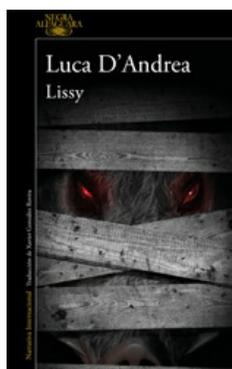
**El *thriller* de «terror más negro y existencialista» (*La Repubblica*), ganador del prestigioso Premio Scerbanenco, por Luca D'Andrea, renovador de la novela negra europea con más de 300.000 lectores en 42 países**

**«Maligna, frenética, despiadada. Cruda y violenta [...]. Un regalo que vale una consagración definitiva.»**

*La Stampa*

**«Un *thriller* de cotas altas [...]. Negrísimo.»**

*La Repubblica*



Cuando la joven Marlene descubre en el invierno de 1974 que está embarazada de Herr Wegener, su marido y el hombre más temido de todo el Tirol, comprende que debe escapar si quiere criar a su hijo lejos de la violencia. Pero en su huida tiene un accidente de carretera del que la salva Simon Keller, un agricultor de montaña que vive al estilo tradicional tirolés.

Mientras este la cuida en su granja remota, Herr Wegener está decidido a defender como sea su reputación ante el Consorcio, la poderosa organización criminal a la que rinde pleitesía. La caza ha sido encomendada a un sicario infalible, tan frío como mortífero, apodado el Hombre de Confianza, que no se detendrá hasta cumplir su misión. Pronto Marlene no sabrá qué amenaza es mayor: su marido, el asesino sin nombre o Lissy, el misterio más oscuro de la granja de Keller.

#### **La crítica ha dicho...**

«Hay hambre de terror italiano. Y nadie como D'Andrea para saciarla.»

Noel Ceballos, *GQ*

«Avanza con profundidad y con una precisión extrema, excavando en el pasado y en la psique de

los personajes [...]. Una historia potente, que captura y confirma que estamos ante un narrador sólido y original.»

*La Lettura*

«Una indagación acerca de qué le sucede al carácter y a la mente humana cuando tienen que buscar el modo de darle sentido a lo intolerable.»

*Literary Review*

«Un *thriller* tremendamente disfrutable y una demostración brillante sobre cómo se cuenta una historia.»

*NB Magazine*

«Venganza, redención, muerte [...]. Emocionante.»

*Stern*

«Cada vez son más los autores del género que te atrapan con un lenguaje atrevido desde la primera línea y crean personajes potentes en conflictos de vida o muerte. Este es el caso de Luca D'Andrea.»

*Sächsische Zeitung*

«Quienes disfruten con las fábulas oscuras tienen que leer este libro.»

*Publishers Weekly*

«Maligna, frenética, despiadada. Cruda y violenta. El lector se aventura fascinado por una naturaleza severa, con personajes de aristas picassianas, donde nada es lo que parece [...]. Un regalo que vale una consagración definitiva.»

*La Stampa*

«Un *thriller* del terror más negro y existencialista. Una trama que atrapa al lector, sin pausas [...] y hasta el final.»

*La Repubblica*

*Publishers Weekly*

**Luca D'Andrea** nació en 1979 en Bolzano, Italia, donde vive y trabaja como profesor. Tras escribir la trilogía juvenil *Wunderkind*, en 2013 fue guionista de la serie documental *Mountain Heroes* sobre el equipo de rescate alpino, que inspiró su primer *thriller*, *La sustancia del mal*, vendido a más de treinta países aun antes de su publicación y convertido en un fenómeno editorial sin precedentes. Publicado en Italia en 2016, entró directamente en la lista de más vendidos, está siendo traducido a treinta y cinco idiomas y será adaptado como serie de televisión internacional por los creadores de *Gomorra*. Su última novela es *La muerte de Erika Knapp*, de inminente publicación en Alfaguara Negra.



Título original: *Lissy*

Edición en formato digital: noviembre de 2021

© 2017, Luca D'Andrea

Publicado originalmente en Italia por Giulio Einaudi Editore en 2017

Esta edición ha sido publicada gracias al acuerdo con Piergiorgio Nicolazzini Literary Agency (PNLA)

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2021, Xavier González Rovira, por la traducción

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Imagen de portada: © Miquel Tejedo

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <https://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-204-3589-3

Composición digital: Arca Edinet S. L.

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: AlfaguaraES

Twitter: @AlfaguaraES

Instagram: @AlfaguaraES

Youtube: PenguinLibros

Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En [Penguinlibros.club](https://Penguinlibros.club) encontrarás las mejores  
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



[Penguinlibros.club](https://Penguinlibros.club)



   [Penguinlibros](#)

# Índice

[Lissy](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)  
[Capítulo 42](#)  
[Capítulo 43](#)  
[Capítulo 44](#)  
[Capítulo 45](#)  
[Capítulo 46](#)  
[Capítulo 47](#)  
[Capítulo 48](#)  
[Capítulo 49](#)  
[Capítulo 50](#)  
[Capítulo 51](#)  
[Capítulo 52](#)  
[Capítulo 53](#)  
[Capítulo 54](#)  
[Capítulo 55](#)  
[Capítulo 56](#)  
[Capítulo 57](#)  
[Capítulo 58](#)  
[Capítulo 59](#)  
[Capítulo 60](#)  
[Capítulo 61](#)  
[Capítulo 62](#)  
[Capítulo 63](#)  
[Capítulo 64](#)  
[Capítulo 65](#)  
[Capítulo 66](#)  
[Capítulo 67](#)  
[Capítulo 68](#)  
[Capítulo 69](#)  
[Capítulo 70](#)  
[Capítulo 71](#)  
[Capítulo 72](#)  
[Capítulo 73](#)  
[Capítulo 74](#)  
[Capítulo 75](#)  
[Capítulo 76](#)  
[Capítulo 77](#)  
[Capítulo 78](#)  
[Capítulo 79](#)  
[Capítulo 80](#)  
[Capítulo 81](#)  
[Capítulo 82](#)  
[Capítulo 83](#)  
[Capítulo 84](#)  
[Capítulo 85](#)  
[Capítulo 86](#)

[Capítulo 87](#)

[Capítulo 88](#)

[Capítulo 89](#)

[Capítulo 90](#)

[Capítulo 91](#)

[Capítulo 92](#)

[Capítulo 93](#)

[Capítulo 94](#)

[Capítulo 95](#)

[Capítulo 96](#)

[Capítulo 97](#)

[Capítulo 98](#)

[Capítulo 99](#)

[Capítulo 100](#)

[Capítulo 101](#)

[Capítulo 102](#)

[Capítulo 103](#)

[Capítulo 104](#)

[Capítulo 105](#)

[Capítulo 106](#)

[Capítulo 107](#)

[Capítulo 108](#)

[Capítulo 109](#)

[Capítulo 110](#)

[Capítulo 111](#)

[Capítulo 112](#)

[Capítulo 113](#)

[Capítulo 114](#)

[Capítulo 115](#)

[Capítulo 116](#)

[Capítulo 117](#)

[Capítulo 118](#)

[Capítulo 119](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota al texto](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Luca D'Andrea](#)

[Créditos](#)